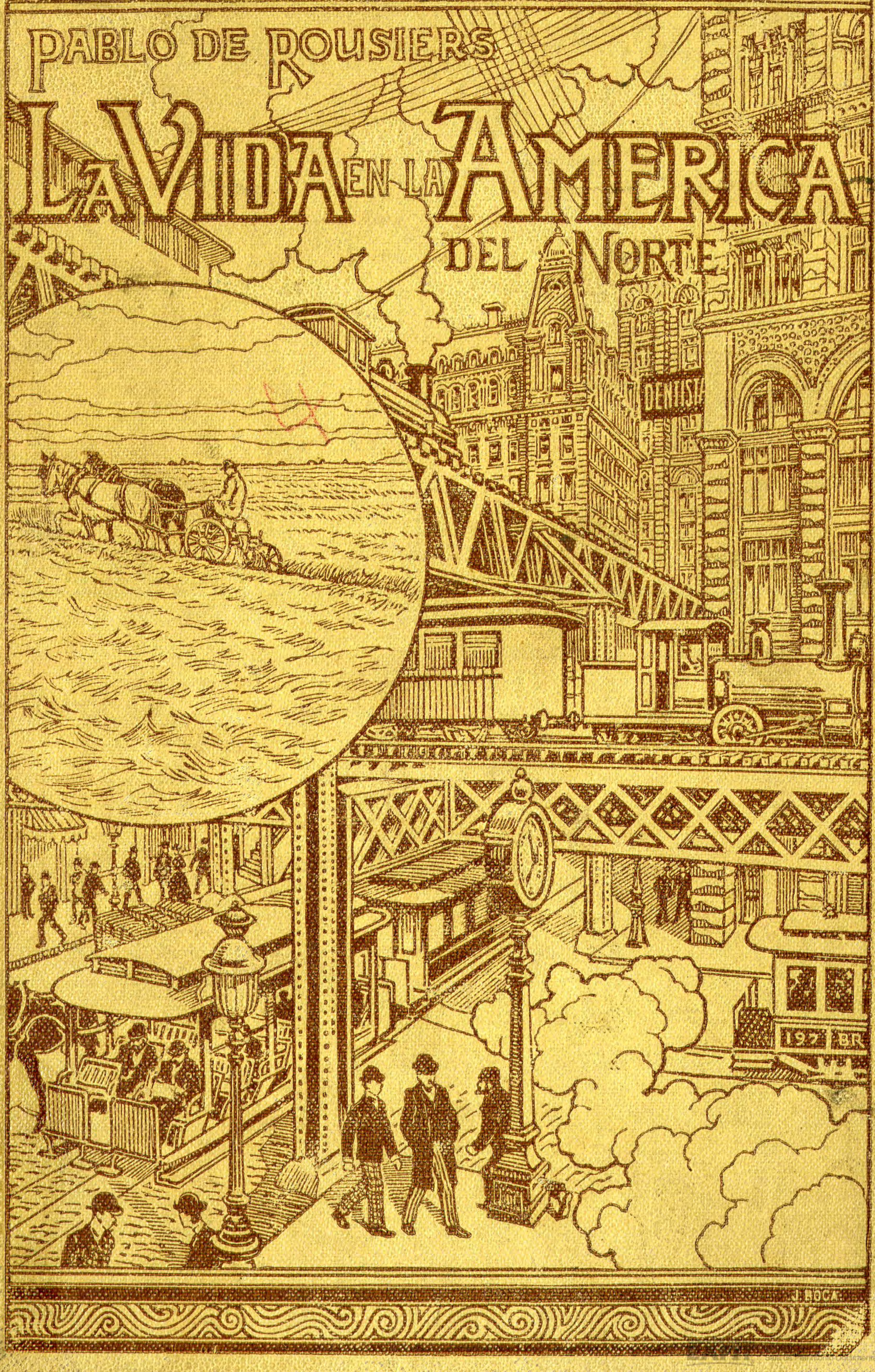
PABLO DE ROUSIERS

LA VIDA EN LA AMERICA DEL NORTE



J. ROCA

MS

MS

LA VIDA

EN LA

AMÉRICA DEL NORTE

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental



LA VIDA

EN LA

AMÉRICA DEL NORTE

POR PABLO DE ROUSIERS

EDICIÓN ILUSTRADA CON NUMEROSOS GRABADOS REPRODUCIDOS DE FOTOGRAFÍAS

HECHAS ESPECIALMENTE PARA ESTA OBRA, POR JORGE RIVIERE

TOMO PRIMERO

LIBRERÍA JURÍDICA
BOGOT COLOMBIA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309 Y 311

1899

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

ES PROPIEDAD

LA VIDA

EN LA

AMÉRICA DEL NORTE

CAPÍTULO PRELIMINAR

I. La América de otro tiempo y la de hoy. – II. El verdadero centro de la vida americana. – III. Su carácter saliente. – IV. El Este y el Oeste

I.—La América de otro tiempo y la de hoy

El año 1892 se cumplió el cuarto centenario del descubrimiento de América.

En la época lejana en que Cristóbal Colón abordaba en las islas Lucayas, creyendo tocar en la extremidad de las Indias, nadie sospechó seguramente la considerable importancia que aquel Nuevo Mundo debía tener más adelante.

El entusiasmo fué grande sin duda en la corte de Fernando y de Isabel cuando el audaz explorador, de regreso de su primera expedición, hizo su entrada triunfal en Barcelona; todos estaban poseídos de admiración ante su genio feliz; los hombres de ciencia veían alegremente ensancharse de pronto el círculo de los conocimientos humanos; los políticos soñaban en asentar sobre inmensas conquistas el poderío de su país, y los comerciantes calculaban ya los cuantiosos beneficios que haría ingresar en sus cajas la explotación de aquellos países nuevos; pero

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nadie imaginaba que las Indias occidentales pudieran ser para Europa otra cosa más que una presa magnífica.

Aquella primera impresión se confirmó también por la serie de descubrimientos que se continuaron hasta el siglo XVIII. Cuanto más se avanzaba en la inmensidad de aquel nuevo continente, más considerables aparecían sus riquezas naturales y sin explotar, pues los indígenas habían transformado poco aquel suelo cubierto aún de inextricables bosques y de vastas sabanas: era un campo maravilloso abierto á la actividad europea.

Durante cerca de tres siglos, América fué considerada por eso como una especie de dependencia de Europa; cada gran nación se había apropiado dilatadas posesiones y trataba tan sólo de obtener utilidades para sí.

La guerra de la Independencia fué en cierto modo la primera fase de un desengaño que aún no ha llegado á su colmo, pues entonces se vió que las colonias podían prescindir fácilmente de la metrópoli, y que esta separación, lejos de perjudicar á su desarrollo, las favorecía, por el contrario, de una manera notable: así hizo América su entrada en escena.

Hoy presenciamos la segunda fase del desengaño viendo que América no sólo tiene existencia propia, sino que llega á ser para el antiguo continente una rival temible. Ya se sabe, hasta en el fondo de nuestras más remotas campiñas, que el trigo americano hace la competencia al nuestro, y el soldado francés lleva en su morral conservas de carne fabricadas en Chicago. Ya se recordará qué emoción produjo en el mundo agrícola de Europa la cuestión de las importaciones americanas: para contener el progreso del mal se establecieron tarifas aduaneras protectoras; pero nadie tiene mucha fe en esas barreras que se pueden derribar demasiado fácilmente, y América ha dejado de ser un objeto de curiosidad para convertirse en objeto de espanto.

Pero esto no es todo: en la sociedad que se funda al otro lado del Atlántico aparecen formas nuevas. ¿Deben atribuirse á circunstancias pasajeras, ó son, por el contrario, la primera señal de una evolución futura? Europa comienza á alarmarse, y las viejas naciones del antiguo continente se preguntan si deberán buscar modelos entre esos bárbaros.

II.—El verdadero centro de la vida americana

Sin embargo, el gran movimiento que he tratado de caracterizar no afecta el mismo orden ni, sobre todo, la misma intensidad en toda la superficie de ese vasto continente. En América se ha producido una especie de cambio de hogares que explica las fortunas tan diversas del Sud y del Norte.

Cuando se hizo el descubrimiento, y durante los dos siglos que siguieron, podemos decir que América estaba toda en el Sud; era el tiempo de las grandes colonias españolas y portuguesas, de las famosas epopeyas de los conquistadores, y de los galeones cargados de oro. Se sabía vagamente que algunas sectas puritanas habían ido á buscar refugio en las costas de Nueva Inglaterra; pero su existencia no se había manifestado aún por ningún acontecimiento famoso, y vivían ignoradas del mundo, mientras que los nombres de Cortés y de Pizarro habían adquirido ya fama inmortal.

La historia de América comienza, pues, en los países tropicales: allí fué donde se creó el primer foco del desarrollo del Nuevo Mundo; después se obscureció gradualmente, y quedó eclipsado al fin por un segundo foco más septentrional cuyo calor y claridad van en aumento diariamente.

Este foco se halla en los Estados Unidos; allí es donde la población alcanza un desarrollo más rápido, allí donde las ciudades surgen de improviso en medio de un desierto, allí donde el espíritu emprendedor, llegando al más alto grado, cubre el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

suelo virgen de vías férreas, de granjas y fábricas, antes que la vieja Europa haya conocido el nombre del país donde se efectúan esas maravillosas transformaciones. De allí viene, por lo tanto, la temible competencia de que antes hablaba; y hasta nuestra manera acostumbrada de expresarnos revela esa especie de dominación de los Estados Unidos, pues cuando se habla del tipo americano sin más indicaciones, nos referimos al ciudadano de Nueva York ó de Chicago, al yanki ó al colono del Oeste.

Si queremos darnos cuenta de la América contemporánea, comprender el espíritu americano, la manera de hacer de sus habitantes y la vida del país, á los Estados Unidos es donde debemos ir por lo tanto.

Pero allí se ha de hacer también una distinción: el movimiento de avance no se manifiesta en todas partes de igual manera, y los Estados Unidos, que hoy figuran á la cabeza, no son los que en un principio brillaron más.

Cien años hace, Virginia tenía en la Unión importancia por sí sola, y de allí procedían los jefes. Wáshington, el más célebre de todos los virginios, ha dejado un recuerdo imperecedero, y podemos decir que la raza de los plantadores del Sud que él representaba, resumiendo en su persona todas las dotes de mando, permitió la independencia de los Estados en la época en que fué declarada. Sin ella, el espíritu público levantado contra Inglaterra no hubiera conducido á ningún resultado; para dirigirle se necesitaban hombres acostumbrados al mando, capaces de utilizar los preciosos elementos que se hallaban en la nación, y Virginia fué la que los proporcionó entonces á Nueva Inglaterra.

Hoy día, ni Virginia ni Georgia, ni tampoco ninguno de los Estados del Sud, ocupan en la Unión americana un lugar preponderante. Cuando últimamente se trató de elegir entre las grandes ciudades de los Estados la que debía tener el honor de ser preferida para la Exposición universal, nadie pensó que esta última pudiera celebrarse en Nueva Orleáns ó en Baltimore; la lucha se circunscribió al punto, por el contrario, entre Nueva York y Chicago, entre la gran ciudad del Este y la del Oeste, porque el Este y el Oeste son las dos regiones más activas y poderosas de la Unión. Por esto mismo constituyen el verdadero centro de la vida americana, donde ésta es á la vez más activa y más característica, y por lo tanto, allí es donde trataremos de estudiarla.

III.—El carácter saliente de la vida americana

Así en el Este como en el Oeste el amor á la independencia impulsa al ciudadano de los Estados Unidos á crearse una posición personal. Este es el aguijón que le excita de continuo; para conseguir su objeto trabaja y prueba fortuna, y así es que la vida americana se consagra toda á los negocios. *Business* es la palabra que los labios del yanki ó del colono pronuncian más á menudo, y tal es la preocupación que se revela en sus fisonomías. Al encontrarse dos individuos, siempre se dirigen esta pregunta: *How is business?* (¿Cómo van los negocios?) Y este es el primer asunto de que se trata.

Se habla de los negocios con tanta mejor voluntad cuanto que éstos tienen mucho de imprevisto en los Estados de la Unión; no siguen una marcha tranquila y prudente, sino que son aventurados y variables, hallándose sometidos á vicisitudes sin cuento. Los abundantes recursos de un país nuevo y lo desconocido de su porvenir les comunica ese carácter: la actividad y el espíritu emprendedor de los americanos los hacen más notables aún.

Si en pocas palabras quisiera dar una idea general de la vida americana, diría que se asemeja mucho á una escala por la cual

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

trepa todo un pueblo, se agarra, cae y vuelve á comenzar su ascensión cada vez que esto le sucede, sin perder tiempo en quejarse ó en deliberar sobre el partido que tomará; nadie piensa en detenerse en ningún travesaño, ni permanece en el mismo sitio de la escala, y todos suben sin descansar. Así es precisamente como el americano entiende la vida: no tan sólo quiere ser libre, sino también poderoso; no acepta la medianía ni se contenta con ser un empleado subalterno, un humilde comerciante ó un propietario de poca importancia, y quiere emprender grandes negocios. Si desea la riqueza, no es para disfrutar de ella pacíficamente en la vejez después de trabajar durante la juventud, sino para intentar empresas más considerables con los grandes capitales que haya reunido. El dinero es para él, más que elemento de goces, instrumento de trabajo, una especie de palanca; no es un fin, sino un medio.

El ardimiento que emplea para conseguir este fin resulta así ennoblecido y es diez veces más poderoso. No hay tarea demasiado penosa ni trabajo demasiado rudo para un hombre á quien animan tales sentimientos; y ninguna consideración le detiene en sus empresas cuando ve al final de ellas la esperanza del triunfo. No teme los grandes riesgos porque ha comenzado solo su fortuna, y la ruina no es para él más que la vuelta á la situación que ya conoció y de la cual supo salir. En cuanto á las dificultades, siempre espera vencerlas y hasta son para él una especie de juego. Entre la rápida pendiente y el camino sinuoso que conducen al apogeo de la fortuna, elige la primera porque es más corta, y con pies y manos se agarra á todas las asperezas, á riesgo de romperse los huesos, si esta gimnasia le permite llegar más pronto. De semejante hombre no basta decir que lucha por la vida; hace más: la expone para alcanzar el objeto que se propuso.

IV.—El Este y el Oeste

¿Por qué medios llegar á la independencia? Tal es la pregunta que se hace todo americano desde la edad de quince ó diez y seis años, y tal es la que se debe examinar desde luego si queremos comprender la vida americana.

Estos medios difieren según se esté en el Este ó en el Oeste de los Estados Unidos; y hasta difieren mucho, porque la situación económica de la primera y de la segunda de esas regiones presentan grandes contrastes.

El Este es el país de las fábricas, del comercio, el antro de la vida urbana; el Oeste es el país de los *ranchos* de ganado, de las granjas, y sus ciudades mismas no son más que mercados agrícolas.

Para conocer las fuentes diversas en que se alimenta la vida americana es preciso, pues, distinguir entre el Este y el Oeste.

Si se quiere examinar, por el contrario, las formas que reviste, su unidad salta á la vista y se reconoce claramente que las dos regiones no presentan más que dos Estados sucesivos de una misma sociedad: no difieren más que por la situación económica.

La mejor prueba de ello es que el Oeste retrocede siempre, mientras que el Este avanza á medida que esta situación se modifica. En el tiempo de M. de Tocqueville, el Ohío pasaba por ser un Estado del extremo Oeste; pero hoy se considera casi como perteneciente al Este; y esto no es una pura expresión geográfica, pues la sociedad adquiere allí realmente la manera de ser y el aspecto de la del Este.

Faltaba resolver un punto: ¿Por dónde comenzar esta descripción, por el Este ó por el Oeste?

Este último me ha parecido preferible por varias razones:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en primer lugar, en los países del Oeste es donde se manifiestan con más energía las cualidades y los defectos de ese pueblo extraordinario; allí es donde se pueden reconocer más palpablemente las causas que han producido su rápido desarrollo; allí donde se ven obrar los elementos que han hecho de América lo que hoy día es; y allí, de consiguiente, donde se halla la clave de todo el sistema social.

La mejor manera de presentar desde el principio bajo su verdadero aspecto la vida americana, sería, pues, describir ese Far West, donde está en lucha con todas las dificultades de un país inculto, y donde también se aprovecha de todos los recursos de una naturaleza virgen aún. En segundo lugar, ese cuadro del Oeste americano nos permitirá comprender, á la vez que los fenómenos del presente, alguna cosa de la historia del pasado. En la actualidad, el Este sirve en cierto modo de metrópoli al Oeste. Es el que suministra los capitales para las grandes empresas que se fundan, y el que proporciona también la más notable parte del personal encargado de dirigirlas. El yanki gobierna el Oeste, como Inglaterra lo hace con Australia ó la Nueva Zelanda, y como lo hacía en otro tiempo con sus colonias americanas. Lo que sucede hoy en el Oeste con el auxilio de los yankis es algo de lo que pasaba en otra época en Nueva Inglaterra con ayuda de los ingleses.

Por último, el Oeste nos explicará también la fortuna y los progresos actuales del Este. Si las fábricas de Nueva Inglaterra y de Pensilvania han podido desarrollarse tan maravillosamente, es porque el Oeste les ofrecía una clientela que siempre aumentaba; y si el movimiento de los puertos del Atlántico ha tomado tales proporciones, la carne y el trigo del Oeste no han dejado de contribuir á ello.

Vamos á reunirnos, pues, con los atrevidos exploradores que van en busca de nuevos territorios, para ver los primeros co-

mienzos de la colonización; y no será necesario remontarnos á épocas lejanas, pues casi todos los años el Presidente de la República declara libre para los colonos alguna porción del territorio reservado á los indios. Las tribus se retiran, llevándose los pocos duros que se les dan como precio de la cesión de su Reserva, y una multitud exótica de aventureros y cultivadores se precipita sobre aquel suelo virgen para erigir ciudades y labrar los campos. Este es el verdadero nacimiento de la vida americana y no hay, en efecto, un rincón colonizado de la Unión que no haya sido en época reciente teatro de una operación semejante.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPÍTULO PRIMERO

CÓMO SE ABRE UN TERRITORIO

I. Diversidad de los tipos. – II. Los colonos que colonizan. – III. El derecho del primer ocupante. – IV. La misión de los caminos de hierro.

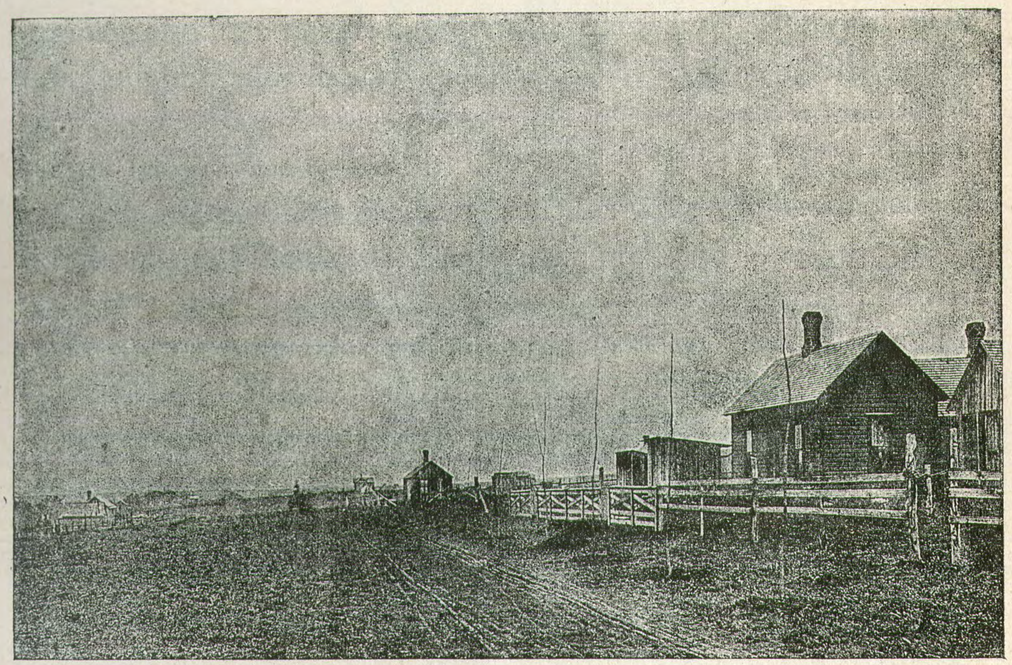
I.—Diversidad de los tipos

Entre los territorios últimamente abiertos á la colonización, uno de los que más han llamado la atención pública es el Oklahoma, reducido país enclavado en medio de las Reservas indias, á unas cincuenta millas de la frontera meridional del Kansas. Deseoso de ver por mí mismo un país auténticamente nuevo, me había prometido visitarle, y el 23 de abril de 1890, un año y un día después de su apertura, llegué á Oklahoma.

El viaje no presenta, por otra parte, ninguna dificultad material: se toma el billete en la estación del camino de hierro para Guthrie ú Oklahoma City, como si se tratara de ir á Lyón ó á Burdeos; pero al mirar por las ventanillas del vagón, el espectáculo que se tiene á la vista hace pensar en Fenimore Cooper más bien que en la campiña de Francia.

Muy poco tiempo después de haber llegado á Arkansas City se alcanza el límite de la Reserva de los Cherokees, y todo vestigio de civilización desaparece: la Pradera, desnuda y ligeramente ondulada, no está dividida ya por ninguna barrera, ni se halla la menor vivienda que alegre la vista. A veces se divisan

varios Pieles Rojas á caballo, apacentando el rebaño de algún colono de Kansas, y después vuelve á comenzar la soledad. En toda la extensión en que los ojos pueden observar el horizonte no se ve nunca más que la eterna Pradera, tan á menudo y tan bien comparada con el mar sin límites.



Una ciudad en la Pradera. – Extremo de una calle en Guthrie *(Oklahoma Territory)*

No obstante, á lo largo de la vía, un sendero muy trillado señala el camino de los emigrantes, donde se encuentran acá y allá cadáveres de caballos, de mulos y de bestias de carga, abandonados por los colonos de cuyos carros tiraban: diríase que aquello es un camino de caravanas.

Se entra en el Oklahoma sin echarlo de ver: en la primera estación situada en la nueva colonia no se encuentra más que un grupo de dos ó tres casitas edificadas apresuradamente en las inmediaciones; las más elegantes son de tablas, consistiendo otras en

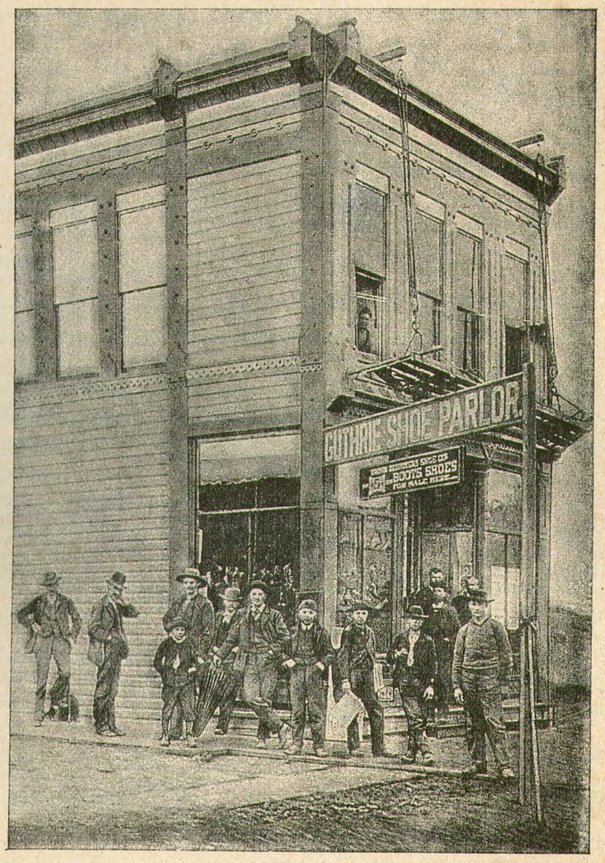
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

armazones de madera sobre las cuales se han tendido pedazos de lona, formándose así una especie de tiendas cuadradas de aspecto no muy cómodo: son almacenes ó paradores. Muy pronto la campiña presenta animación: á orillas de un arroyuelo se ve una casita de madera bastante bien construída, pintada cuidadosamente, rodeada de una cerca de espinos artificiales y en buen estado de conservación; un hombre, sin duda el colono, se ha situado en la puerta para ver pasar el tren; tiene el aire de importancia de un propietario campesino, y toda su persona parece indicar la comodidad y el contento. Junto á él hay otras instalaciones más provisionales, ocupadas por emigrantes de distinto género. Varias míseras chozas formadas con glebas de tierra, cubiertas aún de césped *(sod-houses)*, sirven de abrigo á la familia. El terreno ocupado se indica solamente por algunas malas estacas clavadas en tierra de trecho en trecho, ocultas en parte por la hierba de la pradera. Al ver estos contrastes, que se repiten á cada momento, se piensa naturalmente que todos esos emigrantes no han llegado á Oklahoma con los mismos propósitos; los unos quieren establecerse en una tierra ventajosa, se instalan lo mejor que pueden, ponen la mano en el arado y revuelven valerosamente el césped para formar un dominio de cultivo; los otros no tratan más que de especular: se aseguran la propiedad de un lote habitándole durante el tiempo exigido, y después le venden á un nuevo emigrante.

Esto es lo que me explican mis compañeros de viaje, y apenas me hube apeado en Guthrie, vi que su aserto se confirmaba por la diversidad de los tipos que allí había. La primera turba que invade un territorio nuevamente abierto se compone de los elementos más heterogéneos; y voy á presentar á mis lectores algunas de sus variedades á fin de que puedan juzgar por sí mismos.

Por lo pronto citaré la de los simples aventureros, que se

precipitan en medio de la multitud sin saber precisamente lo que se trata de hacer, pero sostenidos por la esperanza de una feliz casualidad, de un buen *golpe de mano* que les permita hacer fortuna: mi posadero de Guthrie pertenecía á esta variedad. Era uno de los hombres más locuaces que en mi vida he visto, y no tuve necesidad de rogarle que me refiriese su historia para conocer todos sus detalles; su continua charla, sin embargo, me interesaba mucho, porque el hombre había vivido en todos los países del mundo y constituía una curiosa muestra del gitano errante. Su patria era Transilvania; embarcado, ignoro bajo qué título, en un buque austriaco, llegó á Australia, donde se dedicó á cocinero; después regresó á Europa, y luego volvió al Pacífico, pero esta vez desembarcó en América; desde la costa de aquel mar se trasladó á la del Atlántico, y luego penetró en el Oklahoma en el mes de abril de 1889. Entretanto se había casado con una alemana muy gruesa, que con aire afanoso iba y venía de un lado á otro en la posada. Al parecer no admiraba mucho las ins-



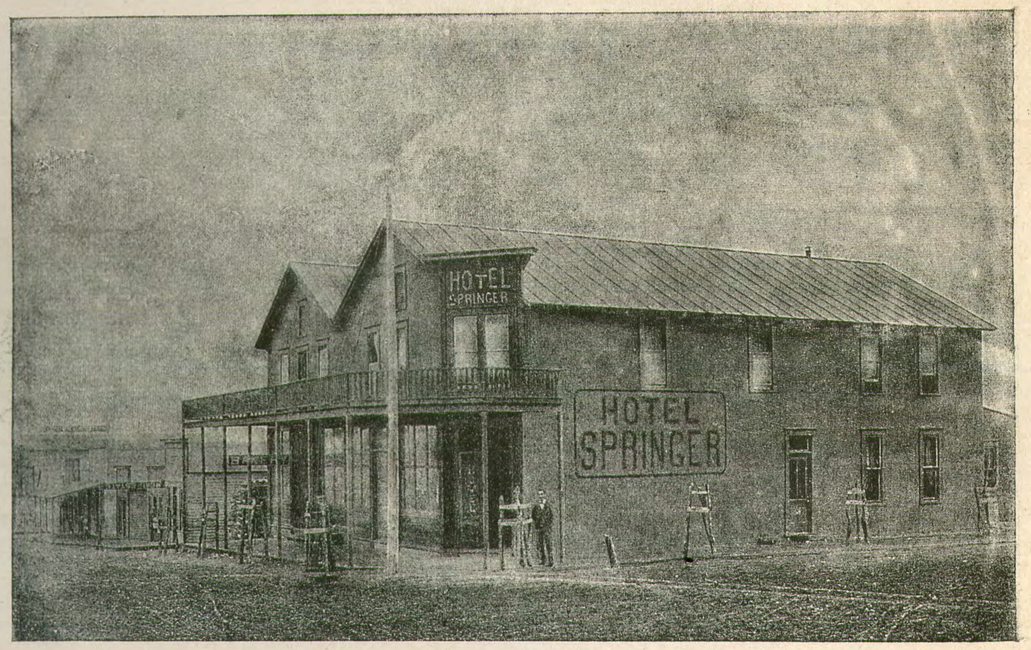
A la puerta de una tienda en Guthrie
(Oklahoma Territory)

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tituciones americanas; prefería con extremo los gobiernos de Europa, y de buena gana hubiera cambiado su lote de tierra y su posada de madera y de cinc por una habitación en París ó en Viena. Conocía la primera de estas ciudades por una corta visita que hizo á dicha capital, que la sedujo muy particularmente, sobre todo por el baile de Mabille, cuyo nombre pronunciaba de una manera muy singular, pero con un recuerdo de agradecimiento. Pude reconocer además que la alemana estaba al corriente de nuestras obras maestras, pues una noche que me acosté temprano para reparar las fatigas de un día de mucha ocupación, me despertó en mi sueño un piano discordante, tocado con mano firme, cuyas notas llevaban á mis oídos la conocida melodía á que uno de nuestros generales debió su celebridad y dió su nombre. Yo deseaba mucho conciliar el sueño, pero la idea de oir tocar la marcha *Al volver de la Revista* al cabo de un viaje en territorio indio me pareció de tal modo extraña, que no pensé en lamentarme de este contratiempo.

Otro tipo muy curioso era el de un titulado arquitecto, nacido en el Palatinado, gran cazador, socialista convencido y, sobre todo, enemigo de los jesuítas: había llegado á Oklahoma, según me dijo, con veinticinco duros en el bolsillo; soñaba en edificar Guthrie con piedra y ladrillo, profetizando que los terrenos alcanzarían pronto un valor sorprendente, y animado de la esperanza de ser millonario, pedía continuamente cigarros al posadero. Sus historias de caza maravillaban: había acechado al oso gris en las Montañas Pedregosas; mató linces, búfalos, antílopes en extraordinario número, y se ganó la vida durante algunos meses vendiendo codornices y gallinas de Pradera. También se había ocupado en limpiar locomotoras á razón de un duro diario; después construyó puentes de camino de hierro para la Compañía del «Misuri-Pacífico,» y había dado conferencias contra el capitalismo.

Junto á la variedad de los aventureros está la de los especuladores, en cuya primera línea figuran los *land agents*, individuos que, provistos de algunos capitales, compran lotes de terreno á los que se han asegurado su posesión y los revenden á otros colonos que llegan más tarde ó están poco satisfechos de



La mejor fonda de Guthrie *(Oklahoma Territory)*

la tierra que tomaron. En una de las calles de Guthrie veo un emigrante en un carro cubierto de un toldo de lona; el vehículo va tirado por dos buenos caballos, y detrás sigue una vaca bien atada; estos son indicios de comodidad en el emigrante, y no han pasado inadvertidos á los ojos perspicaces de los *land agents* de Guthrie, pues ya se acerca uno y propone el negocio de compra, sin esperar á que el hombre se detenga. No se debe perder la ocasión.

En efecto, los lotes que aún se han de tomar son numerosos.

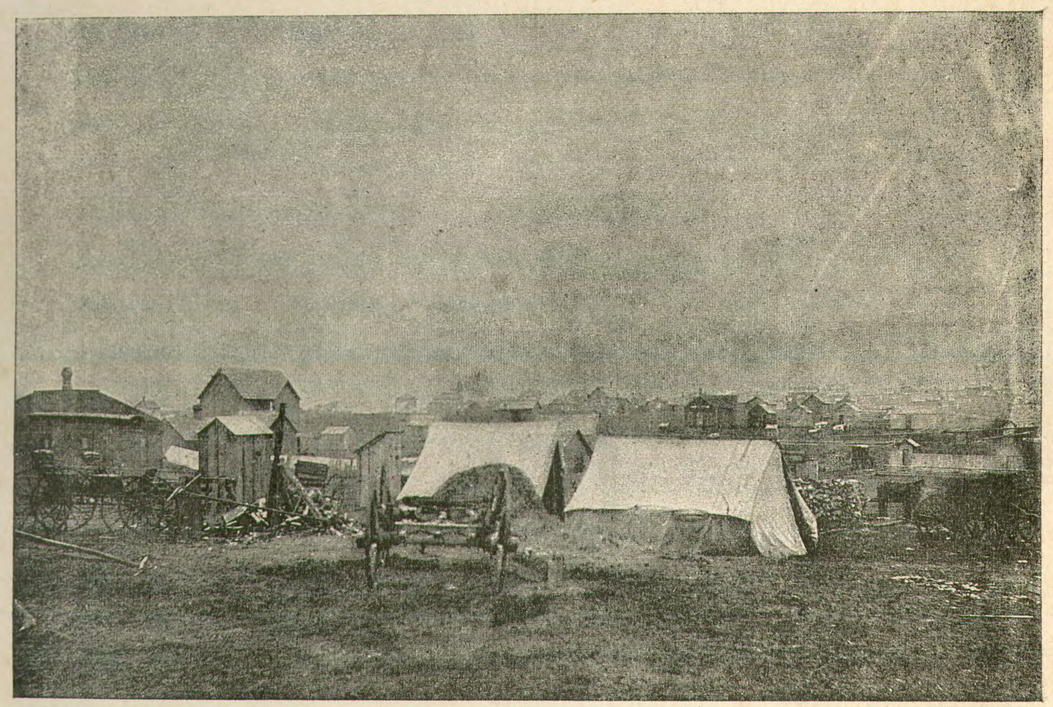
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Todos los individuos que se precipitaron en el momento de abrirse el Territorio para apoderarse de las sesenta y cuatro hectáreas que la ley federal otorga al primer ocupante, no eran colonos formales; muchos querían tan sólo asegurarse el derecho de propiedad por medio de una permanencia de seis meses y cederla después por metálico. El *land agent* les facilita la operación comprando su derecho; pero como ya tiene varios entre manos, procura darles salida lo más pronto posible, y por esto acosa en las calles de Guthrie al emigrante.

La existencia del *land agent* nos revela también la de un especulador más modesto, ó sea el individuo que toma un terreno para revenderle, no para cultivarle. He conocido en una pequeña ciudad del Oeste un grupo de franceses que habían ido á vivir durante seis meses del verano en las praderas del Kansas occidental, país del todo deshabitado, para adquirir tierras. Al cabo de este tiempo habían vuelto á sus casas con la esperanza de que viniesen á establecerse en la inmediación de sus tierras verdaderos colonos y las dieran así un valor más considerable. Uno de ellos había realizado bastante pronto un beneficio muy modesto, y los otros esperaban el alza con las manos en los bolsillos, como verdaderos rentistas. Tal vez se produzca un día; pero seguramente el país no tendrá que agradecerles nada, pues sin aumentar su riqueza, se han preparado simplemente para utilizarse de sus ganancias eventuales. Así como el *land agent*, cuentan con el colono.

En el fondo, todos ponen su esperanza en aquél porque cultivará la tierra, hará que produzca trigo ó maíz y será ganadero, transformando así el país. Esto es verdad en Oklahoma, como en todos los países aún vírgenes de los Estados Unidos. Los aventureros y los especuladores no pueden vivir si otros no trabajan; no son más que parásitos, y no son ellos los que abren el territorio: es el colono.

Por lo tanto, el colono será objeto principal de nuestro estudio; pero él también presenta una serie de tipos diversos según su origen, sus gustos y su capacidad. Tan pronto llega en unión de otros formando compactos grupos, como se instala aisladamente; lo mismo puede ser un pobre infeliz sin un cuarto, que



Campamento de emigrantes en Guthrie *(Oklahoma Territory)*

un capitalista importante; todos contribuyen á la prosperidad del país, pero de una manera diferente, y en su consecuencia es menester examinarlos por separado.

II. - Los colonos que colonizan

No he visto en Oklahoma emigrantes que hubiesen llegado en grupos constituídos de antemano, pero en algunos Estados del Oeste hay regiones completamente pobladas de familias de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la misma nacionalidad y relacionadas entre sí por vínculos más ó menos poderosos. El ejemplo más notable que encontré era el de un grupo de menonitas establecidos cerca de Hillsboro en Kansas. Como estos menonitas no aceptan, por principio religioso, el servicio militar, tuvieron que salir de Alemania á fines del siglo XVIII para refugiarse en Rusia; pero también aquí un *ukase* reciente les sometió á la ley común de la quinta, y para eximirse de este servicio obligatorio marcharon á Kansas.

Al cabo de ochenta años de permanencia en Rusia y otros catorce en Kansas, los menonitas no hablan el ruso ni el inglés, sino el alemán, su idioma de origen, y no conociendo yo esta lengua, me vi en la precisión de buscar un intérprete en Hillsboro para hablar con V....., ministro de la religión menonita, á quien me habían dirigido. Acompañado de este intérprete – joven tendero alemán – y de algunos amigos, llegué, pues, una mañana á eso de las diez á la granja de V....., y mientras que atábamos nuestros caballos á una estaca, según la costumbre, el ministro menonita acudió para estrecharnos la mano y preguntar cuál era el objeto de nuestra visita. Era hombre de unos cuarenta años, algo robusto, con el rostro de expresión benévola; su larga barba, un gorro de pieles y su abundante cabellera le comunicaban el aire de un campesino ruso, sin que nada en su traje revelara, por lo demás, las funciones que ejercía; pero su aspecto de calma, digno y pacífico, contrastaba marcadamente con el de los americanos que me acompañaban. Me parecía tener ante los ojos uno de esos *Father Pilgrims* (Padres Peregrinos) que desembarcaron en otro tiempo en New-Plymouth, buscando una tierra desierta para establecerse allí, libres del contagio corruptor de las sectas extranjeras. Evidentemente aquel hombre no había venido á Kansas para crearse una posición, sino simplemente para vivir según su fe religiosa, sin ambición ni agitaciones.

La granja en que le vemos instalado no mide más que sesenta y cuatro hectáreas, las que se conceden al emigrante; pero él la compró á la Compañía del camino de hierro de Santa Fe, así como los otros menonitas llegados con él. «Teníamos empeño en estar todos juntos, me dijo, y no era fácil encontrar en las tierras del gobierno un espacio libre bastante extenso para que cada uno de nosotros tomase sus sesenta y cuatro hectáreas; pero la empresa del ferrocarril poseía terrenos considerables, y nos los cedió con condiciones muy ventajosas.» En efecto, para la línea férrea de Santa Fe *(Santa-Fe Railroad)* era una verdadera fortuna aquella instalación de cuatro mil agricultores en su vecindad, y se comprende que les proporcionara todas las facilidades posibles. Muchos no tenían con qué pagar su propiedad por haber realizado en Rusia todo cuanto poseían para pagar sus gastos de viaje; pero ofrecieron una garantía especial á la Compañía, por efecto de la curiosa organización que los hace á todos solidarios unos de otros. V..... me explicó, en efecto, que toda *iglesia* forma una especie de sociedad, en la cual cada individuo es responsable de las deudas de todos los demás. Al conceder crédito á una sola familia, la empresa de Santa Fe veía garantizada la deuda por otras diez; y además todos esos menonitas, acostumbrados al cultivo desde su infancia, eran colonos formales y no aventureros cualesquiera, de esos que se dan por contentos con poner el Atlántico entre sí y sus acreedores.

He ahí una gente que ha poblado en realidad y dado valor á un país desierto; pero el caso es raro, pues no se encuentra todos los días una población dispuesta á huir en masa del país que habita para instalarse en las soledades del Far West, por más que éste no sea un hecho sin precedente en América. Los puritanos de Nueva Inglaterra en el siglo XVII y los mormones en el XIX fundaron bajo un espíritu análogo importantes grupos;

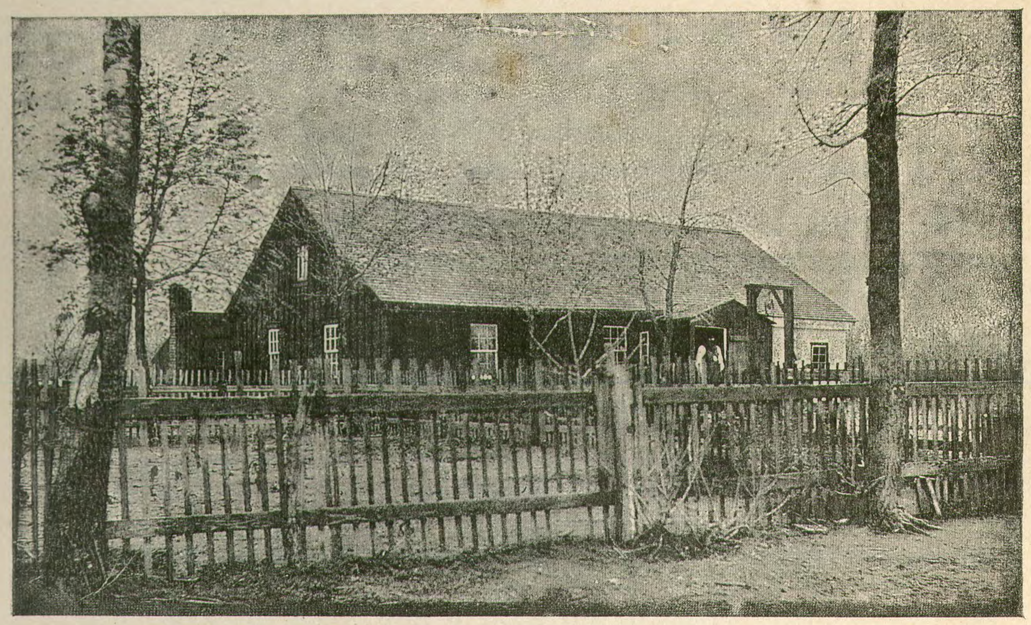
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pero el hecho común y dominante consiste en la emigración individual. Yo no he conocido otra en Oklahoma.

Generalmente son americanos, alemanes del Norte ó escandinavos los que van á establecerse así aislados en sesenta y cuatro hectáreas de Pradera. Los primeros invaden de preferencia los territorios del todo nuevos, y ellos fueron los que se precipitaron en Oklahoma como sobre una presa, mientras que millones de hectáreas quedaban vacantes en Estados cuya creación data de algunos años. En los alrededores de Guthrie veo un californiano con su mujer, que han franqueado las Montañas Pedregosas para buscar aquí fortuna: en la orilla del jardinillo que han labrado delante de la puerta de su cabaña tienen un emparrado de uva moscatel de California. Más lejos encuentro una mujer, ya vieja, del Ohio, que llegó en su carreta con su esposo y algunos hijos; ha recorrido aquella enorme distancia para probar suerte, y no se considera al parecer como una heroína. Su viaje fué de tres meses; es decir, que durante este tiempo estuvo en su mal vehículo, sufriendo todos los vaivenes imaginables en un camino de Pradera sembrado de hornagueras, deteniéndose por la noche para preparar su mísero alimento, y soportando las fatigas y los peligros de semejante empresa para encontrar al fin de todo sesenta y cuatro hectáreas de terreno desnudo y la *sod house* que su esposo construyó.

Lo más curioso es que esa mujer no parece estar reducida á la miseria, pues junto á su choza de tierra y césped veo su vehículo en buen estado, dos caballos y una vaca; mientras que en el interior hay un lecho que, si bien bastante primitivo, tiene sábanas muy limpias. La dueña hubiera podido vivir sin emprender su penoso viaje; pero prefirió arriesgarle con la esperanza de aprovechar las ventajas ofrecidas en Oklahoma, á fin de llegar á ser propietaria de un dominio libre. No fué una necesidad urgente lo que al parecer la indujo á salir del Ohio, sino el deseo de prosperar.

Los países nuevos, por lo demás, no están poblados tan sólo de emigrantes pobres; el espíritu emprendedor que anima á todos los americanos les impulsa hacia los territorios nuevamente



Casa menonita cerca de Hillsboro *(Kansas)*

abiertos, y hasta bajo la presión ejercida por hombres ricos y poderosos se van arrebatando sucesivamente esos territorios á las Reservas indias.

Esto es lo que ha sucedido particularmente en Oklahoma: el gobierno federal no tenía el menor deseo de comprar á las tribus que le ocupaban ese pequeño territorio, muy distante de todo Estado constituído; pero debió resignarse á causa de la extraordinaria perseverancia que algunos ciudadanos de Kansas tuvieron en aquel asunto. El que más contribuyó al resultado apetecido fué cierto capitán Couch, á quien se enterró preci-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

samente durante mi permanencia en Guthrie y cuya historia era objeto de todas las conversaciones. La reproduzco aquí porque retrata con mucha exactitud el tipo del colono eminente, del hombre que abre un Territorio.

El capitán Couch no era, como su título podría hacerlo creer, un oficial del ejército americano; le llamaban «capitán,» bien porque hubiese obtenido este grado en alguna milicia local, ó ya por simple cortesía, porque mandaba de hecho cierto número de hombres alistados voluntariamente bajo su autoridad.

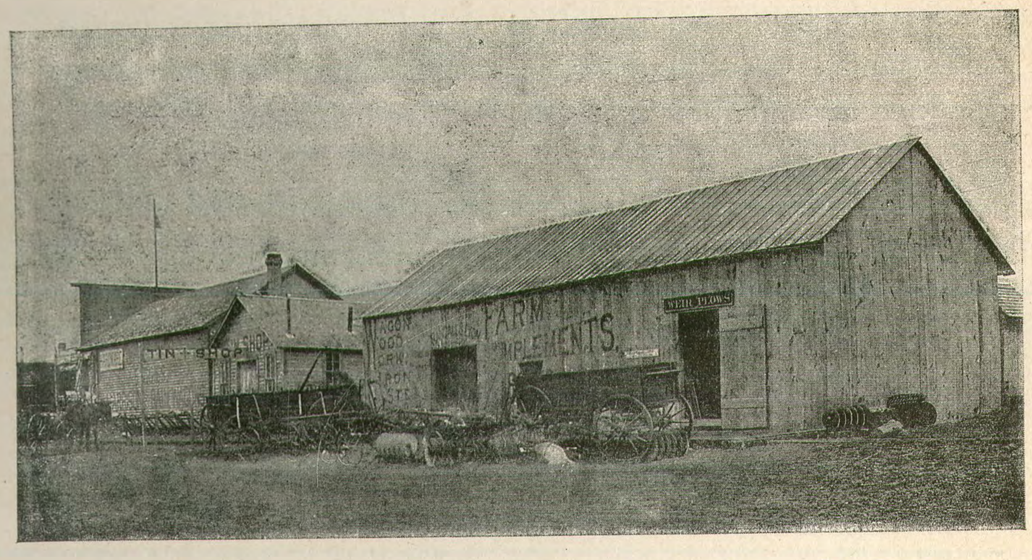
Difícil es, por otra parte, decir cuál era su profesión, pues así como muchos americanos y como la mayor parte de los naturales del Oeste, había ejercido sucesivamente varios oficios, según le obligaban á ello las circunstancias.

Por eso le encontramos á los veintiún años, en 1871, establecido, y al frente de una granja, en las tierras de Osage City, en Kansas. Había llegado el año anterior, después de separarse de sus padres, residentes en el condado de Johnson y originarios de la Carolina del Norte. En 1876 le ocurrió trasladarse más hacia el Oeste, y desembarcó con su familia en Wichita, pequeña ciudad naciente entonces y hoy llena de vida. Allí se dedicó al tráfico de ganados, lo cual le produjo rápidamente considerables beneficios; estimulado por este éxito, abrió una abacería y una tienda de quincalla; pero lejos de ocuparse exclusivamente de su melaza y de sus calderos, encontraba al mismo tiempo medios para adquirir en las cercanías una posesión rural de quinientas sesenta hectáreas.

Esta prosperidad declinó de repente en 1881 á consecuencia de varios negocios en los que Couch fué víctima de su bondad con los amigos. Obligado á liquidar, hizo frente á todos sus compromisos, volvió á su granja primitiva, y muy pronto comenzó á ganar dinero vendiendo caballos de Texas.

Pero durante su residencia en Wichita se había relacionado

con el capitán Payne, y hasta le proporcionó en distintas ocasiones un auxilio pecuniario para la organización de una colonia en Oklahoma. En 1883 hizo más, tomando parte personalmente en la tentativa de establecimiento dirigida por Payne. La reducida tropa que habían reunido contaba seiscientos hombres; Payne ejercía el mando, y Couch se encargó de los carros en número



Almacén de aperos agrícolas en Guthrie *(Oklahoma Territory)*

de ciento diez y nueve; de modo que, según vemos, tratábase de una verdadera expedición. La joven colonia había elegido ya un terreno en el brazo septentrional del Río Canadiense, cuando el capitán Carroll, del noveno escuadrón de caballería – verdadero oficial este último, – puso término á sus planes conduciendo otra vez á toda aquella gente á la frontera de Kansas y previniéndola que no la franquease en lo sucesivo.

Debe advertirse que el gobierno federal se sirve á menudo de su ejército para defender á los indios contra las invasiones de los americanos, y que hace respetar los reglamentos que prohiben la permanencia en las Reservas indias á todos cuan-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tos no sean indígenas. Vamos á ver que no se consigue siempre esto sin trabajo.

La expedición de que acabamos de hablar se había emprendido en el mes de febrero; en agosto, Payne y Couch organizaron una nueva en Arkansas City, la ciudad más próxima á la frontera, y esta vez Couch entró en el territorio indio con doscientos hombres, mientras que Payne permanecía en Kansas para estimular la opinión en favor de su empresa. En todas partes sostenía la tesis de que la colonización *de hecho* llevaría consigo necesariamente la *de derecho*, y que instalándose en Oklahoma se obligaría á los poderes públicos á declararle abierto; pero muy pronto la caballería de los Estados Unidos conducía de nuevo á la frontera á Couch y sus doscientos hombres. Era cuestión de volver á comenzar.

Esta vez Couch probó un nuevo plan: acompañado de treinta jinetes escogidos, penetró audazmente en Oklahoma, y durante un mes pudo escapar de las persecuciones de las tropas; pero al fin se apoderaron de él y de sus compañeros, y después de tenerlos encerrados algunos días en el fuerte Reno, se les condujo á Texas, donde fueron puestos en libertad.

En el año siguiente, en la primavera de 1884, seiscientos colonos invadían el Oklahoma, mas se les dispersó rápidamente; y en mayo, otros doscientos entraban á su vez para establecerse en el río Cimarrón, á unas seis millas más abajo de Guthrie; pero también éstos fueron conducidos al fuerte Reno, entregándose á la justicia á Couch y otros cuatro individuos de los principales. El tribunal, sin embargo, los absolvió, y mientras que se proseguía el juicio, Payne, seguido de muchos colonos, franqueó la línea: se le condujo al fuerte Smith, en Arkansas, donde recobró su libertad después.

En noviembre del mismo año se había resuelto hacer otra tentativa, cuando de pronto Payne murió; Couch cumplió con

él los últimos deberes, y poco después emprendía de nuevo la marcha para Oklahoma. Esta vez se estableció en el punto donde se halla actualmente Stillwater, y estimulado por la absolución de que había sido objeto, resolvió adoptar ante la fuerza armada una nueva actitud. En efecto, cuando el teniente Day, del noveno escuadrón de caballería, se presentó para intimarle la rendición, contestóle con una simple negativa, diciendo que él no desobedecía ninguna ley, puesto que no se había encontrado tribunal para condenarle, y que por lo tanto rechazaría la fuerza con la fuerza. Ante aquellas palabras enérgicas y las intenciones belicosas de los que acompañaban á Couch, el teniente, que no tenía soldados suficientes, fué á pedir refuerzo; pero el ejército de los Estados Unidos no se compone en totalidad más que de veinticinco mil hombres; las guarniciones son reducidas, y por lo tanto transcurrió un mes antes de que el capitán Hatch reuniese y condujera á Stillwater las ocho compañías que opuso á Couch. Aun enfrente de esas fuerzas superiores el capitán se negó á capitular, mostrándose dispuesto á empeñar la lucha; pero el capitán Hatch, queriendo evitar la efusión de sangre, cortó los víveres á los colonos, y al cabo de algún tiempo el hambre los obligó á volver á Arkansas City.

El asunto de Stillwater produjo en todo el país una emoción profunda. Couch hubo de comparecer de nuevo ante el tribunal de justicia, que le absolvió; las reclamaciones de los colonos fueron presentadas al Congreso, y por fin de cuentas el Presidente de los Estados Unidos quedó autorizado por una ley para entablar negociaciones con los indios Seminolas, los Creeks y Cherokees para la cesión de Oklahoma.

Esto era un triunfo, y Couch le creyó definitivo; pero aún debía vencer muchos obstáculos para alcanzar sus fines. En efecto, el presidente Cleveland no parecía nada dispuesto á utilizar la autorización del Congreso para tratar con los indígenas;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

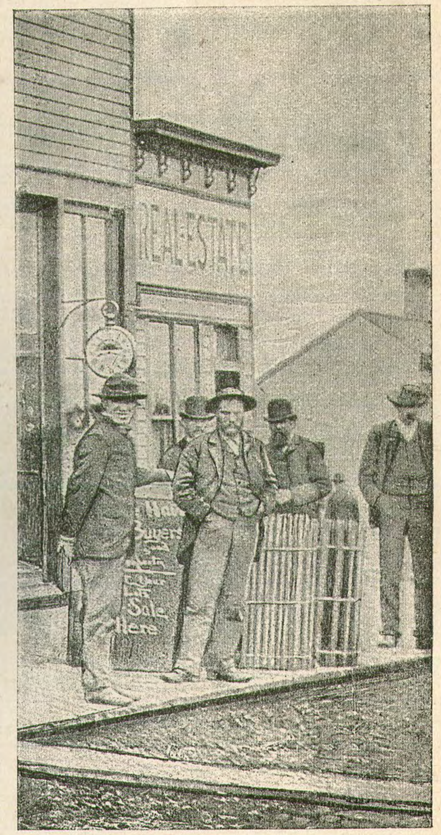
y los colonos, que esperaban impacientes en Arkansas City la declaración de apertura, comenzaban á perder toda esperanza.

Couch emprendió entonces una campaña de nuevo género. Su audacia personal había obtenido todo cuanto podía obtener; sentíase fuerte con la simpatía general, y tratábase ahora de conseguir una solución regular ejerciendo presión sobre los poderes públicos. Abandonando Kansas, marchó á Wáshington, hizo que le presentaran al Presidente y al secretario del Interior, y convencióse de su mala voluntad. Para triunfar de ella se debía por lo tanto obtener del Congreso una nueva acta legislativa; durante cuatro años Couch se esforzó para conseguir este fin con la misma perseverancia que antes había demostrado para invadir el territorio indio, y hasta 1889 no obtuvo la adopción de un *bill* para la apertura de Oklahoma.

Esta facilidad de servirse de todos los medios necesarios, por diferentes que sean, para alcanzar un objeto, constituye un rasgo importante de las costumbres americanas. El americano típico es un ser complejo, tan susceptible de vivir, bien sea aislado en un *settlement* (establecimiento) en medio de la Pradera, como en un hotel donde haya mil habitaciones, en el centro de una gran ciudad; comprenderemos esto mejor cuando hayamos visto hasta qué punto el americano vive aislado aun en medio de la multitud, y solamente notaremos ahora de paso que Couch poseía en grado supremo esa facilidad de costumbres. En efecto, es cosa muy distinta correr á caballo por las llanuras de Oklahoma, perseguido por la fuerza armada, acampar al aire libre y mantener el orden en una partida de aventureros, ó hacer antesala á la puerta de los ministros, comprar al diputado influyente, y en una palabra, conducir una intriga política.

Apenas aprobado el *bill*, Couch salió de Wáshington, y para tener ocasión de entrar en Oklahoma antes de la apertura oficial, consiguió que la Compañía del camino de hierro de Santa

Fe le permitiera poner rieles en cierta extensión de los alrededores. De esta manera estaría seguro de poder elegir un terreno ventajoso para establecerse en el momento en que el Territorio se declarase abierto; y la Compañía se hacía cómplice de este ligero fraude en cambio del gran servicio que Couch la prestaba. Hasta entonces, en efecto, la línea no había atravesado más que por Reservas indias en muy considerable extensión entre Kansas y Texas; la fundación de una colonia en Oklahoma proporcionaba á su tráfico un nuevo elemento, y esto podía llegar á ser para ella una fuente de grandes beneficios.



Tipos americanos de Guthrie
(Oklahoma Territory)

Gracias á la razón particular que podía aducir para justificar su presencia en Oklahoma, el capitán Couch esperó, pues, con paciencia el día de la apertura, manteniéndose cerca de las tierras que había elegido de antemano, y el 22 de abril de 1889, á mediodía, alejábase corriendo de la vía férrea, cuyos trabajos dirigía, para tomar materialmente posesión de un lote de terreno muy bien situado.

Nadie podía disputarle el título de primer ocupante; pero un tal Adams, pretendiendo que este título no era legítimo por el fraude de que Couch se había hecho culpable, fué á plantar su tienda en el mismo lote, reclamando el usufructo exclusivo. Esto fué origen de una larga contienda, que debía tener un resultado

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

fatal para Couch: cierto día que se ocupaba en cercar su terreno, Adams descargó sobre él los seis cañones de su revólver é infirióle varias heridas, á consecuencia de las cuales sucumbió.

Al referirme esta curiosa historia, los colonos de Oklahoma se mostraban muy admirados de aquel carácter audaz y tranquilo á la vez, de aquella extraordinaria perseverancia que había vencido todos los obstáculos. De genio inquieto, agitándose siempre, Couch representaba bien lo que se llama allí abajo un *frontierman* (hombre de las fronteras), un explorador, un fundador en suma y el tipo de esos americanos que conducen á buscar tierras nuevas á los más atrevidos colonos. Gente como los esposos californianos ó la vieja del Ohio de que antes hablé, no determinarían por sí solos la apertura de un Territorio.

III.—El derecho del primer ocupante

El fin trágico del capitán Couch nos conduce á hablar de una dificultad especial con que tropiezan en su camino todos aquellos que invaden un Territorio nuevo. Me refiero á las frecuentes discusiones que se promueven con motivo de la propiedad de las tierras.

En Guthrie han ocasionado pocos choques sangrientos, apenas dos ó tres muertes, según me dice un ciudadano con marcada satisfacción; pero se manifiestan de otras mil maneras. En la calle leo el cartel siguiente:

«UNA CRISIS

»Ha llegado el momento de obrar contra los *Lot Jumpers* (traducido textualmente, contra los individuos que han saltado sobre los lotes de terreno), contra los que promueven el desorden y ocasionan nuestra ruina. Todo ciudadano que, confiando en los derechos de la propiedad, sea amigo de la ley y del orden,

deberá presentarse en la Casa Ayuntamiento de Guthrie esta noche, á las siete y media, para organizar la protección de la propiedad honrada.»

Un caballero á quien había encontrado por la mañana y que me ve copiar el contenido del cartel en mi cartera de viaje, viene á suplicarme que no envíe este documento á París. «No crea usted, añadió, que aquí tenemos, como ustedes en su país, comunistas enemigos de la propiedad; en todo esto no se trata más que de contestaciones entre los colonos de buena fe, que han venido á Oklahoma en el día y hora fijados por el Presidente de la República, y los individuos que, habiéndose introducido fraudulentamente antes de tiempo, han podido apoderarse de antemano de ciertas tierras bien situadas. Ellos son los que llamamos generalmente *sooners* (tempraneros) ó personas que llegan demasiado pronto; pero el cartel les da el nombre de *Lot Jumpers*, aunque la idea es la misma.»



La gran arteria de Guthrie
(Oklahoma Territory)

Esta cuestión de los *sooners* agita vivamente á la población desde la apertura de Oklahoma. En un principio, los *sooners*, entre los cuales se hallaban naturalmente muchos compañeros de Payne y de Couch, se creían seguros de ganar su causa y hacían constar á toda prisa su toma de posesión; pero las protestas llegaron en gran número, y hoy se resuelven las diferencias en favor de los colonos de buena fe. Me han referido un hecho curioso que señala bien esta reacción: entre los *reporters* que habían ido á Oklahoma en abril de 1889, uno de ellos tuvo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la idea de recoger los nombres de un buen número de *sooners* instalados en lotes de ciudad en Guthrie, y los cuales, confiando en su título de primeros ocupantes, se alegraron mucho de obtener la publicidad de un diario y apresuráronse á complacer al periodista. Sin embargo, sus nombres no se publicaron desde luego; pero cuando los derechos de los *sooners* comenzaron á estar seriamente amenazados, el travieso *reporter* hizo comprender á sus clientes que tenía su suerte entre sus manos y vendió su silencio por treinta mil duros.

Todo aquel que esté convicto de haber merecido el epíteto de *sooner* puede, por lo tanto, quedar desposeído; pero aquí hay una cuestión de hecho difícil de probar, y de ahí los numerosos litigios que se originan.

Un funcionario del gobierno federal, el *Land Office Receiver*, está encargado de escuchar las quejas y las declaraciones de los colonos sobre este asunto: tengo una carta de recomendación para él, y voy por la mañana á su oficina.

Este centro oficial es una casa construída con tablas y de un solo piso; se entra pasando bajo una galería, y lo primero que se encuentra es una habitación bastante reducida en cuyo fondo ocupa el lugar preferente una arca de caudales; una estufa y algunas sillas completan el ajuar, juntamente con dos ó tres mesas á las que están sentados varios *Gentlemen* (caballeros), los cuales hablan y fuman en la postura favorita de todos los americanos. En una de esas mesas se halla el *Land Office Receiver*, joven alto y rubio, que con la pipa en la boca escucha las declaraciones de varias personas presentes, las contesta en pocas palabras, recibe su juramento y echa firmas, todo esto sin la menor solemnidad. Me adelanto en medio de los demás y entrego mi carta al *receiver*, quien la lee, habla un instante conmigo y me invita á sentarme enfrente de él, mientras que continúa examinando los asuntos que se le presentan.

Todos los individuos que desfilan de este modo ante mí durante una hora vienen á reclamar la libre posesión de su lote, y tan pronto son los colonos mismos los que comparecen, como un agente de negocios delegado por ellos. Los unos permanecen con el sombrero puesto para hablar al *receiver*, y los otros con



Una de las tres casas de piedra de Guthrie en 1890, *La Commercial Bank*

las manos metidas en los bolsillos; pero verdad es que aún no se trata más que de formalidades preparatorias.

Pregunto al *receiver* si muchas de aquellas reclamaciones no se refieren á los lotes de ciudad, más envidiados y disputados en general que las tierras de cultivo. «No, me contesta; en este momento no nos ocupamos sino de las de ciento sesenta acres (sesenta y cuatro hectáreas), de los establecimientos puramente rurales. Cuando lleguemos á los lotes de ciudad, será otra cosa; mas por el pronto la propiedad no se ha fijado aún. — Pues entonces, ¿cómo es que se edifica en un lote sin la seguridad de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

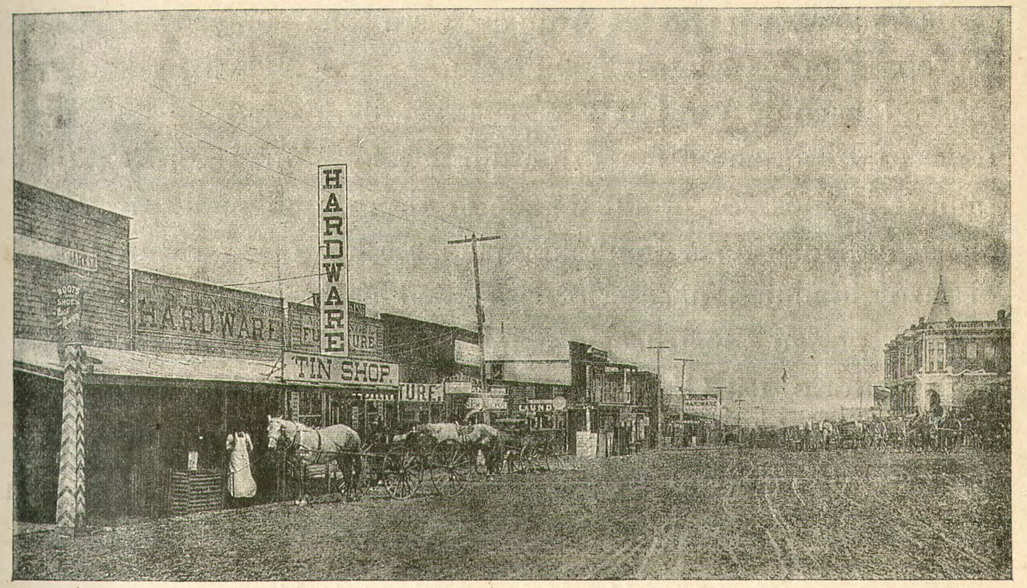
poseerle? He visto tres casas de piedra en la ciudad, y ahora mismo se construyen otras dos. ¡Supongo que esas casas no se transportan! – Ciertamente que no; pero las personas que levantan en un lote un edificio de piedra están completamente seguras de ver reconocido su derecho de propiedad. En el fondo, siempre procuramos saber si se trata de colonos formales ó de aficionados. Todo individuo que viene aquí con la intención decidida de crear un establecimiento tiene derecho á nuestras simpatías, y la mejor prueba que puede darnos de esa intención consiste en las mejoras *(improvements)* que hace en su lote. Por eso las tomamos siempre en consideración.»

Al recorrer la ciudad observo una especie de Banco, de aspecto estrambótico, cuya torrecilla aguda se destaca sobre las líneas sencillas de la arquitectura común de Guthrie: es un gran edificio de negocios *(business building)*, ó Banco comercial, cuya construcción dirige el arquitecto socialista; y más lejos veo una iglesia católica, de madera, bastante grande y bien cuidada. Los propietarios de estos inmuebles se hallan tan seguros de conservarlos como si tuvieran ya los títulos en regla. Entro en la iglesia y encuentro una Hermana benedictina que enseña á varios niños reunidos en clase, algunos de ellos protestantes. Esta religiosa es de origen belga, y me refiere que los benedictinos tienen ya en el Territorio indio antiguas misiones, lo cual les inspiró la idea de ir á Oklahoma. He aquí otra variedad de colonos.

Un Padre benedictino que allí encuentro me dice que ha comprado el terreno de su iglesia y el de la casita de madera que él habita al lado. «Ya ve usted, añade, que consideramos bien la propiedad como establecida de hecho, puesto que es objeto de transacciones.»

En suma, la incertidumbre que lleva consigo el derecho de primer ocupante tiene un correctivo. En caso de diferencias, se

atribuye la propiedad de un lote al que, habiendo tomado posesión, se instala seriamente y trabaja. Todo el mundo no puede edificar Bancos ó iglesias; pero se levanta una casita de madera y se la protege con sólidas barreras. He visto alguna buena gente formar delante de su puerta un huerto rudimenta-



Tiendas en Guthrie *(Oklahoma Territory)*

rio; mientras que otros, más cuidadosos de la elegancia, trazan pequeños parterres de flores, rodeándolos con cajas inútiles de conservas.

He aquí el colono instalado aisladamente en un Territorio nuevo; ya hemos presenciado su llegada; pero muchos de mis lectores se preguntarán sin duda cómo podrá explotar y hacer valer la tierra que se apropió. Para esto necesita el auxilio del ferrocarril.

Acabamos de ver qué complicidad tácita se había establecido para la apertura de Oklahoma entre Couch y la Compañía de Santa Fe. Semejante complicidad reina en todas partes, pues

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

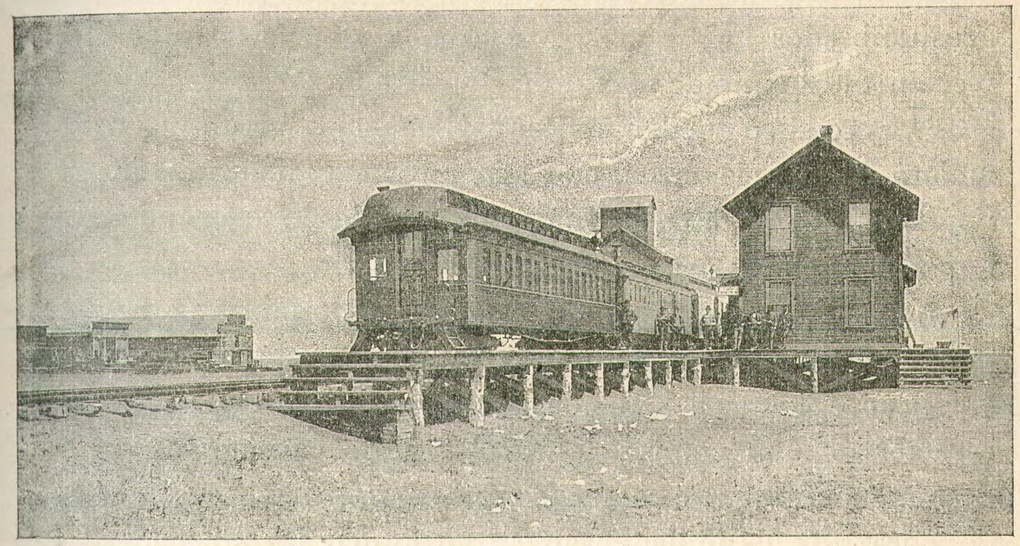
si la vía férrea necesita colonos, á éstos les hace más falta aún el camino de hierro, porque sin él les sería imposible dar salida á sus productos y obtener una infinidad de objetos que juzgan indispensables. En efecto, se ha de confesar que el americano no es un campesino que vive exclusiva y directamente de su propiedad; come conservas de carne fabricadas en Chicago, bebe te de la China y café de las Antillas, viste ropa confeccionada en Europa ó en los centros manufactureros de Nueva Inglaterra, masca tabaco de Virginia y lee cuantos diarios se publican. Todo esto lo obtiene á fuerza de duros y lo adquiere enviando á puntos lejanos los productos de la tierra, que nadie necesita en las inmediaciones donde abundan. La línea férrea constituye el lazo de unión necesario para la vida de los unos y de los otros, y por su construcción comienza siempre á tener su valor un Territorio. En Oklahoma se hallaba establecida ya, por el hecho de su situación particular; pero veamos cómo se arreglan para crearla donde no existe.

IV.—La misión de los caminos de hierro

Cuando queremos una vía férrea en Francia, intrigamos cerca de los diputados, senadores y ministros para obligar á una Compañía á construirla; y así es como nuestras subprefecturas más insignificantes han llegado á tener á su servicio líneas muy onerosas para los que las construyeron. En cambio de estas cargas que les imponen, el Estado otorga á las grandes Compañías una garantía de intereses que salen del bolsillo de los contribuyentes; así es que, por fin de cuentas, muchos caminos de hierro son un lujo que el francés se ofrece, más bien que un *negocio* en el sentido ordinario de la palabra.

En los Estados Unidos no sucede lo mismo: una empresa que *no paga*, es decir, que no produce beneficios, se abandona al

punto y deja de existir tanto más pronto cuanto que no encuentra ningún apoyo artificial para sostenerla; cada cual trabaja para sí, y el Gobierno deja á los particulares el cuidado de construir vías férreas allí donde les sean ventajosas, sin concederles ningún monopolio ni garantizarles beneficio alguno.



Una pequeña estación del Far West

Para decidir sobre un trazado se preguntan simplemente: ¿se puede ganar dinero con él? Cuando se trata de un país deshabitado, procúrase indagar qué recursos naturales ofrece, y si el examen es satisfactorio, se construye la vía férrea.

Pero dirán mis lectores: ¿cómo se encuentra dinero para emprender un trabajo á la vez tan costoso y tan arriesgado? Porque, en fin, si uno se engaña respecto á las ventajas de la región que se quiere atravesar, y si los colonos no acuden, la ruina será completa.

Sin duda que sí; pero en los Estados Unidos las personas que construyen un camino de hierro son, en general, bastante ricas para hacer el negocio entre cuatro ó cinco; de modo que si

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

están convencidas de las ventajas de la empresa y resueltas á correr el riesgo, esto basta completamente.

En segundo lugar, las vías se establecen lo más sencilla y económicamente posible. En el Este, compañías ricas y antiguas, cuyas líneas atraviesan un país muy poblado, comienzan á introducir en éstas el lujo de las obras de arte á que estamos acostumbrados en Francia; y esto es lo que sucede, por ejemplo, en el camino de hierro de Pensilvania *(Pensylvania Railroad)*. Pero si se pueden aplicar así beneficios adquiridos para la mejora de una vía férrea, no se comprometen nunca de antemano beneficios eventuales, inmovilizando desde luego un capital importante en los gastos de construcción.

Estos dos puntos son de la mayor importancia para quien quiere comprender la organización de los caminos de hierro americanos, los cuales tienen, mucho más que los nuestros, el carácter de una empresa particular, y de consiguiente deben bastarse á sí propios: es preciso *que paguen.*

Para esto es indispensable transformar las soledades que atraviesan en tierras habitadas y explotadas; y los creadores de un ferrocarril en el Oeste no han efectuado, pues, más que una parte de su tarea cuando han llevado á término la construcción.

El Estado, poseedor casi siempre de tierras vacantes, concede gratuitamente á las compañías que se fundan cierta extensión de terreno á orillas de sus líneas. El suelo está completamente dividido en secciones de una milla cuadrada (doscientas cincuenta y seis hectáreas), y se da á las compañías una sección de cada dos, que se ha de tomar, por ejemplo, al Norte de cierta línea entre tal y cual punto. De este modo se interesan en considerable espacio en la pronta ocupación de las tierras y pueden favorecerla por los medios que juzgan convenientes. Es un estímulo que el Gobierno les da en cambio de la obra de utilidad pública que emprenden; pero este estímulo no es eficaz

sino cuando las compañías están seriamente organizadas y saben atraer colonos á esas secciones, sin valor por sí mismas.

Por eso en el Oeste toda compañía bien dirigida hace en favor del país que atraviesa un reclamo, un elogio de los más pomposos. He aquí un ejemplo que, tomado del *Great Northern*, traduzco literalmente:

«TIERRAS LIBRES DEL MONTANA

»Instalaciones próximas á líneas férreas y mercados.

»Buenas oportunidades para criar caballos, ganado vacuno, carneros y cerdos; para cultivar cereales y raíces, para extraer metales preciosos y para vivir en la parte más sana del continente.

»Montana es un gran Estado, más grande que todos los de Nueva Inglaterra, cien veces tan extenso como el Ohío, y una mitad mayor que el gran Estado de Minnesota. El diagrama siguiente de las extensiones comparativas dará á los lectores, mejor que las simples palabras, una idea de la inmensidad de esa nueva y creciente república.

Superficie. – Montana. . . . . _____

Minnesota. . . . . _____

Ohío. . . . . _____

Massachussets. . . . ____

Población. – En cuanto á la población, el contraste es todo lo contrario: el Montana tiene ciento sesenta mil habitantes, y el Ohío cuatro millones.

Montana___

Ohío..... _____ _____

»Esto pone en evidencia que hay lugar en Montana para más gente, para millones de personas.

»La *Gran Reserva*, recientemente abierta á la colonización, es tan vasta como el Estado del Ohío y contiene diez y ocho millones de acres (siete millones doscientas mil hectáreas) á elegir para establecer *homes* (casas) independientes bajo la benévola

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

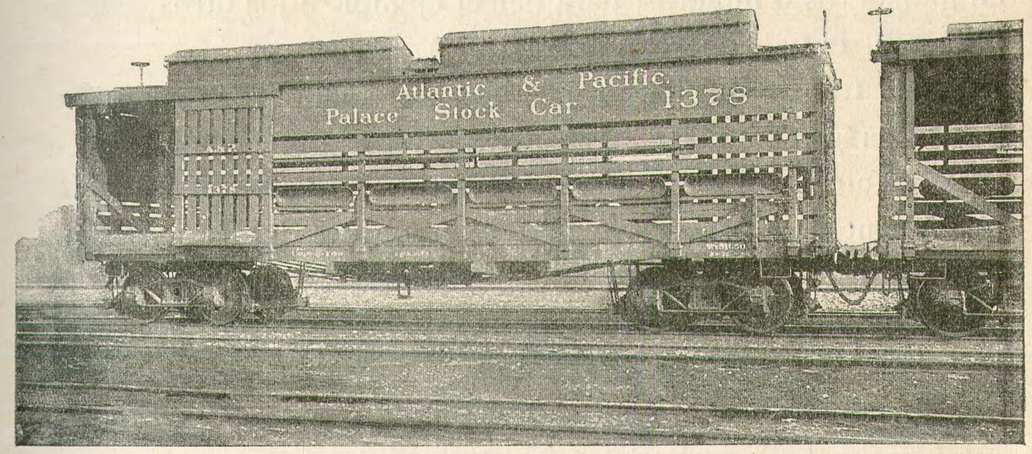
legislación federal de las tierras. El *Great Northern Railway* no posee ninguna en esta región; y el único beneficio que puede obtener poblando el país se reduce al transporte de viajeros y mercancías, como metales, carbón de tierra, lana, cereales, ganado vacuno, caballos y carneros.

»*Ganado vacuno, caballos y carneros.* – Con sus ciento sesenta mil habitantes, el Montana es uno de los más ricos países del globo, pues tiene todo lo que produce dinero *(sic)*. Para demostrar cómo los labradores y los ganaderos adquieren la riqueza, digamos que el gobernador aprecia en cinco millones de cabezas el número total de los caballos, reses de ganado vacuno y carneros, lo cual da por término medio un rebaño de treinta y dos cabezas por cada habitante del Estado, hombre, mujer ó niño. Los cuatro millones de ciudadanos del Ohío apenas poseen más entre todos ellos.»

Sigue una descripción por el mismo estilo sobre los recursos mineros, agrícolas, frutales, etc.; después un artículo sobre el clima y la salubridad, en el cual se demuestra que la única profesión poco lucrativa en Montana es la de médico; y por último, un párrafo lírico sobre la *Flor y nata de la tierra*, especie de tierra prometida situada en los valles del Alto Missuri y del Río de Leche. Después de esto, sólo falta decir dos palabras acerca de las principales ciudades y dar las señas del anunciante, lo cual se tiene buen cuidado de no olvidar en el prospecto.

Estos reclamos constituyen en los Estados Unidos un ramo importante de la literatura y se encuentran en todas partes, en el coche del camino de hierro, en el hotel y en los diarios; he citado uno al azar; mas para todas las líneas que atraviesan países nuevos se hacen otros semejantes. Tengo á la vista el indicador de la Compañía *Chicago, Milwankee y San Pablo;* se compone de una hoja grande de 1^{m},05 por 0,^{m}40; toda una cara se

destina á un mapa de los Estados Unidos; la otra está dividida en dos partes casi iguales; en la primera se encuentran las horas de salida de los trenes, y la segunda está llena de los elogios más americanos respecto á los diez y seis Estados ó Territorios que encuentra á su paso el *Chicago, Milwankee and St-Paul*



Vagones destinados al transporte de ganado

Railway. Júzguese del gasto de imaginación que se ha debido hacer para variar los epítetos laudatorios sin perjudicar al carácter superlativo de cada uno de ellos.

Por lo demás, no se puede criticar en estos informes más que la exageración de su benevolencia, pues en el fondo son verdaderos y de un alcance práctico. Interesa al colono, y de consiguiente á la línea férrea, saber que en tal punto el suelo es arcilloso y en tal otro calizo, que está cubierto de bosque ó de pastos, etc., y todo esto se indica con precisión.

Pero el reclamo por prospecto, aunque se haga muy hábilmente, no persuade á todo el mundo; para atraer á los colonos se necesitan pruebas más serias, y los creadores de un camino de hierro se las dan comúnmente haciendo que se ex-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

plote por su cuenta una parte de los terrenos cuyas ventajas elogian en el papel.

Nada demuestra mejor lo íntimamente que se relaciona la construcción de una vía férrea con la explotación del territorio que atraviesa, como el deber que se impone á los capitalistas, después de establecer una línea, de convertirse en agricultores, en ganaderos ó mineros, para dar el ejemplo á los otros y hacer prosperar el país que han abierto.

Esta transformación, ó más bien este cúmulo de ocupaciones diversas, conviene, por otra parte, según hemos visto, al carácter americano, y no se ha de extrañar nunca oir á un banquero sentado en su despacho, ó á un lonjista detrás de su mostrador, disertar con conocimiento de causa sobre las ventajas del ganado de Shorthorn comparado con el de Hereford, sobre la calidad de los trigos ó la mejor manera de cebar los cerdos: este banquero y este lonjista han sido ó son aún agricultores, y tal vez mañana se les verá en su granja.

En resumen, cualquiera que sea la naturaleza del terreno, la construcción de la vía férrea constituye la operación preliminar para dar valor á una región; pero, según la clase de las tierras, dicha construcción determina en el país el establecimiento de grandes *ranchos* de ganado vacuno ó de caballos, granjas, ó explotaciones mineras.

Vamos á ver cómo se efectúa este establecimiento.

CAPÍTULO II

LA EXPLOTACIÓN POR EL GANADO. — LOS RANCHOS

I. Un gran rancho de cebo. – II. Diversos tipos de ranchos

I. – Un gran rancho de cebo

En el Oeste se da con frecuencia el nombre de *ranchos* á unos establecimientos agrícolas muy modestos. El dueño de una pequeña finca en Kansas dice muy bien al invitaros á ir á su casa: «Venga usted á visitar mi *rancho;*» pero, en sentido general, este término se reserva á las tierras extensas consagradas á la cría de animales ó á cebarlos.

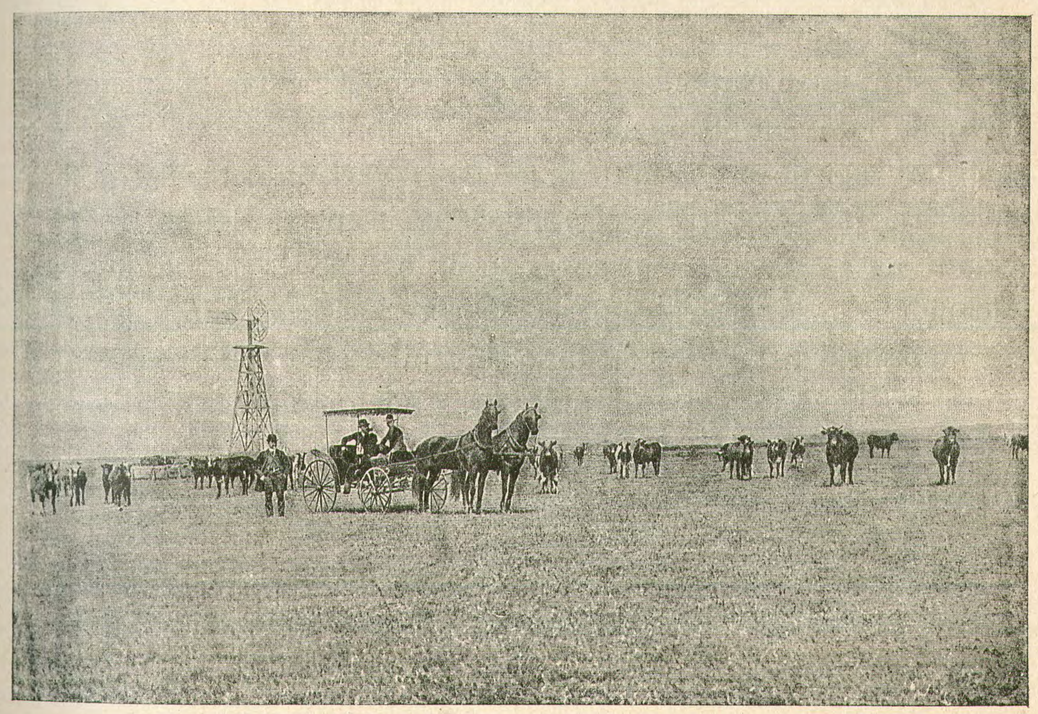
Conduciré á mis lectores á una de esas grandes instalaciones, la de la *Standard Cattle Co*, que cuenta con treinta y cinco mil cabezas de ganado en el Wyoming y ceba unas seis mil al año en el Nebraska.

El *rancho* de dicha compañía está situado á poca distancia de Frémont (Nebraska). En esta pequeña y linda ciudad me hallaba yo cuando un amigo me propuso ir á visitarle; acepté desde luego, habiendo oído hablar ya de aquella interesante explotación, y fuimos al teléfono para hablar con el propietario M. A....., y preguntarle cuándo podría enseñarnos su *rancho.* En efecto, M. A..... tiene teléfono en su casa y se comunica con Omaha, el más importante mercado de las cercanías, donde dia-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

riamente se venden algunos animales para el consumo. M. A..... nos contestó con mucha amabilidad que estaba á nuestra disposición, y á la mañana siguiente, con un brillante sol de mayo, dos caballos de paso rápido nos conducían en un *buggy* (especie de jardinera) por senderos apenas trazados en la pradera.

Muy pronto llegamos á Ames, pequeña estación de ferrocaril, establecida en la misma propiedad y de la cual forma el centro; algunas construcciones de madera, una de ellas la estación; una inmensa granja, y una oficina ó despacho, donde trabajan dos ó tres escribientes, constituyen la aglomeración. Junto á la granja, una larga chimenea se eleva á gran altura; es la de una pequeña máquina de vapor destinada á desgranar y quebrantar el maíz que han de comer los animales que se ceban; y á primera vista, todo esto parece más bien una fábrica que una explotación agrícola. Atamos nuestros caballos á los postes dispuestos para este fin, y después de esperar un momento vemos llegar á M. A..... montado en un caballito blanco; lleva botas amarillas y un gran sombrero de fieltro gris con galón rizado, como el que usan generalmente los *cow boys* (vaqueros). Apenas nos da la mano, comprendemos que estamos en presencia de un caballero. M. A....., en efecto, pertenece á una antigua familia de Boston, y fué educado en esta ciudad, el centro más aristocrático de todos los de América. Se excusa de su tardanza diciendo que acaba de dar una vuelta matinal por su rancho, y nos brinda á comenzar desde luego la visita. Dicho y hecho; nuestro vehículo tiene cuatro asientos y no somos más que tres: M. A..... sube con nosotros, desatamos los caballos, y hétenos ya en marcha para girar lo que llamaríamos en Francia la visita del propietario. La extensión del rancho (cinco mil acres, ó sean dos mil hectáreas) basta para explicar que no demos la vuelta á pie, y además, en América, solamente los *tramps* (vagabundos) van así; un caballero se creería deshonrado si anduviese una hora seguida, pues sería reconocer públicamente que su tiempo no vale el precio de una carrera en coche. Cierto que los caminos no son muy buenos; pero el *buggy* americano resiste todas las sacudidas, saliendo de todos los baches, y avanzamos sin temor en medio de las hornagueras, cortando á



Pradera de pasto del ganado joven

través de la pradera cuando el sendero parece demasiado difícil de seguir.

Lo primero que visitamos es un corral donde hay bueyes encerrados; está en un sitio bien provisto de árboles, por donde cruza un arroyo, y en medio del barro negruzco producido por el pataleo continuo de los animales, se ven grandes y largos pesebres que, elevándose á pocos pies del suelo, contienen enormes cantidades de maíz molido y de salvado; mientras que acá y allá, en los comederos, hay moles de sal pulimentadas por la

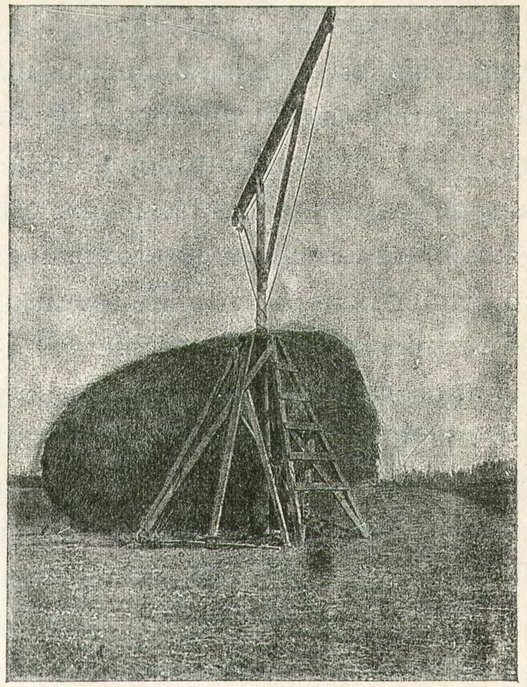
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

lengua de los bueyes que van á lamerlas, operación que les abre más el apetito, favorable á los intereses del *ranchman* (hombre del rancho). De trecho en trecho, el suelo está cubierto de heno seco, que los bueyes comen con aire distraído, como si estuvieran hartos de las golosinas que les ofrecen durante todo el día el maíz y el salvado. Todas las mañanas llega un hombre con un vehículo tirado por dos caballos, para renovar la provisión de heno; entra bien cargado y sale vacío después de dar lentamente la vuelta por el corral, mientras que el hombre le va descargando. Así provistos de un alimento abundante y variado, cerca del agua necesaria para beber y preservados de la fuerza del sol ó del viento por los árboles que les rodean, los bueyes engordan rápidamente. Seis meses de permanencia en el *rancho* bastan por término medio, pues se ceban de seis mil á siete mil cabezas al año y no hay más de tres mil á tres mil quinientas á la vez. Cierto es que se ceban también terneras, las cuales van comprendidas en este término medio y exigen menos tiempo para hallarse en buen estado.

Los bueyes no pasan inmediatamente de la vida frugal del rancho de cría del Wyoming, donde pastan la hierba natural de la pradera, al corral de cebo, pues habría peligro en llenar de repente de alimentos tan nutritivos esos grandes estómagos acostumbrados á otros mucho menos substanciosos. Se les encierra por lo pronto en grandes pastos rodeados de una cerca de alambre de hierro y espinos, donde pastan hierbas escogidas, sembradas para ellos, y poco á poco se acostumbran á raciones más abundantes de salvado y de maíz. M. A.... nos conduce á uno de esos pastos, en el que penetramos siempre en coche, sin que los animales extrañen mucho, al parecer, nuestra visita; se ve que están acostumbrados á la presencia del hombre; ya no son salvajes como los de la Pradera sin límites, sino animales domésticos; y los perseguimos para formarlos en grupos y sacar la fotogra-

fía de algunos tipos notables. Después nos dirigimos á otro punto del rancho.

Todo pasto está provisto de agua; cuando se halla á orillas de un arroyo, se saca de un pozo abierto artificialmente con auxilio de un molino de viento. Estos molinos son de uso muy general en el Oeste, y casi siempre se encuentran junto á los establos y las viviendas, señalándolos desde lejos al viajero. Tienen la ventaja de economizar la mano de obra, y esto es, como ya sabemos y es fácil comprender, la constante preocupación del americano. Por otra parte, la organización del rancho de Ames lo demuestra así bien claramente: un solo individuo puede distribuir el alimento á un considerable número de animales, y nadie los vigila en los pastos ni en los corrales, protegidos por cercas muy fuertes. Cuando nuestro coche se aproxima á la barrera de entrada, uno de nosotros se apea y la abre: en los Estados Unidos es preciso aprender á servirse á sí propio.



Hay-lifter, máquina para hacer almiares

En la pradera, entre las cercas y las tierras cultivadas, encontramos pilas de heno de reducidas dimensiones, que se forman en el momento de la cosecha con ayuda de una máquina tan sencilla como ingeniosa, llamada *hay-lifter* (elevador de heno). En otro tiempo M. A..... formaba grandes almiares, lo cual exi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gía mucho más trabajo; y según su cálculo, el método que ahora emplea produce la economía de 1 duro 25 céntimos por tonelada (6'50 francos cada 1.000 kilogramos). Los grandes almiares resultaban, en efecto, á 2 duros tonelada y los pequeños no cuestan más que 75 céntimos. Su experiencia le impulsa cada vez más á preferir las pequeñas instalaciones separadas en vez de las grandes centralizadas. Llegamos después á una especie de granja situada bastante lejos de la estación de Ames, y este es uno de los dos ó tres pequeños establecimientos que M. A..... está formando ahora en el rancho. Cuando comenzó á dirigirle, su primer pensamiento fué reunirlo todo en un solo punto; pero ha reconocido los inconvenientes de este sistema, y deplora los cuantiosos gastos que hizo en un principio para llevar á cabo este plan. La inmensa granja que llamó nuestra atención al llegar es uno de esos gastos desgraciados: se creía que el rigor de los inviernos del Nebraska exigiría un edificio enorme para encerrar los animales que se cebaban durante la peor estación, y teniendo en cuenta esta necesidad, M. A..... no vaciló en consagrar setenta y cinco mil francos á esa construcción, que no le ha servido durante los dos últimos inviernos, y de la cual se desembarazaría de buena gana si encontrase quien quisiera comprársela. Esas construcciones en madera, en efecto, tienen la ventaja de desmontarse y se trasladan con bastante facilidad. «Me convendría vender eso á un inglés,» me dijo M. A..... Y como yo no me explicase bien por qué deseaba encontrar un comprador británico, añadió: «Esa es una expresión consagrada en este país: cuando queremos deshacernos de un objeto que estorba y de subido precio, apenas podemos contar para esto con los americanos, pues son demasiado prácticos y primitivos en su manera de hacer para avenirse á semejante compra; mientras que un joven inglés, por el contrario, que acaba de desembarcar, acostumbrado al cultivo perfeccionado de Europa, careciendo de experiencia, y con bastante dinero en el bolsillo, cree fácilmente en la utilidad de esas cosas.» De igual modo en Suiza los viajeros ingleses van generalmente provistos de una infinidad de objetos, anteojos, capotes, cestas con provisiones, botiquines, etc., todo lo cual les entorpece más bien que les sirve; mientras que el americano procura siempre simplificar y da la vuelta al mundo sin equipaje, con una camiseta de franela y un cuello de celuloide. En todas las cosas se observa siempre el mismo contraste.

No solamente M. A..... divide en varias explotaciones separadas la administración directa del rancho, sino que se vale de diversas combinaciones para hacer cultivar sus tierras. En efecto, la propiedad no consiste toda ella en praderas segadas y en pastos; se siega en dos mil quinientos acres (mil hectáreas); se destinan á pastos mil doscientos (cuatrocientas ochenta hectáreas); se cultivan mil cuatrocientos (quinientas cuarenta hectáreas), y aún se debe comprar fuera una considerable cantidad de maíz.

De esos mil cuatrocientos acres, ochocientos los labran los mozos de granja de M. A..... Es un solo campo de maíz magnífico, de trescientas veinte hectáreas, y el resto se da á los arrendatarios. Los unos entregan á M. A..... la tercera parte de su cosecha, conservando las dos restantes como precio de su trabajo; otros reciben trece céntimos por cada fanega que entregan; y algunos, en fin, arriendan mediante una renta de quince fanegas por acre, ó hasta pagan en dinero; pero esta última combinación es más rara, pues M. A..... procura asegurarse sobre todo de una parte de las provisiones enormes de maíz que todos los años necesita.

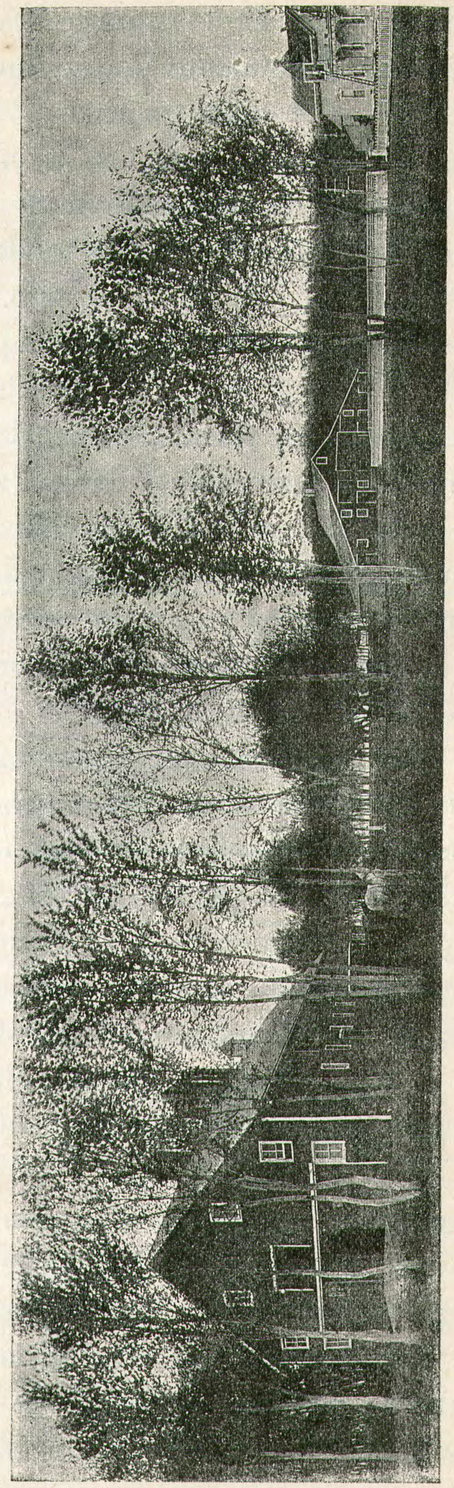
Así es cómo en los Estados más lejanos nacen todos los sistemas de arriendo conocidos en Europa. La independencia de los empleados en el rancho hace que se apele cada vez más á ese sistema que libra al *ranchman* de una vigilancia verdadera-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mente pesada y agobiadora. Tan sólo con los arrendatarios hay bastante en que pensar.

Circulábamos al aire libre desde las ocho de la mañana, y la brisa vivificante del Nebraska nos había hecho olvidar el pésimo almuerzo del hotel; de modo que con la mayor alegría aceptamos la bondadosa invitación de M. A..... cuando nos brindó á tomar un refrigerio en su casa. El teléfono había avisado ya á la señora A...., pues cuando nuestro coche se detuvo delante de la casita de madera donde vive, bajó al punto para darnos la bienvenida, y pocos instantes después entrábamos en un espacioso y elegante comedor, donde nos esperaba la comida. No recuerdo ya los manjares que la componían, pues tenía mucho apetito, y el placer de sentarme á la mesa de personas de distinción, instruídas y muy al corriente de la vida de los ranchos, se anteponía á todo goce gastronómico. Siempre es muy agradable encontrar en su camino personas benévolas y de buena sociedad; pero si este encuentro se verifica en pleno Nebraska, adquiere por tal circunstancia un encanto de primer orden. La señora A..... ha vivido algunos años en Texas y en el Wyoming, y es una verdadera *ranchwoman* (mujer de rancho), así como también una verdadera *lady* (señora); ha pasado su juventud en New-York, de donde es originaria; después viajó por Europa durante dos años, conoce perfectamente nuestra literatura francesa, y habla con la misma facilidad, bien sea en inglés ó en francés, de una novela de Daudet ó de los ganados de su esposo. Además se interesa con sencillez en todos sus deberes de ama de casa; la joven alemana, con vestido claro, que nos sirve á la mesa no tiene, al parecer, muy buena salud, y la señora A..... me dice que la hace pasear á caballo porque este ejercicio la sienta bien. Ya se comprenderá que la señora dirige por sí misma detalladamente todas las dependencias de su casa, cocina, corral, huerto, etc. El amigo que nos ha presentado á ella,

M. M...., la proporcionó espárragos y diversas plantas de adorno que le faltaban; entre vecinos es costumbre hacer así cambios de hortalizas, de flores y de frutas, como sucede en Francia en algunas de las provincias que conservan su sencillez, donde los señores de un mismo país se prestan de la mejor voluntad mutuos servicios para el embellecimiento de sus jardines. Se echa de ver aquí que se está en un medio muy rural, y que todo el mundo se interesa en las cosas del campo; pero sin esto no se puede vivir en un rancho del Nebraska. Se interesa uno tanto más cuanto que se ocupa de ello personalmente, y la preocupación de esos mil detalles se convierte á menudo en origen de goces. En el fondo, lo que más me agrada en M. A..... y su señora es verles contentos con su suerte; nada puede sustituir, para que las relaciones sean agradables, á ese feliz estado de satisfacción interior, ni tam-



Casa y dependencias de un rancho del Nebraska

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

poco hay cosa alguna que le reemplace para la tranquilidad de la vida. Ciertamente que si una buena hada transportase de pronto á este centro activo y viviente á muchos de esos hombres aburridos á quienes la existencia pesa porque es ociosa, volverían á tomar cariño á la vida, acabando por comprender que no es tolerable sino á condición de ser útil, ni tampoco interesante si no se ocupa en algo. Desde este punto de vista, los americanos pueden darnos una gran lección. Entre ellos se encuentran muy pocos de esos hombres hastiados, de carácter triste, que se rebelan contra la vida y que pertenecen á los centros exclusivamente dados á los placeres. El americano acepta como una necesidad bienhechora la lucha que la condición humana nos impone; y á semejanza de los buenos soldados, disfruta de todo el placer de la victoria, tanto más cuanto que sólo la debe á sí mismo y á sus propios esfuerzos. Bien vale esta lección el viaje á América.

Después de comer visitamos la casa, muy grande y cómoda, que ha costado cincuenta mil francos, lo cual indica ya un establecimiento definitivo: en toda la longitud de la fachada principal se corre una galería, y allí se está muy bien para fumar un cigarro, entregándose á las dulzuras de la conversación, combinadas con las del *rocking-chair* (balancín). En el salón, donde la luz penetra abundante por grandes ventanas, un buen piano ocupa el lugar preferente; y varias habitaciones, sencillas, pero bien instaladas, completan la vivienda.

Ésta se halla á pocos centenares de metros de la oficina donde estuvimos por la mañana y de la pequeña estación de Ames; en el vestíbulo hay un teléfono, cuyo timbre recuerda de vez en cuando á M. A..... sus asuntos. Desde aquí se corresponde con Omaha, y nos da noticias del mercado del día. Esta mañana ha vendido un vagón de terneras á razón de 3 duros 85 céntimos las 100 libras, y otro de bueyes á 4 duros 40 céntimos

la misma cantidad (1). Cuando cree obtener ventaja, M. A..... expide á Chicago; el teléfono y el telégrafo le permiten mantenerse en comunicación constante con los diferentes centros de venta de los Estados Unidos y decidir á qué punto conviene enviar la mercancía. Con frecuencia recibe también proposiciones y ajusta ventas sin salir del rancho.

Los días son largos en el mes de mayo, y M. A..... desea que visitemos su explotación tan completamente como sea posible. En consecuencia volvemos al coche; pero esta vez M. A..... es quien nos conduce en un *buggy* muy resistente, tirado por una yegua del Oregón y un caballo del Wyoming, tan fogosos como su dueño. Con este tiro recorreremos larga distancia en poco tiempo, sin cuidarnos de los ligeros accidentes del terreno que puedan encontrarse en nuestro camino; y á fe, nada es tan agradable como esta rápida carrera, dirigida por una mano hábil y experta. M. A..... se complace en hacernos ver la ligereza de sus caballos, amaestrados por él mismo y que casi se han criado en su rancho; se ve que se regocija de su éxito y que disfruta del placer de pasearnos en medio de su obra. Así como por la mañana, vemos todavía pastos, uno de ellos situado de una manera muy pintoresca á orillas de un estanque, bajo la sombra de los algodoneros; grandes bandadas de patos salvajes retozan en medio del agua y del sol que ilumina los magníficos *Hereford* de M. A...., y todo esto comunica al conjunto del cuadro un se-

(1) Para los lectores á quienes interese, diré que estos precios deben entenderse como de *peso vivo*. Relacionándolos con nuestras medidas francesas, y suponiendo entre el *peso vivo* y el *peso neto* la diferencia de 40 por 100, generalmente admitida para los animales de primera calidad, se obtienen los precios siguientes:

Terneras (carne limpia), 0'61 franco el kilogramo.
Bueyes (carne limpia), 0'68 ídem, íd.

Apenas representan estos precios la mitad de los de la Villette, en París.

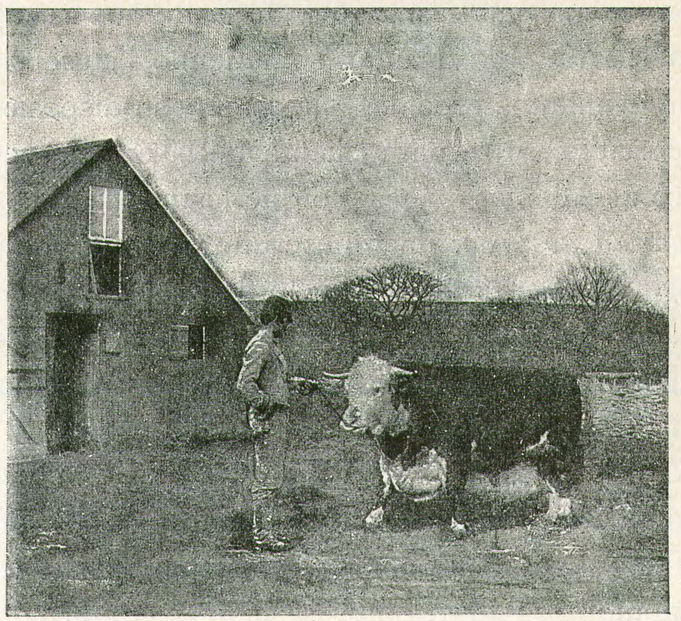
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

llo de poesía que recuerda las hermosas pinturas de Troyon. Poco más lejos llegamos á una espaciosa pocilga, compuesta de grandes construcciones de tablas, muy bajas y rudimentarias; las marranas madres están instaladas en cajones también de tablas, y diríase que aquello es una exposición de animales en un centro agrícola de ciudad pequeña. Los cerdos que se ceban se revuelcan junto á sus gamellas medio llenas, esperando que les vuelva el apetito para vaciarlas: esto es la imagen de la abundancia; en el rancho hay quinientos cerdos.

Mientras corremos por las orillas del río *La Platte*, que limita la propiedad, hablamos con M. A..... acerca de la organización del rancho. La gran dificultad con que tropieza consiste en tener hombres fieles y laboriosos, á los cuales le sea posible cobrar afecto; los que él quisiera conservar prefieren á los más subidos salarios una instalación para sí y algún negocio que puedan dirigir por sí solos. Nadie quiere ser subalterno cuando reconoce que hay medios de prosperar en un país donde todo favorece la independencia. Y sin embargo, las condiciones á que se han de someter en el rancho son muy suaves y moderadas. Algunos de ellos reciben hasta dos mil quinientos francos al año, ocupan casa separada, donde viven con su familia cuando son casados, y se les da permiso para criar cuantos animales necesiten. Un obrero establecido así en su casa, con una ó dos vacas de leche, un par de caballos y algunos cerdos, no sería muy compadecido en Francia.

Llegada la noche, nos dirigimos otra vez hacia la casa para tomar nuestras monturas y despedirnos de la señora. Al pasar cerca de su oficina, M. A..... se detiene y me invita á entrar de nuevo, conduciendo sus caballos; aquí se supone que todo el mundo debe saber montar y guiar un coche, lo cual parece tan natural como andar á pie. Algunos instantes después nos despedimos de nuestros amables huéspedes, llevando el recuerdo de

un día tan útil como delicioso. Mejor que todos los razonamientos de un libro, M. A..... me había demostrado, tan sólo por su manera de ser en medio de su rancho, por el placer que le causaba enseñarnos sus animales, por su afabilidad y su educación de caballero, qué inmensos recursos se hallan aún en la antigua



«Good Luck,» toro *hereford*

sociedad americana del Este, de donde es originario, y cuántos son los servicios que esa sociedad presta diariamente á los nuevos Estados del Oeste. Les proporciona, en efecto, una verdadera clase superior; con relación á ellos, es un plantel de *gobernadores de hombres*, y la pronta fusión de los diversos elementos que se encuentran en esas tierras vacantes no reconoce otra causa. Esta fusión se efectúa bajo la influencia de esos elementos escogidos que figuran á la cabeza del movimiento é imprimen el sello de su origen al conjunto del país. Sin querer ser lírico, confieso que al regresar por la noche á Fremont me

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

parecía haber visto trabajar en pleno siglo XIX á un fundador de sociedades, semejante por más de un punto á aquellos cuyo recuerdo ha conservado y poetizado la imaginación popular en la antigüedad. Esta impresión parecerá tal vez exagerada á primera vista; pero reflexione bien el lector, y calcule todos los obstáculos que se deben vencer para crear y dirigir semejante empresa en un país casi medio desierto; que se represente la energía necesaria para triunfar, sometiendo á su servicio una infinidad de elementos rebeldes, sin tener á su disposición ningún medio coercitivo, y se dará cuenta de la exacta verdad de la comparación. Además hágase lo que los matemáticos llaman la *prueba por lo absurdo;* imagínese un torpe, un pobre petate, ó un hombre sin energía en el rancho de Ames, y véase cuál sería el resultado: todo se hundiría muy pronto. Se necesita, pues, para dirigirle todas las cualidades contrarias, y como la empresa es considerable, se han de tener en alto grado.

M. A..... no posee para sí solo las dos mil hectáreas de Ames, ni tiene el enorme arrendamiento de los dos ranchos. Dos primos suyos, capitalistas de Boston, se han asociado con él para montar esa gran empresa bajo el nombre de *Standard Cattle Co;* pero con frecuencia se encuentra en los ranchos esa forma de propiedad; los que están consagrados á la cría se prestan á ello con una facilidad particular, y vamos á ver ahora por qué razón.

II.–Diversos tipos de ranchos

«En el Wyoming, me decía M. A....., no poseo más que sesenta y cuatro hectáreas de terreno, como un simple colono; pero apacentamos nuestros animales en otros miles de hectáreas, porque el pasto es libre mientras el suelo no esté ocupado. Cada cual soporta los gastos y participa de los beneficios de la



Tipo de *ranchman* en Flor de Lis

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

explotación según la parte que tenga en el rebaño; y si mañana quisiéramos liquidar, nos bastaría conducir nuestros animales á los mercados vecinos, pues no estamos sujetos, como aquí, por una extensa tierra en la cual hemos hecho trabajos costosos.»

Se ve por esto que una empresa de simple cría se puede tomar y dejar mucho más fácilmente que un rancho de cebo, y por eso se acomoda mejor á la forma colectiva. Al asociarse, no se sujetan indisolublemente los unos á los otros, y he aquí por qué encontraremos en los ranchos de caballos, por no citar otros, sociedades más numerosas que la de *Standard Cattle Co.*

En el rancho *Flor de Lis*, por ejemplo, en el Dacotah, cinco ó seis jóvenes franceses se han asociado con el barón de Grancey para la cría de caballos, y cruzan patrióticamente el *percherón* con la yegua americana, demasiado ligera para el servicio de tiro. En otras partes hay comanditarios, americanos del Este y hasta europeos, que confían á un *ranchman* el cuidado de hacer fructificar sus capitales, explotando una yeguada ó ganado vacuno.

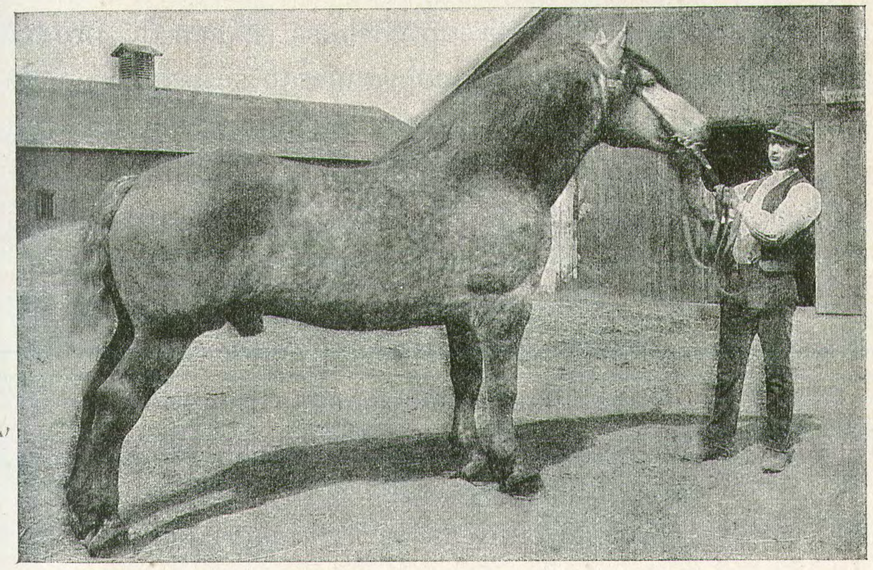
Esos establecimientos difieren también por otros puntos del que acabamos de visitar.

A causa de la falta de cultivo, no es tan complicado dirigirlos; el pasto es, en efecto, el sistema de explotación más sencillo que existe, y los animales de un rancho de cría vagan todo el año por la pradera, alimentándose exclusivamente de la hierba natural que en otro tiempo pastaban los bisontes.

He aquí por qué la vida en esos ranchos es más bien ruda que laboriosa: las correrías interminables á caballo, sufriendo el calor sofocante del estío ó el frío penetrante del invierno, constituyen el carácter principal, y en rigor no se trabaja, en la verdadera acepción de la palabra. Se trata, sobre todo, de vigilar los animales, evitar la mezcla con los ganados vecinos y amaestrar los caballos jóvenes. Buena salud, mucha energía, vigor

corporal y afición á vivir al aire libre, son las cualidades necesarias en los *cow boys* á quienes se confían esos trabajos.

El *cow boy* es un tipo muy diferente del de mozo de granja, que ya hemos visto en casa de M. A..... en el Nebraska. No tiene nada del agricultor, y se creería deshonrado si cavase ó



«Valiente,» caballo padre percherón
de la *Percheron and Arabian Importing Horse C°* (Nebraska)

labrara una hectárea de terreno; le agradan el juego, la bebida, los placeres ruidosos; es una especie de soldadote, un *reître* del siglo XVI, admirable ante un peligro inminente que urge conjurar, ó un esfuerzo violento que deba hacer; pero indiferente, intemperante é imprevisor.

El mismo carácter en el personal que dirige: en los Estados Unidos hay antiguos alféreces de nuestros regimientos de caballería, hijos de familia que sus padres embarcaron con destino al Far West, y que manifiestan en el aislamiento de un rancho ciertas cualidades verdaderas que no se observan ya en nuestra sociedad europea. Muchos de ellos, sin duda, vuelven sin un

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuarto al cabo de algunos años; pero otros adquieren experiencia, tienen el sentimiento de su valor y se hacen hombres.

Si en el rancho de cría no hay tanta complicación como en el que se destina á cebar, se halla sujeto, en cambio, á mayores riesgos.

En primer lugar se necesitan caballos padres de subido precio, pues para que la cría sea provechosa se han de producir animales de primer orden, y de consiguiente se requieren desde el principio considerables fondos para adquirir buenos reproductores, que de ordinario se envían á buscar á Europa. Desde hace algunos años, los que en nuestro país se consagran á la cría de percherones venden así ventajosamente sus productos en el mercado americano y hacen una competencia victoriosa á los *shire* y á los *clydesdale* importados de Inglaterra. El cruzamiento percherón da generalmente muy buenos resultados y proporciona á los americanos excelentes caballos de tiro, reforzando sus razas demasiado ligeras; el caballo árabe y el normando *(french coach)* se emplean también para obtener cuadrúpedos de más elegantes formas y menos pesados.

Sea cual fuere la raza á que pertenezcan, los caballos padres importados alcanzan en América precios muy subidos: el de los percherones varía generalmente entre cinco mil y diez mil francos, mientras que los *shire* y los *clydesdale* llegan casi siempre á la segunda de estas cifras: preciso es decir, para explicar estos precios, que no se importan nunca más que caballos modelos, y que uno que cuesta cuatro mil francos en el Perche se debe revender por ocho mil en los Estados Unidos para que el negocio sea ventajoso. Solamente doblando así el precio de compra se pueden recobrar los gastos de transporte, de agentes y de alimentación, resarciéndose de los considerables riesgos de la travesía. El caballo sufre siempre en un buque, y á menudo llega al puerto en muy mal estado, enflaquecido, con las cuartillas in-

fartadas y las piernas rígidas. El importador debe conservarle entonces largo tiempo para que se reponga; después ha de encontrar comprador solvente, esperar dos ó tres años antes que



Picadero de caballos padres percherones en Fremont

pague todo el importe, y á veces embargar la tierra que el comprador dió en garantía.

Los mismos inconvenientes se producen respecto á los toros que se hacen venir sobre todo de Inglaterra: de ordinario son los llamados *hereford* ó *shorthorn* (1), que se encuentran en los grandes ranchos y se venden á los que se dedican á la cría con frecuencia más caros que los caballos. He visto varias veces toros que alcanzaron el precio de trece mil francos, y no es raro

(1) La raza *shorthorn* (de astas cortas) es la misma que conocemos en Europa con el nombre de raza *durham*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

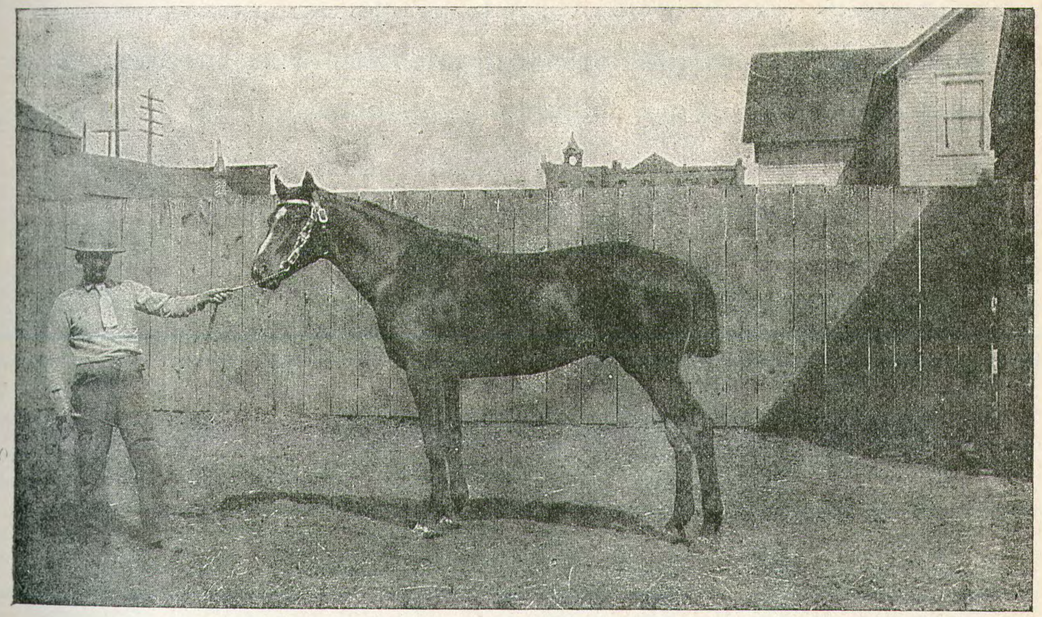
encontrar cuatro de este valor en una sola explotación. Todo accidente en animales de este género ocasiona una pérdida sensible, y bien se ve que yo tenía razón al decir que el propietario de un rancho de cría está expuesto á grandes riesgos.

No son los únicos: en los climas rigurosos del Noroeste, por ejemplo en el Montana, los inviernos son demasiado largos, y los animales encuentran poco alimento; de modo que en la primavera presentan un triste espectáculo por su flacura, sucumbiendo algunos cuando la temperatura es excesivamente baja; pero también es verdad que los caballos soportan mucho mejor que los toros los inconvenientes del extremado frío. Escarban con los cascos la capa blanca del suelo para encontrar, debajo de otra de nieve helada, el heno seco que ha cubierto, y se sostienen así hasta que vuelve la buena estación; pero los ganados resisten difícilmente. He conocido al dueño de un rancho del Wyoming que en un solo invierno había perdido veinte mil reses, más de la mitad de su ganado; pero en los ranchos de caballos no se producen tales desastres.

En cambio, individuos poco escrupulosos roban con frecuencia esos cuadrúpedos, ganándose la vida con tan lucrativo oficio. En aquellos territorios casi desiertos, donde no hay gendarmes, donde el *ranchman* no conoce sus animales sino por la marca que les imprime con un hierro candente, y donde éstos vagan, á menudo á grandes distancias de toda vivienda, es fácil apoderarse de una manada de caballos y llevarlos aceleradamente hasta un mercado muy distante, donde el cuatrero se presenta como legítimo propietario. Esto se practica de hecho con frecuencia, y el ladrón de caballos es el temor del honrado *ranchman*. Contra él se inventó en un principio la famosa ley de Lynch, que permite á la buena gente suprimir á los otros para no ser suprimida por ellos.

Las infinitas tretas de los ladrones de caballos sirven con

frecuencia de asunto de las conversaciones en los grandes ranchos del extremo Oeste. Cuando los *cow boys*, reunidos en una noche de invierno alrededor del calorífero de su casita de madera, fuman la pipa, secándose las ropas, cada cual cuenta las aventuras extraordinarias de que fué testigo, y á menudo se ha-



«Isaac,» caballo anglonormando

de la *Percheron and Arabian Importing Horse C°* (Nebraska)

bla de los caballos robados y de los ladrones linchados: una de las tretas más ingeniosas de esos ladrones, citada por el autor anónimo de un libro titulado *A Lady's ranche life in Montana*, es la siguiente: Cierto *ranchman* poseía un considerable número de yeguas que pacían libremente en las lomas vecinas, y un día recibe la visita de un individuo, quien le advierte confidencialmente, por efecto de la amistad particular que le profesaba, el peligro que corrían sus yeguas. «Si me hallase en lugar de usted, le dijo, yo no las dejaría en libertad durante la noche;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

enciérrelas en un corral (en América es una especie de parque cercado con barreras) y allí estarán más seguras.» Agradecido á este buen consejo, y felicitándose de ver tal muestra de probidad en su amigo, el cándido *ranchman* se apresuró á ir en busca de sus yeguas y á reunirlas en un corral; pero á la mañana siguiente habían desaparecido. El amigo de la víspera había burlado fácilmente la vigilancia del guardián, asegurándose una presa de primer orden al confiar al mismo propietario el cuidado de elegir lo mejor que había en la manada.

Junto á las grandes explotaciones de que acabamos de hablar hay otras más modestas y en muy considerable número. En todas partes el país se puebla; la propiedad tiende á subir de valor, se divide, y allí donde el maíz prospera, todo colono que dispone de algunos capitales los emplea en comprar ganado para convertir aquél en carne. Además, como el forraje abunda en todo el Oeste, fácil es para este colono criar por sí mismo una parte de los animales que quiere cebar, y así constituye un pequeño rancho de cebo y de cría. Este tipo es muy frecuente, sobre todo en Kansas, y vamos á describir uno de los que hemos visitado. Un francés, M. C....., posee en propiedad doscientos setenta y cuatro acres de tierras cerca de la pequeña ciudad de Florencia, en el condado de Marión, y los hace cultivar casi del todo bajo ciertas condiciones bastante análogas á las que ya he descrito al hablar del gran rancho de cebo de M. A..... El trigo que le dan sus arrendatarios lo vende, y el maíz lo guarda para que lo consuman durante el invierno los animales que ceba en la pequeña reserva que ha constituído. Durante el verano, estos animales no viven en la finca, sino que se envían á los pastos, á unas cinco ó seis millas de distancia, donde los *cow boys* se comprometen á guardarlos desde el 1.º de mayo al 15 de octubre, mediante un duro y cuarto (unos 6'50 francos) por cabeza. Esos pastos no son más que la pradera natural de Kansas, aquella donde los indios cazaban en otro tiempo el bisonte, y la suma que M. C..... paga por la alimentación de sus animales durante la buena estación representa solamente sus gastos de custodia.

Apenas se dejan sentir los primeros fríos, condúcese de nuevo el ganado al rancho para someterle al régimen invernal. Cuando M. C..... se instaló, había mandado construir una espaciosa cuadra destinada á los cebones: la experiencia le demostró, como á M. A....., que más valía dejarlos fuera, y en un corral fué donde nos enseñó los veinticinco bueyes que cebaba aquel invierno. Apenas los vimos, su aspecto nos pareció extraño, pues les habían cortado las astas al ras de la cabeza para evitar las contiendas peligrosas y facilitar que coman en común: la falta de astas afea mucho al animal, pero tiene ventajas prácticas, y los



Casa vivienda en un pequeño rancho de Kansas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dueños de rancho de Kansas, preocupándose poco de la estética, no se detienen ante esta consideración. El corral es poco extenso, pues sólo mide unos cinco acres (dos hectáreas); varios árboles de distinta especie, el nogal, el boj, etc., diseminados allí, prestan agradable sombra, y un *creek* (1) le limita con sus caprichosas sinuosidades; en el centro se ve una especie de gran cajón de madera abierto por encima; está lleno de mazorcas de maíz, y alrededor se corre á conveniente altura un pesebre puesto en comunicación con aquél por una serie de aberturas. El peso del maíz basta para hacerle bajar al pesebre á medida que los bueyes lo vacian; de modo que, sin ninguna mano de obra, los animales tienen siempre á su disposición abundante alimento. Cuando se agota, se echa el maíz con palas en el interior del cajón: bien se ve que no hay nada más primitivo.

Los bueyes no desgranan con mucho cuidado las mazorcas de maíz que se les dan de este modo, sino que las cogen entre sus poderosas mandíbulas, las trituran perezosamente, y cubren el suelo con los restos de su alimento; pero el caso está previsto, y los setenta cerdos que habitan el corral, mezclados con los bueyes, se regalan con aquellas sobras: son las migajas de la mesa del rico. Con frecuencia, en fin, el *ranchman*, cuidadoso de utilizar su maíz sin pérdida, envía al corral algunos pavos, que hacen la última inspección. A pesar de esto, el maíz se mezcla con el cieno espeso donde se hunden nuestros pies, pues se pierde mucho. Acá y allá tropezamos con alguna cubeta que contiene sal para estimular el apetito de los bueyes, cal para *dulcificarles el estómago*, según me dicen, y azufre para evitar las enfermedades de los cerdos: se cuida bien á los animales, pero de la manera más sencilla y más elemental. Para completar el cebo de los bueyes se les distribuye, sin embargo, como lo hace

(1) En el Oeste se da el nombre de *creek* (caleta) á todas las pequeñas corrientes de agua.

M. A...., una mezcla de salvado y de maíz quebrantado; pero no se obtiene una carne tan buena, porque el ganado es común *(trade stock);* mientras que M. A..... no admite en su rancho sino las especies *hereford* y *shorthorn*, esmerándose para elegir entre ellas los mejores ejemplares. Por otra parte, los precios de



Cobertizo para ganado (rancho de M. C...)

venta revelan bien la diferencia. Estoy en casa de M. C..... precisamente cuando un traficante de Kansas City viene á comprarle sus veinticinco bueyes, los cuales adquiere por mil quinientos duros, ó sea unos 4 por cada cien libras. M. A..... según hemos visto, obtenía en Omaha 4'40 duros, ó sea 4 cénts. de franco más por libra sobre el peso vivo; y aun los vecinos de M. C..... consideraban que había hecho un buen negocio.

Nada hay más curioso que la manera de conducir los bueyes á la estación de embarque: M. C..... y su criado, montados los dos y provistos de látigos con una larga tira de cuero, hacen

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

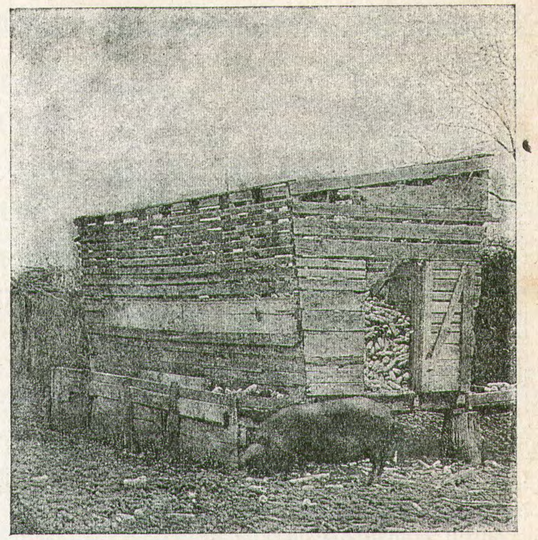
avanzar al trote á sus veinticinco animales, muy sorprendidos de aquella carrera inusitada. A todos cuantos se desvían del camino se les hace volver á latigazos, y así llegan al *yard*, especie de parque formado junto á la vía para las reses que se hayan de expedir.

Junto al corral de cebo, M. C..... tiene un *winter pasture* (pasto de invierno), donde viven ciento ocho animales, de los que ochenta se destinan al cebo en el año próximo. El resto se compone de vacas y de terneras jóvenes; una de ellas, nacida tres días hace, recibe tranquilamente en el dorso la lluvia que cae en abundancia; si resiste la prueba, tanto mejor; si muere, ya se consolarán; pero no se tarda en tomar precauciones, encerrándola con su madre en una cuadra, aunque con esto adquirirá costumbres de sibaritismo que no podrá consentir el personal de la explotación. M. C...., en efecto, no tiene más que un hombre para ayudarle á cuidar de todo aquel ganado y de los caballos de servicio.

Este pequeño rancho es un excelente tipo de explotación anticuada, y generalmente no se crían en él los animales que se ceban. «Para esto necesitaría, dice M. C...., un rebaño de quinientas cabezas, y sería mucha confusión.» Así se evita cuanto es posible todo trabajo superfluo, y el negocio marcha con poco capital; es la instalación de un colono que dispone de limitados recursos y prefiere disminuir los beneficios eventuales á arriesgar considerables sumas. Bien se reconoce en estos rasgos el carácter francés, juicioso, moderado y económico, pero poco emprendedor.

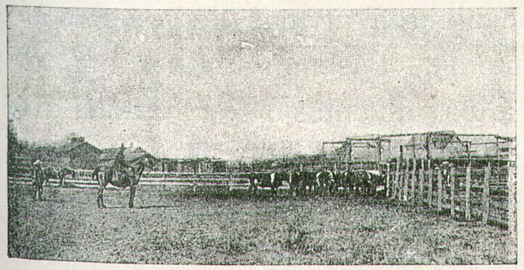
A pocas millas de distancia, otro rancho de modestas dimensiones, dirigido por dos jóvenes hermanos ingleses, presenta con el anterior un contraste bastante marcado. Allí se pican de tener animales muy escogidos, y el *hereford* de cabeza blanca se prefiere al *shorthorn*, por ser más rústico, más precoz y pesado.

También veo animales del todo negros que, según me dicen, son de la especie llamada *galloways*. Los cerdos que corren en medio de los bueyes de cebo pertenecen á la raza *Polan China*, cruzamiento muy apreciado que produce animales de cerdas rojas del más singular efecto. Fijo la atención en una vaca madre cuyo precio se calcula en dos mil quinientos francos, así como en un toro que vale doce mil, el cual ha obtenido el primer premio en un concurso reciente entre cinco Estados, Iowa, Nebraska, Illinois, Missuri y Kansas. En esta finca hay animales reproductores por valor de ciento cincuenta mil francos.



Depósito de maíz para el cebo (*self feeder*)

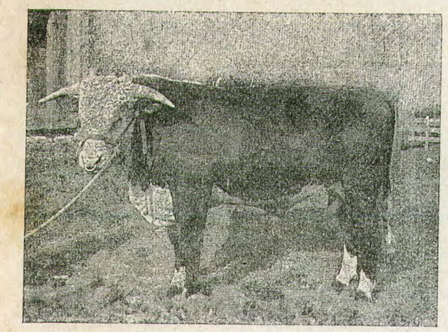
En la misma región visito un rancho de carneros, propiedad de un colono prusiano, M. W...., que ha hecho construir grandes edificios de piedra cuidadosamente acondicionados, reconociéndose por esto su propósito de establecerse allí de una manera definitiva. Un americano jamás hubiera gastado, como él, más de cien mil francos para instalar sus rebaños; bien es verdad que los naturales del país rara vez obtienen buen éxito en la cría del carnero, porque les parece que esto exige cuidados en demasía minuciosos. En efecto, por lo que veo hoy,



Embarque de bueyes en una estación pequeña

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

se necesitan muchos. En la pradera encontramos mil doscientos carneros custodiados por tres individuos, y expreso á M. W..... mi asombro al ver tres hombres ocupados al mismo tiempo en una operación tan sencilla. En Australia, dos ó tres pastores bastan para un *run* (rebaño) de veinte mil carneros. M. W..... me explica que su propiedad no está rodeada de barreras como los *runs* australianos, lo cual complica su custodia; «y además, me dice, todos los colonos de Kansas que quisieron tener carneros sin someterse á una vigilancia de cada instante, perdieron su tiempo y su dinero. Esta es la mejor razón que puedo dar á usted; aquí adopto mil precauciones, y solamente así llego á sostenerme. Todas las tardes se hace entrar una parte del rebaño en el establo grande que usted puede ver junto á la casa; el resto duerme en la pradera, en una serie de parques que se mudan de vez en cuando, trasladándose al mismo tiempo la casita de madera con ruedas, donde se alberga apenas llega la noche el pastor encargado de la custodia.» Pasamos junto á una de esas casitas, bastante análoga á los vehículos de los gitanos que se encuentran en nuestros caminos de Francia. El pastor, por lo demás, no se limita á contemplar sus carneros; cada día les distribuye un poco de salvado, maíz ó *turnips* (nabos); vigila los partos de las ovejas, y sujeta en la oreja de cada recién nacido un número correspondiente al de la madre, sirviéndose de una tirita de cuero que sostiene una chapa de cinc. De este modo, apenas ve un cordero extraviado busca la oveja á que pertenece y se le lleva; mas, á pesar de esto, el año último se

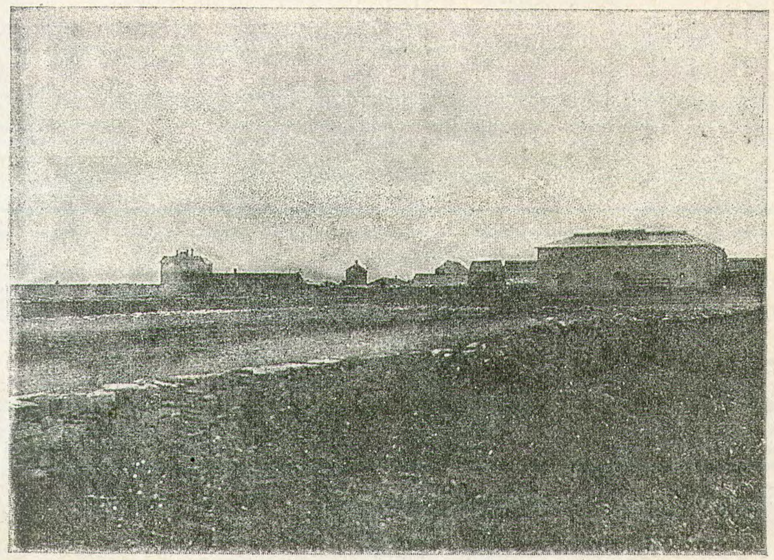


«Vincent,» toro *hereford*.

(Rancho de los hermanos M... en Kansas.) Ha alcanzado el primer premio en un concurso general entre Iowa, Nebraska, Illinois, Missuri y Kansas, justipreciado en 12.000 francos.

perdió, según me dice M. W....., el diez por ciento de los corderos jóvenes.

El producto de lana, por término medio, es de ocho libras por cabeza (3 kilog. 600 gramos). En la primavera de 1889 se esquilaron cuatro mil carneros ú ovejas, y las 32.000 libras que

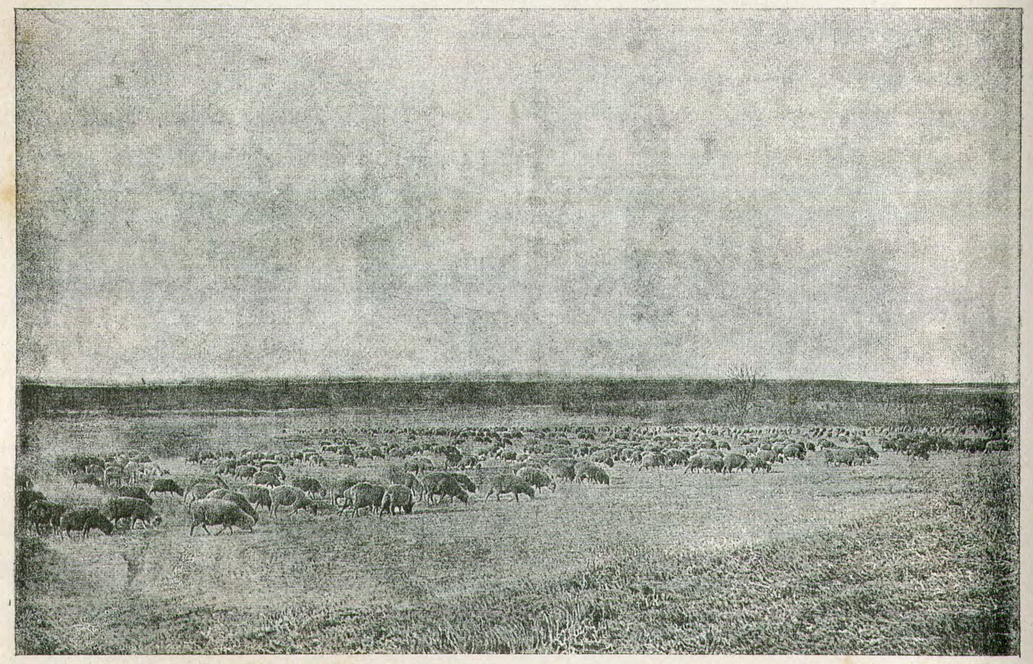


Casas de un rancho de carneros en Kansas

dieron se hallan aún en el rancho (abril de 1890); M. W..... no ha encontrado comprador que pague más de 8 ó 10 centavos la libra (de 0'80 á 1 franco el kilogramo); mas espera que la lana merina que ahora recoge recobrará muy pronto su precio normal de 20 centavos la libra. Para esto cuenta sobre todo con tarifas protectoras; pero los fabricantes del Este, que desean elevar á muy alto precio sus productos, tienen mucho menos empeño en que suba el de la materia primera que emplean, y como las influencias proteccionistas son precisamente influencias manufactureras, los que se dedican á la cría de carneros no hallan eco en sus reclamaciones ni en los partidarios de la protección, ni, por supuesto, en los del libre cambio. Esta situación extraña se expli-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ca, en el fondo, por el hecho de que los que crían carneros son los únicos agricultores de los Estados Unidos que sufren la competencia extranjera. Todos los demás, sean cultivadores ó ganaderos, ofrecen más trigo, maíz y carne de lo que el país puede consumir; mientras que, por el contrario, las fábricas de Nueva



Rancho de carneros

Inglaterra no hallan en los Estados Unidos toda la lana, ó por lo menos, todas las calidades de lana que necesitan.

En cambio, M. W..... vende sus carneros cebados desde 3'75 duros á 5 duros las cien libras (peso vivo), y por lo tanto á más alto precio que las calidades correspondientes de carne de buey. En el momento en que visito su rancho hay ochocientos carneros dispuestos para enviarlos al mercado de Kansas City.

Esta excursión á través de los ranchos nos ha puesto ya en presencia de elementos muy diversos, que en la formación de la sociedad tienen cada cual una importancia particular. Con los

grandes ranchos de cebo hemos visto el tipo eminente del colono americano; los ranchos de cría nos han dado á conocer la primera utilización del suelo por los pobladores más aventureros, y los pequeños ranchos nos han permitido entrever la constitución de una clase media de propietarios, siendo de notar que en ninguna parte hemos encontrado aún el emigrante pobre que llega á los Estados Unidos sin más fortuna que la fuerza de sus brazos. Le encontraremos en la continuación de esta obra; pero no es en los ranchos donde se le ha de buscar.

Réstanos ver ahora cómo se procede con los animales de consumo producidos por los ranchos, lo cual es la continuación natural del asunto.



UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPÍTULO III

LOS MERCADOS DEL GANADO. — LAS GRANDES «CIUDADES DE LA CARNE.»

I. Por qué y cómo se han creado las «ciudades de la carne».
II. Lo que sucede en las «packing houses» (casas de embalaje). – III. El *boom* de una ciudad de la carne

Así como el rancho de cebo es la continuación necesaria del rancho de cría, así la ciudad de la carne es consecuencia natural del rancho de cebo: cuando se han cebado los animales, preciso es matarlos.

Se me dirá que se mata el ganado en todos los países sin que por eso haya ciudades de la carne; cada ciudad, grande ó pequeña, tiene sus mataderos y carnicerías, así como sus panaderos y sus lonjas de comestibles, según sus necesidades; pero en Europa no tenemos una sola ciudad fundada sobre el comercio de carne: Lyón es la ciudad de las sederías, Burdeos la de los vinos, Newcastle ó Cardiff las del carbón, Mánchester la de los algodones, etc.; pero en ningún gran centro se ve que la carnicería sea más que un comercio al por menor.

En los Estados Unidos, por el contrario, existen varias ciudades donde la carnicería constituye una gran industria y es fuente de su riqueza; la más célebre de todas, Chicago, ha dado, desde hace unos treinta años, el ejemplo del más maravilloso desarrollo, del *boom* más extraordinario que se pueda imaginar;

ni Pittsburgo, la floreciente ciudad del hierro, ni Denver, centro de las minas metalíferas de las Montañas Pedregosas, alcanzaron nunca con tal rapidez tan estupendo desarrollo; y sobre la matanza en gran escala de los bueyes y los cerdos se funda en resumen la prosperidad de Chicago. Si alguien lo duda, que lea el primer diario satírico de Nueva York que encuentre, y mucho será que no halle algún epigrama acerca de los tocineros de Chicago; pero no se les ha de compadecer, pues poco les importa la sátira con tal que se mantengan firmes los precios de las salazones y que toda Europa pida conservas. Con verdad se podría decir en Chicago, modificando una fórmula conocida: «Cuando la carne abunda, todo va bien.»

I.—Por qué y cómo se han creado las «ciudades de la carne.»

El hecho que ha determinado la creación en los Estados Unidos de esos grandes centros de carnicería es muy sencillo: no se puede consumir en el país toda la carne que se produce; es preciso, pues, exportarla; y como se ha de expedir muy lejos, á otros continentes, se debe preparar para el viaje bajo la forma más cómoda. En su consecuencia se establecen necesariamente mataderos, no para el consumo local, como en Francia, sino para la exportación, y como esta última presenta un mercado sin límites casi, esos establecimientos no han de ser reducidos talleres, sino inmensas fábricas de conservas.

Tal es la primera razón de que existan esas grandes «casas de embalajes» *(packing houses)*, donde desaparecen cada día miles de animales.

Claro es que no en todas partes se hallarían bien situadas; deben estar al alcance de los países donde se ceba, á fin de recibir los bueyes, los cerdos ó los carneros con la mayor economía posible en los gastos de transporte, y además han de disponer

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de medios de comunicación numerosos y fáciles con los puertos de embarque.

Por eso las ciudades de la carne se trasladaban á otros lugares á medida que los centros de cría y de cebo retrocedían hacia el Oeste con el desarrollo de la civilización, y avanzaban igualmente en el mismo sentido. Cuando M. Taine quiso presentar al público parisiense, hacia 1850, un tipo de «tocinero americano,» en Cincinnati puso la residencia de Tomás Graindorge; en aquella época, en efecto, Cincinnati figuraba á la cabeza de esa industria, y durante largo tiempo se designó esa ciudad con el significativo sobrenombre de *Porcópolis*. Apenas nacía entonces Chicago; más tarde entró en escena con Louisville, San Luis, Indianópolis y Milwaukee, á los que debía dejar atrás muy pronto, y hoy tiene por rivales á Kansas City y Omaha; mañana algún burgo ignorado de Texas figurará tal vez entre las grandes ciudades de la carne.

Al fijar la vista en una carta geográfica de los Estados Unidos se echa de ver que Chicago, Omaha y Kansas City, las tres ciudades de la carne más importantes, forman una línea mixta, al Oeste de la cual se hallan los Estados productores. Esta línea corta la América de Norte á Sur y separa en realidad el Oeste del Este, los países nuevos de los países civilizados. Verdad es que existen otros centros menos conocidos; pero los doce Estados en cuya superficie están diseminados ocupan precisamente esa posición intermedia entre el Oeste y el Este (1).

En esos Estados, dondequiera que los medios de comunicación sean numerosos, se establece alguna *packing house*, y en los

(1) Estos doce Estados son: Ohío, Indiana, Illinois, Iowa, Missuri, Kansas, Nebraska, Minnesota, Wisconsin, Míchigan, Kentucky y Tennessee. Véase *Twenty first annual Report of the Hog packing and Cattle Slaughtering of Chicago. (Informe vigésimo primero anual sobre la matanza de cerdos y demás ganado en Chicago.)*

que alcanzan su mayor desarrollo, estas casas adquieren proporciones formidables.

De este modo Chicago es á la vez el centro más importante de vías férreas y el más considerable de *packing houses*. Cincuenta y una líneas, que pertenecen á treinta y dos compañías diferentes, parten de Chicago para radiar en toda la superficie de los Estados, desde el Atlántico al Pacífico, desde el golfo de Méjico al Canadá (1). En el espacio de un solo año (marzo de 1889

(1) He aquí, según la «Guía de viajeros de Appleton» *(Travellers Ready Reference Appleton Guide)*, la enumeración de esas líneas y compañías; el nombre de cada una de éstas se indica solamente cuando no tiene ninguna línea que parta de Chicago.

Vía férrea de Erie. – Camino pintoresco de América á través de las Cataratas del Niágara ó Lago Chantanqua.
Vía férrea de Chicago y el Atlántico.
Vía férrea central de Nueva York y de Río Hudson.
Míchigan Central.
Vía férrea de la Costa Oeste.
Vía férrea de Pensylvania.
Vía férrea de Fitchburgo.
Gran vía férrea del Canadá. – Línea principal.
– División meridional.
Vía férrea del Valle Alleghany.
Baltimore y Ohío. – Línea principal.
– División central del Ohío y del lago Erie.
– División Chicago.
Vía férrea de Jacksonville, Tampa y Sistema Oeste.
Vía férrea de Nashville, Chattanooga y San Luis.
Chicago, San Luis y Pittsburgo.
Vía férrea de Cleveland, Cincinnati, Chicago y San Luis.
Vía férrea del Lago Shore y Míchigan meridional.
Vía férrea de Chicago é Illinois Oriental.
Vía férrea de Milwaukee y Lago Shore Occidental.
Vía férrea de Chicago y Grand Trunk.
Vía férrea de Louisville, New Albany y Chicago.
Vía férrea de Dayton, Fuerte Wayne y Chicago.
Chicago, Rock Island y Pacífico. – Línea de California.
– División Sud-Occidental.
Illinois Central.
Vía férrea de Chicago, Milwaukee y San Pablo. – Chicago, San Pablo y Minneapolis.

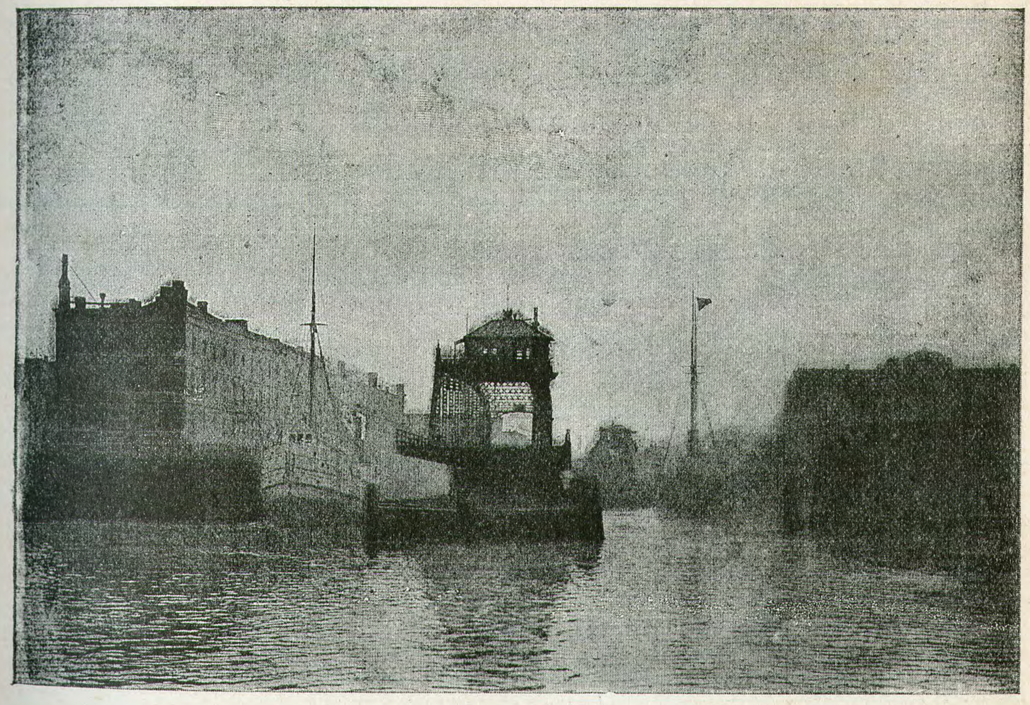
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

á marzo de 1890) se han matado cuatro y medio millones de cerdos y más de dos y medio de bueyes. Allí es, por lo demás, donde tienen su asiento principal las casas más considerables, Armour, Swift y Hammond.

Cuando se llega por primera vez á Chicago, este doble carácter de la ciudad se manifiesta tanto por la infinidad de chimeneas que despiden negro humo, cuanto por el gran número de vías férreas que atraviesan todos los barrios; y en el centro mismo se ven inmensas estaciones *(depósitos)* con extensos espacios cruzados por rieles. Para asegurar la circulación de los

Vía férrea de Chicago, Milwaukee y San Pablo. – Chicago, Council Bluffs y Kansas City.
– Chicago, *vía* Pradera del Perro ó *vía* Dubuque.
– Vía férrea de Chicago, Kalamazoo y Sagiman.
– Chicago, Santa Fe y California.
Compañía del Camino de hierro de Wabash. – Chicago á San Luis.
– Boston, Nueva York, Detroit y Chicago.
Vía férrea de Chicago y Alton. – Línea corta de Chicago y San Luis.
– Línea de Chicago y Kansas City.
Vía férrea de Wisconsin Central.
Vía férrea de Green Bay, Winona y San Pablo.
Vía férrea de Texas y el Pacífico.
Camino de Burlington. – Chicago y Peoria á Omaha y Council Bluffs.
– Chicago y Peoria á Denver y Cheyenne.
– Chicago y Peoria á Kansas City, San José y Atchinson.
– Chicago y Peoria á Denver, vía Kansas City y San José.
– Chicago á Dubuque, San Pablo y Minneapolis.
– Chicago á Denison, Houston, Austin, Galveston y el Sud y Sudoeste.
– Línea férrea de Chicago, Burlington y Quincy.
– Línea férrea de Kansas City, San José y Council Bluffs.
– Chicago, Burlington y Kansas City.
Vía férrea Norte Occidental de Chicago. – Línea de Chicago y Des Moines.
– Línea de Chicago y Milwaukee.
Vía férrea Central de Houston y Texas. – Vía férrea de Chicago, San Pablo y Kansas City.

viandantes y de los coches ha sido necesario construir innumerables puentes cuya fea armazón de hierro se eleva por todas partes; en los alrededores del *Río Chicago* el movimiento de las vías férreas, de los vapores y de los tranvías no es comparable sino con el de Nueva York en la parte baja de la ciudad.



Puente giratorio en la *Chicago River*

Para facilitar el comercio, los americanos quieren tener sus ferrocarriles en el centro de sus negocios, y prefieren con mucho afear el aspecto de una gran ciudad á exponerse á perder tiempo. ¿Qué les importa? Sus ciudades no son más que vastas casas de negocios, donde no habitan; y solamente fuera, en los arrabales, se hallan las residencias escogidas. Así se comprende, por ejemplo, que todo un lado de la duodécima calle, en una parte muy central, no tenga edificio alguno; una vía férrea la recorre en larga extensión y comunícala un aspecto sucio y mí-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

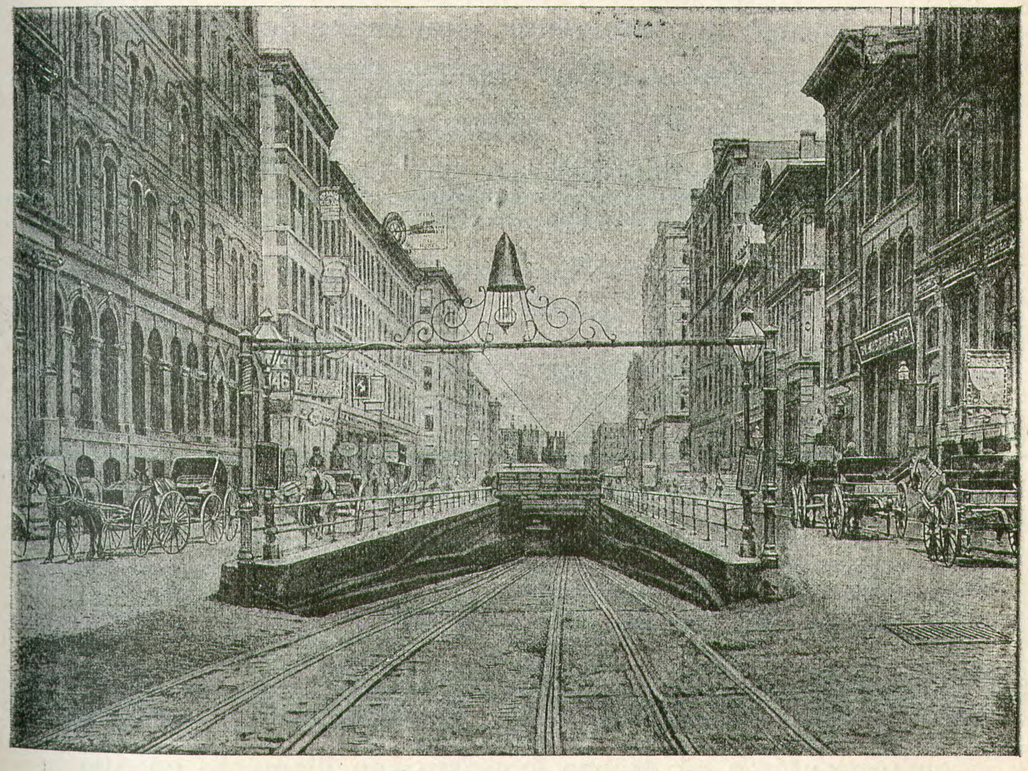
sero. En París no se toleraría semejante cosa. Las estaciones se hallan relegadas en los barrios excéntricos, excepto la de San Lázaro, que ha tenido la fortuna de quedar englobada por los ensanches de la ciudad; y la construcción de un ferrocarril metropolitano suscita viva oposición, pues no se sacrifica la elegancia á la facilidad de los transportes, porque París es ante todo una ciudad elegante; pero Chicago no tiene las mismas pretensiones y se organiza sobre todo teniendo en cuenta el desarrollo de su actividad. Todo cuanto puede contribuir útilmente á este objeto le parece justificado.

Desde antes de la creación de los caminos de hierro, Chicago parecía indicada ya, por su posición geográfica, para ser un gran centro de transportes: situada en la extremidad de la profunda escotadura que forma el lago Míchigan, era el punto más septentrional por donde podía pasar un viajero que fuera desde Nueva York al Noroeste. Cuando esta última región comenzó á poblarse, Chicago nació por la fuerza de las cosas. Además el lago Míchigan le ofrecía una comunicación preciosa hacia el Norte, y por otra parte, el Mississipí estaba bastante próximo para que, gracias á un trabajo de canalización sencillo, fuera muy fácil llegar por esta gran vía fluvial al Sur de los Estados.

Ningún punto podía, pues, tan bien como Chicago llegar á ser centro de las vías férreas americanas; pero una circunstancia particular contribuyó á que fueran más rápidos sus extraordinarios progresos en la época en que América comenzó de una manera formal la construcción de su red ferroviaria.

Se estaba en plena guerra separatista; San Luis se había declarado en favor del Sur, y el Noroeste naciente, acostumbrado á comunicarse con el Este por el valle del Missuri, del que es llave, veía cortadas sus relaciones con la costa del Atlántico. Tan crítica situación no podía prolongarse indefinidamente; el

Este tenía el mayor interés en que cesara, y entonces fué cuando comenzaron las grandes construcciones de vías férreas que debían hacer de Chicago el eje del movimiento comercial y la verdadera metrópoli del Oeste. Todos los capitales del Este combinaron sus esfuerzos para la creación de esa rival poderosa



Túnel de tranvía debajo del río en Chicago

junto á la cual San Luis palideció muy pronto, y una vez terminada la guerra, se pudo decir que el centro de América había cambiado ya.

En aquella época, el Noroeste comenzaba á revelarse, y la guerra separatista, combinada con la creación de los caminos de hierro y el nacimiento de Chicago, contribuyó á comunicarle un poderoso impulso; San Pablo no era más que una peque-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ña ciudad en 1860, y Minneápolis no existía; pero hoy cada una de ellas cuenta más de doscientos mil habitantes. Minnesota contaba con muy escasa población; apenas se sospechaba la existencia de Iowa y Wisconsin; y cada nuevo colono que iba á establecerse en aquellas tierras vacantes proporcionaba á las vías férreas un nuevo elemento de tráfico, enviando al mercado de Chicago su contingente de animales de consumo.

Así progresaban paralelamente, proporcionándose mutuo apoyo, las dos causas de la prosperidad de Chicago, el desarrollo de los caminos de hierro y el de la colonización.

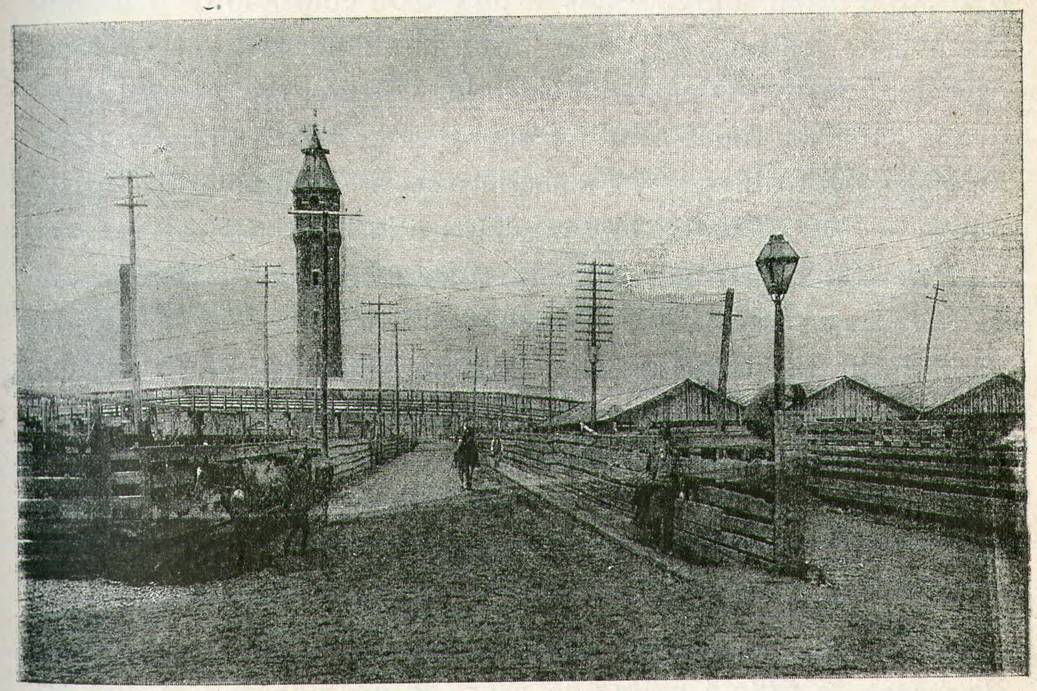
Estas dos causas obraban con tal fuerza, que cuando el espantoso incendio de 1871 destruyó la ciudad por completo, ésta renació de sus cenizas más activa y más floreciente que nunca. Conservaba su razón de ser lo mismo antes que después del desastre, porque esta razón de ser era exterior. Chicago constituye, propiamente hablando, el punto de concentración de los productos agrícolas del Oeste.

Dondequiera que esas dos causas se han encontrado simultáneamente, se formaron ciudades del mismo género; y así es como Kansas City centraliza hoy los bueyes y los cerdos de Texas, de Missuri y de Kansas, donde las grandes casas de Chicago tienen sucursales. Si Kansas City tardó más que Chicago en presentarse en escena, consiste sencillamente en que la guerra separatista retardó mucho la colonización de Missuri y de Kansas, impidiendo la construcción de vías férreas. En 1870 no existía aún en Kansas ni un solo ferrocarril, y si dicho Estado no prosperó con tanta rapidez como Chicago (1), esto se debe á que, por una parte, no ocupaba una situación geográfica tan excepcionalmente favorable; mientras que, por otra, no encontró al nacer las circunstancias pasajeras que precipitaron el

(1) Chicago cuenta más de un millón de habitantes, y Kansas City tiene solamente unos doscientos mil.

desarrollo de Chicago. La guerra separatista fué para esta última ciudad un hada benéfica, una de esas madrinas de los cuentos de niños que depositan en la cuna de la criatura una infinidad de donativos preciosos; mientras que para Missuri y Kansas fué una hada maligna.

Omaha, sin alcanzar aún la importancia de Kansas City, es



Un *stock yard* en Chicago

igualmente una de esas ciudades cuya prosperidad se funda en el tráfico de la carne; los grandes carniceros de Chicago han establecido allí mataderos, y á corta distancia del centro actual de la joven ciudad, Swift y Hammond hacen matar, descuartizar y embalar de diversos modos los bueyes y cerdos del Nebraska.

En resumen, dondequiera que se forme un nuevo Estado productor de maíz, á su lado surge una ciudad de la carne, y entonces se ve cómo se elevan, cerca de las futuras *packing houses*,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

inmensos *stock yards*, ó parques de reses, á los cuales se conducen, al salir de la vía férrea, los bueyes, los cerdos y los carneros. La organización material de esos *stock yards* es de las más sencillas: imagínese un espacio inmenso de terreno dividido en cuadros regulares por sólidos postes de madera entre los cuales se cruzan gruesas tablas; estas barreras se elevan como á 2 metros ó $2^{m},50$, y están sobrepuestas de un tablón colocado de plano en la cima de los postes, y que forma alrededor del recinto una especie de camino de ronda elevado. Un hombre, el *stockman*, puede andar en todos sentidos sobre este tablón y golpear á sus animales para obligarlos á salir del recinto ó empujarlos: en algunos de esos recintos hay pesebres á lo largo de las barreras á fin de poder distribuir alimento á las reses que deben esperar varios días su turno de ir al matadero. Por cada cabeza se paga un derecho de permanencia á la Compañía propietaria de los *stock yards*, que cubre así sus gastos de instalación, realizando comúnmente cuantiosos beneficios.

En el centro de los *stock yards* hay una especie de banco ó caja para facilitar el manejo de las considerables cantidades de numerario que el tráfico del ganado produce. Los banqueros, en efecto, tienen mucho que hacer en semejantes ciudades (1). Desde marzo de 1889 á marzo de 1890, el mercado de Chicago recibió 6.326.984 cerdos, de un peso medio de 245 libras, cuyo precio ha fluctuado entre los dos términos extremos de 3'35 duros á 5'10 las cien libras: admitiendo el precio de 4'20 duros como término medio, esto daría unos 10'39 duros por cabeza, ó sea un total de 65.737.362'86, ó *trescientos cuarenta millones* de francos en cifras redondas; pero aquí no se trata más que de cerdos; los bueyes y carneros reunidos representan una suma mucho más considerable. Desde 1885 se hacían en Kansas City negocios por valor de cincuenta y cinco millones de duros sobre el ganado de los *stock yards;* y por estas pocas cifras se puede juzgar de la importancia de las transacciones que promueve en un solo punto determinado la centralización del tráfico de la carne.

(1) He aquí, á título de informe, el cuadro expuesto en la oficina de la Cámara de comercio de Chicago el 12 de mayo de 1890.

Cerdos

Ingresos calculados para hoy.	12.000
– oficiales – ayer.	17.906
Expediciones.	5.398
Ingresos en la semana.	126.918
Expediciones.	29.885
Ingresos de la semana correspondiente al año último. . . .	146.773
Expediciones.	38.253
Número de cerdos preparados por *packing houses* en esta fecha.	849.000
– – el año anterior.	678.000

Veamos ahora, penetrando en el célebre establecimiento de M. Armour, á qué género de industria da lugar.

II.—Lo que sucede en las «packing houses»

Apenas se llega, el aspecto exterior de esas inmensas construcciones de madera y ladrillos, ennegrecidas por el humo de

Dejados aparte, unos 2.000.
Calidad: buena.
Mercado: activo; precios firmes, en alza de 2 á 5 cents.

Ganado

Ingresos calculados para hoy.	2.400
– – ayer.	10.500
Expediciones.	6.044

Mercado: activo y firme.

CERDOS	Omaha	Kansas City	Sioux City	San Pablo	San José	Indianópolis	Cincinnati	San Luis
Ingresos del día.	3.300	7.500	1.900	800	500	6.000	1.500	1.500
– oficiales de ayer. . . .	3.427	10.358	»	»	»	5.138	439	5.694
Expediciones.	305	125	»	»	»	4.115	3.785	5.532

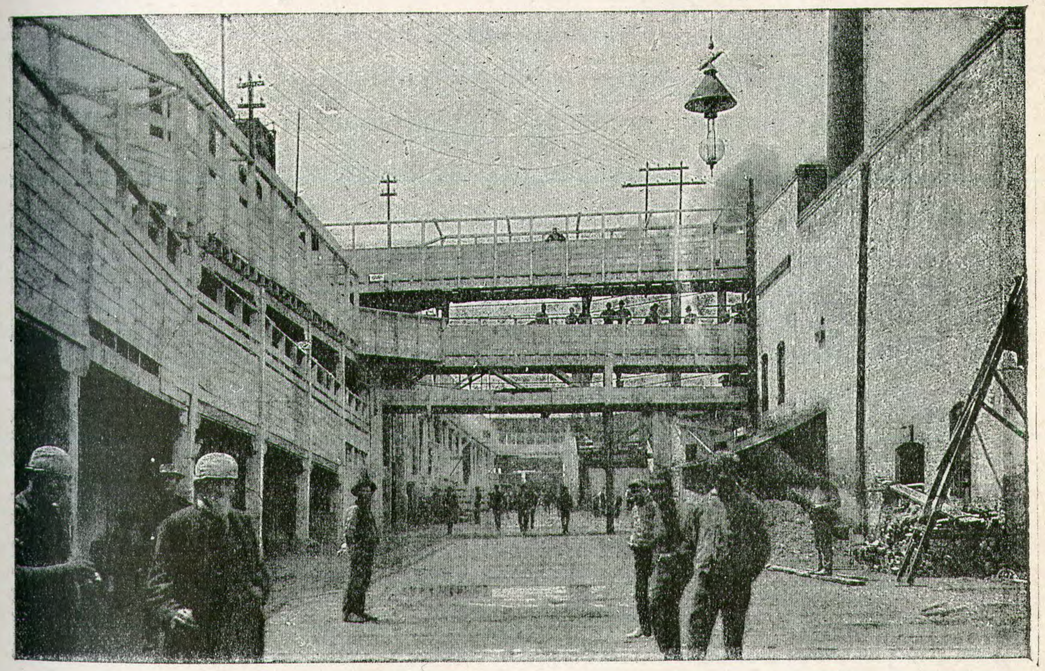
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

las chimeneas y rodeadas de parques de tablas, de vías férreas y de caminos cenagosos, produce un efecto poco agradable á la vista; y al mismo tiempo el olfato se afecta penosamente por un olor indefinible en el cual se mezclan los del establo, del matadero y de la cocina de la manera más repugnante y extraña; de modo que se experimenta como un alivio al entrar en una espaciosa habitación donde trabajan los escribientes de la casa. Allí no se ve nada más que lo ordinario: jóvenes en mangas de camisa, con el sombrero en la cabeza, escriben ante un bufete, ó bien, sentados en un taburete alto, hacen cuentas en grandes libros con el lomo reforzado con piezas de cobre. Este espectáculo trivial tranquiliza un poco al visitante tímido, dándole valor para aceptar el pequeño *ticket* (billete) mediante el cual se le permitirá circular en la *packing house* acompañado de un guía. Por mi desgracia, aquel que me tocó no era un cicerone muy bien amaestrado, y á todas mis preguntas contestaba invariablemente que estaba en casa de Armour hacía ocho días y no sabía nada; mas, por fortuna, bastaba casi ver la organización de una *packing house* para comprenderla: en efecto, nada es más sencillo en cuanto á maquinaria.

Hasta debo decir que aquella sencillez me sorprendió mucho al pronto, pues pensaba ver aparatos sorprendentes é ingeniosos, que suprimiendo casi la mano de obra, permitirían matar, descuartizar y preparar un animal sin la intervención directa de ningún operario. En vez de esto, encontré á cada paso hombres armados de grandes cuchillos, de hachas, sierras y mazos, que cortaban, aserraban y golpeaban con toda la fuerza de sus brazos: evidentemente, no era la máquina legendaria á la cual basta confiar un cerdo para encontrar en la otra extremidad morcillas y salchichas.

Mi guía me introdujo por lo pronto en el departamento de los cerdos, *hogs department*, el más curioso de todos, porque las

diferentes partes del animal corresponden á usos diversos y en la fabricación á que dan lugar hay mucha variedad. Pero procedamos con orden, lo cual será tanto más fácil cuanto que las fases sucesivas de la operación se presentan materialmente al visitante en una serie de cuadros: cada pieza se destina á un género



Entrada de la *packing house* en casa de Armour

de trabajo especial, y el cerdo pasa de una mano á otra de tal modo que, siguiéndole en su curso, se puede formar juicio exacto de todas las transformaciones que sufre.

Los cerdos son conducidos desde los *stock yards* á una especie de vasto cobertizo situado debajo de los talleres; es para ellos como una sala de espera; pero no permanecen allí largo tiempo, pues á cada minuto se enganchan cuatro ó cinco por una de las patas posteriores á una cadena de hierro que los levanta, haciéndoles desaparecer á través del techo; desde este

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

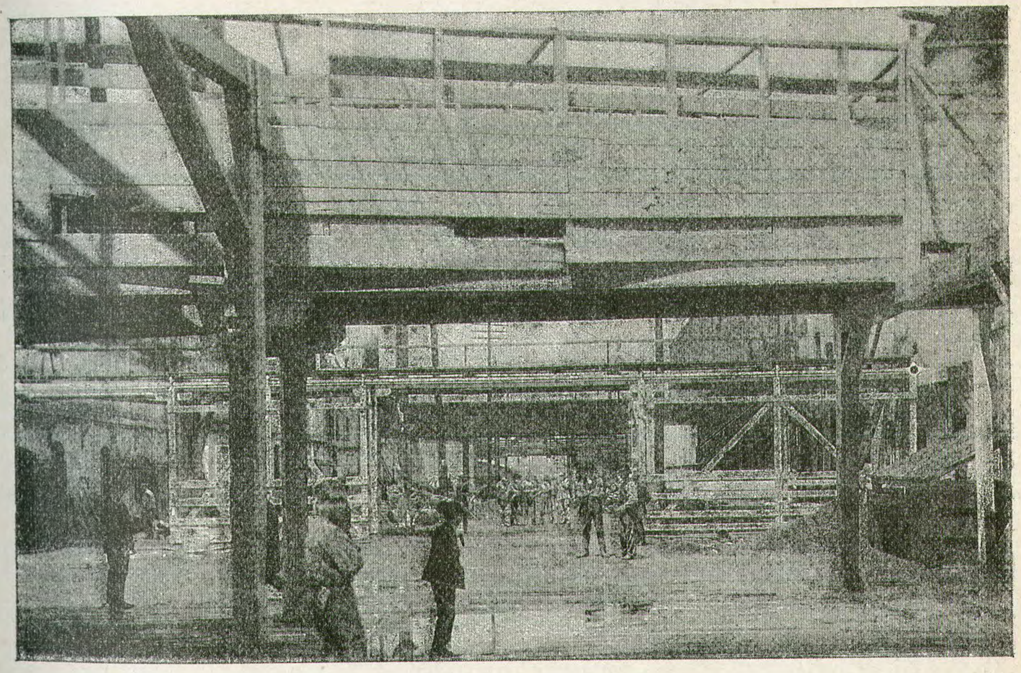
momento la operación comienza, y subimos al piso de arriba para presenciarla.

Allí se ve al cerdo salir por una trampa y elevarse á la altura de unos dos metros, siempre sujeto por la pata á la polea que le ha levantado; se le coloca así, por lo pronto, á un nivel bastante elevado, á fin de que la sola fuerza de la gravedad le permita efectuar después el viaje á que se halla destinado. En efecto, encuentra una larga barra de hierro sujeta en las vigas y ligeramente inclinada, sobre la cual se desliza sin esfuerzo el gancho de que está suspendido. Esta barra se corre en toda la longitud de la habitación donde estamos, y comunícase con otras varias en las habitaciones vecinas: es una especie de pequeña vía férrea aérea Decauville, con numerosas ramificaciones que corresponden á diversas salas de preparación, de cocción, de ahumar, etc.; pero en el punto en que nos hallamos la vía es única, porque todos los cerdos se deben someter desde luego á cierto número de operaciones preliminares, y siempre las mismas, sea cual fuere el objeto á que se destinen. Antes de convertirse en salchichas ó jamón es preciso desangrar el animal, despojarle de las cerdas, etc., y esto es precisamente lo que vamos á ver.

La barra de hierro por la cual el cerdo verifica su fúnebre viaje no está solamente inclinada, sino que también forma un ángulo en ciertos puntos, de manera que permita los cambios de dirección, determinando un breve tiempo de espera en el movimiento. Cada uno de estos tiempos, correspondiendo á los ángulos de la barra de hierro, señala una etapa: así en la primera vuelta la víctima encuentra un operario que le hunde su cuchillo en el cuello; la sangre escapa á borbotones y cae en un vasto depósito de diez metros de longitud, puesto debajo de la barra, y recibe así toda la sangre que el animal pierde durante su trayecto. Diez metros más allá, queda detenido por una

especie de puerta contra la cual choca, y este es el primer acto.

Hasta que se represente el segundo, se forman contra aquella puerta verdaderos racimos de cerdos; los unos, resignados con su suerte, pierden, sin hacer un movimiento, las últimas gotas de sangre que se escapan de su herida; los otros, agitán-



En la *packing house* en casa de Armour

dose en una convulsión suprema, se vengan de la crueldad de los hombres en sus compañeros de suplicio, y estoy viendo un desgraciado cerdo blanco y negro que, mientras da gruñidos espantosos, halla medio de morder con fuerza á su vecino, sirviéndose de cuanta energía le queda para desahogar así su rabia.

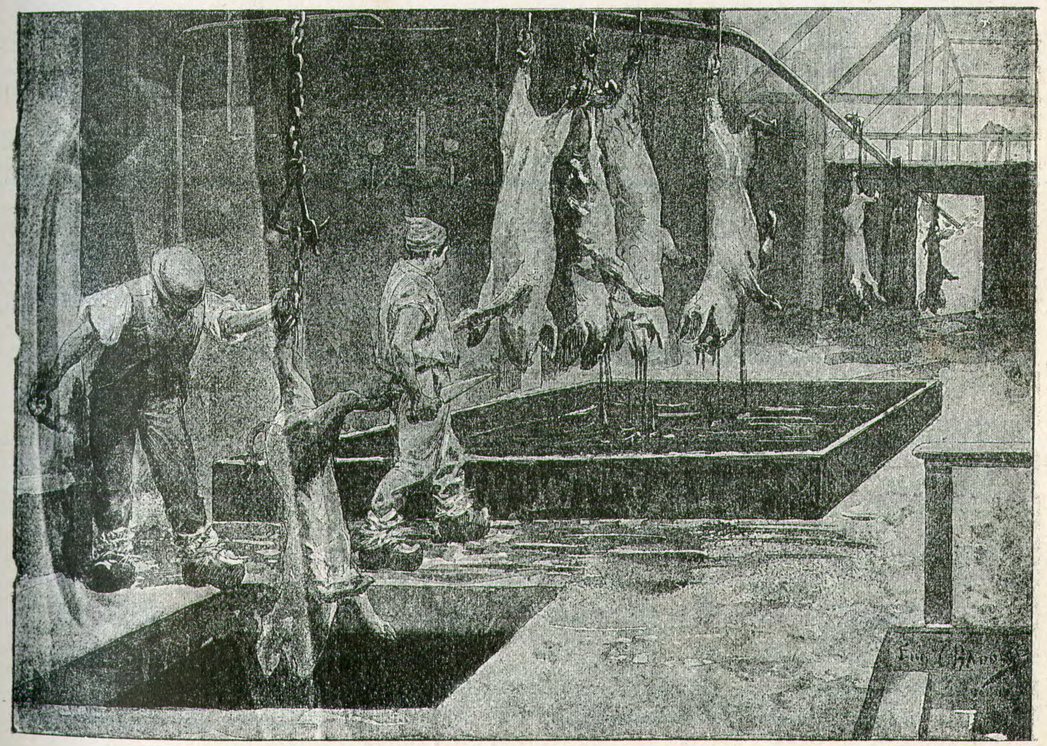
El segundo acto podría llamarse el del baño y del *masaje:* cada vez que la puerta se abre para dar paso á una de las víctimas, ésta se desliza todavía un instante por la barra de hierro; después encuentra el vacío y cae en una gran piscina de agua

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hirviendo; allí se bañan al mismo tiempo una docena de cerdos, y aquellos que conservan todavía un poco de vida acaban de perderla, y el vapor que produce el calor húmedo del agua desprende las cerdas de que se les despojará muy pronto, siendo éste el objeto de la operación. Esta última es en sí tan extraña como repugnante: los infelices animales, que los mozos ennegrecidos empujan hasta el fondo de la cubeta con grandes pértigas, para impedirles sobrenadar; las comparaciones involuntarias que suscita la costumbre de las piscinas de aguas termales; el color leonado del agua, y el olor acre y cálido que se desprende de todo esto, constituyen un espectáculo cómico y grotesco, que á su vez da ganas de reir y de marcharse. Sin embargo, se permanece allí aunque no fuera más que por respeto humano y se presencia la continuación de la operación: cuando el cerdo ha estado algunos minutos en el baño, hay que sacarlo de él, y para esto se emplea un ingenioso aparato, consistente en una serie de varillas de hierro encorvadas que forman como un enrejado cóncavo, el cual gira alrededor de un eje horizontal: los rastrillos de caballos usados en la agricultura pueden dar una idea aproximada de este aparato. En su posición normal, el enrejado se sumerge hasta el fondo del agua, en la extremidad de la cubeta; cuando se quiere que funcione, uno de los mozos del baño empuja un cerdo con la pértiga, de manera que repose sobre la parte cóncava; después se suelta una cuña, y el enrejado, efectuando una semirrevolución, deposita el animal sobre una mesa llena de agujeros; luego pasa á una máquina que le cepilla y le raspa vigorosamente, y con esto termina el segundo acto.

Después comienza la operación del descuartizamiento: un hombre corta la cabeza de un hachazo, y acto continuo el cerdo, sujeto por los tendones de las piernas á una varilla horizontal de hierro, provista de un gancho, queda otra vez suspendido de

la barra, en la cual terminará su viaje, y á partir de aquel momento, cada una de sus diversas partes tomará una dirección diferente. Separada la cabeza del cuerpo, se cortan la lengua y las orejas, mientras que los destripadores abren el cerdo en canal de un fuerte tajo vertical para extraer todo el interior y co-



El departamento de los cerdos en casa de Armour

locarlo en largas cajas, sobre las cuales varios tubos de aspersión, taladrados como las espumaderas, vierten agua de continuo. La sala donde se practica este lavado es una de las más repugnantes por su aspecto. Las desigualdades del suelo forman charcos de sangre mezclada con agua; apenas se encuentra un espacio seco donde poner el pie, y á las miradas del visitante se presentan objetos amenazadores que le rodean. Para ver bien es á menudo preciso izarse en una escalera de mano, cuyas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

gimos al departamento de ganado mayor *(catsle department.)*

Aquí se procede poco más ó menos de igual manera, sólo que la carne de buey se utiliza con más uniformidad que la de cerdo. Al principio se ve, bajo un cobertizo obscuro, un considerable grupo de bueyes; de vez en cuando un hombre abre una puerta para que salgan cinco ó seis, los cuales penetran unos tras otros en un corredor de tablas muy inclinadas; la subida les parece penosa, y el *stockman*, encaramado en lo alto de las paredes del corredor, empuja á fuerza de golpes á los más perezosos, sirviéndose á veces de un largo vergajo de cuero para obligar á seguir adelante á sus animales, á los que el olor de la sangre infunde un horror instintivo. El corredor, en efecto, es el vestíbulo del cadalso; en su extremidad hay una sala estrecha y prolongada, á lo largo de la cual se corre una plataforma alta de madera, en la que un obrero, armado de un pesado mazo de hierro, se pasea de un lado á otro, deteniéndose tan sólo enfrente de cada buey para matarle de un golpe seco entre las dos astas; acto continuo, una larga cadena de hierro provista de dos ganchos coge al animal por las patas posteriores, le iza hasta el piso superior y allí le cortan la cabeza. Después atraviesa varias salas para ser desollado y descuartizado, para salarle, distribuirle en latas, etc. No molestaré á mis lectores con la descripción de estas diversas operaciones, bastante análogas á las que se practican para los cerdos. La única observación que haré es que, á causa del peso considerable de los bueyes, el uso de una fuerza motriz mecánica para el paso de una sala á otra, ó para algunos detalles fáciles, tal como descuartizar, lo cual se hace por medio de una sierra circular, es más ventajoso aún que para los cerdos. En cambio lo es mucho menos para los carneros, y por esta razón, aunque veo matar algunos cerca del *catsle department*, este es un ramo de poca importancia en la industria de las *packing houses*. Por lo demás, la carne de carnero se adapta menos fácilmente á los procedimientos de conservación usados para el cerdo y el buey.

Cuando este último sale de las *packing houses* de Chicago, no se le destina únicamente para hacer conservas; la mayor parte se emplea como *dressed beef* (buey preparado); y así es que



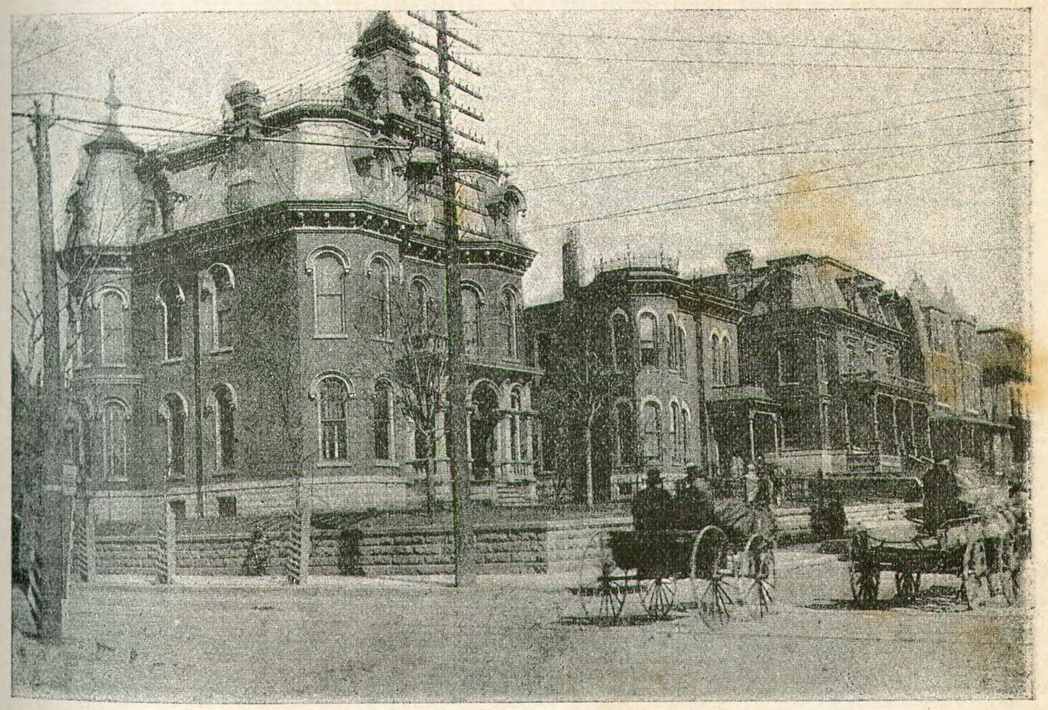
El mercado de Kansas City

de 2.206.185 reses muertas en Chicago desde marzo de 1889 al mismo mes de 1890, 1.800.000 se consumieron para el comercio del *dressed beef*. Debo decir dos palabras acerca de esta importante especialidad. Como lo indica su nombre, el *dressed beef* es simplemente la carne del animal cortada en lonjas y dispuesta para la venta á la clientela. Así preparado por las *packing houses*, el buey se coloca en vagones refrigerantes, que le distribuyen en toda la superficie de los Estados Unidos y alimenta un número enorme de mercados al detall. Por cualquiera línea que se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

viaje, se ven largas filas de esos vagones, y cada pequeña ciudad del Oeste recibe un número proporcionado á su consumo. De esa manera no es necesario ser carnicero de profesión para tener un *meat market* (mercado de carne), pues basta ir á buscar á la estación los cuartos de buey que se necesitan y cortarlos después. La división del trabajo se efectúa así, no sólo en el interior, sino también fuera de las *packing houses;* deja en manos de los grandes *packers* de Chicago, de Kansas City y de Omaha la parte técnica de la operación, y confía al primer individuo que llega la parte puramente comercial, de la que es centro la mesa del carnicero. Se vende carne en los Estados Unidos como queso en Francia, sin el menor aprendizaje, é insisto en este punto porque es un rasgo característico de América. Todo el mundo es bueno para hacerlo todo; pero entiéndase que todo se ejecuta toscamente, sin cuidado ni arte. Ninguno se enorgullece de su oficio ni se muestra celoso de su reputación profesional; pero tiene en mucho poder hacer cualquier trabajo, sea el que fuere, y saber crearse una posición independiente en medio de mil circunstancias diversas.

Tal vez sea esto el motivo que impidió al *dressed beef* americano invadir el mercado europeo. Pero se le conoce en Europa, y las estadísticas de Chicago registran triunfalmente algunas expediciones para Inglaterra, Alemania ó Francia. Sin embargo, la gran salida del *dressed beef* se halla siempre en el consumo local de los Estados. Nuestras cuidadosas amas de gobierno, acostumbradas á la carne bien presentada, ven con repugnancia esos grandes cuartos de buey conservados en hielo, que se cortaron descuidadamente por cualesquiera traficantes; y los carniceros, por su parte, se oponen naturalmente á la introducción de carnes muertas, porque hacen competencia á su oficio. Sin esto, sería tan fácil hacer atravesar el Atlántico al *dressed beef* en barcos semejantes al *Frigorífico,* como enviarle en vagones refrigerantes á puntos que se hallan á cinco ó seis días de distancia en camino de hierro. En cambio, las conservas de buey en latas y todos los diversos productos del cerdo son apreciados en el extranjero: Francia, Alemania, Inglaterra, el Canadá y las Antillas importan todos los años una cantidad notable. El gobierno



Barrio de las residencias: *Troost avenue*, en Kansas City

francés ha sido largo tiempo uno de los grandes clientes de Armour para la alimentación de la tropa. Inglaterra recibe muchos jamones, costillas de cerdo y manteca, y Suecia y Noruega piden particularmente este último artículo. Para contentar á una clientela tan poco homogénea, los *packers* han debido preparar la carne de cerdo de una infinidad de maneras: yo cuento en las estadísticas treinta y una variedades principales; mientras que el buey, por el contrario, apenas conoce más de cuatro ó cinco.

Las dependencias de una *packing house* son numerosas; ade-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

más de los almacenes enormes en que se guarda una parte de los productos, dispuestos ya para ser expedidos, se necesita un taller de tonelería para la fabricación de barriles, y otro de hojalatería para la construcción de latas para conservas; otra dependencia es el mercado de carne *(meat market)* donde se abastecen directamente, sin auxilio de ningún intermediario, ciertos fondistas de la ciudad donde está situada la *packing house*.

Al salir de esas curiosas manufacturas se experimenta una alegría indecible apenas se respira el aire puro y se ve brillar el sol; mas por la noche, cuando el negro del hotel nos presenta el *beefsteack*, se recuerdan cosas horribles, en las que es prudente no pensar si se quiere conservar el apetito. Sin embargo, no se ha de lamentar la visita cuando se desea darse cuenta de la manera de proceder de los americanos. Esa fabricación, en efecto, es muy americana en su naturaleza, en su modo de ser y en sus resultados: brutal, rápida y produciendo grandes beneficios, hállase al alcance casi de cualesquiera obreros, y además explota una de las riquezas principales de los Estados, ocupando, de consiguiente, un lugar de primer orden entre las fuentes de su prosperidad material. No tan sólo enriquece á los *packers*, algunos de los cuales, Armour entre otros, poseen fortunas colosales, sino que, permitiendo la utilización de los productos agrícolas americanos para los mercados del mundo entero, activa los progresos de la colonización y el desarrollo siempre creciente de las tierras de la Unión.

III. – El «boom» de una ciudad de la carne

Las *packing houses* producen además otro resultado: concentrando el comercio de la carnicería en algunos puntos determinados, crean ciudades considerables, y será interesante estudiar desde ahora su fisonomía especial. Cuando uno se pasea, en un

día de sol, por la *Avenida Míchigan* de Chicago, por donde circulan elegantes carruajes, ó bien por la *Avenida Troost* de Kansas City, flanqueada de grandes y magníficas casas, natural es decirse, por poco que se reflexione, que la razón de ser de ese lujo se halla, al fin y al cabo, en las *packing houses*, sucias y



Wabash street en Chicago

ahumadas, alrededor de las cuales se formaron esas ciudades. Aquí corresponde, pues, decir algunas palabras sobre el asunto.

Para darse cuenta, en lo posible, del *boom* de una de esas ciudades, se hace preciso remontarse con el pensamiento á unos cincuenta años atrás: el contraste es sorprendente. Cierto día tuve la fortuna de encontrar en Chicago un viejo americano establecido allí hacía cincuenta y cinco años; había venido en aquella época para dedicarse al tráfico de pieles, y me hizo un relato sobre sus relaciones con los indios Illinois, las cacerías á que se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

entregaban los mercaderes para librarse de los lobos, y los combates que debían sostener á veces contra sus compañeros salvajes cuando los barriles de ron, distribuídos con demasiada liberalidad ó negados con excesiva firmeza, producían entre ellos la embriaguez ó la cólera. Hablamos, ó más bien escuché largo tiempo con profunda atención aquella interesante conversación, y cuando me levanté para despedirme de él, no sin sorpresa volví á encontrarme en el despacho del *city comptroller* (superintendente) de Chicago, en medio de la inmensa y suntuosa casa de la ciudad. Sin embargo, no era muy antigua la historia que había oído, y me hallaba en el lugar mismo donde ocurrieron los hechos en ella citados. En el terreno donde se elevan las grandes casas de negocios *(business buildings)* que flanquean la calle de *Lassalle* crecía la hierba cincuenta años hace, y la calle de *Dearborn* debe su nombre al fuerte *Dearborn*, que edificado por el gobierno federal para proteger á la compañía americana de las pieles, no se derribó hasta 1856. Chicago contaba quince hogares en 1830; su población es hoy de un millón de almas, y el mismo hombre ha podido ver esta transformación extraordinaria.

Esto tiene algo de prodigioso, y sin embargo, la historia de Chicago es la de todas las grandes ciudades de la carne en el Oeste; la situación geográfica, á la cual se debe la formación de los centros de vías férreas y de comercio de ganado, es la que permitió en otro tiempo constituir los de bateles ó caravanas y de tráfico de pieles. Hacia 1840, Chouteau, un francés, hijo del fundador de San Luis, establecía en el Missuri un nuevo depósito de pieles, y el obispo católico de Kansas City, misionero en aquella época, recuerda haber visto su metrópoli actual compuesta de un fuerte, un almacén y algunas cabañas; Omaha y Council Bluffs, situadas á cada lado del Missuri, á corta distancia de su confluencia con el Platte, debieron igualmente su origen al

comercio de pieles. Todos esos almacenes ó factorías hubieran desaparecido hoy si su prosperidad se hubiese fundado únicamente en ese efímero comercio; una vez provistos de armas de fuego por los traficantes, los indios debían agotar rápidamente el recurso natural que explotaban; pero detrás de esos traficantes, los colonos avanzaban por los antiguos territorios de caza, conduciendo ganado, cultivaban aquéllos y creaban en vez del recurso de las pieles, que había desaparecido con la caza mayor, una nueva riqueza inagotable y creciente.



Chicago en 1833

Chicago, que figura á la cabeza de las ciudades de la carne, es también la más activa, la más audaz y más americana de las ciudades de la Unión. «Esos hombres de Chicago, me decía cierto día un francés muy capaz de juzgarlos sanamente por su larga permanencia en los Estados, son emprendedores de una manera á la vez loca y admirable; nada les abate ni les asombra; al día siguiente del espantoso incendio que destruyó su ciudad en 1871, comenzaban á edificarla de nuevo sin la menor

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vacilación levantando casas en un extremo, mientras que el otro ardía aún.»

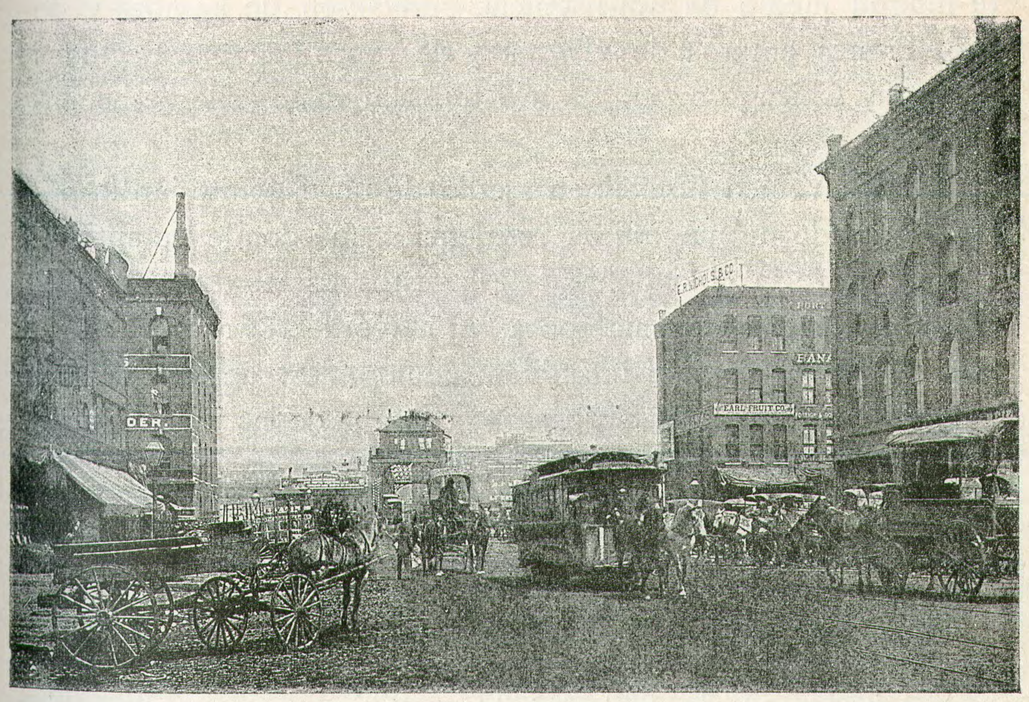
Allí es, en efecto, donde el *go ahead* americano, la idea de seguir siempre adelante, sin quejas inútiles, sin recriminaciones, en previsión del porvenir y con audacia y calma, alcanza el máximo de su intensidad. Cualesquiera que sean las preocupaciones que la educación haya inspirado, no se puede menos de experimentar una sincera admiración ante esa soberbia confianza.

Esta última reconoce dos orígenes: la energía de los americanos y su costumbre de triunfar; por lo mismo es mayor allí donde el éxito fué más particularmente ruidoso, y más en las ciudades de la carne, en el Oeste, que en los centros ya antiguos del Este, más firme en Chicago que en ningún otro punto.

No tengo intención de presentar á mis lectores la historia completa de Chicago, y solamente procuraré darles, por algunos hechos, una idea de la importancia y de la rapidez de su *boom*.

Por lo pronto, conviene recordar que la ciudad de Chicago quedó completamente destruída en marzo de 1871 por un incendio terrible; *una sola casa*, que aún se enseña, escapó de las llamas; recientemente fué adquirida por una biblioteca pública muy bien dotada, que ordenará pronto su derribo, y todo extranjero debe emprender una especie de peregrinación para ver el último vestigio de la antigua ciudad. La extensión del siniestro se explica, sin embargo, por la inusitada rapidez con que el fuego se propagaba. A eso de las nueve de la noche, los primeros resplandores del incendio se divisaron al Norte de la ciudad; en aquella época, el servicio de bomberos no alcanzaba el grado de perfección á que llegó después; pero todos estaban acostumbrados á ver con frecuencia incendios en las casas de madera, que constituían casi del todo la ciudad, sin que se siguiera

ningún desastre general, y excepto en la vecindad inmediata, nadie se alarmó mucho. Un testigo ocular me ha referido que, viviendo en un barrio lejano, había visto llamas al Norte; pero que se acostó sin la menor inquietud: á eso de la media noche, un *policeman* llamaba á su puerta para advertirle que el fuego



Vista de State street en Chicago

avanzaba con espantosa rapidez; y en efecto, un viento furioso, tal como los que solamente América conoce, impelía el incendio hacia el centro de la ciudad, haciendo temer una conflagración universal. Sin embargo, el foco estaba todavía á una milla por lo menos, y M. W..... quiso aprovechar la breve dilación que esta distancia parecía asegurarle para ir á prestar auxilio á una familia amiga: una hora después, al volver á su casa, vió que ésta era ya pasto del fuego, y á las veinticuatro horas toda la ciudad ardía.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Innumerables muertos y ruinas completas fueron el resultado de aquel siniestro colosal: la población de Chicago era entonces de unas trescientas sesenta mil almas, y fué necesaria toda la generosidad de los americanos para evitar que tantas familias, desalojadas de sus casas y sin tener momentáneamente ningún medio de subsistencia, pereciesen de hambre y de frío. Trenes enteros de víveres y de ropas llegaban de todas partes, y Chicago no era ya más que un vasto asilo de beneficencia.

En la avenida Drexel, en medio de un elegante jardín público rodeado de magníficas residencias, fué donde un antiguo habitante de la ciudad me refería estos tristes detalles; y yo pensé que hacia la misma época, en mayo de 1871, París había visto también algunos incendios memorables, de los que aún subsistían bastantes vestigios; me acordaba de las tristes ruinas del Tribunal de Cuentas y de las avenidas flanqueadas de prados que reemplazan á las Tullerías. En Chicago no hay nada semejante: en vez de la ciudad de madera y ladrillo para trescientas setenta mil almas, se ha erigido otra mejor construída, que cuenta ya un millón de habitantes; el desarrollo, interrumpido un momento, ha continuado con más fuerza que antes, y los terrenos que veo á derecha é izquierda, aunque situados muy lejos del centro, valen aún cien pesetas el metro cuadrado. Los más se cubren de casas particulares de elegante aspecto, y las avenidas adyacentes, por la parte del lago Míchigan, están flanqueadas igualmente de una serie de habitaciones privadas, á las cuales prestan sombra grandes árboles, circuyéndolas un pequeño prado que las aisla una de otra. Nada se parece menos á nuestros caserones parisienses; aquí todos están en su casa, no tan sólo la clase acomodada, sino también la obrera; los que por circunstancias particulares no pueden instalarse en estas condiciones hacen todos los esfuerzos posibles para conseguirlo, y consideran que es de primera necesidad un *home* (casa propia) independiente. Vivir en hotel propio no es un lujo inusitado ni una señal de gran fortuna; en la *avenida Greenwood* veo encantadoras residencias que pueden valer de quince mil á veinte mil duros cada una, lo cual representa un alquiler de cuatro mil á



Una vista del parque de Lincoln en Chicago

cinco mil francos en París; y si tenemos en cuenta el valor del dinero, muy diferente en Chicago y en aquella capital, será preciso rebajar al menos una mitad. No creo exagerar al decir que esas casas están habitadas por personas que en Chicago poseen una fortuna correspondiente á la de los parisienses que pagan dos mil francos de alquiler.

Los obreros y los empleados subalternos encuentran casas menos costosas en los arrabales más modestos, donde el precio del terreno disminuye hasta un duro el metro cuadrado; pero allí

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

también los especuladores en terrenos han realizado buenos beneficios. En un principio, todos los alrededores de Chicago fueron cedidos por el Gobierno al precio de un duro y cuarto el acre, ó sea 16'25 francos la hectárea; pero aunque fuese á un duro el metro cuadrado, ó sean cincuenta y dos mil francos por hectárea, podría decirse que el negocio *es bueno.* Por eso el oficio de *real estate man* (especulador en terrenos) se desarrolló en Chicago en grandes proporciones. Se han hecho y perdido y vuelto á recobrar fortunas enormes en ese negocio, y el movimiento de ensanche de la ciudad continúa siempre.

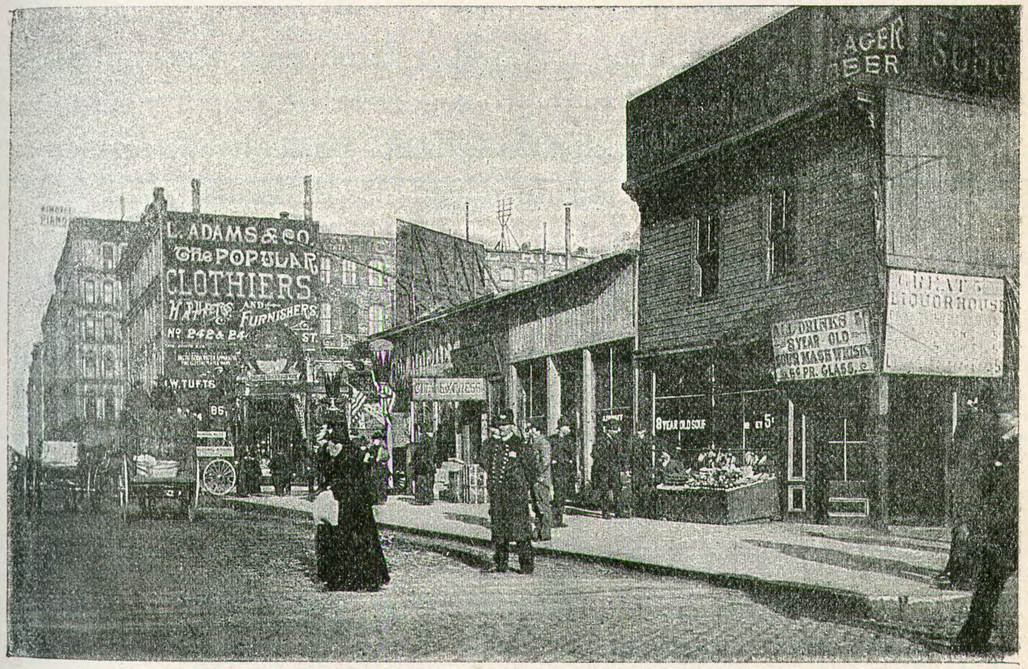
Fácil es comprender, por lo demás, que la costumbre americana de instalarse aisladamente sea causa de que las ciudades adquieran proporciones gigantescas, aumentando también la esfera de la especulación. A cinco ó seis kilómetros del centro de Chicago, aún se está en terrenos de la ciudad.

Sin embargo, en los barrios de negocios es donde se hacen las más lucrativas operaciones, porque el más subido precio del terreno permite la mayor variación y más pingüe ganancia.

La gran librería Rand Mac-Nally y Compañía reedificaba su inmueble en 1890 en terrenos que había comprado al precio de dos mil pesetas el *pie-frente,* y antes de comenzar la construcción hubiera podido venderlos á doble precio.

Esta medida del pie-frente, que tal vez sorprenderá á mis lectores al pronto, es la que se emplea siempre en el Oeste para las ventas y compras de terrenos de la ciudad, y se aplica tan sólo á la extensión del lado de la fachada. Los lotes se dividen de ordinario en longitudes de veinticinco pies por una profundidad que varía de ciento á ciento cincuenta. El pie-frente representa, pues, un rectángulo que tiene de ciento á ciento cincuenta pies por un lado, y uno por el otro. De este modo, suponiendo que el terreno adquirido por MM. Rand Mac-Nally y Compañía tuviese una profundidad de ciento cincuenta pies,

que es la máxima, el pie-frente, pagado á razón de dos mil duros, tendría una superficie de trece metros cuadrados y resultaría al precio de ciento cuarenta y ocho duros (769'60 francos) el metro en cuadro; pero se hacen ventas á un precio mucho más alto, y he oído hablar de terrenos que alcanzaron hasta diez mil



Puestos de venta en una calle de Chicago

duros el pie-frente, ó sea, suponiendo la profundidad máxima de ciento cincuenta pies, tres mil ochocientos cuarenta y ocho francos el metro cuadrado. Creo que el Colegio de Notarios de París no registra precios tan subidos.

América tiene una cosa de particular, y es que muchas ciudades contienen terrenos de este valor. Ahora no vamos á ocuparnos de los centros comerciales ó industriales del Este, tales como Nueva York, Boston, Filadelfia, Pittsburgo, etc.; pero sin salir de las ciudades del Oeste, fundadas en el comercio de ga-

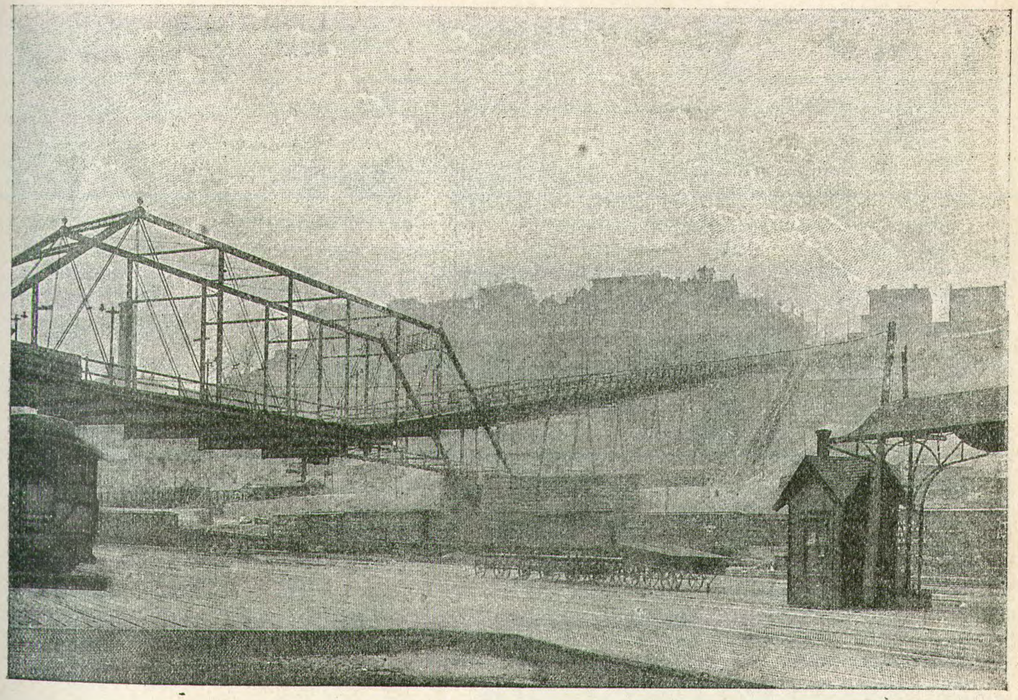
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nado, observaremos hechos semejantes á los que Chicago nos ha presentado ya.

Kansas City, en particular, ha progresado desde hace treinta años de una manera muy notable: en 1860, su población era de ocho mil habitantes; hoy tiene más de doscientos mil, y la importancia de los negocios es tal, que en el centro de la ciudad, en la calle de Delaware, el pie-frente se vende á razón de dos mil quinientos duros, con una profundidad de noventa pies tan sólo, ó sea á 1.601'60 francos el metro cuadrado. Se comprenderá el ardimiento de la especulación en terrenos por el hecho siguiente. La más importante casa de novedades de Kansas City, careciendo de suficiente local en el inmueble que ocupaba, quería adquirir un nuevo terreno para establecerse, y en la calle Walnut, entre la décima y la undécima vía, hallábase un espacio bastante grande para realizar su proyecto. Los propietarios vecinos, juzgando que la construcción de un almacén cuyo dueño estaba bien acreditado ya daría más valor á sus lotes, apresuráronse á unirse para ofrecer á los jefes de la casa una suma de cien mil duros (520.000 francos) si tenían á bien decidirse en favor de aquel local; este estímulo no era nada despreciable, y el negocio quedó concluído.

En Kansas City no ha sucedido sino lo que ocurre casi siempre cuando una ciudad americana comienza á progresar; los especuladores no se contentan con explotar el más subido valor verdadero que el desarrollo de los negocios viene á dar á los lotes de la ciudad, sino que calculan para el porvenir con demasiada precipitación, produciendo así un aumento artificial *(inflation)*, fértil en sorpresas. Llega cierto día en que se echa de ver que se ha procedido con sobrada ligereza, y de pronto se origina una brusca suspensión que hace bajar los precios en una tercera parte ó en la mitad. Entonces se necesitan tres ó cuatro años de progreso normal para promover otra vez el movimiento,

y todos los *real estete men* (especuladores en terrenos) que no pueden esperar á que se repongan los antiguos precios, sacan la lengua lastimosamente; si se les hubiera de creer, es porque en el comercio reina el marasmo; todo lo ven negro, y se lamentan de su propio infortunio como si fuera general. Sin embargo,



Línea aérea de tranvías en Kansas City

durante aquel tiempo, las *packing houses* aumentan su producto; los *stock yards* no cesan de recibir género, y la ciudad prosigue su marcha progresiva: solamente algunos especuladores quedan arruinados por haber querido ir demasiado de prisa.

Así, pues, los que habían adquirido terrenos en ciertos *suburbs* (arrabales) hacia 1866, esperando la pronta venta con grandes beneficios, quedaron muy chasqueados. He oído las amargas quejas de un *saloon-keeper* (dueño de café), que no había querido vender á 5.000 duros el acre una pequeña pro-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

piedad situada á cuatro ó cinco millas del centro de la ciudad: hoy no encuentra quien le dé más de 1.500, y se lamenta de haber sido antes demasiado ambicioso. En la ciudad, la baja es menor; pero ciertos lotes que han valido 700 duros el pie-frente, no alcanzan hoy más de 400. Por otra parte, algunos lotes han

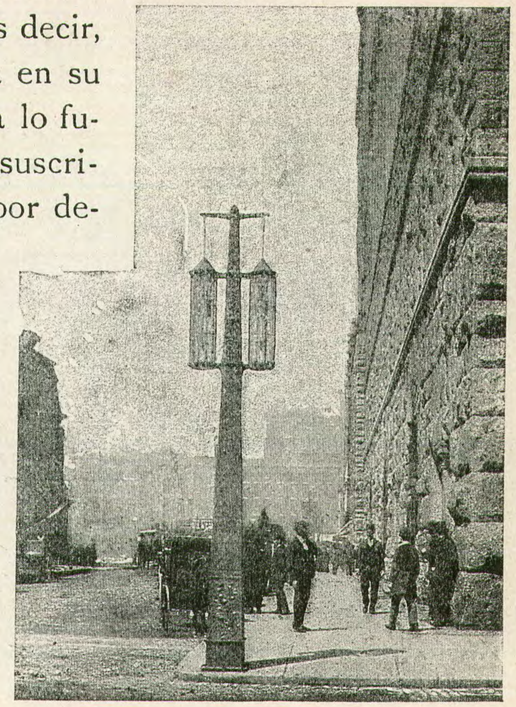


Fachada de un Banco en Chicago

continuado subiendo de precio, á pesar de la baja general, gracias á su situación particularmente favorable. En los alrededores de la avenida de Troost, en la esquina de la avenida Lydia y de la calle 22, un terreno comprado á razón de 35 duros el pie-frente, cuatro años hace, valdría hoy de 80 á 100 duros; pero se hacen pocas transacciones.

En los felices días del *boom*, por otra parte, se hubieran considerado como mezquinos semejantes beneficios, pues entonces era cosa de enriquecerse en pocos meses cuando se tenía buena

mano; y las víctimas de la situación presente no dejan de referirle á uno cómo tal ó cual individuo adquirió una fortuna considerable por pura especulación. Me han enseñado en la avenida Troost preciosas casas ocupadas por aquellos felices jugadores: uno de ellos, por ejemplo, llegó á Kansas City con un capital de diez mil duros, y ganó millones comprando por *opción;* es decir, que cuando un lote prometía en su concepto buen resultado para lo futuro, exigía al propietario que suscribiese una promesa de venta por determinado precio, comenzaba á buscar comprador, hacía tratos por una cantidad más crecida y se embolsaba la diferencia, realizando á veces de este modo en pocos días una ganancia de doscientos ó trescientos por ciento.



El gusto americano: Reverbero artístico en la esquina del *Auditorium Hotel* en Chicago

Se comprenden esas enormes ganancias y el alza prodigiosa de los terrenos al ver los lujosos Bancos, los hoteles inmensos y las casas de negocios de diez pisos que en poco tiempo se han edificado.

Todo esto lo produce el tráfico del ganado y el aumento de valor de las tierras en cultivo. Los Bancos hacen principalmente préstamos sobre hipoteca *(mortgages)*, pues un *ranchman* no tiene siempre el dinero necesario para comprar los escuálidos animales que deben cebarse. En tal caso corre al Banco y pide dinero sobre su tierra. En aquel centro, muy emprendedor, donde semejante hecho es cosa de cada día, los grandes *packers*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

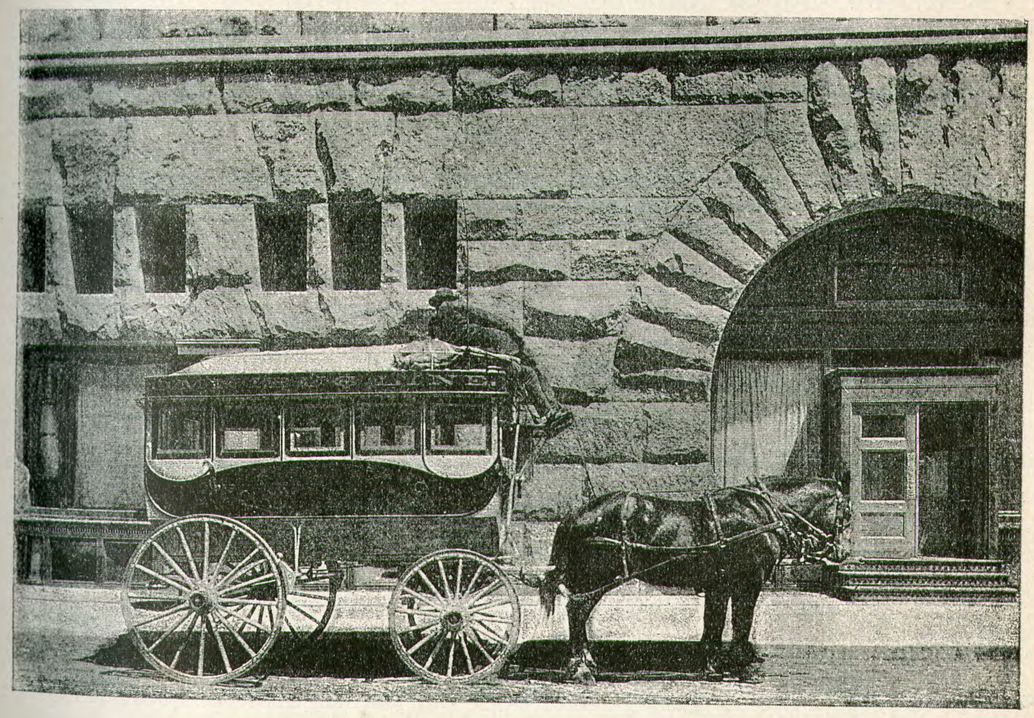
y los dueños de vías férreas obran de por sí con sus propios capitales, y por eso los Bancos son numerosos y ricos. Para proclamar esta riqueza, la ostentan en suntuosos edificios, en los que el mal gusto compite con la profusión de los adornos. Se sube por escaleras de mármol con rampas de bronce dorado, y tam-



El *Auditorium Hotel* en Chicago

bién son dorados los techos, las infinitas molduras que adornan las paredes, las jaulas de los ascensores y las rejillas de los postigos; todo es dorado y del más desagradable aspecto. Pero aquí no se trata de hacer una obra artística, sino de presentar un reclamo, pues se quiere herir la imaginación del cliente con aquel lujo bárbaro. Esto recuerda las sortijas de diamantes de los dentistas y las monstruosas de lapislázuli que el más ínfimo carnicero hace brillar en las ferias á los ojos deslumbrados del campesino.

En los monumentos públicos de las grandes ciudades del Oeste tampoco se busca mucho lo bello. Lo que á los americanos les agrada es lo inmenso, lo extraordinario, el símbolo del poderío, y cuanto más material sea éste, más se impone á la atención del pueblo ordinario y más le agrada. No le habléis de



El *Auditorium Hotel*. Detalle de la planta baja

proporciones armoniosas, porque una gran desproporción, una monstruosidad costosa será más de su gusto. San Pedro de Roma, con sus estatuas más grandes que las de tamaño natural, colocadas en un cuadro gigantesco que reduce la dimensión por un feliz efecto del arte, tiene menos mérito á los ojos del americano que una fachada de quince ó veinte pisos, colosal y estrambótica, cuya elevación se revela por la multiplicidad de las aberturas. Ante aquella fachada, el extranjero apenas puede reprimir una exclamación, un grito de asombro, y el ciudadano de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Chicago que le acompaña á visitar su ciudad sonríe con aire de satisfacción, diciendo: «Ya ve usted que hemos progresado desde el tiempo de los indios. — ¡Sin duda, pero aún son ustedes más indios que ellos por el gusto artístico!»

Igual riqueza y la misma falta de buen gusto en los hoteles: el de Midland, en Kansas City, costó dos y medio millones de duros por la construcción y el ajuar; ignoro el precio del *Auditorium Hotel* de Chicago; pero es un inmenso edificio de nueve pisos, deslumbrante de oro, de mármoles raros y de luz eléctrica, y en cuanto á comodidades no deja nada que desear. Cada habitación tiene gabinete tocador, con sala de baños muy bien organizada, y en veintidós segundos se sube al comedor, situado en el noveno piso, por medio de un ascensor perfeccionado; pero chocan á la vista los excesivos adornos, la extravagancia incoherente de las líneas arquitectónicas y el aspecto salvaje de aquella acumulación de materiales de subido precio, que producen un efecto chillón y discordante. Desde luego ocurre la idea de que los americanos saben ganar el dinero mejor que gastarlo, y no nos faltarán ocasiones de reconocerlo así.

No hemos visto, sin embargo, más que uno de sus medios de adquirirlo. La cría del ganado, el cebo y la matanza de aquél constituyen una fuente importante de riqueza para los Estados; pero no es la única. El Oeste produce también una cantidad considerable de cereales, y el trigo americano ha excitado más cóleras entre los agricultores franceses que no las carnes americanas. Debemos, pues, abandonar las ciudades donde se concentra el ganado para seguir el camino de las granjas y visitar en ellas á los colonos del Nuevo Mundo.

CAPITULO IV

LA EXPLOTACIÓN EN GRAN CULTIVO. — LAS GRANDES GRANJAS

I. La granja reclamo. - II. El gran cultivo normal

En Francia nos formamos generalmente una idea particular del cultivo americano. Le suponemos sin dificultad gigantesco en todos los detalles de su organización, explotando espacios inconmensurables con ayuda de una legión de arados de vapor, y pensamos hallar en esto las causas de nuestra derrota en la lucha económica. Léanse los discursos de los comicios agrícolas, ó las publicaciones de las grandes sociedades de agricultura, y se verá esta idea expresada á menudo; hasta se encuentra en publicistas bien conocidos que, habiendo franqueado el Atlántico, residieron en los Estados. Citaré como ejemplo un artículo del señor conde E. de Keratry, publicado en la *Revista de Ambos Mundos* del 1.º de julio de 1890, artículo según el cual la influencia de las inmensas granjas de cereales *(wheat and bonanza farms)* parece ser preponderante en América.

Cuando se llega á los Estados con esta persuasión y se interroga á un ciudadano de Nueva York ó de Filadelfia, se guardará muy bien de desengañarle, pensando que sería deshonroso para su país contener alguna cosa de ordinario. Sabido es cuánto les agrada á los yankis el uso de ciertos epítetos; á cada momento os hablan de éxitos extraordinarios, de *booms* prodigiosos, de empresas colosales; y hasta han adoptado términos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

particulares para caracterizar la inmensidad, habiendo agotado el vocabulario inglés por su costumbre de exagerarlo todo: así, por ejemplo, un gran hotel es un hotel *mammoth*, es decir, mamuth: ha sido necesario remontarse á las especies extinguidas para hallar en la naturaleza un término de comparación; un sitio nada pintoresco les parece el más hermoso del Universo, y una vía férrea mal organizada es la mejor del mundo *(tho best in the world)*. En la Compañía de competencia, cuya oficina está enfrente, os ofrecerán, sin embargo, billetes para el tren más elegante del mundo *(the handsomest train in the world);* pero el empleado no sonríe siquiera al hacer este elogio. De igual manera, el individuo que obtiene buen éxito en sus negocios es un hombre espléndido *(a splendid man);* un buen orador es un *blizzard* (1) de elocuencia, etc., etc.

Con semejantes costumbres, ¿qué ha de contestar el yanki á quien se le pregunte si las granjas del Oeste son extensas? Sorprendido al parecer, pronuncia alguna palabra de gran efecto y dice que las granjas no son solamente grandes, sino prodigiosamente grandes *(wonderful extensive)* (2), *mammoth* y qué sé yo cuántas cosas más. ¡Tanto valdría preguntar á un marsellés si su casa de comercio es importante! Hasta se refería en otro tiempo, con una seriedad que no excluía el tono de broma, que en ciertas granjas del Oeste el padre de familia que comenzaba á trazar un surco con su arado, abrazaba á su esposa antes de marchar, haciéndole recomendaciones respecto á la educación de sus hijos, á causa del largo tiempo que necesitaba para volver á su punto de partida.

(1) El *blizzard* es un viento impetuoso muy temido, una especie de tempestad de nieve.

(2) Los americanos no emplean nunca el adverbio en las expresiones de este género: así, por ejemplo, dicen *awful good, awful pretty*, en vez de *awfully good, awfully pretty*. Esto no es inglés, sino *patuá;* pero se imprime y se dice por todas partes.

Deseaba, pues, muchísimo, cuando me propuse visitar los Estados agrícolas de la Unión, ver esas inmensas explotaciones, espanto del cultivador europeo y orgullo del yanki. Por dondequiera que pasaba, informábame cuidadosamente de su existencia, y el lector apreciará el lugar que ocupan en la agricultura americana si quiere leer el relato de la investigación que debí practicar para descubrir las pocas granjas de extensión anormal que existen, en efecto, en el territorio de la Unión.

I.—La granja reclamo

Pocas esperanzas me infundía el Este, invadido por las fábricas; y además, todo el mundo me enviaba cuando menos al valle del Mississipí. Allí era donde el asombroso espectáculo de las granjas debía llamarme la atención. A partir del Ohío y del Missuri, aventuré algunas preguntas, pero sin resultado, porque esas dos regiones, según me dijeron, podían pasar por tierras del Oeste en tiempo de M. de Tocqueville; pero hoy día el Oeste no estaba allí ya, siendo necesario franquear el Mississipí para encontrar los países nuevos. La reflexión era justa, y esperé con paciencia hasta llegar á la otra orilla para continuar mis interrogatorios respecto á las grandes granjas, objeto de mi curiosidad.

Llegado á Kansas, pensé que ya era tiempo de abrir los ojos: vi algunos grandes ranchos, y también propiedades bastante vastas, divididas en varias explotaciones separadas; y después un inmenso número de pequeñas fincas, cuya extensión variaba entre ciento cincuenta y quinientos acres (64 á 200 hectáreas). Esto era por mucho el hecho más general, y al observar el cultivo de Kansas, comprendí fácilmente la razón de este hecho. Kansas no es una tierra exclusiva como el Dacotah, que apenas produce más que trigo, el cual, juntamente con el maíz, la ave-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

na, la cebada, el mijo y hasta la vid, crecen uno junto á otro. Esta variedad de cultivo es muy favorable para las explotaciones reducidas que el ojo del amo vigila sin dificultad; pero conviértese en un inconveniente respecto á las inmensas granjas dirigidas en cierto modo administrativamente. El maíz, por ejemplo, se debe consumir en la localidad para dar un beneficio verdadero; de modo que los labradores de Kansas han de tener un pequeño rancho de cebo cuando no encuentran en la vecindad inmediata salida para su maíz. Esto es en realidad ventajoso para los que viven en sus tierras, dirigiéndolas personalmente; pero sería gran complicación para el capitalista residente en punto lejano y obligado á tener doble número de trabajadores y de *cow boys*. Además, todo el mundo me aseguraba que hallaría en otra parte lo que inútilmente buscaba aquí, y en su consecuencia resolví ver bien la agricultura de Kansas tal como era y no tal como yo me la imaginaba.

En Oklahoma, adonde me dirigí después, no hay aún más que fincas de ciento sesenta acres, y remonté al Colorado y al Nebraska, creyendo conseguir mi objeto; pero también sufrí una nueva decepción, pues si bien los grandes ranchos eran bastante numerosos, las granjas tenían casi la misma extensión que en Kansas y en Iowa.

Faltaba Dacotah, la tierra clásica del trigo, el Beauce americano, y me prometí ver los grandes cultivos al vapor, de los que había oído hablar tan á menudo, por lo cual, apenas llegué á Aberdeen, repetí mis preguntas. En este punto las explotaciones eran extensas, alcanzando muchas dos mil quinientos acres (mil hectáreas); pero ninguna respondía á las descripciones de las granjas *mammoth*. «Pues en el Dacotah, me decían, es, en efecto, donde podrá usted verlas; pero en el Dacotah del Norte; estamos en el del Sur, y esto es muy distinto.» Pocos días después llegaba al punto indicado. «Sí, contestáronme cuando pregunté, aquí es en efecto; mas no en todo el Dacotah; vaya usted al valle del río Colorado y quedará satisfecho.»

Me dirigí dócilmente á dicho valle, donde vi también cerca de Fargo, Moorhead, Breckenridge y Grand-Forks muchas granjas semejantes á las del Dacotah del Sur; pero me indica-



Un edificio de la granja modelo de Minnesota

ron la *Dalrymple farm*, de una extensión de cincuenta y cinco mil acres, y otra de cuarenta mil; de modo que no volví del todo chasqueado de mi exploración en busca de la granja *mammoth;* mas creo tener derecho para afirmar que es un género raro y que los Estados del Oeste deben su prosperidad agrícola á otro elemento.

Fácil es, además, comprender por qué esas granjas han distraído en provecho propio la atención de los publicistas y de los viajeros. Los hechos excepcionales tienen siempre la buena suer-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

te de no pasar inadvertidos; son con frecuencia los únicos que se dan á conocer por una observación superficial; pero también los menos interesantes para quien quiere darse cuenta exacta de las cosas. Precisamente á causa de su carácter excepcional tienen poca influencia. Supongamos, por ejemplo, que un arquitecto se proponga estudiar de qué modo se construyen las escaleras de París: evidentemente falseará el resultado de su observación si se empeña sobre todo en realzar los méritos de la gran escalera del teatro de la Opera, aunque de todas las de París sea la de que más se habla, si bien es la que menos influencia tiene en las condiciones ordinarias de la habitación.

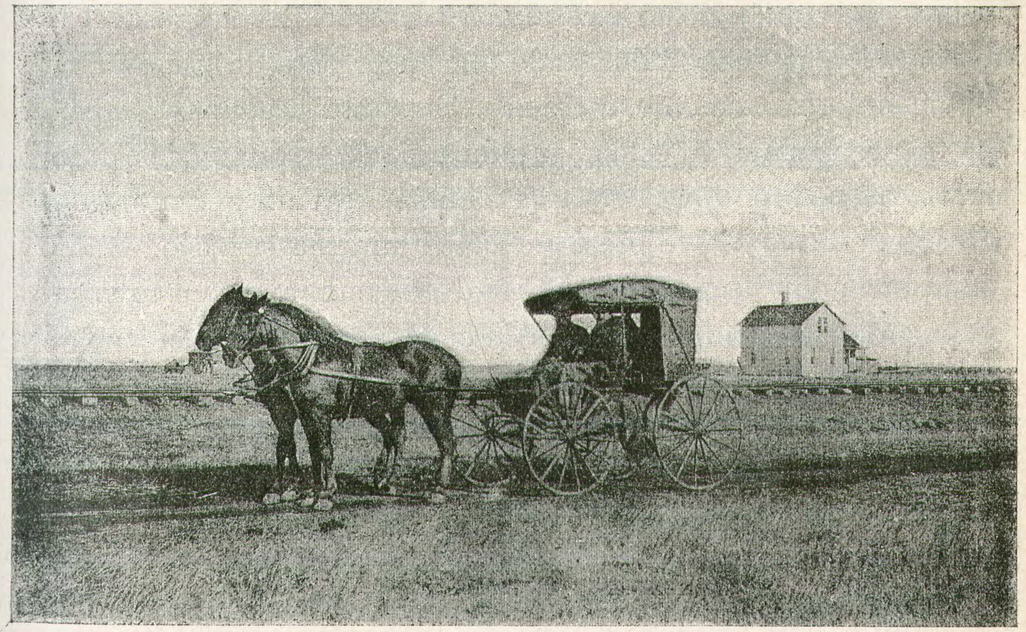
Las granjas *mammoth* pertenecen generalmente á propietarios muy deseosos de darlas á conocer, y en buena situación para recomendarlas, lo cual aumenta más su fama; son, en efecto, granjas reclamos, establecidas expresamente para que se hable de ellas.

Ya he tenido ocasión de indicar, al referirme á la creación de las vías férreas en países nuevos, que se otorgaban á las compañías concesiones de tierras sumamente extensas, las cuales procuraban poblar por todos los medios posibles.

Uno de los que se emplean á menudo consiste precisamente en constituir en esas tierras explotaciones agrícolas; se da el ejemplo, y si la granja así creada no produce beneficios de por sí, cuando menos es útil para atraer á los colonos, y de este modo el propietario se resarce de sus pérdidas.

Para estimular la colonización bastaría, á decir verdad, establecer granjas de dimensiones normales; pero un motivo particular obliga con frecuencia á los propietarios de los caminos de hierro á desarrollar sus líneas de una manera excesiva. Un acta de 1862 dispuso, en efecto, que todas las tierras concedidas á las compañías que no se hubieran vendido en el plazo de tres años, á contar desde el principio de la explotación de la línea entera,

serían sometidas á los derechos de *préemption* y de *homestead*, como las demás tierras públicas. En otros términos, la concesión se retiraba al cabo de tres años, á menos de venderse la tierra; y para evitar este resultado enojoso, el propietario del camino de hierro compra de por sí una parte de las tierras otorgadas y



En los llanos del Dacotah

puede hallarse de este modo á la cabeza de una granja de cincuenta y cinco mil acres.

Por supuesto que no se cultiva todo: la granja de Dalrymple, por ejemplo, no tiene más que quince mil acres desmontados (*broken*); los otros cuarenta mil son de pradera desnuda, tal como salió de manos del Criador, y lo mejor que podría desear el dueño de ese gran dominio es que algunos colonos caritativos tuviesen á bien comprárselo poco á poco. Aún diré más; diré que es el único objeto que se proponen de ordinario los poseedores de semejantes propiedades. Aún oigo las quejas de un

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

banquero á quien pesaba ser dueño de una tierra, aunque mucho menos extensa, situada en Minnesota; no tenía más que tres mil doscientos acres (mil doscientas cuarenta hectáreas), comprados en otro tiempo, para hacer prosperar las tierras de un camino de hierro, al precio de 1 duro 40 céntimos el acre (18'20 francos la hectárea). M. F..... había roturado ya mil acres, cercando seiscientos cuarenta; pero no le resultaba la operación ventajosa. «Estoy muy lejos y tengo demasiado que hacer para dirigir esta explotación personalmente, me decía. El administrador *(manager)* que me reemplaza no está aquí nunca mucho tiempo; si se porta mal le despediré, y si la cosa va bien se instalará por su cuenta al cabo de un año. Me prestaría usted un gran servicio, añadía como buen americano, si me encontrase comprador, en cuyo caso pagaría de la mejor gana por la comisión una crecida suma.» No he buscado ni hallado compradores; pero un día ú otro vendrá alguno, y M. F..... se frotará las manos cuando no pierda dinero con su granja.

En efecto, no se puede disfrutar de una propiedad en el Far West como se disfruta en Francia de una granja de Beauce ó de Brie, cobrando la renta en casa del notario. Si los labradores de estos dos puntos encontrasen á su puerta buenas tierras sin dueño, seguramente no se entretendrían en cultivar las que les arriendan por su dinero. Ahora bien: hay exceso de tierras vacantes en los Estados Unidos, y de consiguiente no puede haber grandes arrendatarios.

Por otra parte, el gran cultivo por administración no puede traspasar ciertos límites; y ya hemos visto antes cómo en su rancho de cebo de cinco mil acres M. A..... debió dividir la explotación que en un principio se proponía centralizar. El mismo fenómeno se produce en las granjas, pero con más intensidad; en éstas también cuestan muy caros los obreros; se tropieza igualmente con dificultades insuperables para que sean fieles y

celosos servidores, y además se necesita una mano de obra más considerable y una vigilancia más complicada. El porvenir dará cuenta, pues, de esas granjas *mammoth* que tanto trabajo cuesta ya descubrir; no solamente son un hecho *excepcional*, sino también *temporal*, y la mejor prueba de ello es que no se encuentran en los países cultivados desde hace veinte años. Añadiré que en la granja Dalrymple hay de hecho varios centros de explotación, teniendo construcciones separadas cada espacio de tres mil acres.

Respecto á los arados de vapor, debo decir que he sido menos feliz aún en mis investigaciones, pues *no he visto jamás funcionar uno solo.* Entiéndase bien que estoy muy lejos de asegurar que nadie haga uso de ellos, ni tampoco tengo la pretensión de haber visitado todas las granjas del Oeste; pero debe pensarse, cuando menos, que se emplean pocos. Un periodista de Kansas me había asegurado, al comenzar mi investigación, que esos arados de un uso muy general en Dacotah, según dijo, podían labrar un acre de tierra sin más gasto que el de cuarenta céntimos; mientras que el mismo trabajo en igual espacio de terreno costaba dos duros sirviéndose de un arado con caballos ó bueyes. Yo había consignado religiosamente en mis notas esta preciosa indicación; pero la franqueza me obliga á reconocer que los colonos de Dacotah se me rieron mucho en las barbas cuando se la comuniqué. Sin darme cifras tan exactas, me dijeron simplemente que se habían hecho ensayos con los arados de vapor y que se renunció á ellos porque no daban buenos resultados *(they did not prove successful.)*

Ahora bien, los arados de vapor iban siempre á la par con las granjas *mammoth* en los relatos más ó menos caprichosos que yo había recogido acá y allá; pero de todo esto no se ha de retener sino una cosa, y es que los que estimulan la construcción de vías férreas saben manejar muy bien el reclamo en los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Estados de la Unión; mientras que los colonos atraídos por sus elogios sobre el cultivo al vapor, labran la pradera con arados de caballos.

Cuando al atravesar las llanuras sin límites del Dacotah se ve en medio de extensos espacios cultivados una ancha faja de tierras vírgenes, se puede estar casi seguro de que esta última es todavía pertenencia de algún capitalista más ó menos íntimamente ligado con la línea férrea próxima: bajo esta forma negativa se revela principalmente en general la granja *mammoth*.

Cuando uno quiere darse cuenta de la manera de cultivar realmente el trigo y el maíz que invaden nuestro mercado, no debe por lo tanto fijar su observación por esas propiedades, sino por las que constituyen el tipo dominante.

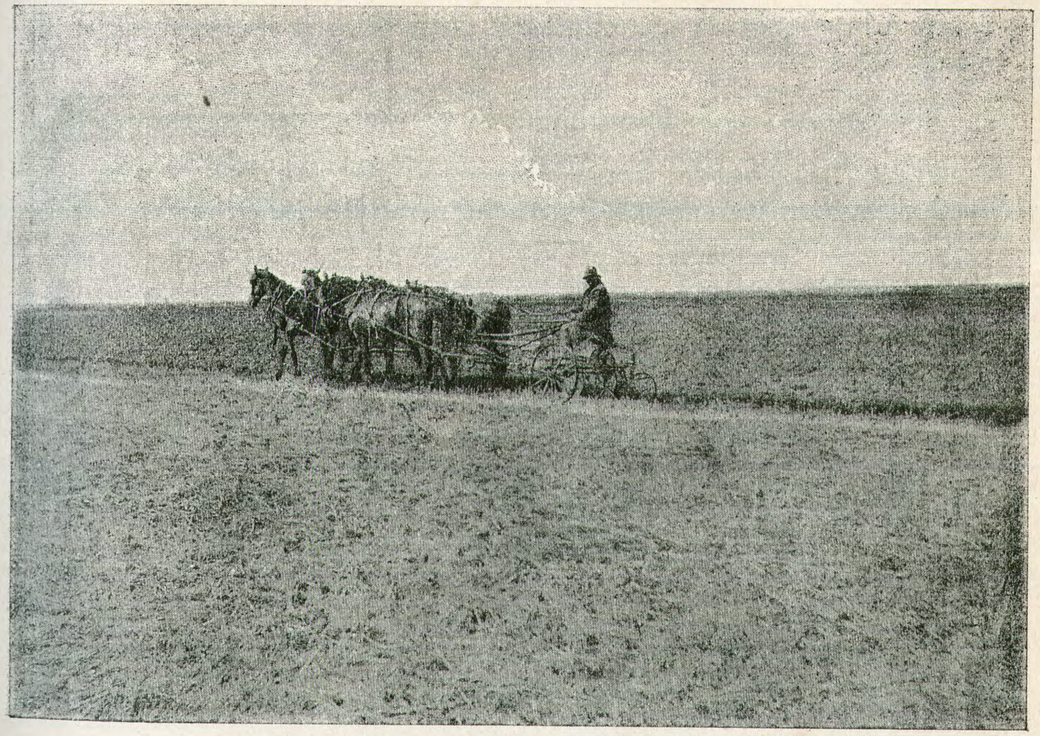
II.—El gran cultivo normal

En el Dacotah es donde se hallan principalmente las grandes granjas del trigo, que merecen ser visitadas con detención, pues ofrecen verdadero interés, no sólo desde el punto de vista puramente agrícola, sino también á causa del elemento superior cuya presencia acusan en la población.

Hasta en esas extensas llanuras predomina el pequeño lote de ciento sesenta acres, el único que pueden constituir los más de los emigrantes; pero también hay buen número de granjas de dos mil á tres mil acres, pertenencia de colonos que llegaron al país con capitales.

Esos colonos son casi siempre americanos, aunque se pueden ver en los ranchos jóvenes de familia francesa ó inglesa; pero debo decir que en las granjas importantes no encontré nunca ninguno; el gran propietario del Oeste llega de los Estados del Este de cada diez veces nueve, y es un yanki que tal vez quiere ser momentáneamente agricultor, pero que ocupa en

el nuevo territorio un lugar excepcional. En medio de los emigrantes alemanes ó escandinavos, él es quien mantiene la nacionalidad americana, imponiéndola al grupo naciente; pero dejemos á un lado estas consideraciones generales, pues me propongo conducir á mis lectores á varias de esas grandes granjas para que se den cuenta por sí mismos de su importancia y de la acción que sus dueños ejercen.



Labranza con la *gang plough* (arado de dos rejas) en una gran granja del Dacotah

Cierto día, obligado á permanecer en Moorhead, en el valle del Río Colorado, á causa de la organización defectuosa de los trenes de viajeros, me informé, interrogando al dueño del hotel donde me había apeado, acerca de las explotaciones de las cercanías. Por una de esas coincidencias bastante comunes en los Estados Unidos, mi hombre era también labrador, y me guió

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

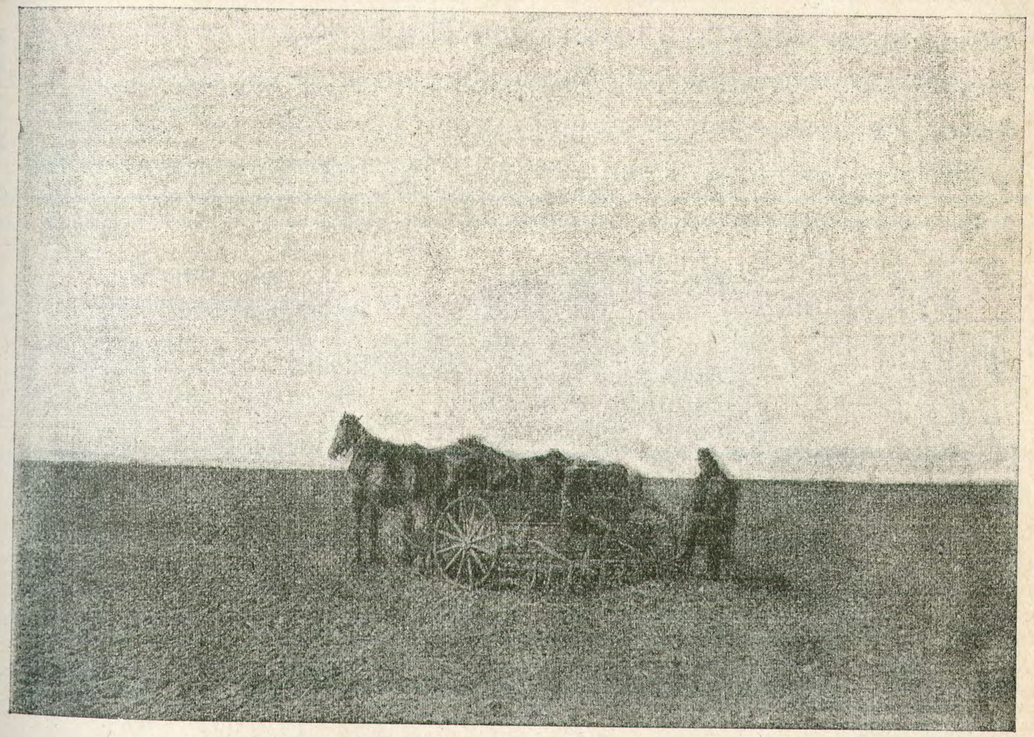
muy útilmente en mis investigaciones mientras hablaba conmigo; había dado una orden por teléfono á la *livery stable* (cuadras), y en el momento en que acabábamos de acordar mi itinerario, un pequeño *buggy* se detenía á la puerta del hotel. No tenía que hacer más que subir, franquear una milla al Norte, después dos al Este, y luego media más al Norte otra vez, para llegar á la granja de M. Shribner, cultivador modelo, según me decían.

Nada es tan fácil como hallar su camino en esas grandes llanuras sin árboles, divididas exactamente en cuadros de una milla de lado con un camino entre cada uno de aquéllos:

6	5	4	3	2	1
7	8	9	10	11	12
18	17	16	15	14	13
19	20	21	22	23	24
30	29	28	27	26	25
31	32	33	34	35	36

Plano de un *township* (municipio rural) en un Estado del Oeste
Cada uno de los treinta y seis cuadros tiene una milla de lado y contiene 640 acres (259 hectáreas); es lo que se llama una sección. El *claim* ordinario es el cuarto de una sección, ó sea 64 hectáreas

Al detener mi *buggy* en un gran patio rodeado de construcciones y de barreras, pregunté con cierto aplomo, como hombre que está seguro del resultado: «¿No pertenece esta granja al señor Shribner? – Sí. – Pues deseo hablarle. – ¡Oh! ¿No sabe usted que murió hace seis meses?» Esta contestación me enfrió; el dueño del hotel había olvidado comunicarme este detalle, y forzoso me fué confesar que yo no era amigo del Sr. Shribner y que la gran reputación de su granja era lo único que me había inducido á visitarla. Entretanto, até mi caballo á uno de los postes dispuestos para el caso y saqué del bolsillo mi librito de notas. Al americano le impresiona siempre favorablemente este objeto, pues acostumbrado al *interview* y al *reporter*, ve en ellos poderosos medios de reclamo y se presta siempre de la mejor volun-



Sembradora de trigo en el llano de Aberdeen (Dacotah del Sur)

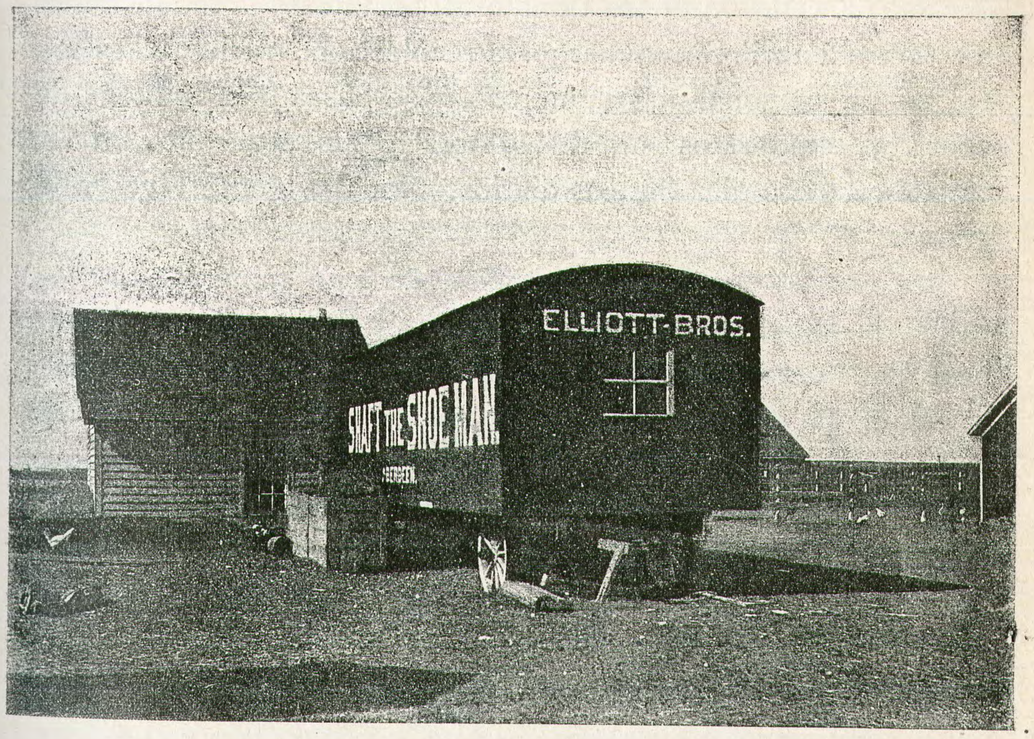
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tad: desde este punto de vista, la misión del observador se facilita, pues nunca es blanco de la desconfianza recelosa del campesino, como en Europa, y se le acoge en todas partes con agrado. Esto se comprende fácilmente, porque entre nosotros el campesino que vive en su propiedad no necesita á nadie y teme al caballero que le interroga. «Sin duda, se dice, me pregunta todo eso para aumentar mi contribución.» El americano, por el contrario, necesita que hablen de él, porque esto le es ventajoso; si las tierras vecinas se pueblan de emigrantes, atraídos por el relato, podrá vender la suya con ventaja é ir á otra parte para crear una nueva instalación: lejos de temer la visita del extranjero, la desea con toda su alma.

El escandinavo en cuya presencia me hallaba no opuso ninguna dificultad para contestar á mis preguntas y enseñarme la granja de su difunto amo. La familia del Sr. Shribner era de origen alemán, como lo indicaba, por otra parte, la consonancia germánica de su nombre; pero él procedía de Pensylvania y era americano. A su llegada á Dacotah, unos doce años hace, había adquirido setecientos acres de tierra (doscientas ochenta hectáreas) en la inmediación de la ciudad, y las revendió por doscientos treinta y cuatro mil francos en un momento próspero. Entonces fué cuando creó la nueva instalación que hoy visito; es mucho más importante, y se extiende en tres y media secciones, ó sea ochocientas noventa y seis hectáreas; el Sr. Shribner calculaba su valor en cuatrocientos diez y seis mil francos, comprendido el ganado y las máquinas necesarias para la explotación.

Toda la superficie de la granja se desmontó, y así es que estamos en presencia de un verdadero cultivo; los seiscientos acres (doscientas cuarenta hectáreas) de pradera que aquí hay han producido ya trigo: es de la tierra que reposa y no de la pradera natural donde pastaban en otro tiempo los bisontes.

El arado que aquí se emplea para las labores es un gran *gang plough* ó arado de dos rejas; abre dos surcos á la vez, y se necesitan cinco caballos para tirar de él; en cuanto al hombre que le dirige, va tranquilamente sentado en un pequeño pescante de hierro, análogo á los que vemos en Francia en las segadoras.



Instalación de los trabajadores en verano en una granja del Dacotah

No hace pesar todo su cuerpo como el labrador europeo, encorvado sobre el surco que traza, sino que se pasea con sus cinco caballos en medio de una vasta llanura, sin más esfuerzo físico que el de regular, por medio de una palanca colocada al alcance de su mano derecha, la profundidad del surco. Así, pues, no se necesita un largo aprendizaje técnico ni mucha práctica en trabajar la tierra para labrar un campo del Dacotah, y así como toda obra verdaderamente americana, es una de aquellas que casi todo el mundo puede hacer.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Se siembra, se siega y se recoge la cosecha con máquina; la perfecta horizontalidad del terreno se presta muy bien á su uso, y la carestía de la mano de obra lo exige. En la granja del señor Shribner no suele haber de ordinario más que diez ó doce hombres, á quienes se da un salario de ciento treinta francos al mes durante la estación de los trabajos, y solamente la mitad desde diciembre á abril. Sin embargo, la recolección, la trilla y la siega exigen un personal más numeroso, y se busca una veintena de operarios temporeros para dos ó tres meses cada año. Se les paga de siete á diez francos diarios, y toda la gente vive en la granja.

Bien se ve que una explotación de este género exige de parte de aquel que la gobierna, además de cuantiosos fondos, cualidades personales de dirección.

Si el año es bueno, se cosechan de veinte á treinta *bushels* (fanegas) de trigo por acre, ó sean de diez y siete á veinticinco hectolitros por hectárea; en 1889, Shribner obtuvo veinte mil, lo cual le aseguraba un buen beneficio; pero cuando la primavera es seca, el trigo no crece ó crece mal, y los considerables gastos del cultivo son pura pérdida.

En la agricultura del Dacotah, en efecto, puede producirse un contratiempo muy grave, que es la sequía. En aquella inmensa llanura, expuesta á todos los accidentes atmosféricos y muy distante del mar y de las montañas, se disfruta de un clima muy continental. Los inviernos son extremadamente rigurosos, y no es raro que el termómetro señale 40° centígrados bajo cero; mientras que la nieve, barrida por el viento, cubre el suelo de una capa bastante espesa para que las simientes se preserven de la helada. Por eso no se cultivan más que trigos de verano, y aun éstos no se siembran en marzo, sino en mayo; de modo que la simiente está en tierra tan sólo tres meses. En el momento de sembrar, el deshielo produce un poco de humedad y favorece la germinación; pero si alguna lluvia no ayuda el crecimiento de la mies, se marchita y muere: todo depende, pues, del tiempo que haga durante ese breve período de tres meses, y no creo que haya en el mundo un país donde se hable con tanto interés de la lluvia ó del buen tiempo. Si los diarios anuncian triunfantes que ha caído un chaparrón en cualquier punto, gran alegría de los labradores, la cosecha está asegurada, etc. En efecto, la lluvia es como un regocijo público; todos están radiantes de alegría, los labradores porque ven ya el trigo caer bajo la hoz, los traficantes porque darán salida á sus acopios, los banqueros porque se les pagarán sus intereses, y los especuladores porque los terrenos subirán de precio. Todo el mundo, en efecto, vive directa ó indirectamente del cultivo en aquel país, y todo el mundo dice como los campesinos, cuando han deseado la lluvia durante largo tiempo: «¡Oh, señor, es dinero lo que cae!»

El valle del Río Colorado parece estar menos expuesto que los demás puntos del Dacotah á los ardores de la sequía, y la cosecha es más regular que en otras partes; pero me citan condados en los cuales un año seco produjo cosechas que variaban desde cero á cuatro hectolitros por hectárea.

Cuando sucede esto, no solamente padecen los agricultores, sino que para muchos es un desastre. Por lo demás, ninguna compensación es posible, pues en la agricultura del Dacotah el trigo constituye generalmente el único producto vendible, la única renta. En la granja de M. Shribner se recogió el año último, además del trigo, un millar de hectolitros de cebada y, poco más ó menos, otro tanto de heno; pero los caballos han consumido todo esto, pues se necesitan, en efecto, unos cincuenta para el servicio del cultivo.

Sin embargo, M. Shribner había tratado de eludir en cuanto fuese posible el grave peligro de ver todos los años sus ga-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nancias á la merced de un chaparrón. Quiso variar sus cultivos y aprovecharse al mismo tiempo de la inmediación de la ciudad, estableciendo una lechería en su dominio. La combinación agrícola á que apeló para esto es interesante por su sencillez.

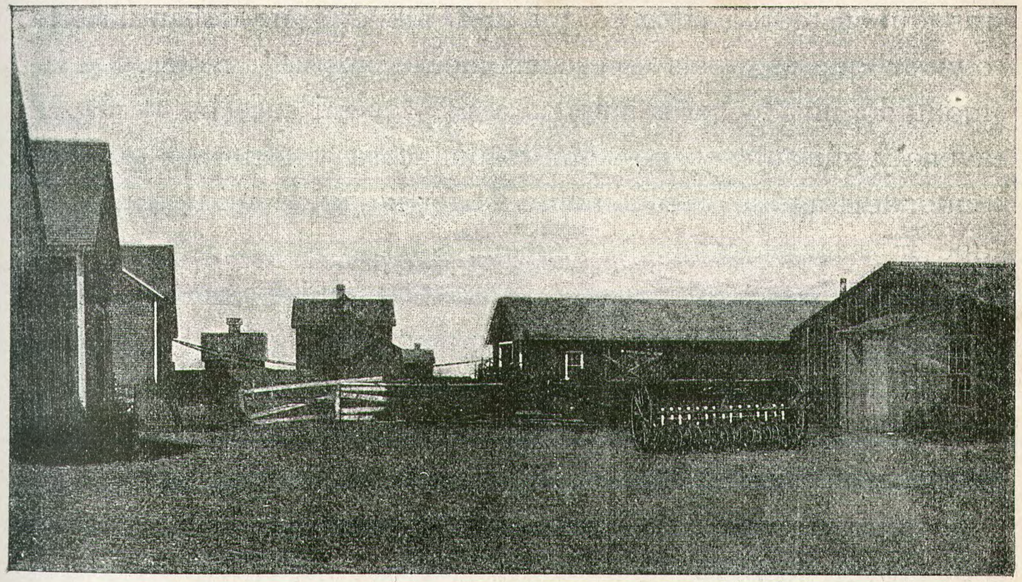
Generalmente no se tiene en una granja del Dacotah más que los animales necesarios para las labores y transportes. Inútil es, en efecto, producir gran cantidad de abono, puesto que no se estercolan las tierras, y además, como el suelo es sumamente fértil, no se hace ninguna amelga. Durante ocho ó diez años seguidos se siembra trigo en la misma tierra, sin preocuparse del porvenir; si se agota, tanto peor; pero se encontrarán otras más al Oeste: lo importante es obtener el mayor número de duros en el más breve plazo posible.

M. Shribner no adoptaba este razonamiento de hombre imprevisor; y no queriendo, por otra parte, introducir en sus cultivos un elemento de complicación demasiado considerable, resolvió sembrar una porción de sus tierras con una mezcla de avena y de guisantes que debían segarse en verde. Esto era más fácil de cuidar que las raíces, y la mezcla, conservada por medio del ensilaje, podía dar un excelente alimento para las vacas lecheras.

En la granja de M. Shribner se cuentan hoy ciento setenta y cinco cabezas de ganado, incluso las terneras jóvenes, y doscientos cerdos que se alimentan de los restos de la lechería; es una fuente de beneficios accesoria, pero importante. En fin, la segunda cosecha de avena y de guisantes, enterrada en verde, da para la tierra un alimento que perpetúa su fertilidad.

Repito que este ejemplo de cultivo perfeccionado es excepcional en Dacotah. La práctica ordinaria consiste allí, como en los demás puntos del Oeste, en esquilmar la tierra. Sin embargo, he visto otra granja de trescientas ochenta y cinco hectáreas, dirigida según los mismos principios y situada muy cerca

de la otra: pertenece á un banquero de Moorhead, M. T....., y se hace notar por el excelente estado de sus construcciones, así como por los cuidados especiales que se tienen para la fabricación de la manteca. En las dos granjas, las vacas lecheras son de la especie *holstein freizen* de pura raza. Se han importado á



Corral de una gran granja cerca de Moorhead. (Granja de M. T...)

grandes expensas, y el obrero danés que me conduce á ver los establos de M. T..... deplora la pérdida de un toro cuyo valor era de cinco mil francos. En el centro de los establos y bajo el mismo techo, tres inmensos cajones de madera contienen la avena y los guisantes ensilados; en la cuadra veo un caballo percherón que vale ocho mil francos, diez yeguas para encastar y veinte caballos de labor, todos en perfecto estado. Esta visita me da idea de una explotación muy cuidadosa, y se reconoce que la dirige un hombre inteligente y rico.

Por lo demás, M. T..... ha mandado edificar junto á su granja una casa donde permanece durante toda la estación de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los trabajos, dedicando solamente algunas horas á su Banco. En invierno, por el contrario, se instala en Moorhead y visita de vez en cuando la granja. En su despacho le encontré al regresar de mi excursión agrícola, y los informes preciosos que tuvo á bien facilitarme confirmaron la opinión que el aspecto de su dominio me había dado de su persona. «Las vacas lecheras que usted ha visto en mi casa, me dijo, no deben hacerle olvidar que este país es esencialmente país de cereales. No he montado una lechería sino para utilizar mi cosecha verde de avena y guisantes, y no siembro una cosa y otra más que por temor de agotar rápidamente la fertilidad de mi tierra. Creo que mi sistema producirá excelentes efectos dentro de algunos años. Los más de mis vecinos, sobre todo aquellos que han hipotecado su tierra para comprar herramientas, ganado y simientes, no piensan más que en una cosa, en sembrar trigo y satisfacer su deuda. Se considera generalmente que es un exceso empanar la misma tierra más de doce años seguidos; pero muchos colonos están dispuestos á traspasar este límite. En el Dacotah la colonización es aún demasiado reciente para que se puedan probar los deplorables resultados de este abuso; pero son visibles en la parte del valle dependiente del Minnesota, aunque este valle del Río Colorado es un suelo maravilloso para los cereales. La proporción de diez y ocho á veinticinco hectolitros de trigo por hectárea que le han indicado á usted es exacta, como pueden probarlo las estadísticas, y yo mismo he obtenido el año último un rendimiento superior. Cuando no llueve, la humedad no falta del todo, pues en el mes de junio tenemos rocíos tan abundantes, que nos mojamos los pies á las diez de la mañana, andando sobre la hierba. La inmediación del Río Colorado es probablemente la causa de este fenómeno, raro en el Dacotah.»

Así como M. Shribner, su vecino M. T..... es originario de

Pensylvania, y por su doble calidad de gran propietario y de banquero reune en sí los dos elementos superiores que la raza americana proporciona á los nuevos Estados del Oeste. He citado ya, al hablar de los ranchos, el hecho de que los capitales dè Nueva Inglaterra en particular y del Este en general fecundan la actividad de los emigrantes pobres. En efecto, el crédito agrícola es indispensable para la colonización del Oeste; pero no se puede organizar ésta sin valerse de agentes. Grandes Bancos hipotecarios instalados en Boston, en Nueva York, etcétera, intentaron prescindir de ellos; pero mala cuenta les tuvo; si algunos subsisten, es porque prestan solamente sobre lotes de ciudad, siempre más fáciles de revender cuando el deudor abandona su garantía; mas para hipotecar sin demasiados riesgos una tierra de granja, es preciso conocer personalmente al propietario; se le ha de vigilar y saber si *hace bien* ó *hace mal* y en qué medida. En el fondo, la verdadera garantía no es la tierra, sino el hombre; lo que se debe apreciar para consentir en un préstamo es su actividad, su inteligencia, en una palabra, y *la probabilidad que tiene de alcanzar buen resultado.* En cuanto á su finca, no vale nada de por sí, ó si se quiere, vale 16'25 francos la hectárea, á condición de que se encuentre comprador; una vez roturada completamente, provista de construcciones, de ganado y de máquinas, adquirirá sin duda más valor; pero precisamente para comprar ese ganado y esas máquinas, ó levantar las construcciones, el emigrante pobre necesita fondos y se los pide al banquero. Solamente un hombre instalado en el país puede arriesgarse á prestárselos, y he aquí por qué vemos una ó dos casas de banca con un americano á su cabeza en todas las pequeñas ciudades de mercado que se crean en el centro de los cultivos.

Los americanos hacen en el Oeste las veces de los canales de riego del Nilo en las tierras de Egipto: aseguran la fecundi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dad distribuyendo el capital, como aquéllos distribuyen el limo fertilizador; pero en vez de obrar inconsciente y mecánicamente, deben abrir ó cerrar las esclusas que retienen el beneficioso duro, según la confianza que les inspire tal ó cual colono.

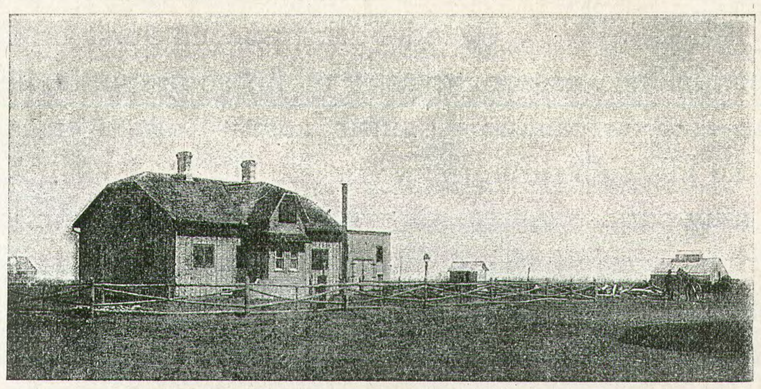
En otros términos, deben *juzgar de los hombres*, y su buen éxito depende siempre de su habilidad en esta cuestión tan delicada.

No todos los capitalistas sirven para semejante tarea; el hombre capaz de juzgar á los demás, de apreciar lo que se puede esperar de ellos, de adivinar en el emigrante pobre que solicita su benevolencia si será el propietario formal del futuro, es forzosamente un hombre superior, y no me extraña ver qué elevada posición ocupan generalmente en el Oeste los banqueros americanos. Con los creadores de caminos de hierro, constituyen un núcleo de clase directora.

Sé que esta expresión haría saltar á la mayor parte de los ciudadanos de la libre América, muy persuadidos de que no hay entre ellos ni directores ni dirigidos; pero yo la mantengo porque me parece del todo justa. Los Estados Unidos son sin duda el país donde la igualdad parece más completa; pero allí, como en todas partes y más que en ninguna parte, los hombres se clasifican según su valor y desempeñan en la vida un papel muy diferente según el grado de ese valor. La verdad es, muy al contrario, que no juzgándose á nadie por sus antecedentes de familia ni por lo ilustre de sus antecesores, ninguno puede aspirar á una categoría más elevada sin probar que tiene aptitudes superiores. La clase directora no es un cuerpo organizado, pero existe; absorbe continuamente en el conjunto de la nación todos los elementos escogidos, y rechaza siempre todos los demás, siendo el resultado de una selección perpetua.

Los grandes propietarios que, á ejemplo de aquellos cuyas granjas acabamos de visitar, llevan al país animales escogidos y

métodos perfeccionados de cultivo, se agregan con justo título á la clase directora del Oeste. Ocupan un lugar separado, porque son, más que los banqueros y mucho más que los propietarios de vías férreas, personas del país ligadas á los intereses y al porvenir de este mismo país. Otro carácter les distingue también: mientras que el banquero lleva consigo, ó encuentra en la localidad, uno ó dos auxiliares, el gran propietario ocupa todo



Caballerizas de la granja de M. T... (Dacotah)

el año una docena de obreros, y durante tres meses, treinta: es un patrón, y en tal concepto presta señalado servicio á los numerosos emigrantes que llegan para instalarse en el Oeste sin dinero y no son capaces de salir de apuro si no encuentran á su alcance un trabajo lucrativo. ¡Cuántos de los que se titulan propietarios, establecidos en su pequeño lote, se dan por felices con ganar duro y medio ó dos diarios durante la estación de los grandes trabajos, ofreciendo sus servicios! ¡Y cuántos otros adquieren así la experiencia y el capital que aseguran su éxito futuro!

El americano poseedor de una granja considerable engloba, pues, en cierto modo la población que viene á buscar fortuna en los Estados del Oeste. En el Dacotah esta población es casi

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

exclusivamente escandinava ó americana, pero sobre todo de aquella nacionalidad. En casa de M. Shribner fuí recibido por un noruego, antiguo marinero que se había quedado en los Estados Unidos para dedicarse al cultivo; en casa de M. T....., danés era el primero con quien trabé conversación, y cuando me informé de la nacionalidad de los obreros que veía en aquellas granjas, contestábanme siempre que eran suecos, noruegos ó daneses. En las pequeñas ciudades del valle, en Moorhead, Fargo, Breckenridge y Grand Forks, pueden verse en las tiendas inscripciones escandinavas, y al fin se pregunta uno si el Dacotah está en camino de sufrir, como Europa en la Edad media, su invasión de normandos.

Es muy curioso, en efecto, ver cómo la emigración europea se distribuye en la inmensa superficie de los Estados Unidos: mientras que los irlandeses y los alemanes del Centro se quedan en las ciudades manufactureras de Nueva Inglaterra y de Pensylvania, ó se aventuran cuando más en las grandes ciudades del Oeste, el alemán de la llanura y el escandinavo van á perderse en las granjas apartadas de Kansas, de Nebraska, de Minnesota y del Dacotah, donde vuelven á encontrar las mismas condiciones de independencia á que están acostumbrados en la madre patria. Al campesino de Luneburgo ó del Shleswig, ó al pescador noruego, no les asusta más vivir solos en medio de la pradera americana que en el aislamiento del *hof* escandinavo, y hallan abundante al otro lado del Atlántico la tierra que les falta en su país.

En el fondo, esa es hoy, como en tiempo de los *reyes de mar*, la causa de su emigración; pero la forma exterior ha cambiado mucho: en vez de verter lágrimas, como el Gran Emperador de la barba florida cuando veía sus ligeras barcas remontar el Sena, el Presidente no puede menos de frotarse las manos si los partes oficiales le anuncian el desembarco en Nueva

York de un grupo de emigrantes escandinavos. En efecto, ya no son temibles para los gobiernos encargados de velar por la seguridad del país; ya no llegan armados, conducidos por audaces *vikings*, sino atraídos por los prospectos halagadores de algún agente de emigración, y se dirigen pacíficamente á las tierras vacantes y fértiles que les indican. ¿Y de qué les serviría, por otra parte, ir armados? No han de trabar lucha contra ningún ser humano, ni ocupan tampoco el lugar de nadie.



Regreso del campo

Su emigración é instalación se efectúan, pues, con mucha más facilidad que en otro tiempo; pero desde la época en que eran menos fáciles y más heroicas, los escandinavos daban jefes á los países que invadían. Actualmente no se encontraría ya entre ellos un Rollon ó un Ragnard Lodbrog; la policía marítima ha cerrado la serie de los *sagas* y agotado la fuente de donde salía aquella célebre aristocracia de los *reyes de mar*. En adelan-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

te, privada de la piratería, que le proporcionaba sus grandes hombres, la Noruega, país pobre, no envía ya fuera sino gente de pocos medios, como hijos de pescadores y de campesinos; pero son elementos preciosos, aunque modestos, que el americano domina, familiarizándose con ellos muy pronto.

Si algunas veces un escandinavo hace bastante fortuna para salir de su condición primitiva, creándose una buena posición, se americaniza más pronto aún que aquellos de sus compatriotas que se quedan en un escalón menos elevado, y entra al punto á formar parte de la clase en que se introduce. He visto varios ejemplos de este fenómeno, entre otros uno en la persona de cierto gran propietario de Minnesota, llegado al país sin recursos, como pobre emigrante sueco que era, y muy rico hoy. Había ganado su fortuna como verdadero yanki; consiguió muy pronto que se le aceptara como agente de una compañía holandesa, propietaria de terrenos considerables; durante quince años hizo especulaciones por cuenta de ella, con gran beneficio para sí propio, y tuvo tiempo para crear sucesivamente y vender con ventaja tres granjas, cada vez más extensas y más al Oeste. Bien se ve que era un sueco predestinado á convertirse en americano.

En los Estados del Oeste, por lo demás, hay algunos agricultores afortunados que, comenzando por una modesta explotación de ciento sesenta acres, llegan á poseer granjas bastante extensas, sin haber ganado nunca dinero más que haciendo crecer el trigo: éstos no son yankis, sino alemanes, anglo-canadenses ó escandinavos, incapaces de ocuparse sucesivamente en diez oficios distintos en el espacio de algunos años para obligar á la fortuna á sonreirles; pero buenos labradores, cuidadosos de sus beneficios y, dicho sea de paso, protegidos por la suerte. He visto, por ejemplo, en el condado de Aberdeen (Dacotah del Sur) dos hermanos canadenses de origen inglés, que llegados

sin un cuarto, poseían mil ciento cincuenta acres de tierra (trescientas sesenta hectáreas), de los que mil ciento estaban en cultivo. Estos colonos no tienen la misma importancia que los ricos capitalistas, propagadores de buenos métodos de cultivo y de razas de animales elegidos; no determinan el progreso agrícola, y se inclinan, por el contrario, á abusar de sus tierras para obtener trigo y buenos duros. Efectivamente, todos apelan á los préstamos, por lo menos al principio, pues no poseen ganados ni herramientas, ni dinero para comprarlos. Estos préstamos se conceden al ocho ó diez por ciento en general; de modo que cada año han de pagar por intereses importantes sumas. En estas condiciones, ¿cómo no tratarían de librarse de su deuda, aun exponiéndose á que sus tierras queden esquilmadas?

Desde el punto de vista agrícola representan, pues, un tipo inferior en el gran cultivo; pero su utilidad es enorme para el porvenir del país, porque constituyen los elementos más fijos de la población, los que sirven de base á todos los demás y dan un poco de estabilidad material á ese pueblo siempre en movimiento. El banquero y el gran propietario han venido á instalarse principalmente con objeto de hacer prosperar la ciudad ó las tierras vecinas. Si hallan ocasión de ceder con provecho su banca ó su dominio, se irán para comenzar de nuevo en otra parte la misma operación ó cualquiera que les parezca ventajosa. El establecimiento del escandinavo ó del alemán rural tiene, por el contrario, algo de más definitivo. Estos hombres salieron de su país con la idea fija de crearse un dominio independiente; han venido á *ganar tierra*, como los normandos de la Edad media, y una vez alcanzado su fin, no desean más que vivir y morir en el suelo que adquirieron y fecundaron con su trabajo.

Estos dos elementos contribuyen, cada uno de por sí, al desarrollo del país: el americano dirige la conquista del Oeste abre los territorios, se hace colono, construye los ferrocarriles

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

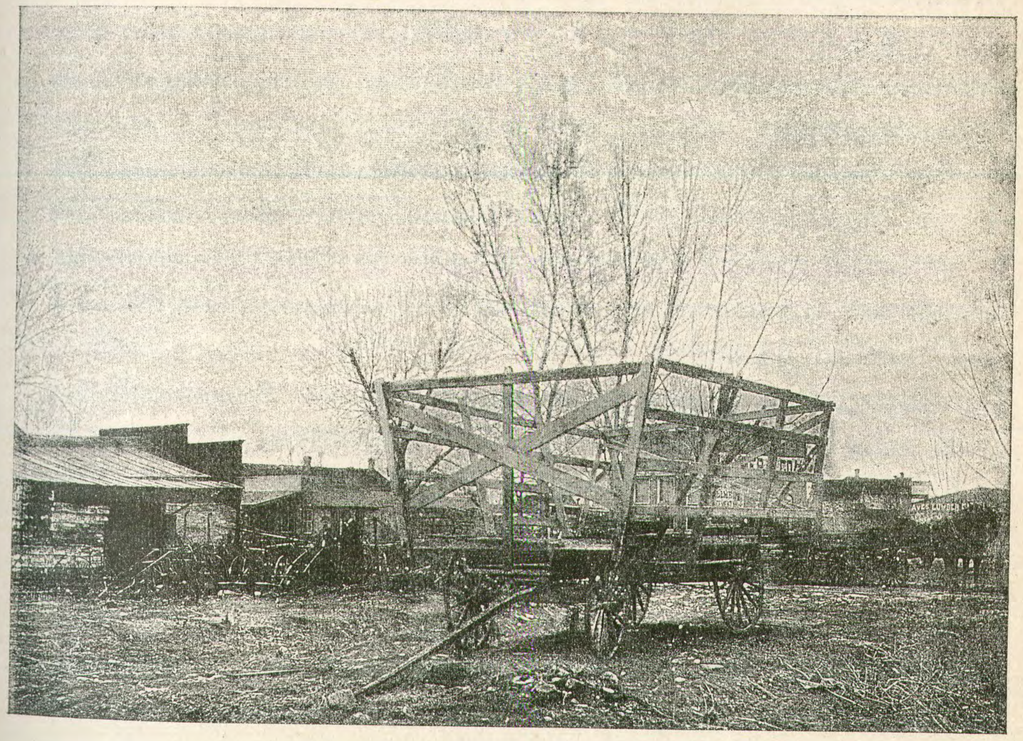
y prepara los caminos; el alemán y el escandinavo aseguran la conquista, instálanse allí donde el americano no ha hecho con frecuencia más que pasar, fundan hogares duraderos, y se fijan irrevocablemente en su segunda patria. Al cabo de veinte años no hay más que americanos.

Hemos visto que el gran propietario presta á los emigrantes pobres un servicio precioso, poniendo á su alcance una ocupación lucrativa. Fuera de los obreros que van á trabajar en su finca, con frecuencia tiene también labradores á quienes paga en metálico, otros que abonan su renta con productos, y hasta colonos asociados. En los Estados Unidos se hallan, pues, todas las combinaciones posibles, todos los sistemas de arrendamiento, como ya dijimos al hablar de los grandes ranchos de cebo. Nacen espontáneamente de las diversas circunstancias, y cada uno de ellos responde á una necesidad diferente, á una categoría particular de individuos.

Es evidente, por ejemplo, que el emigrante á quien el cultivo es del todo extraño y que no está acostumbrado á un trabajo penoso, á un esfuerzo físico intenso y prolongado, no puede ni ocuparse en una granja para servir de mozo, ni tampoco instalarse en los ciento sesenta acres que el Gobierno le concede. En la granja no querrán conservarle, y en su lote se morirá de hambre. No obstante, si un propietario le presta caballos, un arado y una sembradora, podrá, tomando consejo de sus vecinos y á fuerza de tiempo, sembrar una tierra y recoger la mies tres meses más tarde: esto no le enriquecerá desde luego; pero así le será dado reunir un primero y pequeño capital sin haber corrido riesgo alguno, y el propietario se cobrará el valor de su servicio y del alquiler del terreno reteniendo una parte de la cosecha. Esta manera de comenzar se halla al alcance de todo el mundo. He visto en Kansas un traficante en paraguas, de Lyón, llegado hacía tres días al país, hacer así sus primeros en-

sayos de cultivo en la tierra de un compatriota, de quien era arrendatario hacía algunos meses.

El emigrante que llega con su familia y dispone de cierto número de brazos puede encontrar donde instalarse en calidad de labrador ó de colono en explotaciones más importantes, en



Carruaje para el transporte de heno en Florencia

las que se le dará casa y construcciones de granja; muchos emigrantes acompañados de sus familias comienzan así, y les tiene más cuenta que instalarse desde luego en un lote, lejos de todo recurso y donde todo se ha de crear.

Pero en ninguna parte de los Estados Unidos se considera la situación del arrendatario sino como pasajera; todo el mundo aspira á la independencia, y todos tratan de alcanzarla. Algunos vuelven á caer periódicamente en una posición subordinada;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pero los más obtienen buen resultado y logran su objeto una vez ú otra.

No se encuentran, pues, esas familias de arrendatarios establecidos durante varias generaciones en la tierra de una misma familia patronal, como se ve algunas veces en Europa. Mientras que esos prolongados arriendos se consideran entre nosotros como un título de honor, allí se avergonzarían de permanecer tan largo tiempo estacionados en el mismo grado de la escala social.

De aquí se sigue que hay pocos arrendamientos organizados de una manera estable. Un gran propietario no dirá jamás que posee diez ó veinte granjas, porque esto no daría idea de la extensión de sus tierras, é indica tan sólo que es dueño de tal ó cual número de acres.

En cuanto á su manera de explotarlos, esto depende de las circunstancias. Si no tiene empeño en dirigir personalmente toda su propiedad, alquila lo que puede, según los casos, por un año y hasta por seis meses; pero nada es muy fijo; de modo que en tal año hará valer él mismo un millar de acres, y en tal otro solamente un centenar. En suma, el gran propietario puede verse obligado un día ú otro á cultivar directamente todas sus tierras, por lo cual es preciso que se halle dispuesto á encargarse de la dirección, pues de lo contrario correría el riesgo de volver á quedar sin cultivo.

Esto explica cómo ciertos colonos, muy deseosos de regresar á su país natal después de haber reunido cierta fortuna en los Estados Unidos, se vean bastante apurados para realizar su propósito.

Una vez fuera el dueño, la propiedad no vale ya nada, y por lo tanto es preciso venderla antes de ausentarse; pero entonces se presentan otras dificultades: en primer lugar, no se encuentran siempre compradores, y en segundo, cuando se hallan, es

preciso aceptar precios no muy conformes con las rentas á que se está acostumbrado. He visto algunas veces franceses detenidos por estas consideraciones, sin las cuales se habrían embarcado sin tardanza en el primer transatlántico que saliera para el Havre.

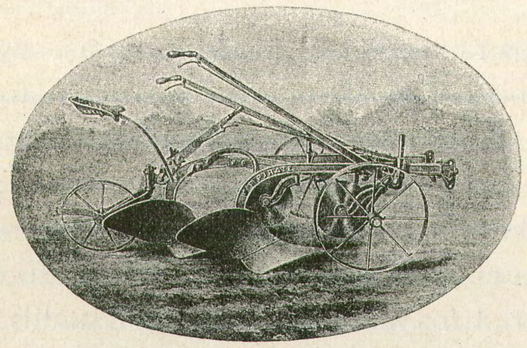
El francés, efectivamente, no se establece de buen grado fuera de su patria: echa de menos amargamente la compañía de sus compatriotas, el café de la pequeña ciudad, el asfalto del bulevar ó la velada del pueblo; no tiene, como el escandinavo, una inclinación profundamente rural y sobre todo esa costumbre del aislamiento, que le permiten bastarse á sí propio y vivir feliz en su soledad y su independencia. He aquí por qué entre los raros franceses que triunfan, muchos siguen siendo americanos á pesar suyo.

Así como los ranchos, las grandes granjas, según hemos visto ya, son propiedad de algunos colonos provistos de capitales; el emigrante pobre no se encuentra en ellas sino en calidad de obrero ó de criado y en una situación pasajera; de modo que no es allí donde se le ha de estudiar si uno quiere saber de qué modo comienza el cultivo cuya explotación crea. Pero si es difícil comprender á los labradores de los Estados Unidos en los sistemas de arrendamiento que solamente algunos aceptan por un tiempo muy corto, se puede estar seguro, por el contrario, de encontrarlos en cierta forma de propiedad rural por la que casi todos han pasado y en la que varios no pueden mantenerse, mientras que muchos se conservan en ella: me refiero á la pequeña finca de ciento sesenta acres, al *homestead*. Esta palabra tiene varios sentidos que es útil definir; el más general es el de *instalación de familia*, en el sentido gramatical, por decirlo así; y también significa, en el lenguaje jurídico, una porción de tierra que el propietario no puede hipotecar, por haber renunciado al derecho de hacerlo, hallándose así fuera del alcance

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de sus acreedores. En fin, se llama comúnmente *homestead* ó *claim*, en los Estados Unidos, el lote de ciento sesenta acres que un ciudadano cualquiera tiene derecho de ocupar en país vacante según ciertas condiciones.

Veamos qué género de colonias vamos á encontrar en esos *homesteads*.



CAPITULO V

LA EXPLOTACIÓN EN CULTIVO REDUCIDO. — EL HOMESTEAD

I. Las facilidades aparentes de instalación. – II. Las condiciones previas de éxito. – III. Los riesgos de la empresa.

I. – Las facilidades aparentes de instalación

A primera vista parece que nada sea tan fácil como instalarse en un *homestead*. Todas las compañías posibles de emigración dirán que las tierras vacantes pertenecen al Gobierno de los Estados Unidos y que éste las distribuye de la manera más liberal á los colonos deseosos de cultivarlas.

En efecto, se puede adquirir en esas tierras de tres maneras diferentes la propiedad de una extensión de sesenta y cuatro hectáreas; basta ir á establecerse y declarar en la oficina del Gobierno cuál de esas tres maneras se quiere emplear.

Si se ocupa dicho terreno á título de *homestead* propiamente dicho, será uno propietario al cabo de cinco años de residencia, justificando por el testimonio de dos vecinos que se ha edificado una casa y cultivado una parte de la tierra. Así, pues, no se ha de hacer ningún desembolso.

Si se quiere reducir á seis meses los cinco años de residencia exigidos, basta pagar al Gobierno 16'25 francos por hectárea, lo cual costará, por lo tanto, poco menos de mil ciento; esto es lo que se llama en los Estados Unidos derecho de *preemption* (derecho de comprar antes que otros).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Por último, si se desea asegurar desde luego un espacio de tierra más extenso, se puede combinar uno de estos dos modos de adquisición con un tercero, llamado *timber claim*. Para esto será necesario plantar de árboles forestales cuatro hectáreas de tierra, que serán propiedad del interesado, y en recompensa de este trabajo de población, de utilidad pública en las tierras desnudas de la pradera, el Gobierno le concederá sesenta más; de modo que así se tendrán en conjunto ciento veintiocho hectáreas.

Agréguese á esto que la mujer, así como el hijo ó la hija mayor, tienen los mismos derechos, de modo que una familia numerosa puede estar segura de tener más trabajo del necesario para ocupar sus brazos en la tierra que le pertenece.

No solamente es fácil llegar á ser propietario, sino que también lo es cultivar. En aquellas tierras nuevas, generalmente muy fértiles, y con los instrumentos ingeniosos que los americanos emplean, el recién llegado puede convertírse en agricultor.

De aquí la idea, propagada entre muchos colonos, de que cualquiera es apto para establecerse en un *homestead*. Cierto día, hallándome en casa de un francés, instalado en Kansas hacía ya largo tiempo y propietario hoy de una granja importante, me dijo al regresar de un largo paseo por sus tierras, dirigiendo en torno suyo una mirada de satisfacción: «Ya ve usted, caballero, todo cuanto he hecho aquí; comencé con mis dos brazos en tiempo de los indios, defendiendo contra ellos mi ganado y mis cosechas y vendiendo á veces mis bueyes de labor para obtener algunas medidas de harina á fin de no morirme de hambre. Pues bien, á pesar de todo, jamás había aprendido más que un oficio, el de ebanista, en mi país de Borgoña.» Y como yo le preguntase si entre sus vecinos se contaban muchos que hubiesen comenzado así en el cultivo de su *homestead*, me contestó: «Mire usted, en el valle que acaba de recorrer para venir á verme hay un colono que ha sido mozo de café; otro fué dependiente del almacén *Pigmalion*, en París; un tercero, cajista de imprenta en Nueva York, y también se cuenta un antiguo marinero noruego desertor. En fin, hasta podría enseñarle un abogado, antiguos militares, traficantes, etc. Lo esencial aquí consiste en ser enérgico, no desanimarse y tener buena salud; por lo demás, todo el



Casa de un hortelano francés en sus comienzos, cerca de Kansas City

mundo puede cultivar, como nosotros lo hacemos, con máquinas que hacen el trabajo por sí solas.»

Y en apoyo de su aserto, el antiguo ebanista me mostraba un operario de su granja que se disponía á sembrar maíz: sentado en su pequeño pescante de hierro dirigía un caballo, cuidando de que funcionara bien su *corn planter* (sembradora de maíz). A intervalos regulares algunos granos caían en tierra, donde la rueda plana del instrumento los sepultaba al punto, mientras que una especie de ligera cuña de madera trazaba el surco siguiente.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El trabajo del obrero consistía tan sólo en mantener la caballería en línea recta, echar maíz en las cajas de la sembradora cuando estaban vacías, y dar la vuelta con su máquina al llegar á cada extremidad del campo, todo lo cual se hacía sin necesidad de ningún esfuerzo físico formal ni destreza particular. Ninguna palabra ni grito ni canto acompañaban la operación; y yo me acordé de la fuerza desplegada, de las espantosas blasfemias y de las ruidosas canciones de los campesinos del Mediodía de Francia, cuando también siembran su maíz en las ricas llanuras de Gascuña ó del Bearn. Es preciso ser gascón ó bearnés para excitar así á los bueyes, cantar tales canciones y volver del trabajo encorvado bajo el aguijón de la fatiga; mas para servirse del *standard corn planter* basta haber visto á otra persona ponerle en movimiento durante cinco minutos. Por lo demás, ya he dicho antes que un traficante de paraguas pudo salir del paso sin dificultad al día siguiente de haber llegado á los Estados Unidos.

Lo mismo sucede para sembrar el trigo, labrar y hasta desmontar la pradera, pues los arados son siempre ligeros, muy cortantes y fáciles de conducir. Sin hablar de los *gang ploughs* de dos rejas, usados en las grandes granjas, pero que exigen cinco caballos y no están al alcance del simple cultivador, los modelos más modestos empleados en los *homesteads* tienen siempre la ventaja de su sencilla construcción y de su fácil manejo.

Agréguese á esto que no es necesario nunca estercolar las tierras, ni encalarlas, ni quebrantarlas por profundas labores, pues las que exigieran semejantes trabajos se abandonarían para buscar otras más ventajosas. El tecnicismo del oficio se halla, pues, tan simplificado como es posible y no detiene á los colonos. Todo el mundo puede llegar fácilmente á conocer y practicar un cultivo tan elemental.

Sin embargo, no todos son aptos para colonos, y entre los

que se consideran capaces para ello, tampoco todos pueden serlo de igual manera; de modo que junto á la cuestión técnica hay otra más esencial.

II.—Las condiciones previas del éxito

Para convencerse de ello basta interrogar á varios irlandeses ó escuchar las conversaciones de los franceses emigrados en los Estados Unidos: aquel que me decía, recordando su vida pasada, que con energía se llega siempre á tener granja, aunque uno sea ebanista borgoñón, olvidaba una cosa, y no poco importante: olvidaba su mujer, que hizo tanto como él para la prosperidad de la casa y no lo oculta. «Fortuna ha sido para mí, borgoñón, me decía, haber dado con una hija del Franco Condado, como yo.» Y me refería cómo entraba en el agua hasta la cintura para salvar las terneras jóvenes que estaban á punto de ahogarse en la caleta; cómo se ahorcajaba en el primer caballo que veía para ir en busca de los animales extraviados; cómo hacía trabajar á los obreros, etc., etc. Aún hoy día, ella es la que engancha el *buggy* cuando su marido ha de ir á la ciudad, y fácil es reconocer, en efecto, que el tal borgoñón ha tenido gran ventura al encontrar semejante esposa. Sin embargo, esta última arde en deseos de regresar á Francia, pensando que si América es buena para *recoger cuartos*, como ella dice, solamente allí saben gastarlos; su sueño dorado es instalarse en París ó edificar en su pueblo uno de esos castillos en miniatura, cuyas torrecillas, del grueso de un cigarro habano, amenazan al cielo con sus veletas adornadas; pero el padre D..... no lo entiende así: calcula que su tierra le produce el 8 por 100 dejándola cultivar á los arrendatarios; que es difícil venderla bien, y que sería mal negocio abandonar su propiedad de Kansas. Ahora bien: el padre D..... no ha hecho jamás malos negocios, y no quisiera co-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

menzar á su edad. Lo cierto es que está encariñado con aquel rincón de tierra, cuyas transformaciones sucesivas ha visto y dirigido. «Cuando se ha creado todo y se encuentra en la casa propia todo cuanto se quiere sin salir de ella, me dijo, no se tienen deseos de marcharse; pero mi *ciudadana* no comprende esto y echa de menos su país.» Por la influencia que la mujer tiene en la casa, se puede temer que el padre D..... irá á terminar sus días lejos de sus tierras de Kansas.

Desgraciadamente para muchos colonos, sus respectivas *ciudadanas* desean regresar al país natal mucho tiempo antes de haberlos ayudado á reunir una fortuna; y en el centro francés, sobre todo, es muy frecuente. Lo que pesa de una manera horrible á las francesas no es tanto el enojo de atender por sí mismas á todos los quehaceres domésticos, ó el cambio de sus costumbres, como el aislamiento en que se encuentran. Mejor que otras muchas, saben soportar una privación material; y más que ninguna, tienen el talento de conducir su casa con esa mezcla de economía y de cuidado que preserva la bolsa del marido, proporcionándole su comodidad interior; pero no se consuelan de la falta de relaciones sociales: según su clase y su condición, echan de menos la *buena compañía*, que en general no existe en el Oeste, ó bien la conversación agradable al amor del fuego, que es el bien común de todas las clases en Francia. El americano de origen anglo-sajón se basta á sí propio, y si le complace la sociedad, ésta se limita á su *home*, es decir, á su mujer y sus hijos: en cuanto á los demás, tan sólo constituyen el prójimo, ese prójimo á quien se debe amar como á sí propio, pero en el que, por achaque de la naturaleza humana, se piensa siempre mucho menos que en sí mismo. Ni sus hermanos, ni sus hermanas, ni sus primos son para él más que prójimo; carece de ese espíritu de familia tan extenso que caracteriza á ciertas poblaciones de Europa, y no manifiesta particularmente apego á

las personas de su sangre. Con mucha más razón, no tiene empeño en vivir siempre con aquellas que conoció en su juventud y que constituyen como una continuación de su familia. Así, pues, poco le importa ir á establecerse lejos de todo pariente ó de todo amigo; y si su tierra le produce beneficio y sus vecinos



Sembradora de maíz en la granja de M. D... en Kansas

no le buscan cuestiones, juzga que su *home* está bien donde se halla, hasta nueva orden. De igual manera, el escandinavo abandona su fiordo para habitar en una llanura desconocida del Far West americano, sin llorar la patria que deja; y se va solo, muy resuelto de antemano á no volver y á casarse en cualquier punto, cuando se presente ocasión y haya reunido algún dinero, con una joven del país donde se establezca. No tan sólo se expatria, sino que se aísla, se pierde y rompe con sus orígenes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Ni el irlandés, ni el francés y ni aun siquiera la generalidad de los alemanes obran de este modo: el primero permanece en las ciudades, y el segundo también, mientras puede; cuando se arriesga en un *homestead*, le toma cerca de algún pequeño centro y, en cuanto sea posible, en un punto donde pueda encontrar algunos compatriotas; su más vivo deseo es siempre agruparse, *tener tacto de codos*; y le parece hallar de nuevo su patria lejana cuando ve en torno de su propiedad otras granjas cultivadas por franceses, cuando le es dado contar con un apoyo y hablar su lengua. Como los verdaderos franceses se hallan diseminados en el Oeste, busca también los suizos, los belgas, los naturales del Luxemburgo, todos aquellos, en fin, que hablan francés, ó poco menos. He aquí por qué no es generalmente en las fronteras extremas del cultivo donde se encuentran esos pequeños grupos de colonos: yo no he visto uno solo en el Dacotah ni en Oklahoma; pero en Missuri y Kansas encontré algunos raros ejemplos.

No olvidaré nunca esas visitas á mis compatriotas: cuando un francés bien auténtico, un «francés de Francia,» como ellos dicen, llega á sus casas, manifiéstanle todo su afecto patriótico, y desde luego se establece un vínculo inmediato de simpatía, á pesar de las diversidades de origen y de posición que elevarían entre ellos en el *viejo país* una serie de barreras difíciles de franquear. En todas partes le reciben á uno con los brazos abiertos, le festejan, le miman como á un antiguo amigo; ricos ó pobres, todos le convidan; se habla de mil cosas á la vez, de París y del Far-West; de la nueva pieza estrenada en el Gimnasio, de la cual ha dado cuenta un periódico ilustrado; de la condición de los animales; de la última crisis política, y de la utilidad de las máquinas agrícolas. Por regla general, todos trincan juntos, sea cual fuere la hora del día, y se ridiculiza á los yankis prohibicionistas, que beben agua helada y á quienes

aflige la dispepsia. Si queréis ver la vida americana bajo su aspecto menos favorable, id á sentaros á esas mesas hospitalarias y oiréis cómo la critican en todos sus detalles; se os hablará del egoísmo de los padres, de la independencia de los hijos, de la audacia de las hijas y de la hipocresía de todos: las mujeres,



Una huerta en Kansas (granja de M. D.)

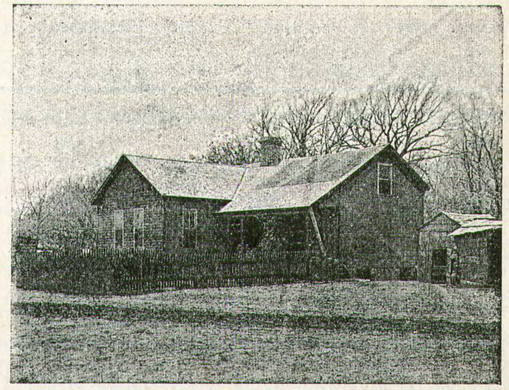
particularmente, no se cansan de tratar del asunto. Educadas en medio de costumbres contrarias, de las cuales se han hecho una especie de código inviolable, no comprenden las que tienen á la vista, y no comprendiéndolas, censúranlas sin reserva. Los maridos son generalmente menos absolutos en sus juicios y suavizan la dureza de los epítetos: dicen que los padres americanos no son precisamente egoístas, sino que quieren que sus hijos sepan arreglarse por sí solos, como lo hicieron ellos mismos; de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

aquí la independencia de los hijos, obligados á no contar más que con su propia energía, y de aquí también la audacia de las hijas, que deben mirar por su establecimiento como quieran y como puedan.

Nada es tan instructivo como esas conversaciones conyugales, pues en ellas se ponen de manifiesto claramente todos los obstáculos que nuestra educación francesa acumula en el camino de aquellos y sobre todo de aquellas que van allá abajo. Se comprende que una joven educada en una pequeña ciudad del Mediodía con algunas amigas autorizadas de su familia, entre su piano, sus bordados, sus confituras y su hermanito, vea con indecible asombro á las hijas de Eva del Nuevo Continente viajar solas apenas saben buscar su camino, conducir su *buggy*, montar á caballo, pasearse cogidas del brazo de hombres jóvenes, hablar de todo y no decir nada. Estas libertades les parecen extrañas á causa de la falta de conveniencia que las caracteriza; y también piensan que la intimidad, tal como ellas la conocen, no podría nacer con semejantes personas, á quienes falta la sensibilidad necesaria para complacerse en ese cambio de confidencias que constituye el fondo de la amistad femenina en Francia; y reflexionan con amargura sobre la suerte de las antiguas compañeras de su juventud que han quedado en el *viejo país*. Cierto que estas últimas viven algo pobremente del humilde empleo del marido, combinado con el escaso dote; pero disfrutan bien de todo lo que aquí no se encuentra: si su sombrero no viene de París, se ha tomado por modelo el de una dama que va algunas veces á la gran capital; su casa no está montada con lujo, mas en cambio tienen una criada para abrir la puerta y para la cocina; y cuando llega su día de recepción, creeríase casi que viven con lujo. En fin, ven á sus amigas y hasta pueden criticar un poco con varias de ellas; hacen visitas, y son *señoras* como las demás. En el Oeste, todo ese frágil edificio de

vanidad se derrumba por sí solo, y la costumbre es aislarse más. El género de vida no se ha organizado teniéndose en cuenta las relaciones sociales, sino la tarea que cada cual se impone, tarea tan absorbente que no deja lugar para el ocio; si le dejase, no se sabría en qué ocupar el tiempo. Los hombres se consuelan pensando que América es buena para hacer negocios y que la existencia es aquí más duradera; pero las mujeres se resienten cruelmente de la pérdida de los goces de familia ó mundanos á que estaban acostumbradas.



Vivienda en la granja de M. D... (Kansas)

Por eso procuran cuanto es posible reproducir en los Estados Unidos el cuadro de la vida europea; inducen al marido á instalarse cerca de las ciudades para hacerse la ilusión de que tienen trato social; aconséjanle que arriende sus tierras para evitar las molestias del cultivo y las complicaciones que resultan en el arreglo de la casa, y por último le persuaden que venda su *homestead* y tome el camino de Francia apenas hay posibilidad de hacerlo con alguna ventaja.

Para hacerles tolerable una situación tan extraña á sus gustos sería necesario tenerlas en un grupo importante de colonos franceses, á fin de que encontraran en menor grado lo que tan profundamente echan de menos; mas para esto sería preciso, por lo pronto, que hubiese una emigración organizada; que semejantes grupos existieran en alguna parte, y por desgracia son raros.

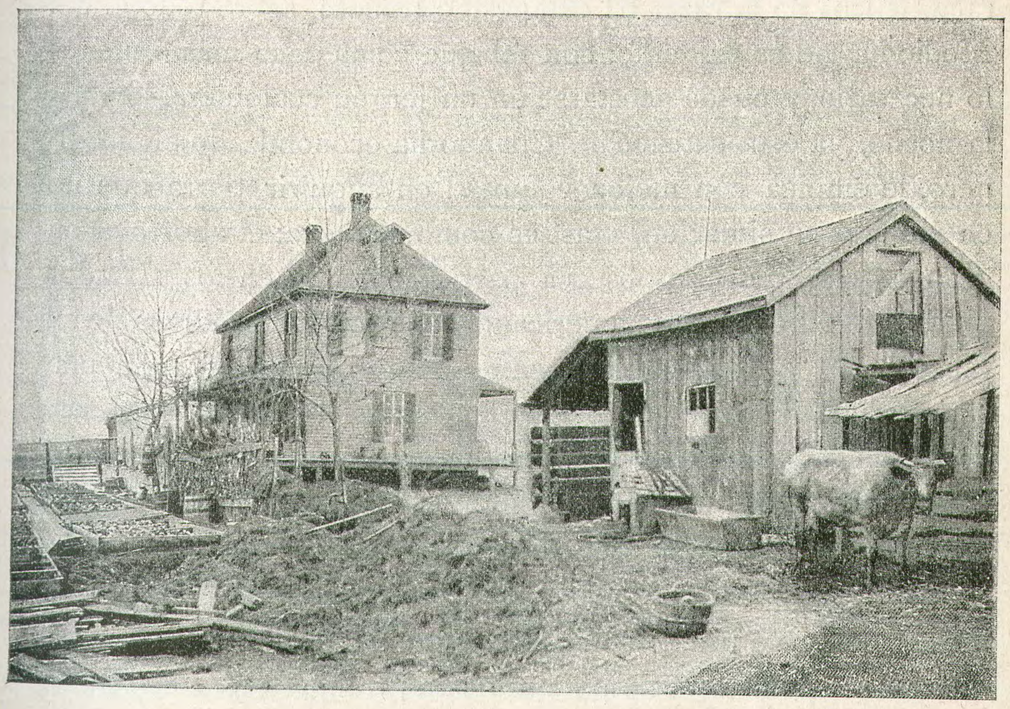
Sin embargo, muy cerca de Kansas City encontré algunos hortelanos franceses que se habían establecido en el *East Bottom*,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

es decir, en los ricos terrenos de aluvión formados por el Missuri al Este de la ciudad. Eran naturales del Gard, del Jura y suizos, viñadores ó montañeses endurecidos en el trabajo, deseosos de ganar dinero, y varios de los cuales habían reunido ya un pequeño capital, vendiendo hortalizas en el mercado. El primero llegó hacia 1876 con su mujer y cinco hijos, ahuyentado de su país por la filoxera y en la mayor miseria. «A mi llegada, me dijo la señora M...., pasé cuatro días en una barraca preparada por los emigrantes junto á la estación, sin tener más que treinta y tres sueldos en el bolsillo; era todo cuanto poseíamos, y esos muchachos que ve usted ahí no tenían aún edad para ganarse la vida. Por fortuna, mi marido encontró muy pronto ocupación como jardinero; no conocía bien el oficio, pero estaba acostumbrado á cuidar las vides y sabía lo que era limpiar una tierra y cavarla. Por otra parte, en este país no se ha de ser demasiado escrupuloso, y su amo le conservó durante dos años, pagándole un buen jornal, que nos permitió vivir y ahorrar alguna cosita. Al cabo de dicho tiempo estábamos ya en disposición de establecernos por nuestra cuenta en una tierra arrendada, y como era el momento en que se construía mucho en Kansas City, porque la ciudad comenzaba á prosperar y todo el mundo tenía trabajo, los negocios marchaban bien. ¡Ah, caballero, qué buen tiempo aquel del gran *boom!* En el mercado de la noche del sábado, cuando los trabajadores venían á cobrar sus jornales, vendíase todo al precio que se quería. Con los negros, sobre todo, no era necesario molestarse, pues son los mejores parroquianos que se puedan encontrar cuando tienen algunos duros en el bolsillo. Gracias á esto, mi marido pudo comprar muy pronto los catorce acres de tierra que poseemos, aunque eran caros, pues nos costaron tres mil duros; pero al menos se sabe lo que se hace y no sucede lo que en esos *homesteads* que le dan á uno en la pradera para que vaya allí á morirse de hambre solo. La

prueba es que eso no nos ha impedido construir nuestra casa, pagando mil cien duros al asentista. Mi pobre esposo, sin embargo, ha muerto, trabajando siempre, sin duda por haber sufrido demasiadas privaciones desde un principio.»

El éxito de M..... había inducido á uno de sus sobrinos á



Casa de un cultivador francés después de diez años de trabajo

venir también á vender coles y lechugas á los habitantes de Kansas City; pero los tiempos han cambiado, y el oficio no produce ya como otras veces. Por lo pronto, el *boom* se ha paralizado marcadamente, resintiéndose de ello todo; y además California ha comenzado á enviar al mercado sus verduras primerizas, que hacen una competencia victoriosa á las de Kansas City. He aquí por qué el sobrino no ha llegado aún al mismo grado de prosperidad que su tío alcanzó rápidamente. La casa donde vive es una mísera cabaña de madera, cuyas tablas mal

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

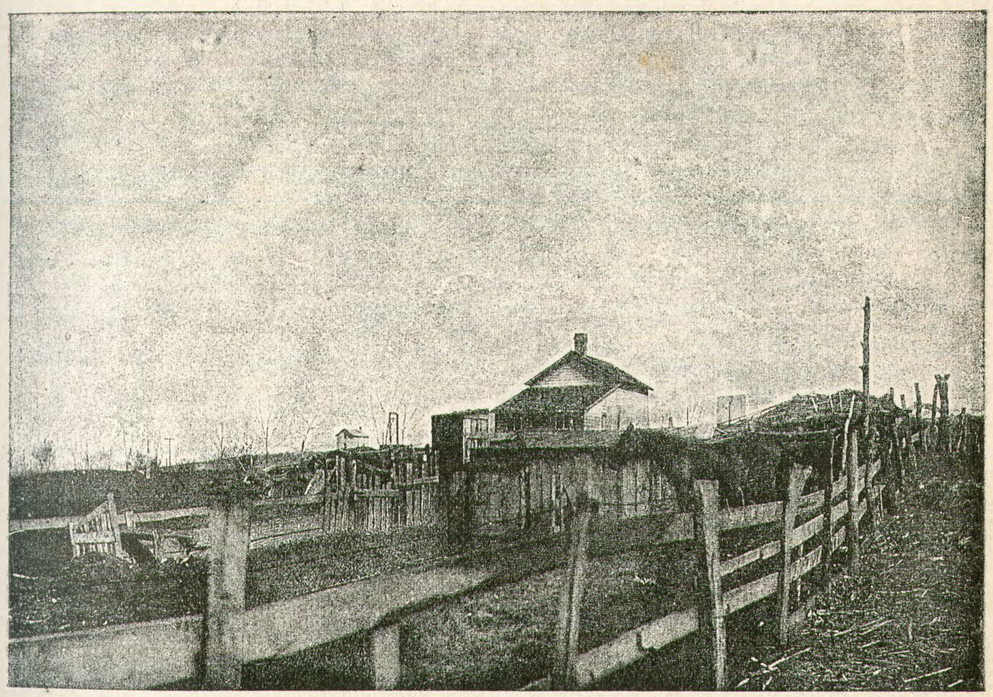
unidas dejan penetrar el aire y la lluvia; con papel alquitranado procura tapar aquellos enojosos intersticios; mas el remedio es poco eficaz, y la instalación muy triste. A pesar de todo, ha comprado ya cinco acres de tierra, alquila otros siete, costea dos trabajadores y no se queja, si bien este es uno de los rasgos característicos de la raza. El campesino francés, sobre todo el del Mediodía, no es exigente; con tal que coma poco más ó menos lo necesario, y pueda acostarse en un jergón cualquiera, llegada la noche, ya está satisfecho. Cuando ha economizado algún dinero, le emplea con mejor voluntad en adquirir tierra que no en mejorar su situación, y así es como se eleva: el ahorro es su gran fuerza. Esto se observa particularmente en los Estados Unidos, en medio de los americanos, siempre tan pródigos de su dinero; pero el francés conserva desde este punto de vista una superioridad notable sobre los emigrantes irlandeses, ingleses, escandinavos y hasta alemanes; en cambio le falta el espíritu emprendedor; es juicioso, pero no atrevido; económico, pero pusilánime.

Así, por ejemplo, ese buen muchacho jardinero no tiene el menor deseo de ir á probar fortuna en las tierras nuevas, porque esto le parece el colmo de la locura, aunque está rodeado de personas que lo hacen y obtienen buen resultado; pero instintivamente comprende cuánto le falta para esto, y se limita al cultivo del hortelano. Ha comprado, no obstante, algunos pequeños lotes de tierra por la parte de Oklahoma-Texas; pero á título de pura especulación y sin saber á punto fijo dónde se hallan. Un auvernés, posadero en Kansas City, fué quien le aconsejó que tomara esos lotes para venderlos después; el hijo de Auvernia sigue siéndolo aún en Kansas, y el talento del cambalachero va con el muchacho del Cantal hasta la otra orilla del Atlántico.

Siempre que se encuentran franceses en los Estados Unidos,

se reconoce así su alejamiento de la soledad, y podría creerse que este es uno de los motivos que más contribuyen á mantenernos fuera del gran movimiento de expansión colonial que la navegación por vapor ha producido en este siglo.

Se necesitan, en efecto, acontecimientos extraordinarios



Instalación sencilla de un americano

para promover una emigración en masa, única para la cual son aptos aquellos que temen el aislamiento en tierra extraña. Las razones que indujeron á los *Peregrinos* á embarcarse en la época heroica de la colonización americana, y las que en nuestros días determinaron á los menonitas á expatriarse, rara vez se encuentran en la vida de un pueblo. Muy por el contrario, las circunstancias que impulsan á los jóvenes á crearse una posición se presentan en todas las generaciones y para cada cual de ellos: este es un hecho normal, regular y constante. Y como esos jó-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

venes tienen sobrada inclinación á la independencia para aceptar el aislamiento y una educación de acuerdo con aquélla, van á colonizar tan naturalmente como otros se hacen burócratas ó empleados.

Lo que sostiene á los americanos en esas empresas sometidas á tantas pruebas es el amor innato á la independencia. Para llegar á ser dueños de sí, á vivir en su propia casa, lo aceptan todo; la soledad, la carencia de las comodidades más elementales y los peligros de la vida errante en medio de un país desierto. He oído con frecuencia á varios extranjeros burlarse de su idea del *home*, que les permite ensalzarle, al paso que cambian de él con la mayor facilidad: esto consiste en que muchos europeos, y particularmente los franceses, no entienden la misma cosa por el término *home* ó la expresión *en su casa*. El *home* de un francés es la casa donde ha nacido, el techo paterno, el lugar donde renacen sus recuerdos de la infancia siempre que vuelve á visitarle; el *home* del americano es el punto cualquiera donde se halla momentáneamente, pero donde es el dueño. Nosotros unimos con esta palabra la idea de la tradición; los americanos, la de la independencia. Cuando cantan: *Home, sweet home* (¡Casa, dulce casa!), que casi viene á ser su canción de siempre, no vuelven á ver con el pensamiento todo su círculo de familia alrededor del sillón de una abuela respetada, ni todos los poéticos recuerdos que todo esto despertaría en nosotros: se felicitan simplemente de estar sentados en su *rocking chair*, que nadie tiene derecho de ocupar; de calentarse los pies al fuego cuyo *coke* ganaron con su trabajo, y de ver descansando también junto á sí á la que eligieron por compañera. Por lo demás, basta observar el aire con que cantan ese eterno estribillo para comprender la significación que le dan; la poesía falta del todo, ó por lo menos, *nuestra* idea poética. En cuanto á mí, si quisiera interpretar con verdad las palabras *Home, sweet home*, las traduciría así: «¡Qué agradable es no estar en casa de los otros!»

El mismo deseo de independencia anima al colono escandinavo; pero con un sentimiento más elevado de la estabilidad material, ó si se quiere, con menos altas ambiciones. Así, pues, apenas alcanza su objeto, apenas es dueño y señor de una granja suficiente para estar libre de toda necesidad, se fija en ella y construye una graciosa casa, de bonito aspecto, con frecuencia pintada de blanco y semejante á un juguete de Nuremberg, pero de mucho mayores dimensiones. Al punto se distingue su instalación de la del colono americano; este último tiene una habitación cualquiera; es el albergue donde se refugia el *dollar hunting animal* (animal que caza el duro) al terminar un día bien aprovechado; el patio, circuído de malas estacas sin desbastar apenas, se halla obstruído de instrumentos de labranza, inútiles ya, de latas rotas de conservas y de restos de diversa especie y procedencia, viéndose todo desarreglado y revuelto. En la casa del escandinavo se nota desde luego que se ha buscado cierta elegancia: cercas de madera trabajada, dispuestas con regularidad y brillantes de pintura reciente, cierran el recinto del huerto, del *court-yard* (patio) y de las construcciones de explotación; el interior de la casa es sencillo, un poco desnudo, pero en extremo aseado, y diríase que es la sala de un convento. Muchos niños animan con bastante frecuencia la casa; veo nueve en la de uno, siete en la de otro, y doce en la de un tercero; en otras casas no hay más que cinco ó seis, pero todavía puede aumentar el número. ¡He aquí un excelente plantel de americanos!

Más campesinos que comerciantes, por lo que hace á sus costumbres anteriores, los escandinavos buscan sobre todo las tierras buenas, sin preocuparse de la facilidad para darles luego salida; el americano tiene siempre en cuenta el mercado, aunque quiera dedicarse al cultivo; bien es verdad que no produce sino

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

para la venta; mientras que los escandinavos, sin vivir completamente de su finca, consumen, no obstante, ciertos productos naturales, como se observa sobre todo en los que, establecidos en sus ciento sesenta acres, tienen una familia numerosa. Muchos llegan á poseer propiedades más extensas: me acuerdo de un danés que, habiendo salido de Jutlandia en 1867, fué primeramente al Wisconsin, y después tomó un *homestead* en Kansas en 1871. Por el año 1885 había llegado á poseer una tierra de doscientas cuarenta y seis hectáreas, cuyo valor apreciaba, con su arrendamiento, en setecientos sesenta mil francos; cien cabezas de ganado vacuno, setenta y cinco cerdos, siete caballos de labor y cinco potros, que vivían de la granja, contándose ya ochenta y cuatro hectáreas en cultivo. Cuando Janssen desembarcó en Nueva York, una veintena de años antes, tenía por todo capital sus dos brazos y debía su pasaje, que una compañía de emigración le había adelantado.

Otros tienen algunas ventajas al llegar, como el suegro de Janssen, que salió de Sleswig-Holstein con sus cuatro hijos para que se librasen del servicio militar, y ha sido muy afortunado.

III.—Los riesgos de la empresa

Generalmente, al cabo de una docena de años de permanencia en los Estados Unidos, el colono agrícola aumenta su *homestead* comprando tierras vecinas, ó bien debe abandonarle á sus acreedores. Yo he visto en el Dacotah varios alemanes, de Prusia, de Pomerania, de Brandeburgo, de Mecklemburgo y de Hannóver, cultivar cien, doscientas y hasta trescientas hectáreas de su pertenencia; y cuando yo visité dicho territorio, hacía ya nueve años que estaba abierto á la circulación. Por otra parte, recuerdo haber oído cierto día en el ferrocarril á un alemán socialista declamar enérgicamente contra los banqueros

yankis, que, según decía, arruinaban á los colonos con sus préstamos usurarios. Estábamos en los alrededores de Redfield, siempre en el Dacotah, y el inmenso vagón de setenta y cinco asientos en que viajábamos constituía una verdadera sala de conferencias en movimiento. Nuestro alemán, hallándose dispuesto á desarrollar sus teorías, las apoyaba con ejemplos conmovedores: habló de los padecimientos del emigrante, de las dificultades de los primeros años, de los préstamos á que su pobreza le obligaba y de la imposibilidad de pagar intereses muy subidos cuando la cosecha es mala ó mediana. El auditorio le escuchaba silencioso, riéndose á veces de una pulla lanzada contra los flacos yankis por aquel robusto bebedor de cerveza; satisfecho también de oir murmurar contra sus acreedores, y favorable en suma al orador ambulante, como todo auditorio de deudores lo será naturalmente para cualquier enemigo del capital. Sin embargo, un caballero de barba rojiza, á cuyo lado había ido á sentarme para oir mejor, no parecía satisfecho. «Se han arruinado en el Dacotah, me dijo, tantos banqueros como labradores; mas aquéllos traían capital, y éstos llegaron sin un cuarto; de modo que los banqueros son los únicos que han perdido.»

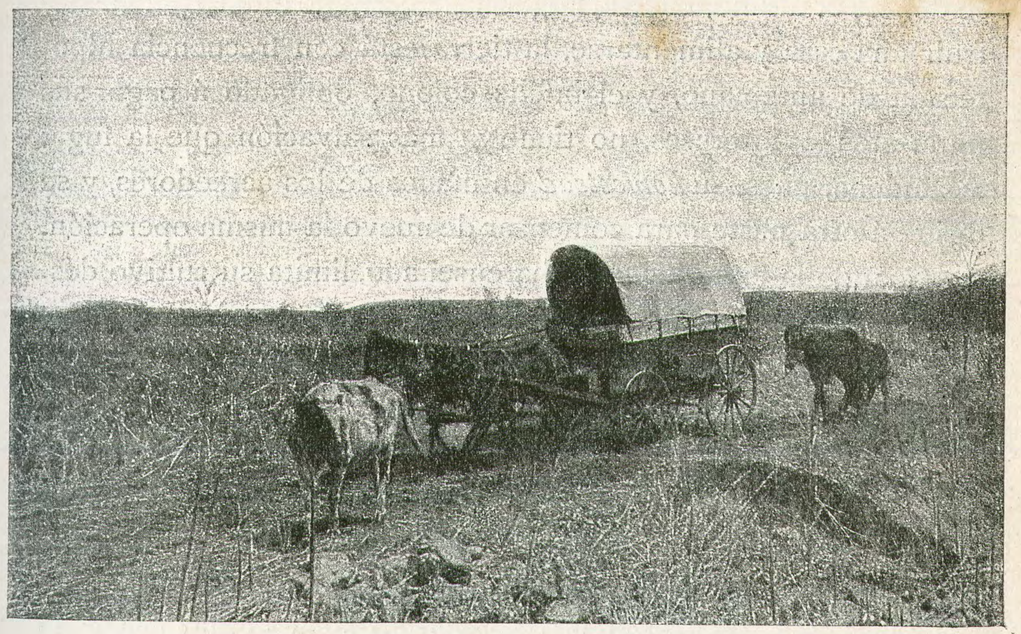
En el fondo, toda aquella gente hablaba con razón, y los que ensalzan las ventajas del Dacotah la tienen también; la verdad que concilia sus testimonios, contradictorios al parecer, se desprende naturalmente: labradores y banqueros se arriesgan igualmente, y unos y otros pueden arruinarse ó hacer fortuna; esto dependerá de su saber, de su golpe de vista, de su energía y de su buena estrella. Las grandes facilidades que para tener crédito hay en el Oeste arruinan muy pronto á los emigrantes pobres, mientras que elevan rápidamente á los que poseen las cualidades necesarias para obtener buen éxito. El fácil acceso de la propiedad influye en el mismo sentido: tan fatal es á los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

colonos nacidos para una posición dependiente, como favorable para los otros. En resumen, estas condiciones particulares producen una selección casi inmediata entre los capaces y los incapaces: en una sociedad donde todo el mundo encuentra á su alcance la escala necesaria para llegar á la fortuna, desde luego se ve quiénes son los que pueden franquearla, los que permanecen de pie y los que se rompen los huesos al caer.

Más interesante es visitar en sus *homesteads* á los valientes llegados á la cima ó vigorosamente aferrados á su escalón; pero basta revisar los diarios del Oeste para ver anunciadas las ventas sobre embargos que ahuyentan á los tímidos. Éstos no son siempre personas sin oficio ni beneficio ó imprevisores incurables; muchos se ven simplemente conducidos, poco á poco, á incurrir en gastos que no se justifican lo bastante, y el mejor día se les exige el pago de cuantiosos intereses cuando su caja está exhausta. De cada diez veces nueve, según me dijo un viejo colono del Minnesota, he aquí cómo pasan las cosas: el emigrante llega á su *homestead* sin un cuarto, ó á veces con unos mil francos y un par de bueyes; después, cuando se dispone á recoger su primera cosecha, se le presenta un viajante de comercio, quien le hace ver que necesita una segadora; aunque no esté en disposición de pagarla en aquel momento, poco importa; se le hará crédito y pagará su deuda de mil francos en tres plazos de un año cada uno. Cierto que la máquina vale tan sólo quinientos; pero mejor es pagar por ella mil y tener crédito. Dentro de tres años se habrán vendido otras tantas cosechas, y poco significa tomar trescientos ó cuatrocientos francos sobre cada una de ellas. Fundándose en este razonamiento, el colono firma, pues, el contrato que se le presenta, y recibe en cambio una magnífica segadora. Cuando quiere servirse de ella con sus bueyes, la máquina funciona mal; el viajante de comercio no se acordó de darle á conocer este detalle, y he aquí al colono obligado á ir á

buscar al traficante en caballos para obtener un tiro. El hombre tiene precisamente lo que se necesita, dos buenos caballos que cederá por dos mil francos, dando tres años de plazo para pagar el importe; y con esto, otro recibo firmado y otra deuda de dicha cantidad, representada por dos cuadrúpedos que no valen juntos



En busca de una finca

más de mil francos. Una vez enganchados, la segadora hace su oficio, pero con dificultad; se necesitaría otro caballo para trabajar bien; el colono marcha de nuevo en busca del chalán más vecino, y vuelve con el tercer caballo, después de haberse comprometido á pagar el doble de su valor. Luego, por poco que compre una guadañadora, un rastrillo mecánico ó una sembradora, hele ya hundido; y sin embargo, cada vez le pareció que obedecía á una necesidad imperiosa y que no podía menos de proceder así.

Agréguese á esto que sus construcciones agrícolas, rudimen-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tarias y exiguas, no bastan para conservar en buen estado los instrumentos que así compra á grandes expensas, de lo cual resulta que al cabo de uno ó dos años el sol, el polvo, la nieve y la falta de cuidados los dejan inútiles para el servicio, tanto que es necesario reemplazarlos con otros antes de pagar del todo lo que se debe. Por último, como al llegar ha necesitado dinero para construir una casa y alimentarse, la tierra está con frecuencia hipotecada de antemano, y el infeliz colono, obligado á pagar sus impuestos é intereses, no tiene ya más salvación que la fuga. Abandona, pues, su *homestead* en manos de los acreedores, y se dirige á otra parte para comenzar de nuevo la misma operación.

Cuando la experiencia le ha enseñado, limita su cultivo desde un principio; ya no compra segadora, sino que alquila una de su vecino, y espera hasta haber ganado algún dinero para proveerse de instrumentos y de caballos.

Se oyen y se leen los informes más contradictorios sobre la situación de los labradores americanos: según los unos, recogen el oro á paletadas; según los otros, se mueren de hambre; según éstos, nada es tan fácil para un emigrante pobre como adquirir una propiedad; según aquéllos, la crisis agrícola se deja sentir en los Estados Unidos con más dureza aún que en Europa y amenaza la prosperidad de los colonos mejor establecidos. Al comenzar mi investigación, estas afirmaciones contrarias me ocasionaban una confusión profunda. Cada vez que una propiedad bien conducida y el evidente contento del que la administraba me ponían en presencia de un éxito demostrado, pensaba en las quejas que había oído en otras partes; y siempre que un colono desgraciado me refería sus penas, no podía menos de recordar la rápida transformación del país y sus maravillosos progresos. Esto prueba simplemente que es preciso abstenerse de conclusiones demasiado generales. Así como en Europa, en América hay agricultores que prosperan y otros que se arruinan; la diferencia

está en que aquí los primeros llegan antes á un resultado más importante, mientras que los segundos caen desde luego en la indigencia completa. Otra diferencia hay aún, y es que su caída se puede reparar siempre, si su incapacidad es asimismo reparable, si ésta no tiene un carácter constitucional.

En Europa, dos familias de cultivadores vecinos, dueños de una extensión de terreno equivalente, necesitan toda una vida, y á menudo varias generaciones, la una para esperar la comodidad, y la otra para arruinarse. En el Oeste el movimiento se acelera: se llega á ser rico al cabo de diez años, ó no sirve uno para nada; pero las cualidades que elevan y los defectos que rebajan la situación social de los trabajadores son siempre los mismos.



UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPÍTULO VI

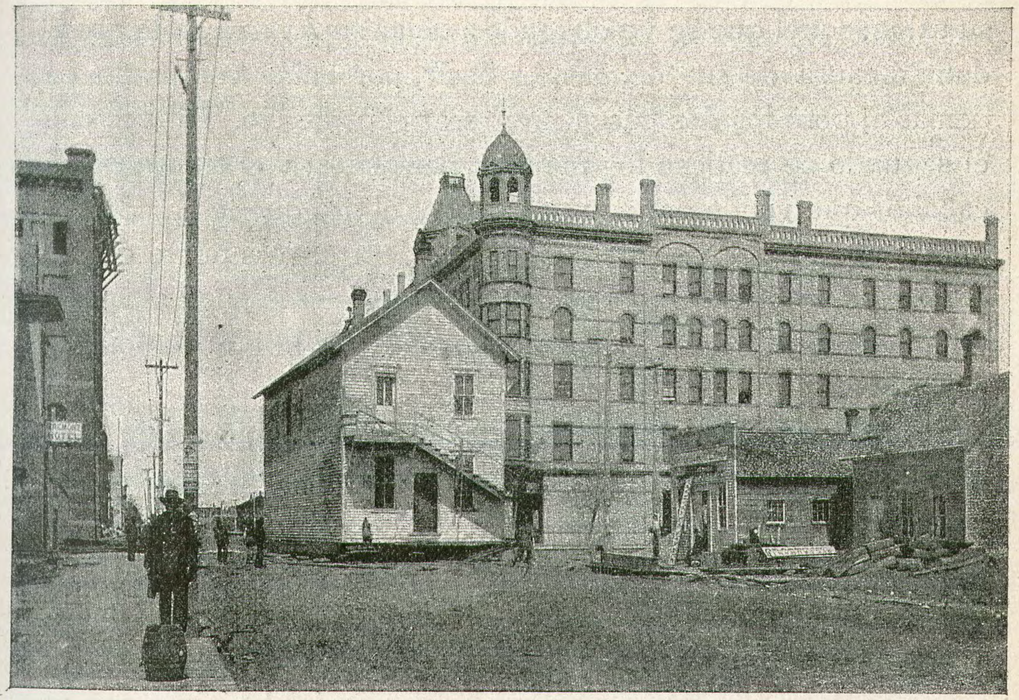
LOS AUXILIARES DEL CULTIVO. — LAS PEQUEÑAS CIUDADES DEL OESTE

I. Lo que las pequeñas ciudades suministran á los campos de los alrededores. — II. Lo que los campos del Oeste proporcionan á las pequeñas ciudades. — III. Las vicisitudes de una pequeña ciudad del Oeste.

I.—Lo que las pequeñas ciudades suministran á los campos de los alrededores

El Oeste es esencialmente rural, pero rural á la manera americana, muy diferente de la europea. El colono no es campesino, como lo he demostrado ya; se alimenta, se viste y adquiere sus muebles, comprando su carne, su harina su camiseta de franela ó su *rocking-chair*, pero no comiéndose el trigo que ha hecho crecer, ni vistiéndose con la lana de sus carneros, y construyendo él mismo durante las largas noches de invierno su silla de paja ó su tosco banco. Para construir su casa, el colono del valle del Mississipí compra en el *lumber yard* (depósito de madera) tablas y vigas cortadas y labradas á centenares de leguas de su vivienda, pues su tierra, desnuda como la palma de la mano, no le da ningún árbol; el campesino arranca su piedra en un terreno próximo y corta las encinas con que construye sus cercas. Para calentarse, el primero compra el carbón de una mina lejana y le quema en una estufa de palastro fabricada en las fundiciones de

Pensylvania, mientras que el segundo arroja en el hogar de piedra el haz de leña que ha cortado. Para cultivar, el uno emplea máquinas de difícil construcción, salidas de los grandes talleres; el otro fabrica la mayor parte de sus herramientas con ayuda del herrero vecino, y se lamenta cuando ha de darle un duro



U na casa ambulante en Grand-Forks (Dacotah)

por ponerle dientes á un rastrillo viejo ó componer un arado.

El comercio encuentra, pues, una clientela muy numerosa en las campiñas del Far West, y muy limitada en la mayor parte de las de Europa; en las unas todo el mundo compra, en las otras es la excepción. La clientela americana ofrece además otra ventaja: no solamente es numerosa, sino que compra mucho y gasta fácilmente.

Se compone, en efecto, de dos géneros de colonos que no se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cuidan, ni uno ni otro, de economizar su dinero, los primeros porque ganan rápidamente, porque *van bien*, como se dice en América, y no se privan de nada; los segundos porque son imprevisores y se dejan seducir por todo cuanto ven. El emigrante que ha obtenido buen resultado no se abstiene de poseer un *buggy* nuevo, un tronco de caballos superiores, ó un mueble para su salón; aquel que se ve obligado á dejar su *homestead* le abandona á causa de sus deudas, es decir, por haber comprado en demasía; pero los dos hacen progresar el comercio. Tal vez con el segundo se realicen los mejores beneficios; y el traficante en caballos que vende por dos mil francos el tiro que le ha costado menos de la mitad de esta suma, considera seguramente que el colono pobre tiene algo de bueno. Aquel que le paga al contado alimenta sus fondos de giro; pero el que le pide crédito le enriquece.

Para servir á esta clientela notable, el comercio acude á las ciudades pequeñas, ó más bien las crea. En los alrededores de la estación, dos ó tres almacenes se elevan entre un Banco y un hotel; se traza á cordel una ancha vía en el suelo de la pradera, dándola el nombre de *Main Street* (calle Mayor), y los Estados Unidos cuentan una ciudad más.

Esta denominación ampulosa hace sonreir al viajero que se apea de su vagón para caer en medio del espeso barro de las calles, y que se apresura á ganar, á través de verdaderas hornagueras, la acera de tablas más próxima. La idea de encontrar una modista, un fotógrafo ó un almacén de novedades á orillas de aquel mal camino de travesía le parece al pronto extraña, y se pregunta qué se podrá vender en semejante sitio. En muchas ocasiones he sentido esta impresión al llegar á las pequeñas ciudades del Oeste; pero cada vez he reconocido que en el comercio había una actividad que podrían envidiar muchas subprefecturas francesas.

Por lo pronto se encuentra el *lumber yard*, ó depósito de maderas de construcción, uno de los primeros artículos que la clientela reclama. Aunque la piedra abunde en el país, casi siempre se construye con tablas, porque esto cuesta menos y se va más de prisa, circunstancia importante para un americano en general y para un colono del Oeste en particular. He visto en Kansas una serie de pequeñas ciudades situadas al pie de una



Cruzamiento de calle y vía férrea en Florencia (Kansas)

ondulación del terreno, que contiene excelentes canteras; pero casi todas las casas eran de tablas de pinabete procedentes de Illinois ó de Wisconsin. Por ejemplo, en Florencia, que así se llama una de esas pequeñas ciudades, solamente el Banco, la escuela pública y el teatro de la Opera – pues en aquel burgo de mil habitantes también hay ópera – tenían paredes de piedra.

Se necesitan pocos días para levantar una casita de madera, y casi puede construirla uno mismo si tiene un poco de habilidad y de maña. En efecto, el *lumber yard* da las tablas en disposición de ser empleadas desde luego; los montantes de madera y las vigas están igualmente escuadrados y acepillados de an-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

temano, y no falta más que aserrarlos á la dimensión apetecida. Hasta se puede hacer el pedido de manera que se reciban todas las piezas preparadas para colocarlas inmediatamente. También se venden las puertas, las ventanas, los adornos del techo, los balcones, las *baie-windows* (ventanas corridas), destinadas á figurar como repisa, y las escaleras. Todo esto se fabrica en talleres especiales, provistos de máquinas mecánicas movidas por vapor. Cuando la ciudad adquiere cierta importancia, cuando llega, por ejemplo, á tener diez ó doce mil habitantes, se puede estar seguro de encontrar uno de esos establecimientos titulados *saw mills, sash and door factories*, etc. (aserrador mecánico, fábrica de marcos de ventanas y de puertas, etc.). Allí se acepilla la madera, se fabrican mortajas y se asierra ó se corta aquélla, todo al vapor; el obrero hace en un solo día hectómetros de molduras, gracias á la máquina, á la cual basta presentar el material; y otros se ocupan en curiosos trabajos mecánicos de embutidos en maderas, de un efecto bastante agradable, pero de dudosa solidez.

Así secundado por una industria que le ahorra todo trabajo en cuanto es posible, el emigrante puede construir con sus propias manos una reducida morada de aspecto bastante gracioso: es una caja desmontada, de la cual se le entregan todas las partes, bastándole ajustarlas para quedar alojado. Sin duda que esto no resistirá la acción de los siglos, y que tal vez algún *tornado*, algún huracán violento, arrastrará á cien metros de distancia aquella especie de garita perfeccionada; pero el colono no está allí siempre, ni su casa tampoco. Antes de que el tiempo llegue á pudrir las tablas, habrá recorrido las ciudades con su dueño, que busca un lugar más ventajoso; y así vemos que ni las mismas casas permanecen inmóviles en América. Si el terreno en que reposa una de ellas llega á prosperar seriamente, el dueño le vende á un Banco, á un almacén ó á un hotel, cuyos

propietarios desean estar en el centro de la ciudad, la levanta sobre ruedas de madera, engancha sus caballos y la transporta así á un lugar menos favorecido. Cierto día que me paseaba en Florencia con un francés, muy bien instalado hoy en un inmueble formal, pasamos por delante de una pequeña jaula de madera de un solo piso: «Mire usted, me dijo, he ahí la primera casa que me ha pertenecido aquí; la trasladé dos veces, la primera para ir á colocarla precisamente en el sitio por donde había de pasar la línea férrea que acabamos de atravesar, y la segunda para retirarla cuando la Compañía me compró el terreno que necesitaba. He habitado más tarde otra casa que no trasladé sino una vez. Muy costoso sería conducir á otro sitio la que ocupo ahora, porque es grande; pero con ellas tenemos una diversión: basta un sí ó un no para decidirse.»

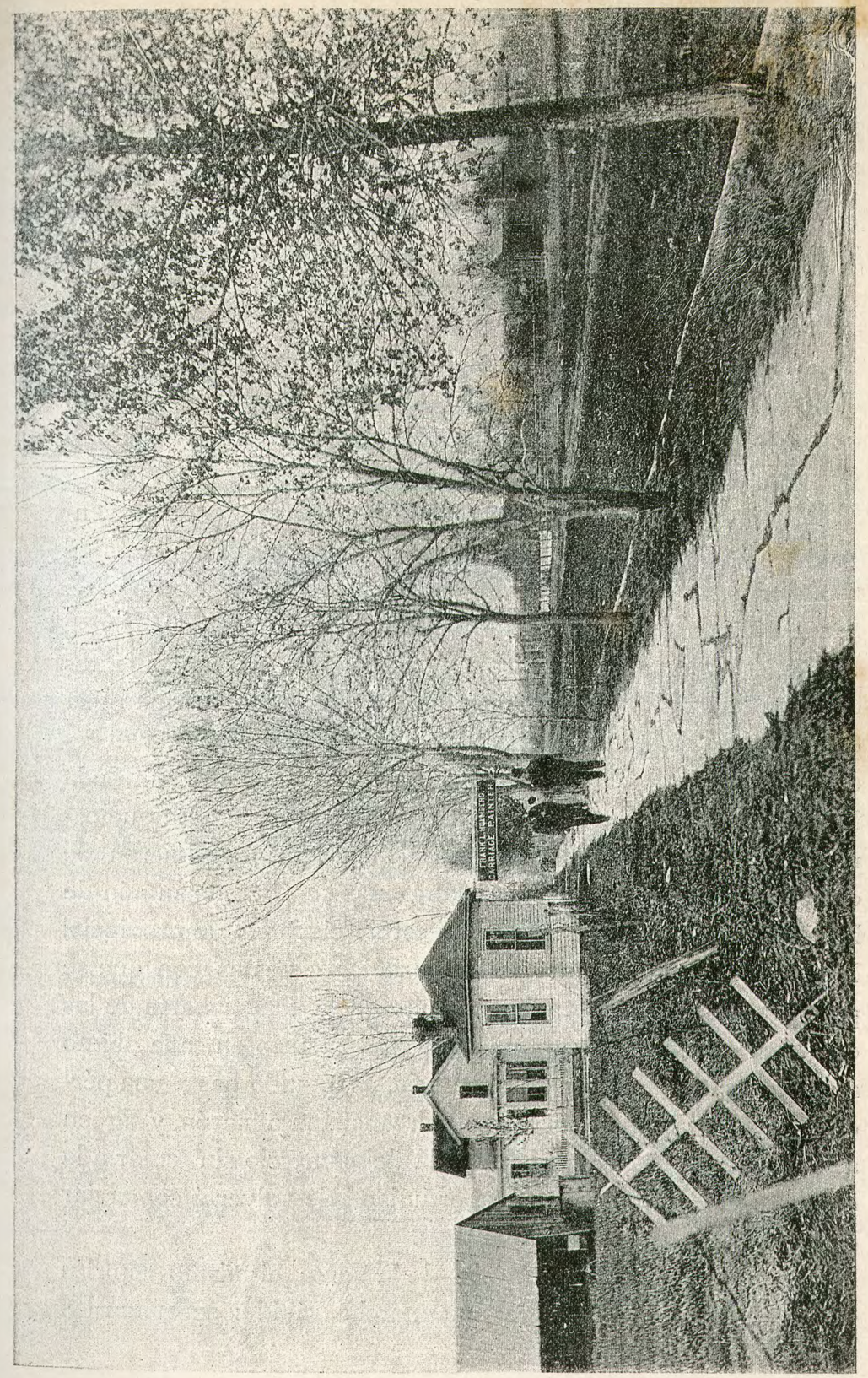


Casita de madera en Florencia (Kansas)

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

No solamente son ventajosas las casas de madera por su rápida construcción y su fácil transporte, sino también porque se pueden agrandar, transformar y reparar á medida de los deseos del dueño mucho más fácilmente que una construcción de piedra. Por este concepto también convienen maravillosamente al carácter americano. En el Oeste se oye decir con mucha frecuencia: *I am making an addition to my house* (estoy agregando una construcción á mi casa). Todo hombre que se enriquece ó cuya familia progresa, acaba por hacerlo así, tanto más cuanto que, generalmente, se ha instalado al principio de una manera muy modesta. En dicho caso va al *lumber yard* ó á la *sash and door factory*, pide los materiales, y con ayuda del primer carpintero que se presenta, clava una segunda caja de madera en uno de los costados de la primera. Muy á menudo la casa adquiere con esta agregación cierta apariencia pintoresca; pero esto es lo que menos importa al americano. Si obtiene lo pintoresco, es sencillamente porque no busca la simetría ni la regularidad, porque coloca su aditamento allí donde le parece más cómodo y cuando le conviene; su casa, así como su vida, abunda en lo imprevisto; sigue las mismas evoluciones, se traslada según las circunstancias, se agranda con su fortuna, y puede quedar completamente destruída en el espacio de media hora.

Pero también se levanta prontamente: recuerdo haber ido una mañana á pasearme por Fremont (Nebraska), en los alrededores de un depósito de cerveza que había ardido durante la noche. La construcción, completamente carbonizada al parecer, se mantenía en pie aún, gracias á los montantes de madera que las bombas de incendio habían salvado de una destrucción total; y en aquella ancha superficie negra, un industrial, con mucha presencia de ánimo, había adherido grandes tiras de tela blanca, donde se ostentaban con caracteres sombríos su nombre, sus señas é hiperbólicos elogios respecto á los zapatos que vendía,



Calle de Florencia. – Empedrado de baldosas y casas de madera

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los cuales eran precisamente *the best shoes in the world* (los mejores zapatos del mundo). Pero la existencia de este reclamo debía ser muy efímera, pues ya se veían rimeros de tablas nuevas en el teatro del incendio, y pocos días después desapareció.

Después del *lumber yard*, el establecimiento comercial más inmediatamente útil es la *grocery*, ó tienda de comestibles, verdadera despensa del americano; á menudo se mezcla en los pueblos con el almacén de ropas, la farmacia ó la mercería, y entonces toma el nombre más comprensivo de *general store* (almacén universal).

Y universal es, en efecto, esa curiosa tienda donde se venden sombreros y aguardientes, latas de conservas y camisetas de franela, tabaco para mascar, y corbatas, cajas de caucho y te. Sin embargo, esa mezcla extraña no produce confusión, y se podría creer que los americanos han sido todos dependientes del *Bon-Marché* ó del *Louvre*, á juzgar por el orden que reina en todo, la actividad con que sirven á los compradores, y el reclamo inteligente de que se sirven con tanto talento. Sin duda les falta el arte de la ostentación y ese gusto elegante que caracteriza al mercader parisiense en detall; pero si difieren de él desde este punto de vista, ¡cuánto más se diferencian aún de los insignificantes tenderos de nuestras ciudades de provincia! No desconocen ninguno de los variados sistemas con que se puede atraer al cliente; dan primas en la mayor parte de las compras, se contentan con un modesto beneficio en cada objeto apenas llegan á temer la competencia, aceptando hasta una pérdida más bien que conservar su mercancía en almacén, y siguen atrevidamente esta peligrosa senda del comercio sin temor á la quiebra, que les parece una oportunidad de volver á comerciar de nuevo bajo mejores condiciones.

En la organización material de la venta, el mismo espíritu se manifiesta por el afán de una marcha rápida: se evitan las

idas y venidas necesarias para cambiar la moneda y saldar las compras, empleándose al efecto una ingeniosa maquinita que pone al cajero en comunicación directa con cada uno de los jefes de mostrador. Es una caja de niquel colocada al alcance de la mano del vendedor en una especie de pequeño camino aé-



Una calle en Moorhead

reo de hierro; el cliente da su dinero, que se pone en la caja con un papelito, el cual expresa la suma debida; se oprime un resorte, y aquélla parte como una flecha por los diminutos rieles que la conducen á manos del cajero. Este último toma la cantidad, pone el cambio en la caja y envía todo al vendedor, quien da al cliente su paquete y su dinero. De este modo, cada cual ha permanecido en su sitio; evítase la aglomeración, con las pérdidas de tiempo que resultan, y se disminuyen las probabilidades de error en la contabilidad. He visto funcionar estos pequeños aparatos en pueblos insignificantes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

También se utiliza el carácter libre y emprendedor de los americanos confiando á cada dependiente un departamento especial, del que es responsable como encargado. Hasta se le asocia á los beneficios según ciertas combinaciones que dejan libre juego á sus aptitudes comerciales y le convierten en una especie de jefe de casa. Así, por ejemplo, varía sus primas por lo que cree ser más ventajoso, dando un juguete á la madre de familia que le compra sus provisiones de casa, una cinta á la joven, un lápiz al labrador que le compra tabaco para mascar, etc. Sé muy bien que tales prácticas no son desconocidas en Europa; hasta diré que esta misma descentralización ha hecho en gran parte la fortuna de los grandes almacenes de novedades de París, y tal vez los americanos sean en esto simples imitadores; pero no puedo menos de observar que mientras en Francia, en el mismo París, esta manera de proceder es todavía un hecho excepcional, en los Estados Unidos está generalizada.

El carácter de los traficantes, así como el de la clientela, contribuye, pues, á la actividad comercial en las pequeñas ciudades del Oeste. Otra causa igualmente favorable es la falta de una capital que ejerza sobre el conjunto del país el atractivo que París ejerce sobre Francia. No es indiferente para una joven de Puget-Theniers ó de Castelnaudary mostrar á sus buenas amigas un sombrero ó un vestido llegados directamente de París para engalanar su personita; aunque estos objetos no se hayan confeccionado en una gran casa y lleven la modesta indicación de su precio en el marbete que les acompaña, tienen á los ojos de la joven provinciala una cualidad indefinible que la proporciona íntimos goces; piensa que verdaderas parisienses se pasearán con el mismo vestido y el mismo sombrero, y mira con desdén el traje de su vecina, cuya gruesa tela se ha cosido con solidez después de haberla cortado torpemente la costurera ordinaria. Nada semejante ocurre aquí. Una joven *miss* del Nebraska ó del Iowa no suspira mucho por un sombrero de Nueva York. ¿Y por qué había de suspirar? Tan feo será aquel que le vendan en *Main Street* como el que le enviarían de la capital; pero no más; y si alguien lo duda, que vaya al Havre un domingo y vea desembarcar á los americanos millonarios que llegan para dar su vuelta por Europa. A esta igualdad en la falta de gusto se debe que haya tan pocos periódicos de modas en un país donde se crean tantos diarios, revistas y *magazines;* aquí se ponen la ropa más bien que se visten, excepto en ciertas grandes ciudades, donde la pretensión respecto al traje indica una desgraciada aspiración á la elegancia. Además, la vida en el Oeste no permite mucho este género de afectación. A cada momento se encuentra una señora á caballo, que viene de comprar sus provisiones en la ciudad, con su cesta al brazo; y otras llegan en su *buggy*, atan los caballos al primer poste que encuentran, y vuelven á tomarle después de terminar sus diligencias. De vuelta á su domicilio, será necesario que se cuiden de la cocina, que limpien su casa ó laven la ropa; y con semejantes ocupaciones, ¿de qué les serviría un vestido confeccionado por una buena modista?

Las costureras y las modistas de la localidad no temen mucho, pues, que sus rivales de las grandes ciudades les arrebaten la clientela; y por lo mismo hay en todas partes algún almacén de ese género: si en la aglomeración no se cuenta más que una francesa, se la encontrará allí, así como, si en el hotel se sirve bastante bien, el jefe será casi siempre francés: la moda y la cocina han continuado siéndonos fieles allende los mares.

En otras tiendas se encuentran los artículos de calderería, quincallería é instrumentos agrícolas (*hardware, tinware, agricultural implements*), y por último, un establecimiento que no falta nunca y del cual debe uno felicitarse casi siempre, es la

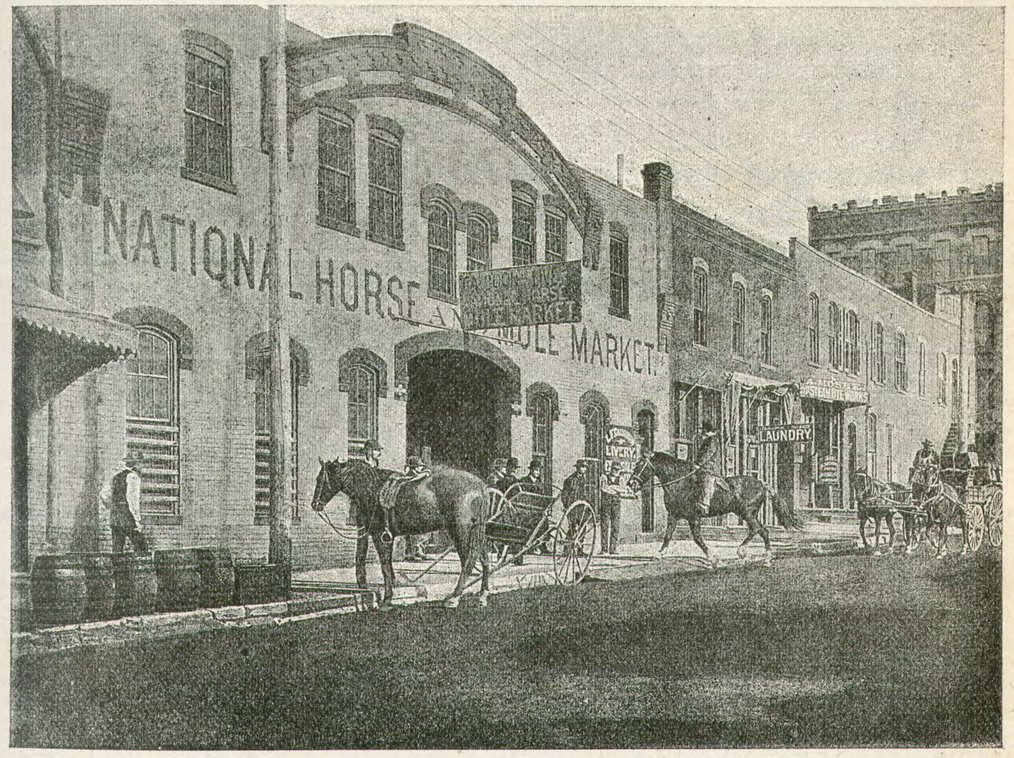
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

livery stable, donde se encuentran caballos de silla aceptables, y también de tiro, muy buenos.

Recordaremos, para explicar cómo esas casas pueden existir en un pueblo, que los americanos no circulan jamás á pie, porque sería una deshonra para ellos que los encontraran andando por un camino: esto no está permitido más que á los vagabundos (*tramps*). Las *livery stables* adquieren por esta costumbre una clientela enorme; á cada momento se pide por teléfono un *buggy*, y en una ciudad muy pequeña, de mil doscientas almas, se puede elegir entre tres ó cuatro alquiladores.

Por supuesto que cada cual debe guiar por sí mismo; no se facilita cochero, y si se toma uno para recorrer un itinerario difícil, se pagará tanto por la compañía de este *gentleman* como por el coche y los caballos que os llevan: el tiempo de un hombre es lo que más se aprecia en América. En cambio se os confiará, sin conoceros, un tiro vigoroso para correr todo el día si os place. Casi siempre los caballos que se alquilan así son muy dóciles y se reconoce que están acostumbrados á una marcha regular y á una mano ligera; las brutalidades de nuestros mozos de cuadra les sublevarían, pues su mansedumbre no es resultado de la fatiga ó de la edad. Muchas veces me extrañó encontrar en un pueblo del Oeste caballos de silla ó de tiro incomparablemente superiores á los que la mayor parte de nuestros alquiladores franceses de las grandes ciudades proporcionan de ordinario á su clientela. Me acuerdo particularmente de un caballo de marcha, de Guthrie (Oklahoma), que monté durante tres ó cuatro horas por la modesta suma de un duro; era un excelente cuadrúpedo, el mejor de la ciudad, según dijo el dueño de la *livery stable*, y esto me inspiró desconfianza, pues todo lo que sale de la medianía se anuncia aquí siempre como la mejor cosa del mundo. Sin embargo, debí reconocer, al regresar de mi paseo, que el trote sostenido de aquel caballo de alquiler me había

permitido seguir fácilmente á uno de mis amigos, aunque puso su montura al galope rápido. Otra vez me entretuve en calcular la velocidad de los dos caballos que tiraban de un *buggy*, en que



Mercado de caballos en el Oeste

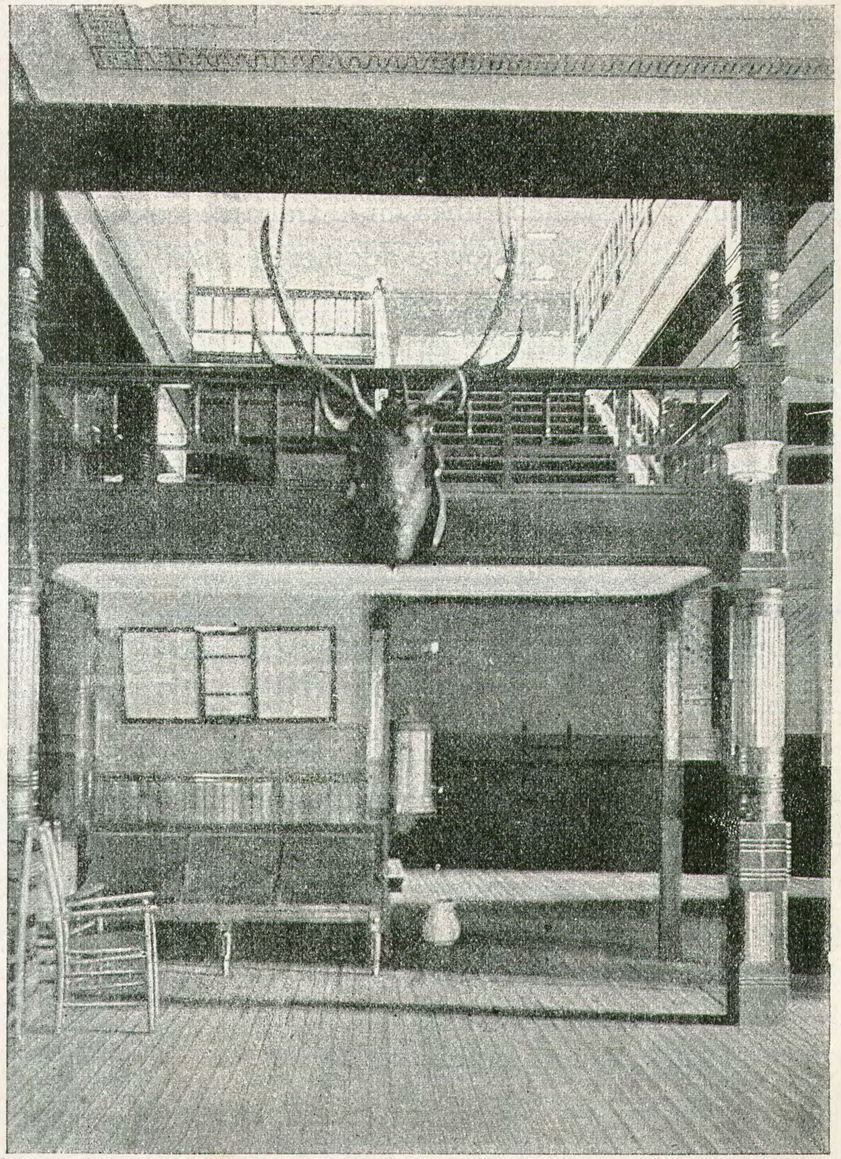
íbamos dos amigos míos y yo: era en Aberdeen (Dacotah del Sur), un día en que la lluvia regocijaba á todos los labradores, inundando las vías de una manera muy desagradable para los viajeros. En aquellos caminos primitivos, donde el césped alternaba con las hornagueras, llegábamos á recorrer una milla (1.622 metros) en cinco minutos, sin forzar en modo alguno el paso natural de nuestros caballos, lo cual equivale á una marcha de diez y nueve kilómetros por hora, sostenida durante el trayecto de unos cuarenta. En un camino de Francia bien uniforme, segura-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mente se hubiera obtenido una rapidez superior. Debo añadir que mi experiencia de las *livery stables* ha contribuído mucho á darme una alta idea de la dulzura de los americanos con los animales que emplean. Yo sabía que numerosas sociedades protectoras se encargaban de la defensa de aquéllos, y también que varias leyes severas castigaban en ciertos Estados toda brutalidad inútil; mas el hecho de que caballos guiados siempre por manos distintas puedan conservar á la vez su vigor y su buena índole, me parece ser un testimonio más evidente aún en favor de las costumbres de la raza.

Las *livery stables* son generalmente también *boarding stables;* es decir, que se toman caballos á pupilo. Muchos jóvenes que habitan en el hotel, y no pocos hombres casados, establecidos en sus casas, envían los suyos al *boarding stable* para no verse obligados á ser sus propios palafreneros, á lavar el coche y limpiar los arneses. Un *buggy* no cuesta apenas más de mil francos; un caballo ligero, de trescientos á quinientos, y un hombre para cuidarlos exige ciento mensualmente, aunque no sirva para nada; de modo que es más fácil comprar un coche y un caballo que tomar criado, sin contar que aquéllos no faltarán nunca, mientras que éste se va siempre al cabo de pocos días ó de algunos meses. Por eso se ven jóvenes que, ocupados la mayor parte del día en vender comestibles ó calderos, pasean á su *girl* (cortejo) en su *buggy* cuando les queda alguna hora libre. Esto se hace, por lo demás, sin desdoro para nadie, y parece á los americanos la cosa más natural del mundo. Al regresar, se conduce á la dama á su casa, el coche vuelve al *boarding stable*, y el joven corre á ocuparse de nuevo en sus negocios para ganar lo que le permitirá casarse con su amada y adquirir otro caballo.

Junto á los comerciantes se encuentran en las pequeñas ciudades del Oeste verdaderos *land agents* (agentes para la venta de terrenos), notario público para legalizar las transacciones, una

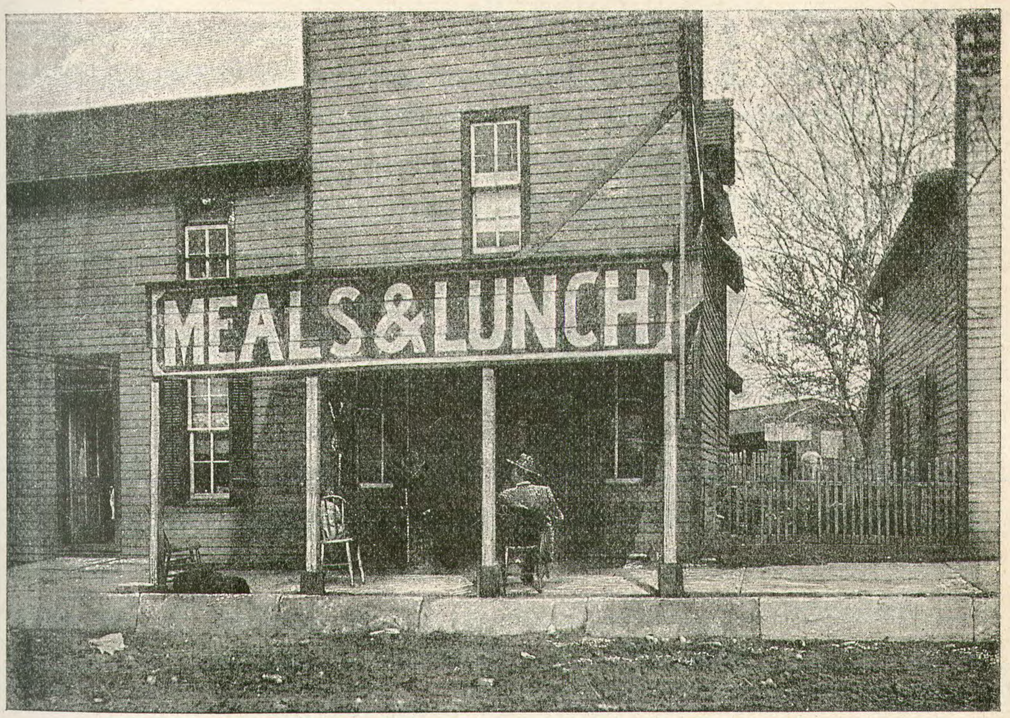


Hall de fonda en Moorhead

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

oficina para registrar las hipotecas y los cambios de propiedad *(record office)*, y además abogados, banqueros, médicos, ministros de todas las religiones posibles, iglesias, escuelas, diarios y hoteles. Todo esto no es siempre de primera calidad: los médicos, por ejemplo, no tienen á menudo nada de común con sus cofrades de Europa, como no sea la costumbre de hacer pagar sus visitas; no se exceden nunca en el trabajo intelectual cuando estudian, y su título de doctor se adquiere sin dificultad. Fácil es también llegar á ser doctora, según me han referido. Un célebre médico americano, habitante en el principal distrito de un condado de Iowa, tuvo la desgracia de perder su esposa, de lo cual no están libres ni aun los médicos; al cabo de algunos meses consagrados á la aflicción y á las lágrimas, nuestro hombre fijó los ojos en una rubia sueca, que hacía sus *beefsteacks*, y muy pronto se inflamó su corazón. Sin embargo, ni aun en América está bien visto que uno se case con su cocinera, y el viudo enamorado se consumía á fuego lento, cuando le ocurrió la idea de valerse de un ardid. La gran ciudad de Chicago, que tantas maravillas encierra, posee entre otras una Facultad que en seis meses puede hacer un médico doctor del primer hombre ó de la primera mujer que se presenten: era precisamente lo que se necesitaba; al día siguiente, la joven escandinava tomaba el tren para Chicago, y seis meses después anunciábase el enlace del doctor J..... con la doctora A..... Esta pareja de esculapios se comparte hoy la clientela, y dícese que marido y mujer tienen igual aptitud.

En la escuela no se cuentan apenas más que mujeres como profesores; cuando hay varias clases, tan sólo uno ó dos maestros figuran en la lista de las que constituyen el cuerpo de enseñanza, y aun esos maestros no son pedagogos de profesión. Uno de ellos, á quien pregunto cándidamente si tiene mucha práctica en su profesión, me contesta, sonriendo: «¡Oh, no, tan sólo estoy aquí desde principios del año! – ¿Y qué hacía usted antes? – Durante doce años me he ocupado en los negocios *(in business)*. – ¿No le agradaba, pues, ese trabajo? – Sí; pero no tenía á mano lo que buscaba; solicité una plaza de maestro de escuela, que me han concedido, y esto me permite vivir hasta



Restaurant de población pequeña (Florencia, Kansas)

que encuentre lo que deseo; me parece que el año próximo seré médico.»

A medida que se avanza hacia el Oeste, esa instabilidad de las profesiones va en aumento, y los hombres se alejan cada vez más de todas aquellas que suponen cierta dependencia. En efecto, las personas de carácter dócil no van á los países nuevos, como se nota hasta en los hoteles: en Nueva York, los camareros de restaurant son blancos, tienen el aire de falsos lacayos y sirven la mesa como por compromiso, esperando á que se les elija

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

presidentes de la República; pero en fin, son blancos. Desde Filadelfia ó Baltimore ya no se ven más que negros; á veces, el mayordomo jefe tiene la piel blanca; pero todo el resto del personal brilla por su lustroso color negro. Lo mismo sucede hasta las Montañas Pedregosas, en las grandes ciudades, en San Luis, en Kansas City y hasta en Denver; mas apenas se detiene uno en las pequeñas ciudades, apenas se penetra en el corazón del verdadero Oeste, el viajero tiene la ventaja de que le sirvan mujeres jóvenes, delgadas como cerillas y vestidas por estilo de las doncellas de comedia. Generalmente llevan falda blanca, de color de rosa delicado, ó azul pálido; de modo que uno se pregunta al entrar en el comedor si el dueño del hotel habrá querido sorprenderle con un baile matinal. Pero la ilusión se desvanece pronto, pues las jóvenes son las que primero se adelantan hacia el viajero, le señalan un asiento y comienzan á contarle con deplorable volubilidad el rosario de su *bill of fare*, es decir, la lista que no existe, ó si se quiere, la lista hablada. De cada diez veces nueve es imposible comprender nada de la rápida enumeración que se acaba de hacer; se pide al azar un poco de *bacon* (tocino), ó bien *oat meal* (torta de avena), ó cualquiera otra cosa substanciosa, y causa asombro ver que traen una docena de platos. He viajado largo tiempo con un joven parisiense que hablaba poco el inglés y solía contestar con un suspiro de desaliento á la comunicación oral del *bill of fare*, sin que por eso dejaran de poner delante de él una infinidad de platitos, cuyo contenido le producía repetidas sorpresas.

He dicho antes que esas jóvenes tenían el aspecto de doncellas de comedia: esto es verdad en cuanto se refiere al traje, pero no por lo que hace á su manera de ser y á su aspecto. Ninguna de ellas tiene el aire atrevido de una criadilla de posada, ni la expresión picaresca y avispada de muchas de nuestras artesanas francesas; pero tampoco se nota en ninguna la

modestia algo tímida que revela entre nosotros una joven honrada: constituyen como un sexo separado, que no manifiesta confusión ni es provocativo, sexo sin gracia ni torpeza y que no responde á nada de lo que un francés conoce. Tal vez no sean todas virtuosas; pero conservan un exterior honrado. «Años hace que como aquí, me dijo un joven alférez de dragones, desterrado en el Far West por su familia, y jamás he dirigido la palabra á ninguna de ellas, como no sea para pedir la comida. ¡Qué extraña guarnición! ¡Nunca había visto cosa semejante!»

Y en efecto, nada tenemos que se le parezca. Estas jóvenes son más instruídas y con frecuencia están mejor educadas que la mayor parte de los *gentlemen* á quienes presentan su *bill of fare*. Un día ú otro se casarán, y tal vez lleguen á ser *ladies* (señoras). Así como todas las profesiones americanas, ésa es esencialmente temporal: se pasa por ella, pero se deja luego; es uno de los escalones á que se coge momentáneamente el individuo con la esperanza de subir á más altura.

Hemos dado á conocer la mayor parte de los servicios que prestan las pequeñas ciudades á los *farmers* y los *ranchmen* que viven en su zona; estas ciudades son, en resumen, centros de abastecimientos, donde el colono, aislado en su *homestead*, encuentra á la vez lo que es necesario para su vida material, intelectual y moral, es decir, un almacén de comestibles, hoteles, escuela y ministros de la religión; pero este no es más que uno de los lados del asunto. Para darse cuenta de una situación es preciso determinarla por el *debe* y el *haber*, inscribiendo frente á la serie de gastos la de ingresos, y hasta aquí nos hemos limitado al examen de los primeros. Sabemos lo que las pequeñas ciudades dan á las campiñas, y ahora vamos á ver lo que estas últimas proporcionan en cambio á las primeras.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

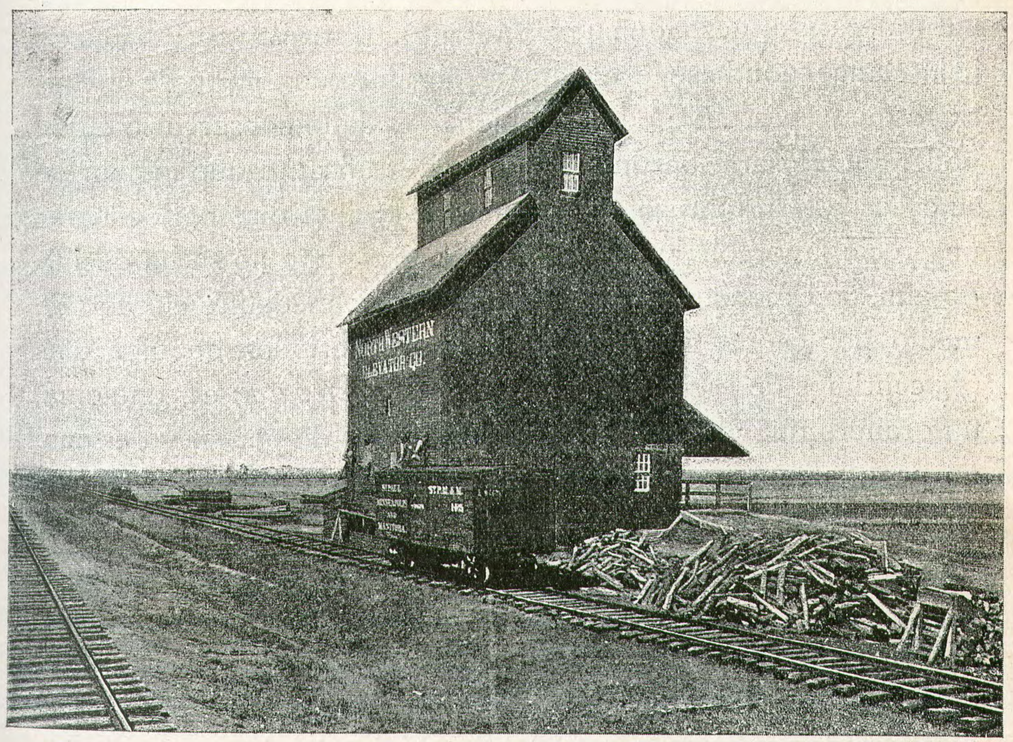
II.—Lo que las Compañías del Oeste suministran á las ciudades pequeñas

Naturalmente no pueden dar más que sus productos, es decir, sus ganados, sus cereales, la leche, etc.; pero todo esto se acumula y distribuye por conducto de intermediarios, de traficantes y de distintas maneras. Cuando el labrador compra ropa, la paga con duros, y no con sacos de trigo, cántaras de leche ó piaras de cerdos; ha comenzado á vender el trigo, la leche ó el ganado á una persona que le satisfizo el importe en metálico, y precisamente esta operación es la que importa examinar, porque se parece muy poco, en efecto, á la operación análoga practicada en Europa.

Cuando un labrador ó campesino de Beauce ha bieldado su trigo, le sube á su granero, se informa después de los precios corrientes, y vende al punto si necesita dinero; mas espera el alza si le es fácil hacerlo. Algunas veces deja que se acumulen dos cosechas para hacer una buena venta, y esto le granjea la consideración de sus vecinos, proporcionándole el placer de observar cómo se dilata su media de lana con una suma considerable.

El colono americano no tiene media para acumular su oro, ni mucho menos graneros; de modo que le están vedados los cálculos del labrador de la Beauce. Otra cosa tiene que hacer más bien que construir graneros, y además los necesitaría enormes para encerrar una buena cosecha. Supongamos un simple *homestead* de ciento sesenta acres, sembrado en sus tres cuartas partes, ó imaginemos también un rendimiento de treinta fanegas por acre, lo cual no tiene nada de exagerado: he aquí desde luego mil doscientos hectolitros de grano; y esto no se puede poner en un pequeño desván como el que hay sobre la cocina del emigrante. ¿Qué hará?

En su apuro, está dispuesto á dar un poco de sus mil doscientos hectolitros á quienquiera que le proporcione el medio de ponerlos en parte segura; y como otros muchos colonos se hallan en el mismo caso, establecerá en la pequeña ciudad vecina algunos graneros, donde tendrá el trigo almacenado, satisfa-



Un *elevator*

ciendo un escaso derecho de dos céntimos por fanega durante treinta días (unos treinta céntimos por hectolitro); esta es la razón de ser del *elevator*.

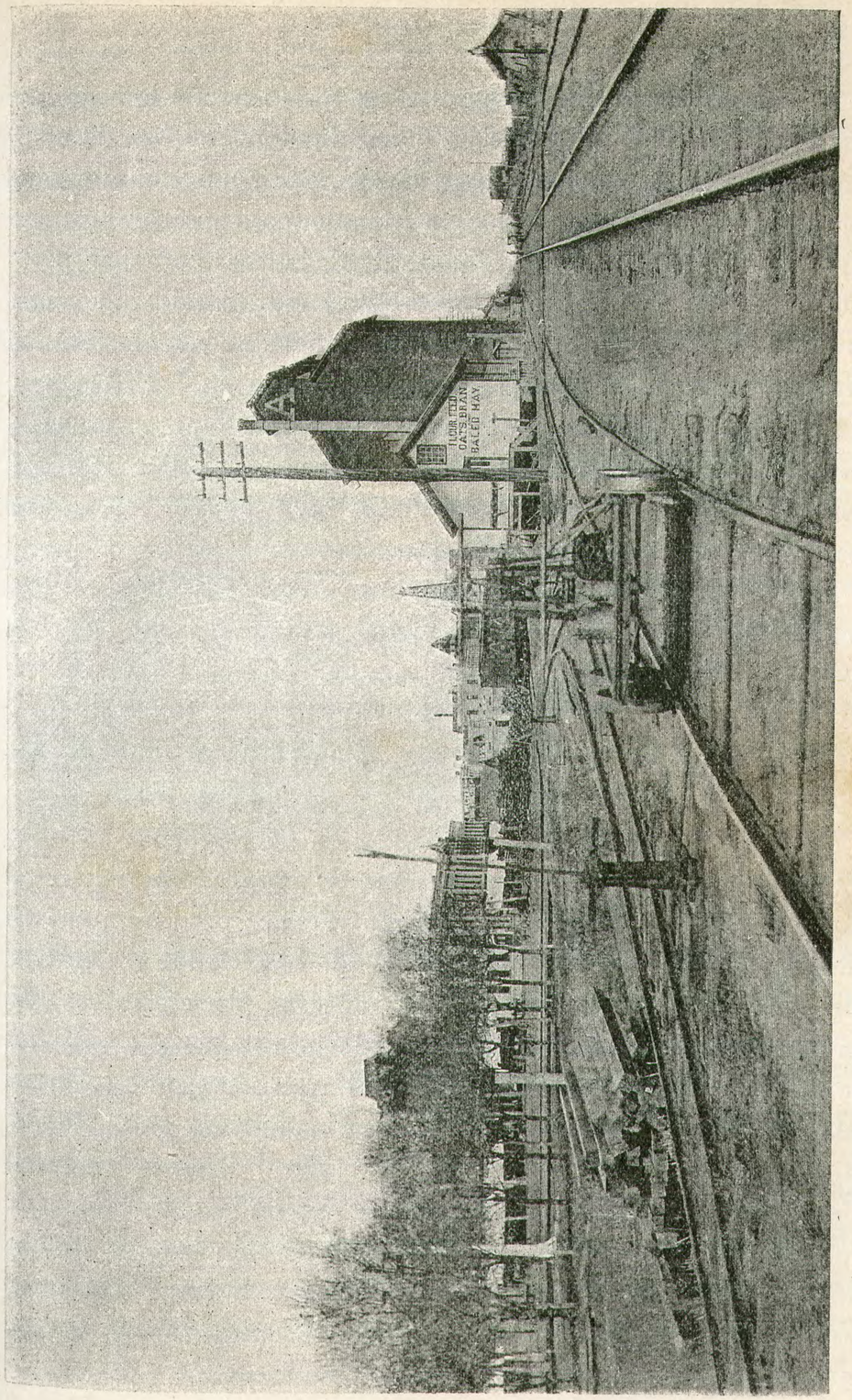
Nada más cómodo que un *elevator* para el labrador que tiene cereales y no sabe dónde ponerlos; carga su carro de trigo ó de maíz, sin cuidarse de guardarlo en sacos, y arroja simplemente el grano con la pala en el gran cajón de madera con ruedas;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

engancha uno ó dos caballos según el peso, y marcha á la ciudad. Llegado al *elevator*, sube por un plano inclinado hasta una especie de vasto pórtico que se corre bajo una parte del edificio á la altura del primer piso, abre una trampa, inclina el cajón, y baja con el vacío por el otro lado; después ya no ha de hacer más que tomar de manos del empleado el recibo que expresa la naturaleza y el peso de su cargamento. Con este recibo puede ir al Banco, donde se le adelantará al punto una parte de la cantidad que representa; pero también le es dado conservarlo en su poder y endosarle después á favor del traficante que le compre su cosecha. En tal caso, se le conceden treinta días para esperar un precio favorable; y si al cabo de este tiempo no se ha decidido aún, podrá dejar su trigo en el *elevator*, mediante el pago de medio por ciento cada *bushel*, durante períodos de diez días (75 céntimos de franco por hectolitro). El *elevator* es, en suma, un granero que el interesado no establece de por sí, y del cual no paga la construcción y conservación sino proporcionalmente al uso que de él hace.

Los cereales depositados en el *elevator* no se destinan al consumo local, sino á la exportación, por lo menos á la que se hace fuera del Estado que los produjo; y por esto se ve á orillas de la vía férrea la fea mole de esas barracas. Apenas ha caído el grano por la trampa por donde el labrador le arroja al piso inferior de la construcción, una máquina de vapor le sube hasta los graneros, situados en la cima, por medio de una correa vertical sin fin, provista de una especie de cangilones. Después, cuando se quiere cargar el trigo á fin de expedirle á larga distancia, bastará abrir una trampa para que aquél descienda por una canal de madera hasta el vagón colocado debajo.

En los países agrícolas, toda pequeña ciudad que se respete posee una docena de esos *elevators;* pero las más ínfimas estaciones tienen siempre uno: es su acompañante obligado. Por eso



Aspecto de una estación de ferrocarril en una pequeña población del Oeste

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

se han constituído compañías que los construyen á lo largo de una línea férrea, ó en un espacio determinado; y muchas de ellas hacen excelentes negocios; pero tienen, por supuesto, el carácter privado y restringido que ya indiqué para los caminos de hierro. Se componen generalmente de dos ó tres personas, y algunas de ellas alcanzan una importancia considerable. A veces os dirán en el Oeste: «Fulano es muy rico, es un *elevator man*,» es decir, un hombre que ha hecho su fortuna en los *elevators*. En Chicago he visto muy buenas casas edificadas por esos *elevator men:* sin duda son sacrificios que ofrecieron al dios de la arquitectura en expiación de las grandes barracas de madera, tan feas como prácticas, que los enriquecieron.

Por lo demás, el *elevator man* no se contenta siempre con guardar los trigos del cultivador; á menudo los compra por su cuenta y entrégase á la especulación; almacenándolos simplemente, podría obtener de su empresa un honrado beneficio y vivir en paz; pero semejante negocio, sin riesgos ni probabilidades de hacer rápida fortuna, sería muy poco americano.

También se encuentran á menudo, en las pequeñas agrupaciones por donde cruza una corriente de agua, molinos harineros que muelen el trigo de las tierras vecinas; pero ninguno de ellos tiene el aspecto tranquilo de los que hay, en tan considerable número, en nuestras campiñas francesas. En efecto, no son anexos del pueblo que desempeñen funciones análogas á las del horno trivial de la Edad media, ni que trabajen para una clientela determinada; son fábricas donde se elabora un producto alimenticio para cualquier mercado, próximo ó distante, nacional ó extranjero. En Kansas quise visitar uno de esos molinos: era de modestas dimensiones, y podía producir cien barriles de harina de doscientas libras cada veinticuatro horas, ó sea unos nueve mil kilogramos; pero no funcionaba entonces sino durante el día y daba una mitad menos. Con la mejor voluntad, el

propietario me puso al corriente sobre su clientela y sus precios. «Vendo mi harina, me dijo, á los tahoneros de las cercanías y á los colonos, á razón de 1'90 duros, 2 y hasta 2'30 las cien libras, según la calidad (de 22 francos á 26'40 los 100 kilogramos); pero también expido mucha á los Estados del Sur, tales como Luisiana, Alabama y Texas. En general, no son las mejores clases las que allí envío, porque los negros prefieren vestir lucidos trajes á comer pan de buena calidad. Muy por el contrario, acabo de servir un pedido importante, de primera clase, para Liverpool, y he recibido grandes elogios, según puede usted ver por la carta de aquel negociante.» Y me presentaba una hoja de papel en cuyo encabezamiento vi el nombre de una gran casa inglesa. « También exporto, añadió, para Glasgow y Amberes; pago por gastos de transporte 75 céntimos cada cien libras (8'50 francos por cien kilogramos), y descuento el 10 por 100 por derechos á la entrada en Inglaterra. Con estas condiciones, nuestras harinas pueden abordar el mercado inglés; pero Francia está prácticamente cerrada para nosotros desde que se estableció la nueva tarifa. En cuanto al salvado, no me entorpece nada, pues vendería diez veces más de lo que produzco, á causa de la considerable cantidad que los animales consumen cuando se les ceba; le expendo en la localidad al precio de 7 ú 8 duros tonelada (4 francos á 4'60 los cien kilogramos).» No soy profeta, é ignoro completamente qué porvenir



Molino de viento en Hillsboro (Kansas)

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

está reservado á este establecimiento; tal vez quiebre el mejor día; pero si á la vuelta de tres ó cuatro años me dijeran que había triplicado su importancia, no me extrañaría en lo más mínimo. Todo el mundo trata aquí de hacer las cosas en grande, y los maravillosos recursos del país impulsan á proceder así.

Por eso también se encuentran á veces en un pueblo del Nebraska, y hasta del Montana, reducidas *packing houses*, que son á los grandes establecimientos de Armour ó de Swift lo que el pueblo mismo es á Chicago; pero así estas casas como los pueblos esperan desarrollarse: sus comienzos, por otra parte, se asemejan á los de Chicago, de Omaha ó de Kansas City, y su energía no es menor que su confianza: falta saber si las circunstancias les ayudarán.

Los cereales y el ganado, y sobre todo los primeros, constituyen el principal elemento que el cultivo suministra al comercio y á la industria en los centros reducidos del Far West; y debemos hacer mención además, para no omitir nada, de un género de establecimientos que desde hace algunos años tienden á tomar gran importancia: son las fábricas de quesos y de manteca. Ya hemos indicado su existencia en ciertas grandes granjas del Dacotah; pero allí no eran más que simples accesorios de una instalación importante, y no industrias separadas. Por el contrario, en varios Estados del Oeste, en el Nebraska por ejemplo, las lecherías se organizan independientemente de toda explotación agrícola. La razón está en las dimensiones de las granjas: un capitalista que compra mil quinientas hectáreas de tierras para cultivarlas, está generalmente en disposición de soportar los gastos necesarios para la instalación de una lechería. El emigrante acampado en su *homestead* tiene bastante que hacer para adquirir la explotación de un arrendamiento.

Lo que el capital de uno solo no puede hacer, el interés de todos lo promueve, y de ordinario se encuentra alguno que se

encargue de la ejecución. He visto en Fremont (Nebraska) una fábrica que recibe la leche de seiscientas á setecientas granjas de las cercanías, y que parece hallarse en estado muy próspero: allí se producen cinco mil libras de manteca diariamente (2.250 kilogramos); los carreteros que van á buscar el líquido á



Molino hidráulico en el «Cottonwood River,» cerca de Florencia (Kansas)

la campiña recorren cuarenta y siete itinerarios distintos, y el labrador recibe doce céntimos (unos sesenta y cinco céntimos de franco) por cada cantidad de leche susceptible de dar una libra de manteca.

Este sistema de pago es evidentemente el más racional, y se emplea un ingenioso procedimiento para determinar el peso de la manteca contenida en una vasija de leche. Al recibirse esta última de una granja y antes de echarla en el gran recipiente donde se mezcla con la de las demás, el carretero la pesa;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

después sumerge en ella un frasquito de cristal graduado, teniendo cuidado de no llenarle sino hasta la mitad; vuelve á la fábrica; reune todos los frascos, señalado cada cual con su número de orden; los pone en una caja dividida en compartimientos, y agita ésta por medio de un mecanismo que la comunica un movimiento muy rápido. A los pocos minutos, la manteca se separa del suero en todos aquellos frasquitos, y basta mirar la escala graduada que los acompaña para saber con exactitud cuál es la proporción de manteca contenida en cada muestra de leche. Un empleado examina después las hojas que le han remitido los carreteros y en las cuales figuran, junto al nombre de los labradores, el peso de lo que entregaron y el número del frasco que ha servido para probar la leche *(test the milk);* en una columna especial se hace mención del coeficiente de manteca que corresponde á cada variedad de leche, y así se tienen á mano todos los datos necesarios para hacer las cuentas.

Una vez llegada la leche al establecimiento, se echa en inmensos depósitos, á cuya superficie sube la nata rápidamente bajo la influencia de una temperatura siempre igual, obtenida en verano por un sistema refrigerativo y en invierno por un aparato de calefacción. Después se somete esta nata á la acción de las amasadoras y de las mantequeras, movidas por vapor, y la manteca, bajo la forma de panes regulares, se coloca luego en grandes almacenes cubiertos de hielo, donde espera el momento de la expedición.

Así como el molino harinero, la lechería no trabaja únicamente para la vecindad. La manteca fabricada aquí se consume en las Montañas Pedregosas y en la vertiente del Pacífico, en Denver, Salt Lake City, Ogden y San Francisco; pero cuando el producto excede á las necesidades de estos mercados, se vende por comisión en Nueva York.

Esas lecherías prestan, pues, grandes servicios á los cultivadores, hallando á la vez para sus productos una salida que no encontrarían sin el auxilio de aquéllos; además ahorran á las mujeres de los labradores un trabajo en el que generalmente no tendrían tiempo de ocuparse, ni afición tampoco. Preciso es recordar, en efecto, que se trata de personas á quienes se ayuda poco, que están muy recargadas de trabajo y que con frecuencia descuidan las minuciosidades que exige el buen gobierno de una lechería. He leído en alguna parte que en ciertas granjas americanas, llenas de ganado y rodeadas de magníficos pastos, se servían de unos panes de leche concentrada procedentes de Suiza: no he comprobado el hecho; pero es muy verosímil. Una cosa es tener alguna vaca en el prado y otra ver ya la leche en la taza; y el yanki, avaro de su tiempo, no le pierde de buen grado para ordeñar el animal á fin de complacerse en beber leche fresca. Si se tratase, por el contrario, de venderla, ordeñaría cuantas vacas pudiera; entonces ya no sería una molestia, un enojo *(a bother)*, sino cuestión de negocio *(a business)*.

La lechería ofrece otra ventaja: no solamente transforma la leche en manteca, sino que elabora esta última de la marca que se quiera, satisfaciendo así los gustos de una clientela muy variada, con una buena voluntad superior á todo elogio. Quedé muy sorprendido al ver que los panes de manteca que se preparaban para una expedición tenían estampado en relieve el nombre *Elgin:* es el de una pequeña ciudad del Illinois, próxima á Chicago, donde se fabrica una manteca muy celebrada, algo como el Isigny americano, y reconocí en esto un flagrante delito de superchería, del que no osé pedir explicaciones al jefe del establecimiento. Pero él me las dió espontáneamente, diciéndome: «*Elgin* es la marca que más nos piden, pero no la única: para Salt Lake City, por ejemplo, usamos la marca *Jersey*, que es la más apreciada allá abajo; y con frecuencia, también remitimos á la misma ciudad, á dos lonjistas diferentes, igual man-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

teca bajo diversas denominaciones. A no ser por esto, esos dos lonjistas no podrían proveerse simultáneamente en nuestra casa, porque se disputan la clientela, y no les sería dado sostener que su manteca es la mejor del mundo *(the best in the world)* si ambos vendiesen la misma marca.» ¡Decididamente el consumidor es un ser condenado á no saber nunca lo que consume!

Ahora tenemos los dos extremos de la cadena; sabemos lo que las ciudades pequeñas dan y lo que reciben, y que son centros de cambio al servicio de la campiña.

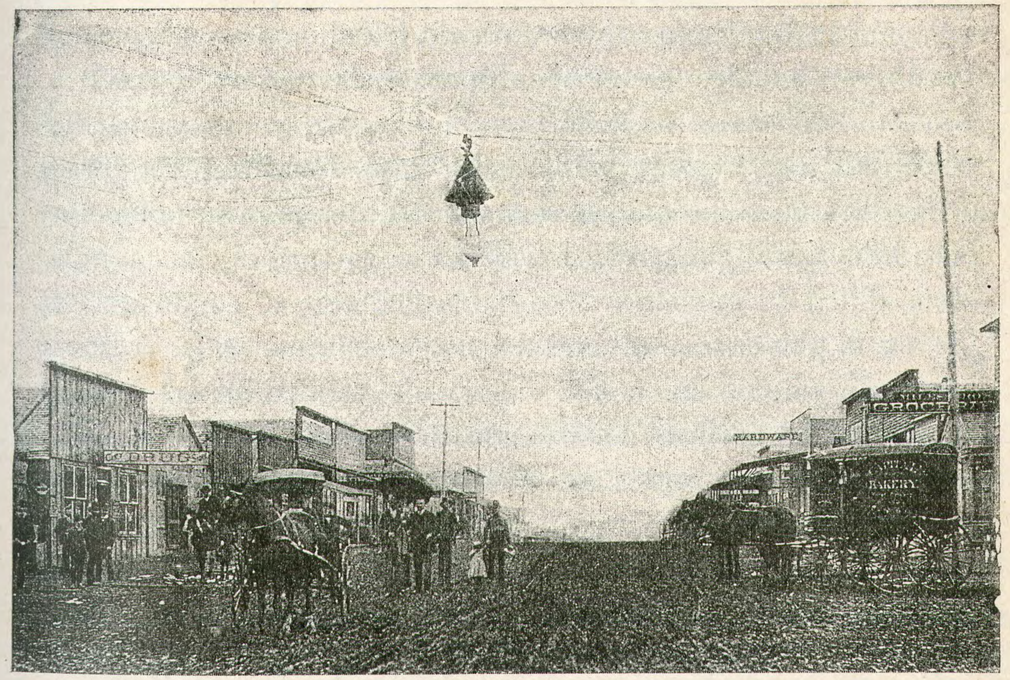
La importancia de esta doble operación indica la que ellas tienen de por sí. Todo progreso en el cultivo de las tierras lleva consigo un progreso correspondiente en el comercio y en la industria, y un aumento correspondiente también en el valor de los lotes de ciudad, así como todo retroceso en la prosperidad rural produce de igual modo su efecto en la prosperidad urbana. Generalmente, lo mismo el desarrollo de la campiña que el de la ciudad no afectan una marcha regular en este país, donde toda existencia, siempre agitada, está llena de sobresaltos y de incidentes imprevistos; una lluvia que caiga á punto ó una enfermedad en los cerdos, bastan para progresar rápidamente ó retardar de una manera grave la prosperidad de una pequeña ciudad del Oeste. Estas vicisitudes se traducen de mil modos.

III.—Las vicisitudes de una pequeña ciudad del Oeste

A los ojos del americano, tres cosas bastan para reconocer si una pequeña ciudad es floreciente: la luz eléctrica, las *waterworks* (servicio de aguas) y los *street cars* ó tranvías. Esto constituye los tres términos de su ambición, y jamás le haréis confesar que su ciudad adoptiva no es una de las maravillas del mundo cuando estos tres servicios están organizados.

Por eso los especuladores interesados en hacer prosperar una

ciudad no dejan de establecer por lo menos uno de estos tres servicios. A menudo se comienza por la luz eléctrica, porque esto atrae más la atención del visitante. En Guthrie, por ejemplo, he visto brillantes globos iluminar con su viva claridad las barracas de tablas levantadas un año antes; algunas veces refle-



El primer lujo de una ciudad del Oeste: la luz eléctrica en Guthrie

jan su luz, en una calle poco frecuentada, sobre las flores de pradera que aún crecen entre el césped natural; pero estos contrastes agradan al hombre del Oeste, porque revelan la rapidez de las transformaciones á que ha sometido territorios hasta entonces incultos. Su objeto principal, sin embargo, es producir una impresión de prosperidad, mucho más que prestar servicio á los paseantes nocturnos, y esto se ve bien precisamente en Guthrie. La ciudad, edificada sobre la vertiente de un pequeño cerro, está cruzada por una serie de calles en pendiente, y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en la extremidad de la más ancha, en la cumbre de aquél, hay un andamiaje de madera, estrecho y muy alto, que sostiene cuatro ó cinco focos de luz eléctrica, los cuales se tiene muy buen cuidado de encender todas las noches. Esto no sirve absolutamente para nada; pero el colono, perdido en su *homestead*, divisa este punto brillante en la inmensidad de la pradera, é inspírale confianza respecto al porvenir de Oklahoma.

Otras ciudades, creadas en época más remota, cuando el alumbrado eléctrico no tenía tanta aplicación, compensan la falta con los *water-works* y los *street cars*. No diré nada de los primeros, que son siempre realmente útiles para la población; pero he visto algunas veces tranvías cuya razón de ser me parecía difícil de encontrar. No había viajeros; el conductor, de pie en la plataforma, atravesaba melancólicamente las calles al paso tranquilo de un caballo viejo; y una campanilla suspendida del cuello del pacífico cuadrúpedo despertaba recuerdos alpestres bastante impropios en el valle del Mississipí. Yo me pregunté sinceramente para qué podría servir aquel tranvía solitario. Un francés que encontré cierto día me sacó de dudas, dándome la clave del misterio. «No hay nunca, me dijo, más viajeros de los que usted ve ahora; y la empresa no paga por sí misma, aunque pague, á causa de estar asociada con otra. Es un puro reclamo, cuyo alcance voy á explicar á usted: dos ó tres especuladores que poseen muchos lotes de terreno en la ciudad se han reunido para crear esta línea de tranvías, que cruza naturalmente por el centro de sus propiedades y se puede utilizar para todos los lotes; esto les permite vender al individuo que se instale veinticinco *pies-frente* á orillas de una calle por donde pasa el tranvía, obteniendo así más elevado precio. El conductor melancólico que á usted le preocupa no se pasea todo el día más que para asegurar el más alto valor de los terrenos que atraviesa.»

Los americanos se distinguen siempre en este género de combinaciones: con frecuencia, un especulador que tiene fondos en caja ó crédito en casa del banquero, emprende por su cuenta levantar construcciones en los terrenos de que dispone, á fin de atraer al comprador y ganar en cada operación; si el comprador no viene, todos esos gastos son pura pérdida; pero más vale exponerse á la ruina que condenarse á la medianía.

Cuando se llega á un pueblo, es preciso, pues, tener cierta desconfianza respecto á la luz eléctrica, los *water-works* y los *street cars;* á veces son los efectos naturales de un verdadero desarrollo; pero con frecuencia también, no se ha de ver en eso más que simples celos, astutamente preparados por un pescador de duros.

Todo el esfuerzo de los habitantes, por lo demás, tiende al mismo objeto, que es dar más valor á las tierras. El precio del *pie-frente* constituye la norma para juzgar de la prosperidad, y esta última es el gran golpe de fortuna que el americano ve por la noche en sus sueños, y que procura realizar trabajando todo el día con tal objeto.

Esta esperanza constante, esta vigorosa confianza, se mantienen por innumerables ejemplos de súbitas alzas, producidas en terrenos deshabitados la víspera. ¡Cuántas ciudades de diez ó veinte mil almas no existían diez años hace, ni se citan aún en ninguna carta geográfica publicada en el extranjero! Podríamos hacer mención de centenares de ellas. Y obsérvese que prescindo, intencionalmente, de las que se revelaron desde luego como llamadas á un gran porvenir, de las que alcanzaron desde luego, como Denver en el Colorado, la cifra de ciento ó ciento cincuenta mil habitantes. Lo que procuro determinar ahora es la modesta prosperidad de un pueblo rodeado de cultivos que se transforma en pequeña ciudad. Hasta en esta restringida esfera hay con qué intentar la especulación.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

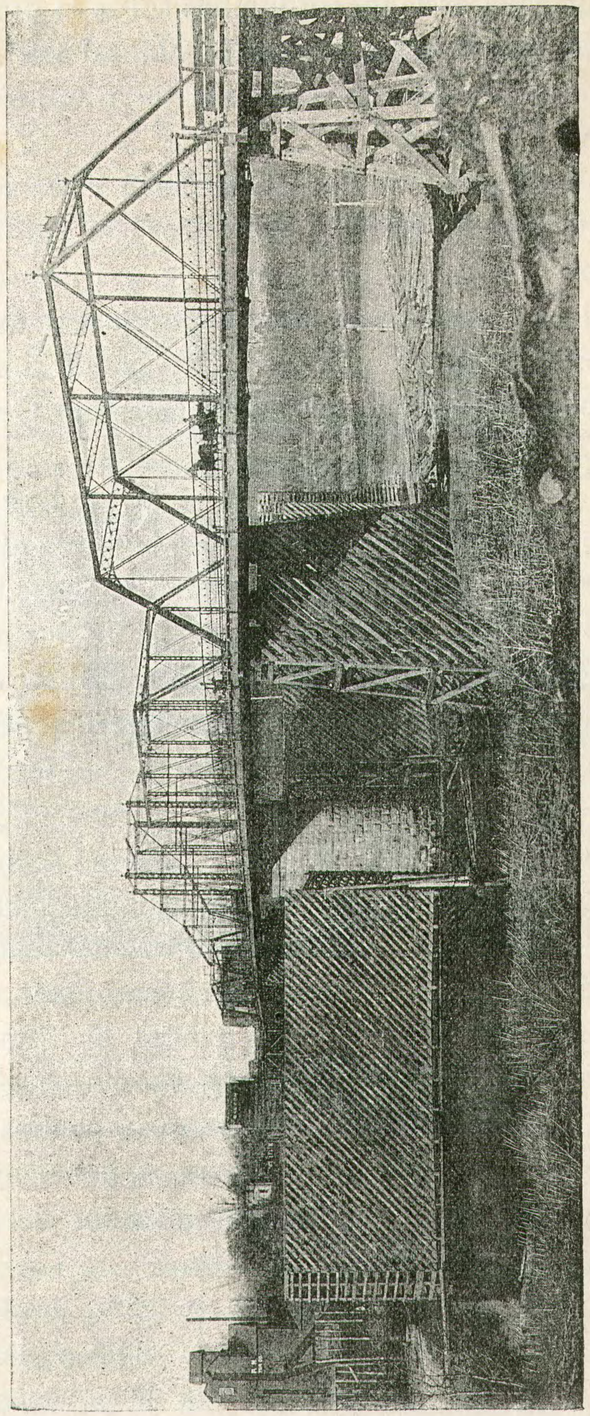
He visitado una serie de reducidos centros de este género en el Far West, desde Oklahoma, al Sur, hasta el valle del río Colorado, al Norte, pasando por Kansas, el Colorado, Nebraska, Iowa, Minnesota y los dos Dacotahs; y he aquí algunas indicaciones sobre los precios de las tierras, que bastarán para fijar las ideas del lector.

En Guthrie (territorio de Oklahoma), y en los doce meses que siguieron á la apertura, se vendió un lote de cincuenta pies-frente con ciento cuarenta de fondo al precio de dos mil trescientos duros, ó sea unos diez y nueve francos el metro cuadrado; cierto que estaba en el centro de la ciudad; pero se comprenderá que la ganancia del individuo que tuvo la suerte de asegurarse la posesión de aquel espacio de terreno fué bastante bonita. El día en que Guthrie fué declarada capital del territorio, el 22 de abril de 1890 (exactamente un año después de la apertura), se esperaba alcanzar muy pronto el precio de cien duros el pie-frente, que corresponde á cuarenta y un francos el metro cuadrado.

En Florencia, pequeña ciudad del Kansas de unas mil almas, se vendió, hacia 1887, un lote de veinticinco pies por ciento cuarenta, situado en Maine Street, por tres mil duros (49'50 francos el metro cuadrado). Sé muy bien que se halla enfrente del teatro de la Ópera; pero también sé lo que es el teatro de Florencia por haberle visitado un día. Casi siempre está cerrado, excepto en raros intervalos, cuando alguna compañía de paso representa allí *La Cabaña del Tío Tomás*. Añadamos también que dicha venta se ha conservado legendaria en la historia de Florencia, pues su prosperidad ha sufrido desde hace alguos años una diminución notable.

El valor de los terrenos aumenta más rápidamente aún en las ciudades que, como Aberdeen, Grand Forks en el Dacotah, Fremont en el Nebraska y Moorhead en el Minnesota, llegan

á tener de cinco á quince mil habitantes. Allí no son raros los precios de cien y hasta doscientos duros el pie-frente, y la inmediación de la ciudad hace subir á menudo las tierras de cultivo de los alrededores á cien duros el acre (1.300 francos la hectárea). En esas localidades, sobre todo, es donde las casas se trasladan más. Algunas cambian de sitio hasta tres y cuatro veces cuando su propietario tiene la fortuna de poseerlas siempre en lotes favorablemente situados, que aumentan muy pronto de valor y se venden á los banqueros y comerciantes.



Puente y rompehielos en el río Colorado, en Grand Forks

El reverso de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la medalla es la incertidumbre sobre la propiedad en los países nuevamente poblados, y más aún, tal vez, en aquellos que, habiendo conocido un momento de gran prosperidad, sufren después desgracias.

La historia del capitán Couch y de su trágica muerte en Oklahoma ha ofrecido á nuestros lectores un ejemplo harto palpable de los inconvenientes de esa incertidumbre al principio de la colonización. La que se produce más tarde reconoce otra causa, explicada por dos palabras que se repiten á menudo en la conversación de los americanos del Oeste: los *buenos* y los *malos* títulos de propiedad.

En efecto, hay buenos y malos títulos: los primeros son los que se han entregado en debida forma al primer ocupante del lote, ó una línea férrea, transmitiéndose después con regularidad de vendedor á comprador: para éstos no se suscita ninguna dificultad. Los segundos son los que resultan de una simple posesión de buena fe: si el poseedor resulta ser el primer ocupante, su situación no deja de tener remedio; puede regularizarla, presentando las pruebas de permanencia exigidas y pagando una corta suma; pero si el lote de terreno, ó el *homestead* en que se ha establecido, fué reclamado anteriormente por una persona que hubiese obtenido el título bueno, abandonándolo después, será absolutamente preciso, para obtener este buen título, que su predecesor se lo ceda. Ahora bien; generalmente, los que abandonan así su instalación se van sin dejar sus señas, y de aquí resulta que muchas tierras excelentes no están ocupadas, pues nadie se atreve á cultivarlas, por temor de que vuelva inopinadamente el individuo poseedor del título bueno en el instante de recoger la cosecha.

Una de las cosas á que se debe que estos malos títulos se produzcan con frecuencia es la venta á plazos, cuando éstos no se pagan; de ordinario se han de satisfacer por julio y diciembre de cada año; si el deudor se retrasa, el que debe recibir la suma no le envía ningún aviso ni la menor intimación, y se contenta con anunciar, *sin avisarle*, en el *Court house* del condado,



Una residencia en Fremont

la venta de las tierras cuyos plazos no pagó. Cada seis meses se pueden ver en los diarios largas listas de lotes de terreno ó de propiedades rurales. En el día señalado para anunciar se cita separadamente cada lote ó cada propiedad, y pregúntase si hay alguno que quiera pagar los plazos. Casi siempre se presenta un agente de negocios, paga la suma reclamada y toma posesión. Si el verdadero propietario quiere recobrar su tierra, el agente le obliga á reembolsarle con usura lo que adelantó por

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

él—y hasta en esto hay una pequeña especulación bastante ventajosa;—si, por el contrario, no se encuentra el dueño, el agente guarda la tierra y procura venderla á cualquier colono recién llegado, que no esté muy al corriente de los buenos y de los malos títulos.

Cuando se quiere comprar una finca cualquiera en el Oeste, y si se desea disfrutar de ella tranquilamente, no basta, pues, presentarse con el vendedor ante un notario público, que mediante dos duros (10'40 francos) entregará la escritura de venta auténtica, cualquiera que sea el importe del precio: es preciso ir también al *record office*, examinar la situación del inmueble desde el punto de vista de las *mortgages* (hipotecas), y asegurarse de los orígenes de propiedad, sin lo cual se está expuesto á mil disgustos.

Las ciudades pequeñas son muy particularmente fértiles en malos títulos, porque los especuladores se apoderan más bien de los lotes de terreno de los *homesteads;* porque las variaciones de precio, más considerables, ocasionan más desastres que en la campiña, y en fin, porque los impuestos urbanos, muy subidos, llegan á ser muy difíciles de pagar en los momentos de crisis.

En ciertas ciudades pequeñas esos impuestos alcanzan, en efecto, al tres por ciento de la renta de los inmuebles. Entre las personas á quienes interrogo sobre el asunto, una de ellas, que solamente tiene una casita con su jardín, paga doce duros; y otra, que compró por especulación ciento diez y siete lotes, varios de éstos provistos de construcciones, satisface setecientos veinte duros (3.744 francos). Esto es enorme; pero se ha de recordar que el contribuyente americano está exento de todo otro impuesto: no hay contribuciones indirectas, ni arbitrios municipales, ni derechos de sucesión, ni quintas.

En la población de las pequeñas ciudades del Oeste se mezclan elementos muy diversos en cuanto á origen y valer. Ya recordará el lector tal vez aquel cocinero de Transilvania, el arquitecto socialista y los otros tipos extraños que hemos encontrado en Guthrie: otros análogos se encuentran en la mayor parte de los pequeños centros nuevamente creados, y no es siempre discreto interrogarles sobre sus antecedentes con demasiados detalles, pues no contribuyen apenas á la prosperidad de las ciudades pequeñas. En la misma categoría se pueden clasificar también los *farmers* (labradores) arruinados que abandonaron su tierra para tomar algún oficio al azar, los agentes de mala fe que tratan de engañar al público, y por último, esa hez que la primera oleada de la emigración lleva siempre consigo.

En contraposición de esos «desorganizados,» debemos poner al modesto y ventrudo hostelero, por lo general oriundo de las orillas del Rhin, que tiene doce hijos y reune un pequeño capital alojando á los viajeros; al comerciante activo é inteligente que crea un almacén bien surtido y lo administra como el de una gran ciudad; al industrial que establece un molino harinero ó una lechería; al especulador avisado y emprendedor que da un impulso favorable para la prosperidad; al banquero que le apoya, etc.

Estas son las fuerzas vivas de una ciudad pequeña, y para que produzcan todos sus efectos es necesaria una condición: encontrar un *leader* (jefe, director); es preciso que entre todos esos hombres se revele al menos uno capaz de dirigir el movimiento progresivo, de interesar en la prosperidad futura de la ciudad á uno de esos poderosos reyes de las vías férreas, dueños de sus trazados y de sus tarifas, que á su voluntad pueden hacer que se crucen dos líneas para transformar aquélla en un centro importante, ó bien sacrificarla á una rival feliz. Cuando este hombre falta, no hay nunca prosperidad formal y duradera.

Sobre este punto oí cierto día las quejas de un ciudadano

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de Florencia (Kansas), quien me hacía observar el desarrollo adquirido hacía algunos años por ciertas ciudades pequeñas de las inmediaciones, Newton, Wichita y otras. «Vea usted, me decía, nosotros hemos tenido aquí el *boom;* pero duró poco, pues no había aquí nadie: todos éramos personas de pocos recursos y nos faltaba la influencia necesaria para impulsar á Florencia. Cierto que nos han dado una estación de camino de hierro, pero fué porque la posición geográfica lo exigía, por decirlo así. Así como Newton y Wichita, hubiéramos podido tener los ramales que para ellos se crearon; pero no había aquí nadie para tomar la iniciativa de las gestiones respecto á las compañías, proporcionar á éstas algunos lotes de terrenos bien situados, y determinar su elección en nuestro favor.» Aún ahora, después de haber dejado escapar tan buena ocasión, Florencia espera su prosperidad de un hombre poderoso, enérgico y activo.

En resumen, todas esas ciudades, consideradas en sí, tienen cuanto necesitan para desarrollarse. Las he llamado *pequeñas*, y debí designarlas con el calificativo de *jóvenes*, porque pueden crecer mucho. Las circunstancias en que se hallan se lo permiten; mas para que esto suceda es preciso que un hombre las ayude, sin lo cual el desarrollo se paraliza. He aquí por qué entre tantos pueblos bien situados para llegar á ser ciudades importantes, los más se quedan en el camino y no son otra cosa sino pequeñas ciudades.

CAPÍTULO VII

LAS SALIDAS DEL CULTIVO — LAS GRANDES CIUDADES DEL OESTE

I. Su carácter agrícola. — II. El comercio del trigo y la molinería. III. San Luis, San Pablo y Minneápolis

I. — Carácter agrícola de las grandes ciudades del Oeste

Conocemos ya algunas de las grandes ciudades del Oeste, puesto que hemos seguido á los ganados, criados y cebados en los ranchos, hasta los mismos centros de la carnicería, donde se procede á su matanza, se descuartizan y preparan para su expendición. Chicago, Kansas City y Omaha, más que ninguna otra ciudad del Oeste, son las acumuladoras y distribuidoras, y pueden llamarse ciudades de la carne con el mismo título que Lyón ciudad de los tejidos.

Ahora bien: así como la creación de los ranchos condujo á la fundación de Chicago y de sus rivales, del mismo modo la creación de las granjas tuvo por consecuencia la de otras varias ciudades, donde vienen á concentrarse, para ser enviados después en lejanas expediciones, los cereales cosechados en dichas granjas.

San Luis, San Pablo y Minneápolis pueden considerarse así con justo título como ciudades del trigo, vastos depósitos donde se concentra ese cereal y los maíces para ser distribuídos después por el comercio en todos los mercados del mundo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

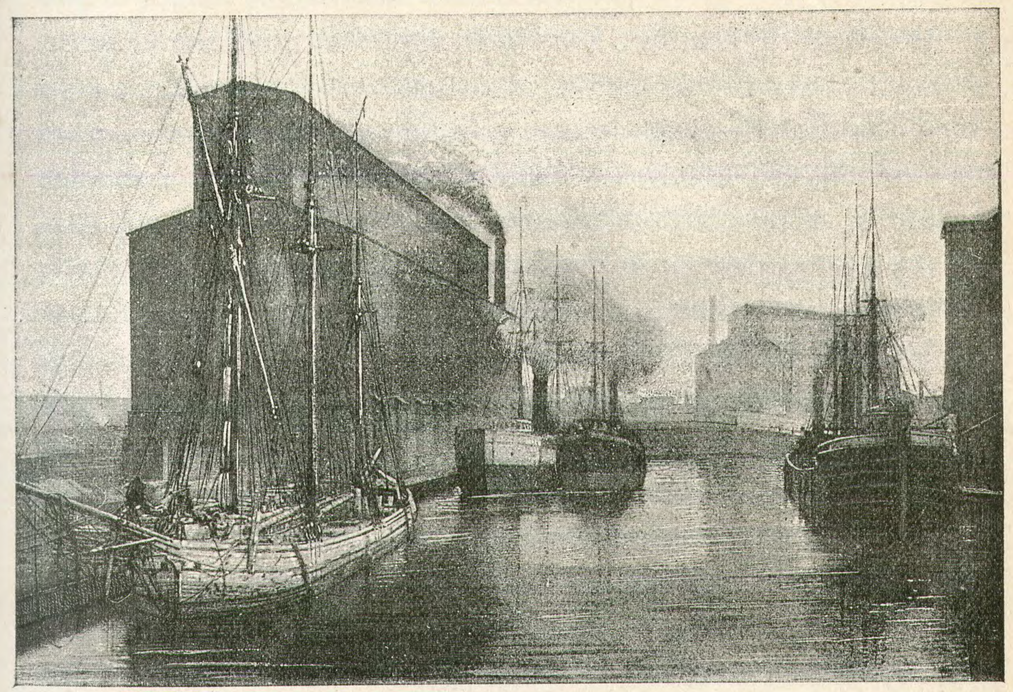
Por supuesto que este calificativo de ciudad del trigo no excluye el tráfico de ganado, que se practica con mucha actividad particularmente en San Luis; Chicago, por su parte, no limita sus operaciones al abastecimiento de las *packing houses*, y posee inmensos *elevators*, donde se podrían encerrar cinco millones de hectolitros de trigo á la vez; pero Chicago no deja de ser por eso la reina indiscutible del *dressed beef* y de la salazón de cerdo, como Minneápolis es el gran centro de la molinería.

Cualquiera que sea su especialidad dominante, esas ciudades tienen, pues, un carácter común perfectamente marcado: son las exportadoras de los productos del cultivo, y por lo tanto, de éste dependen. Si por una causa cualquiera los ranchos desapareciesen de la superficie de los Estados, y si las granjas que hemos recorrido volvieran á ser dominio de los búfalos, como en tiempo de los indios, Chicago y Minneápolis no serían ya más que pueblos, muy pronto abandonados, y dentro de cincuenta años, las apresuradas construcciones que las componen no dejarían ni siquiera ruinas para atestiguar su floreciente pasado.

Si me permito aquí semejantes hipótesis, no es porque las crea realizables, pues el porvenir de América tiene mejores garantías que la solidez de los edificios; he querido indicar tan sólo que la historia de las grandes ciudades está íntimamente relacionada con la de las campiñas, y lo que más adelante veremos lo demostrará así.

Cuando se llega á San Luis, viniendo del Este, llama la atención desde luego el carácter agrícola que presenta. En efecto, es la primera de las ciudades de este género que se encuentra, partiendo de las orillas del Atlántico. Nueva York es toda para el comercio marítimo; en Filadelfia predominan las fábricas, y lo mismo sucede en Pittsburgo y hasta en Cincinnati, la antigua *Porcópolis*, que es hoy un gran centro industrial. San

Luis, por el contrario, es un mercado agrícola, y esto se echa de ver desde la entrada en la estación por la aglomeración de instrumentos de cultivo, carretones y máquinas que se encuentran en los muelles de embarque. En las calles inmediatas al río se encuentran reses vacunas en grupos de diez, veinte ó



Los grandes *elevators* en el río de Chicago

treinta animales, que se dirigen al mercado ó vuelven á él; también se encuentran reatas de mulos, pues San Luis tiene la especialidad de este tráfico; y por último, cuando se pregunta cuáles son las curiosidades de la ciudad, le indican á uno el *Cotton Exchange* ó Bolsa del algodón, y el *Merchant's Exchange*, ó Bolsa de los mercaderes.

El algodón del Sur, en efecto, halla en San Luis un depósito antiguamente establecido ya, y aún muy importante hoy; los negocios de lanas y pieles se tratan también accesoriamente

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

en la Bolsa del algodón desde hace algunos años; pero, á pesar de esto, la Bolsa de los mercaderes tiene mucha más importancia.

En esta Bolsa se reunen solamente los tratantes en cereales. Ocupa, en el edificio de la Cámara de Comercio, un inmenso *hall* (salón) que mide sesenta y seis metros de longitud por veinte de anchura y diez y ocho de elevación; no falta el decorado, pero sí el buen gusto; y el aspecto de los asistentes contrasta de un modo singular con el lujo de la arquitectura. Todos los días, los ciudadanos de San Luis que negocian en cereales ó harinas se encuentran allí, se codean y se saludan con esas breves frases propias de los americanos. En una de las extremidades hay una especie de *canastilla*, y allí se nota una agitación extraordinaria; los ademanes, los gritos y las vociferaciones de los especuladores harían creer que aquello es una reunión de locos furiosos; pero junto á estos jugadores, el verdadero comercio conserva una actitud menos turbulenta. En largos mostradores de madera se ven escalonadas numerosas muestras de maíz, de trigo, de avena y de cebada, y en otra parte se hallan los salvados y las harinas. Mascando su tabaco, que les hace arrojar repugnantes salivazos negruzcos en las escupideras diseminadas en el suelo, cuando no en este último, los individuos de la Bolsa examinan las muestras, removiéndolas entre sus prácticos dedos; toman apresuradamente algunas notas en sus *carnets*, y expiden telegramas á cada momento. A este efecto, los telegrafistas están situados en una gran parte de la circunferencia del *hall*, y el rumor de sus numerosos aparatos es bastante fuerte para que se distinga con claridad en medio del tumulto general. De vez en cuando, algún individuo se sienta á una de las mesitas pupitres que ocupan parte de la sala, para escribir una carta de negocios ó hablar separadamente con otra persona. Esas mesitas, así como todas las de América, sirven para dos usos

diferentes: en ellas se apoyan alternativamente las manos para escribir y los pies para descansar, y el espectáculo de aquellos buenos hombres, sentados con las piernas á la altura de los hombros del vecino, mascando tabaco, escupiendo, gritando, escribiendo telegramas é interpelándose, da más alta idea de su actividad que de sus buenos modales.

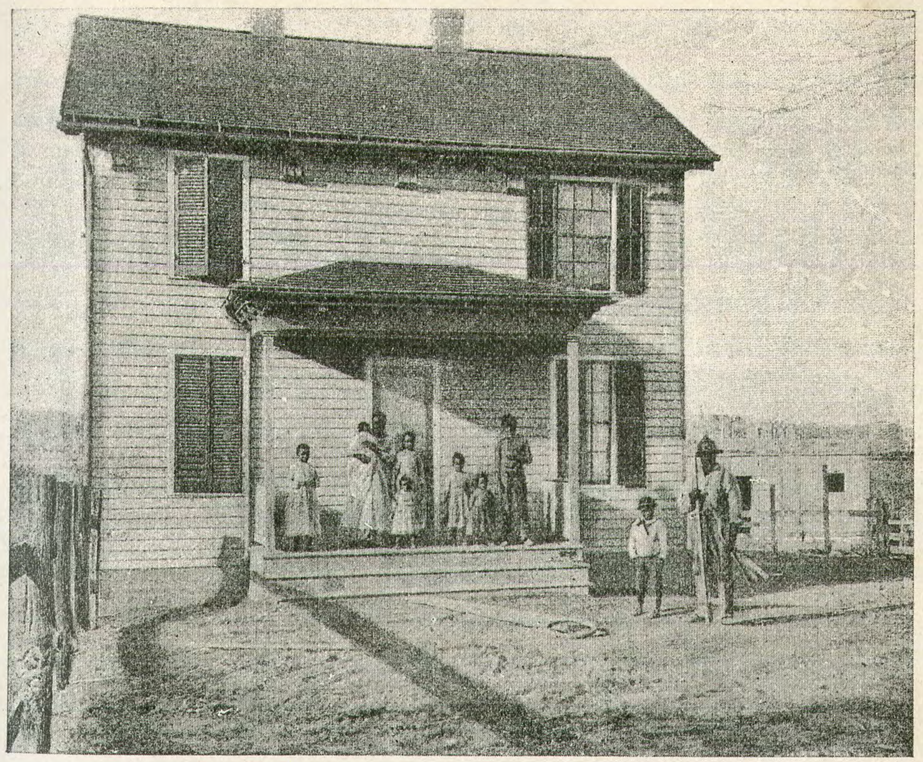
Pero no se trata aquí de buenos modales, y cuando se ha desvanecido el mal efecto de la primera impresión, se quiere conocer la causa que ha reunido, precisamente en este punto, un comercio de cereales tan extenso y variado. Un molinero de San Luis me explica la cosa. «Desde la colonización del Missuri, del Kansas y de otros Estados que se hallan al Oeste de San Luis, me dice, siempre hemos tenido aquí gran mercado de cereales; y aun antes de la creación de las líneas férreas, San Luis hacía todo el comercio del Sur por el Mississipí, y todo el del Noroeste por el Missuri. En el momento de la guerra de Secesión, los Nordistas apartaron de nosotros cuanto les fué posible ese gran movimiento de cambios, creando líneas férreas en el Noroeste y sosteniendo con sus capitales la fundación de Chicago, lo cual fué para nosotros una desgracia enorme. Mientras la guerra duró, San Luis, centro natural de los ejércitos del Sur, vió prosperar sus negocios; pero seguidamente, después de la pacificación, se declaró una crisis que ha durado más de diez años, y de la cual nos resentimos aún. En resumen, la guerra ha retardado en veinte años los progresos de San Luis. Hoy nos reponemos cada vez más, gracias á las ventajas naturales de nuestra posición: la navegación concentra siempre en San Luis los cereales de los dos grandes y fértiles valles; estamos junto á esas ricas tierras de aluvión formadas por los depósitos de limo del río y conocidas en los Estados Unidos con el nombre de *American Boltom;* y en fin, los Estados que constituyen nuestra clientela natural son casi los únicos del Oeste que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

producen trigos de invierno. En el Norte, el Wisconsin y el Michigan cosechan una escasa cantidad y los otros Estados nada, porque el clima se opone á ello, siguiéndose de aquí que el mercado de San Luis continúa siendo forzosamente el de dichos trigos.»

En los muelles del Mississipí, la gran animación que reina tiene también por objeto los productos del cultivo; se ven depósitos de peletería, de cereales, montones de balas de algodón é inmensos *elevators*, junto á los cuales parecerían juguetes los de las ciudades pequeñas. Allí predominan los negros, pues ellos son los que llevan á cuestas los pesados fardos que los buques descargan, y ellos los que ejecutan en general todos los trabajos que exigen más fuerza física que inteligencia. Estas ocupaciones les agradan sobre todo por su carácter temporal. Cuando les falta el dinero y el hambre les aguijonea, bajan á los muelles, buscan algún buque para cargar ó descargar, ganando dos ó tres duros, y van á emborracharse en las tabernas vecinas. A lo largo de los muelles se encuentran numerosos tabucos, cuyas puertas bajas, techos ennegrecidos, mesas desvencijadas y toscos bancos, recuerdan el interior de tabernas pintadas por Teniers. Dirigiendo una mirada por la puerta, siempre abierta para que penetren los clientes y el aire, se ven negros bebiendo, comiendo, cantando, riéndose y jugando á los naipes; sus abultados rostros, algo bestiales, revelan franca alegría, y reconócese en ellos que no les preocupa la menor cavilación. Cuando uno sale del *Merchant's Exchange* y compara esas alegres fisonomías con la expresión preocupada de los americanos, piensa que los negros disfrutan más de la vida que ninguna otra clase de ciudadanos de los Estados Unidos. Aún me parece estar viendo uno que, echado hacia atrás sobre un taburete, con la espalda apoyada en la pared, tocaba el *baujo*, entonando una canción cualquiera; y tanto me complacía su tranquilo contento, que me

detuve un rato para contemplarle. Otros, sentados ó echados sobre montones de piedras, ó agrupados en un rincón, á la sombra, fuman y bromean, echándose á veces la zancadilla, y di-



Casita de una familia negra

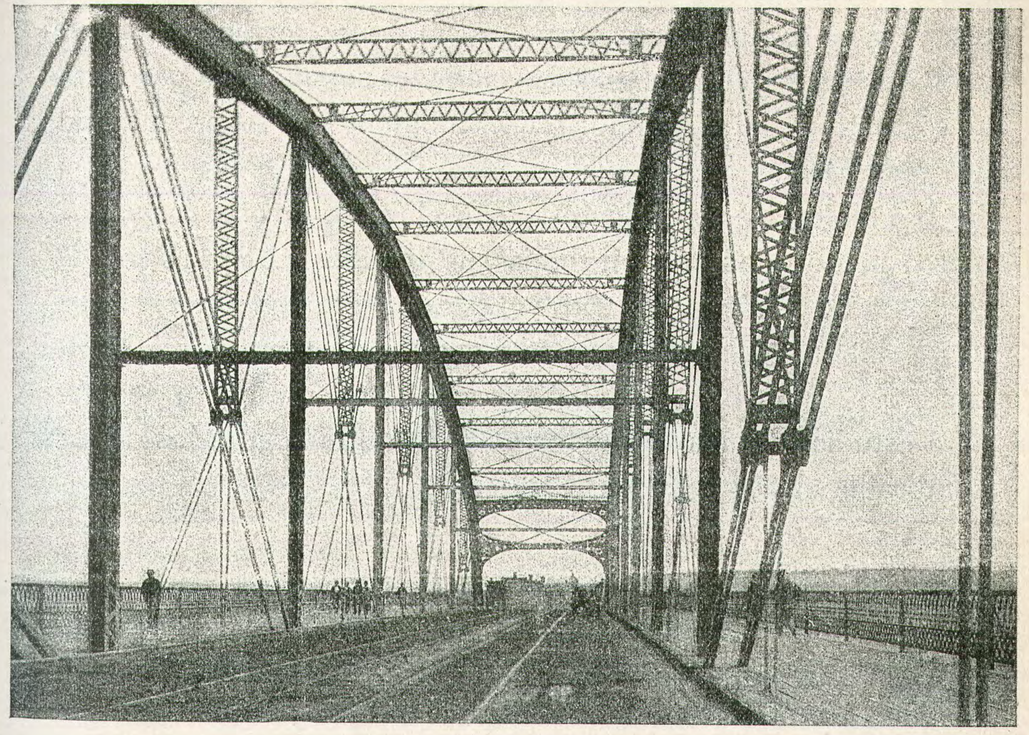
viértense al parecer como escolares en vacaciones. Es el barrio alegre de San Luis; tan sólo algunos comerciantes, corredores de cambio ó dependientes, desentonan el conjunto al atravesar rápidamente los muelles para hacer la cuenta de sus balas de algodón, de su trigo ó de su maíz.

En San Pablo y Minneápolis, el elemento negro tiene mucha menos importancia, porque se está más lejos del Sur y de los antiguos Estados de esclavos, más desprendidos de todo enlace con el pasado. San Pablo y Minneápolis tienen por tri-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

butario natural el Noroeste, es decir, el Minnesota, los dos Dacotahs y el Montana, Estados muy jóvenes, y por eso su historia es mucho más corta que la de San Luis. En 1850 San Pablo era todavía una ciudad muy pequeña, y Minneápolis no existía; hoy cada cual de ellas cuenta unos doscientos mil habitantes. Sin embargo, en la extremidad occidental del lago Superior, una rival les disputa ya ese magnífico mercado agrícola; es Duluth, llamada «Hércules del Noroeste.»

En esas regiones del todo nuevas, podemos decir que los grandes centros de mercado no están definitivamente establecidos aún. Según que tal ó cual parte del territorio sea la primera en abrirse, tal ó cual ciudad se desarrollará, para ser suplantada después, acaso, cuando todo el país se halle completamente cultivado. Así, por ejemplo, San Pablo y Minneápolis debieron su rápida fortuna al gran impulso comunicado de improviso al Noroeste en el momento de la guerra separatista; y esas ciudades son las que heredaron, con Chicago, la elevada posición que San Luis había adquirido ya y que perdió en parte en aquella época. Esta circunstancia vino á fecundar súbitamente las maravillosas ventajas naturales que la posición de aquellas dos ciudades les aseguraba. Situadas en la extremidad septentrional del Mississipí, entre el lago Superior y el valle del río Colorado, constituían, como San Luis, una verdadera encrucijada de vías comerciales; y cuando, en 1861, el bloqueo de los mercados del Sur cortó la comunicación con aquélla, San Pablo se encontraba entonces á quinientas millas de todo camino de hierro. «Recibíamos nuestras mercancías, me dijo un comerciante de la ciudad, por el Mississipí, y solamente en verano; en invierno, la nieve y los hielos nos bloqueaban y suspendían todo tráfico; éramos tributarios de San Luis y no vivíamos sino durante seis meses del año.» Privado súbitamente de su único punto de enlace con el resto del mundo, San Pablo estaba condenado á desaparecer, si nuevas vías férreas, construídas en plena guerra civil, no hubieran venido pronto á ponerle en comunicación con Chicago y desde aquí con el Este. Esas vías férreas hicieron más aún: trajeron colonos, y San Pablo, en vez de seguir siendo tan sólo un centro de abas-



Puente sobre el Mississipí en San Pablo

tecimiento para algunos traficantes en peleterías, se convirtió en mercado agrícola. Entonces fué cuando se vió nacer y desarrollarse, cerca de las cascadas de San Antonio, con sorprendente rapidez, la ciudad de Minneápolis, hoy reina de la molinería: admirables saltos de agua, de poderosa fuerza motriz, determinaron en aquel punto la construcción de algunos molinos harineros, destinados á un gigantesco desarrollo. En efecto, más allá de las dos ciudades hermanas, el Minnesota y

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

el Dacotah se poblaban de cultivadores, y sus ricos campos de trigo daban cada año cosechas más y más abundantes, correspondiendo á este prodigioso desarrollo agrícola y comercial una afluencia de población prodigiosa también. Durante algunos años seguidos, al principio de esta fase de prosperidad, San Pablo y Minneápolis vieron duplicarse el número de sus habitantes, y ya se comprenderá que el precio de los terrenos y el acrecentamiento material de esas dos ciudades seguían con paso igual la fortuna de su comercio: era el momento de su prosperidad, del gran *bòom*.

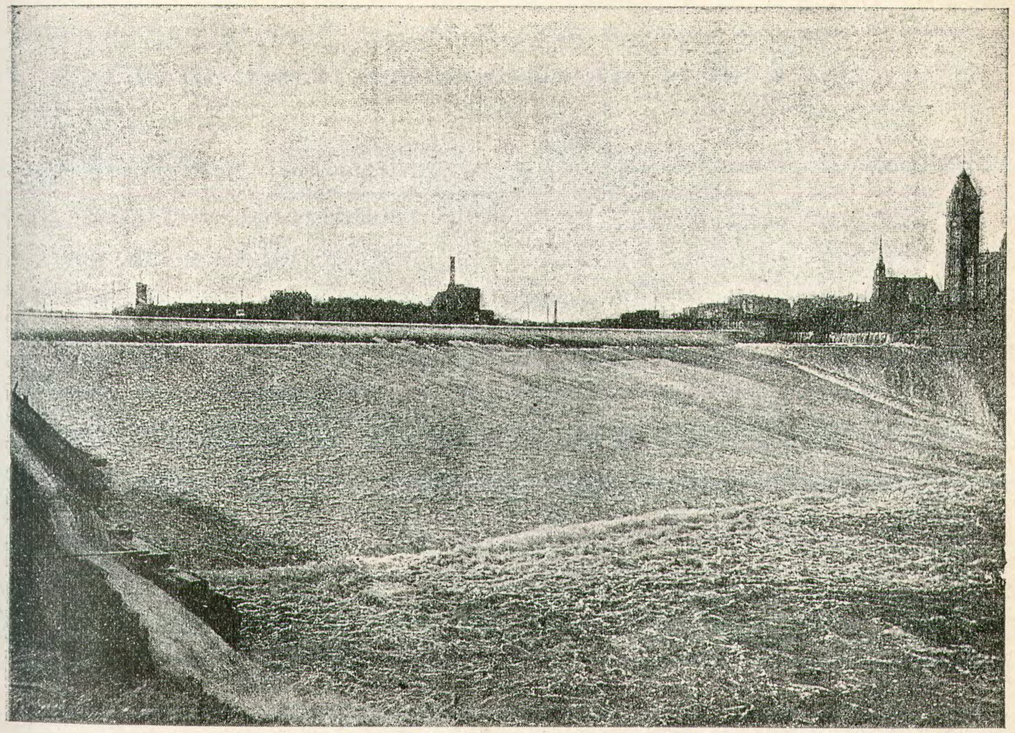
No molestaré á mis lectores con el relato de este *boom*, poco más ó menos análogo en todos sus detalles al de las grandes ciudades de la carne, descrito ya. Lo que interesa notar, respecto á Minneápolis particularmente, son los hechos especiales del comercio de granos en el Noroeste, donde vamos á penetrar para estudiarlos en los grandes molinos de Pillsbury, los de más nombradía en los Estados Unidos.

II.—El comercio del trigo y la molinería

Así como en Chicago es preciso ver el establecimiento de Armour, tratándose de la matanza de bueyes y cerdos, de igual manera en Minneápolis se deben visitar los molinos de Pillsbury, que son lo más curioso de la ciudad. Acabamos de ver, además, que también constituían su razón de ser.

La enorme importancia de esos molinos ha hecho necesario dividirlos en varios establecimientos separados: yo visito uno, inmensa construcción de siete pisos, provista de un salto de agua de mil cuatrocientos caballos de fuerza. Este salto de agua pone en movimiento todas las ruedas de molino que muelen el grano, así como las numerosas máquinas que aseguran la separación de las diferentes calidades y de sus diversos productos; y

además da la fuerza motriz necesaria para hacer marchar y volver al molino los vagones cargados de trigo, de salvado ó de harina. Una vía férrea, dispuesta al efecto, está sobrepuesta de una larga correa sin fin, animada de un movimiento constante que arrastra trenes enteros. A medida que se fabrica, la harina



Gran cascada del Mississipí en Minneápolis

es embalada en los vagones; se llenan más de dos por hora, y los molinos funcionan día y noche, bastando trescientos veinticinco operarios para el trabajo. Los unos se limitan á vigilar la marcha de las máquinas; los otros hacen rodar por rieles de hierro barriles de madera que contienen un hectolitro, poco más ó menos, en los cuales se expide la harina á los mercados del Este; y los demás pesan los grandes sacos de ciento veintiséis kilogramos que la transportarán á Londres, ó los pequeños de diez

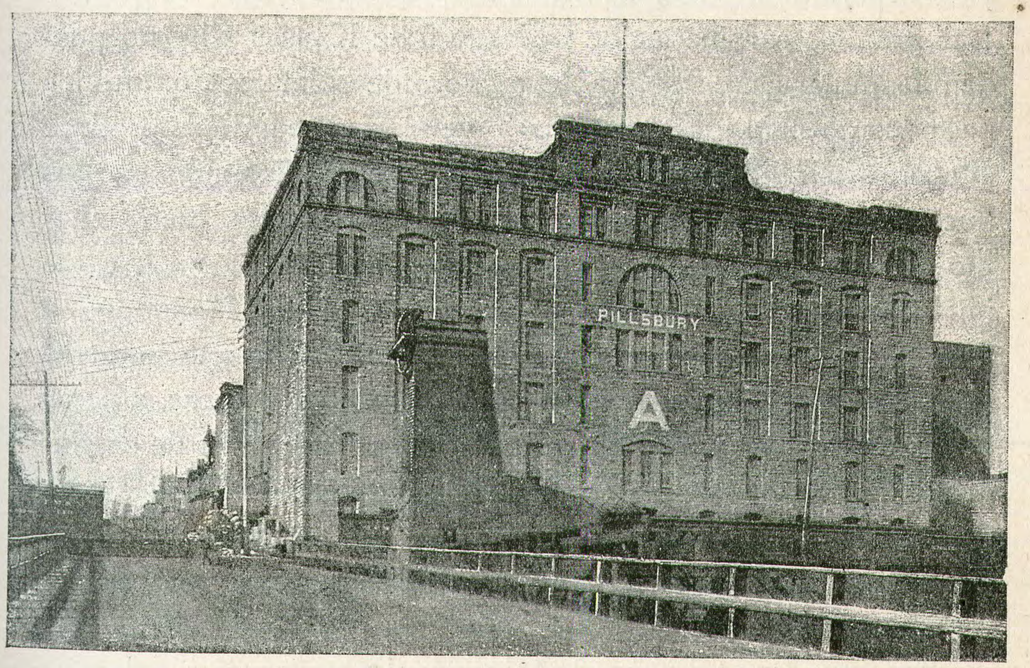
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca · Sala de Patrimonio Documental

kilogramos y ochocientos gramos, destinados al consumo local. La forma de los embalajes tan sólo revela así la extensión y variedad de la clientela.

Las harinas se clasifican en siete calidades distintas; pero el trigo de que se extrae es casi exclusivamente trigo duro de primavera *(spring hard wheat)*, el mismo que he visto cultivar en el Minnesota y en los dos Dacotahs. Minneápolis centraliza los trigos de primavera, así como San Luis los de invierno.

Pillsbury puede producir por sí solo en el conjunto de sus molinos de Minneápolis veintisiete mil quintales métricos de harinas diariamente; y ya se comprenderá lo que puede ser la dirección de semejante negocio. En primer lugar es necesario mantenerse al corriente de todos los perfeccionamientos de la molinería y aplicarlos sin tardanza; reclutar un personal escogido y atraerse su buena voluntad en cuanto lo permite un personal americano: ésta es la parte industrial. En segundo lugar, es indispensable abastecerse de trigo en el mejor mercado posible y hallar salidas ventajosas para las harinas y los salvados que se fabrican diariamente: esta es la parte comercial. Ahora bien: el tráfico de cereales se resiente de numerosas y lejanas influencias: la cosecha de Rusia ó el precio de los trigos en Batavia, las tarifas aduaneras de Francia ó de Alemania, son factores tan importantes de considerar como la lluvia ó la sequía de la primavera en el Dacotah. De consiguiente, es de todo punto necesario informarse acerca de la situación agrícola de todos los países del mundo para resolver con conocimiento de causa sobre las compras y las ventas. Agréguese á esto que se negocia en cantidades enormes y que de consiguiente el más leve error se traduce por pérdidas considerables, así como la menor utilidad en un *bushel* se multiplica hasta el punto de producir una ganancia notable. En fin, si se reflexiona sobre las fluctuaciones que el alza y la baja de los cereales producen constantemente,

se comprenderá que se debe tener bien organizada la cabeza para que semejante empresa prospere. A los americanos les inspiran una admiración sin límites los hombres dotados de esa aptitud eminente, y la manifiestan en toda ocasión; uno de mis amigos de San Pablo me decía al hablar del Sr. Carlos Pillsbury: *He*



Uno de los molinos de Pillsbury en Minneápolis

is a splendid man (¡Es un hombre espléndido!). Téngase en cuenta la extravagancia de la expresión, que traduzco literalmente, y se reconocerá que en el fondo es justa.

Durante mi permanencia en Minneápolis, en la primavera de 1890, M. Pillsbury compró, en el espacio de una semana todo lo más, cinco millones de *bushels* de trigo, ó sea un millón setecientos mil hectolitros, poco más ó menos. Esto representaba la suma de diez y nueve y medio millones de francos, que fueron satisfechos inmediatamente. En aquel momento el trigo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

valía, con corta diferencia, 11'70 francos el hectolitro, en medidas francesas, y suponíase que los precios alcanzarían la cifra de 15 francos el hectolitro: en previsión de esta alza la casa Pillsbury hacía aquel inmenso acopio.

Cito este ejemplo para demostrar cómo la gran especulación y el acaparamiento son los frutos naturales del tráfico de granos. Las grandes carnicerías de Chicago ó de Kansas City no pueden acumular así considerable número de animales durante los períodos de baja, para matarlos y venderlos cuando se produce el alza; están ligadas de una manera casi indisoluble con las fluctuaciones de los precios y las sufren fatalmente. Bien se habló de un *trust*, ó sindicato formado por cuatro ó cinco casas importantes, tales como las de Armour, Swift y Hammoud, á fin de influir sobre los precios del ganado; pero esta misma tentativa indica la impotencia de cada una de esas casas, á pesar de los enormes capitales de que disponen. La acción de su sindicato, por lo menos, es poco sensible; en momentos dados puede impedir una alza exagerada; pero no podría detener el movimiento comercial, ni levanta las mismas protestas que los acaparamientos de granos.

Los grandes molineros de Minneápolis no son, por lo demás, los únicos que se dejan llevar del afán de la especulación; las compañías de *elevators* toman parte igualmente, y esto es fácil de observar en Chicago y hasta en Nueva York, donde se producen á menudo formidables golpes de Bolsa sobre los cereales.

Para estas fluctuaciones repentinas de alza y baja se han buscado remedios; pero siempre fueron ineficaces. Aún últimamente, la asociación *Farmer's Alliance* (Alianza de los labradores), muy poderosa y formada en otro tiempo en el Minnesota, hacía presentar á la legislatura federal un proyecto de ley del más puro socialismo, según el cual el Gobierno se encargaría de comprar todos los trigos de los Estados Unidos para mantener

el precio á un tipo constante. Este proyecto no sirvió más que para provocar la chistosa contestación de un representante, quien propuso irónicamente que se confiara al Estado la lactancia de todas las criaturas americanas. Semejantes utopías vienen á chocar demasiado visiblemente contra las costumbres de iniciativa personal de la raza para que se puedan tomar en consideración.

No saldré de los molinos de Pillsbury sin decir dos palabras sobre su organización interior desde el punto de vista de la situación de los obreros. El Sr. Carlos Pillsbury no es tan sólo un negociante de mérito, sino también un patrón eminente; se cuida mucho de educar los hombres que emplea, y lo consigue á menudo, pues de su casa han salido ya unos cien molineros, establecidos por su cuenta y dueños de molinos considerables.

Esta solicitud en elevar á sus obreros á una categoría superior se ha revelado en particular por la creación de una forma ingeniosa de salario, que tiene por objeto asegurar al personal escogido una parte en los beneficios de la empresa. En septiembre de 1882, cierto número de empleados de los molinos de Pillsbury recibieron una carta personal así concebida:

«Muy señor mío: Hemos resuelto conceder este año, por vía de experiencia, á varios de nuestros principales obreros una parte en los beneficios líquidos de la casa.

»Hacemos esto con la esperanza de que todos aquellos que estén así interesados en el negocio se esforzarán en realizar por todos los medios posibles economías en la fabricación, y que los demás, no asociados aún á nuestras utilidades, tendrán así un estímulo para hacer buen trabajo con la esperanza de interesar después, porque aumentaremos el número de participantes si la experiencia nos da buen resultado. Creemos también que, mejorando considerablemente la situación de nuestros obreros, no perdemos nada nosotros mismos, ó cuando más, muy poca cosa.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Ninguno de vosotros puede imaginar hasta qué punto es dado disminuir los gastos en la marcha de un molino cuando los esfuerzos de todos tienden á este objeto. El sistema queda establecido provisionalmente y como prueba tan sólo este año; pero le continuaremos si al fin del mismo se reconoce que tiene buen éxito. Confiamos en que todo participante considerará como un deber especial vigilar el trabajo de los demás obreros, procurando, en fin, que todo se haga lo mejor posible con el menor gasto.

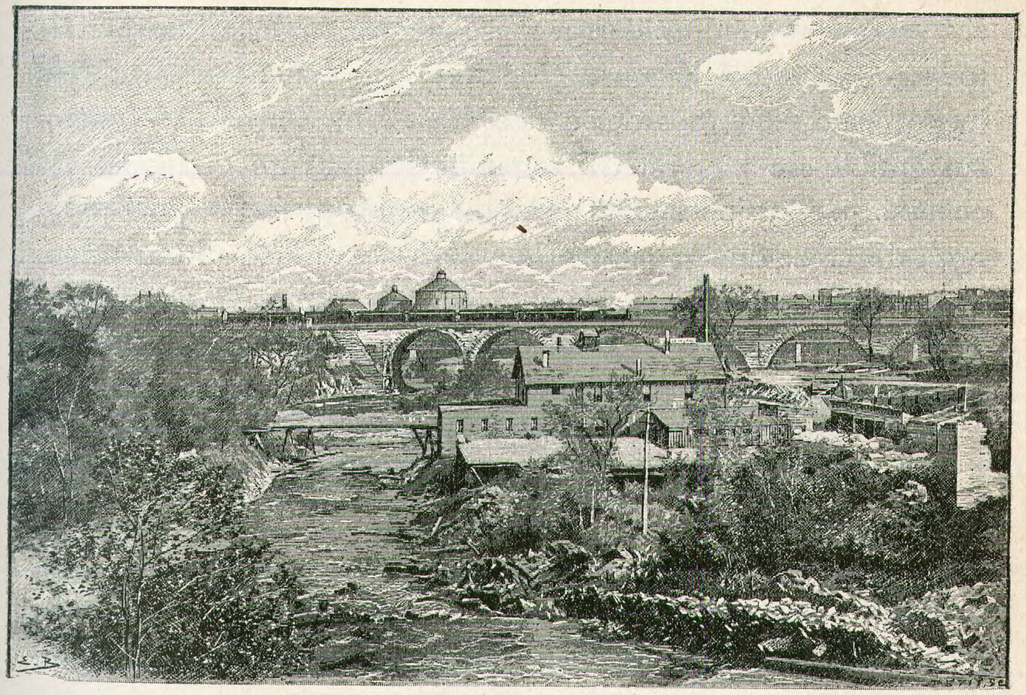
»Esta participación no se asegurará sino á las personas que permanezcan con nosotros todo el año, sometiéndose á la condición de que todo hombre comprendido en este arreglo hará su trabajo portándose de modo que nos deje del todo satisfechos.

»Deseamos que este asunto se mantenga secreto; y esperando obtener su cordial concurso, somos de usted afectísimos,

»Carlos Pillsbury y C.ª»

Los molinos de Pillsbury contaban en aquella época unos quinientos obreros, de los cuales unos ciento fueron admitidos á la participación. Al cabo de un año, en 1883, cada uno de estos recibía un *cheque* de dos mil francos por término medio: era una magnífica prima agregada á su salario regular, y sin embargo, la casa creía ventajosa la combinación, pues declaró que la prueba había sido satisfactoria y estableció de una manera permanente el sistema provisional que acababa de ensayar. En 1884 y 1885 hubo el mismo éxito é iguales utilidades para los obreros; pero en 1886 los molinos de Pillsbury no obtuvieron ningún beneficio, y una carta circular lo anunció á los participantes en los términos siguientes:

«Tenemos el sentimiento de manifestaros que nos será imposible compartir con nuestros obreros los beneficios correspondientes al año que acaba de terminar. La razón es sencillamente que no hay beneficio alguno, pues no hemos obtenido ni aun los intereses del capital empleado, sin hablar de nuestros trabajos y ansiedades, que han sido infructuosos. Nos consuela, sin embargo, en cierto modo la reflexión de que la mayor parte de



Vista de Minneápolis

nuestros operarios han podido trabajar con regularidad, pagándoseles sus jornales puntualmente y sin reducción. Esto os ha permitido vivir bien con vuestras familias, y hasta ahorrar alguna cosa en previsión de peores días.

»Ahora bien: ¿qué se puede esperar del porvenir? Confiamos que, con ayuda de los brazos vigorosos y de las claras inteligencias de nuestros compañeros de trabajo *(our fellow workmen)*, se podrá no tan sólo recibir la recompensa normal de nuestro capital y de nuestro trabajo, sino tener también un sobrante de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

beneficios para repartirlos, y nos proponemos extender la distribución más que en el pasado. Para conseguirlo os pedimos que redobléis vuestros esfuerzos, que continuéis trabajando honradamente y que insistáis para que vuestros compañeros, menos bien dispuestos tal vez, hagan otro tanto. Os recomendamos particularmente la más estricta economía, porque es preciso evitar todo despilfarro. Os pedimos también que evitéis toda probabilidad de un accidente, y que hagáis notar desde luego cualquiera reparación necesaria ó mecanismo peligroso, susceptible de mejora. Os rogamos igualmente que adoptéis cuantas precauciones sean posibles contra el fuego, pues en la hora de crisis que la molinería atraviesa, un incendio os privaría de todo trabajo, ocasionándonos á nosotros pérdidas enormes. Hasta aquí hemos podido, y nos enorgullecemos de ello, evitar toda reducción en los jornales; ya no podemos pagaros ahora como lo hacíamos algunos años atrás; pero ¿no os sería posible, con la experiencia que habéis adquirido, hacer que vuestros servicios nos sean más provechosos, restableciendo así el equilibrio? Si tenéis motivo para quejaros de alguna injusticia, no vaciléis en venir á vernos en nuestro despacho. La participación cooperativa se está ensayando en nuestros molinos, y solamente se esperan los resultados en el mundo industrial. ¡Compañeros, haced todo cuanto os inspire vuestra integridad y vuestra fidelidad! Con la cooperación de cada uno de nuestros subalternos esperamos mejores resultados que los obtenidos hasta aquí; sin ella no vemos ninguna esperanza ni para nosotros ni para vosotros.»

Esta carta fué acogida por los obreros sin murmuración, pues reconocieron el acento de la sinceridad, y teniendo confianza en M. Pillsbury, le ayudaron á pasar la crisis. Desde entonces ha vuelto la prosperidad: el número de participantes es ahora mucho mayor, y M. Pillsbury asegura además que la con-

siderable ventaja concedida á los obreros por su sistema es provechosa á sus negocios personales, por lo cual se felicita bajo todos conceptos de haber hecho el ensayo. Sin embargo, no ha contraído ningún compromiso definitivo respeto á su personal, y continúa siempre á título de prueba la combinación que le dió tan buen resultado.

Tal vez me haya extendido demasiado sobre esta organización particular; pero en un momento en que ciertas escuelas económicas predican la cooperación ó la participación en los beneficios como remedio de todos los males, he querido demostrar de qué modo se entendía ésta prácticamente en una de las grandes industrias americanas. Esa participación no confiere al obrero parte alguna en la dirección comercial del negocio; el amo sigue siendo dueño de sus compras, de sus ventas y de su gestión, y no da cuentas á nadie. Sus asociados no saben siquiera en qué medida ni bajo qué base son admitidos á la participación de las ganancias. En resumen, esto es para ellos una gratificación, un salario eventual y no un derecho pasivo. Además, no todos los obreros benefician, sino solamente aquellos que el patrón elige, los que él considera capaces de secundarle. Bien se ve cuánto difiere esto de un sistema general de participación, y hasta qué punto se conserva entera la autoridad del patrón.

Cierto que en Minneápolis hay ejemplos de cooperaciones célebres en los Estados Unidos; pero tan sólo en industrias mucho más sencillas. El más conocido es el de los toneleros: como ya he dicho antes, una gran parte de las harinas se expide en barriles de un hectolitro, poco más ó menos, y el enorme consumo que de ellos se hace en los molinos de Minneápolis ha producido naturalmente la creación de numerosos talleres de tonelería. En otro tiempo, los patrones compraban en el Wisconsin las duelas ya preparadas, y pagaban por pieza á los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

obreros que construían los barriles. Algunos de estos trabajadores idearon cierto día reunirse, asegurároнse de los pedidos, enviaron á buscar duelas y vendieron sus barriles, conservando para sí todo el beneficio de la operación; esto les hizo tomar el gusto, y después de algunos descalabros, debidos á su inexperiencia, llegaron á constituir talleres cooperativos de tonelería, muy prósperos en la actualidad. Allí, en efecto, la dirección de un amo eminente no era útil; las duelas de los toneles no sufren las mismas fluctuaciones que los cereales, y la construcción de los barriles se efectúa con algunas herramientas muy primitivas; de modo que no hay la menor complicación para la compra de materias primeras, ni necesidad de estar al corriente del progreso de los métodos, toda vez que éstos se mantienen invariablemente sencillos. Los buenos obreros pueden dirigir un negocio de este género con tal que tengan la venta segura, y la prosperidad de la molinería se la garantiza. Además, su empresa fué favorecida en alto grado desde un principio por M. Carlos Pillsbury, que les dió siempre de preferencia la clientela de su importante casa.

El nombre de Pillsbury se halla á cada instante bajo mi pluma, y es porque ocupa, en efecto, un lugar muy distinguido en la historia de Minneápolis. Aún encontraremos algunos de esos hombres notables, cuyas cualidades directivas, fecundadas por la prodigiosa actividad americana, conducen el movimiento de progreso que lleva á los Estados Unidos hacia los más altos destinos. Bueno es demostrar que esos hombres no son indiferentes á la suerte de las clases obreras, y que no se absorben tan sólo en el círculo de sus propios intereses; muy por el contrario, se observa generalmente en ellos un vivo deseo de enseñar á todos aquellos á quienes emplean y de elevarlos á mayor altura. Los deberes de los amos, tales como ellos los comprenden, consisten, sobre todo, en mejorar los obreros *(to improve them)*, en hacerlos más capaces, y esto es seguramente una concepción muy elevada.

Además, no lleva consigo necesariamente el desprecio y el abandono de los incapaces endurecidos en su ignorancia. Junto á los molinos de Pillsbury, en *Pillsbury Hall*, se tiene la prueba en las instituciones de pura beneficencia debidas á la generosidad del fundador. Para los que no quieren ó no pueden aprender, se procura, por lo menos, que sus infortunios sean más llevaderos.

Si todos los jefes de industrias se asemejaran á M. Pillsbury, seguramente se oiría hablar menos á menudo de las huelgas americanas; pero sin salir del asunto de la molinería que nos ocupa en este momento, diremos que se encuentran amos poco inclinados á preocuparse de la suerte de aquellos á quienes emplean. Sin duda no son en general los más conocidos ni los más ricos, ni tampoco los que mejores resultados alcanzan; pero, en fin, constituyen la gran mayoría. En un país donde nadie practica ningún oficio por espíritu de tradición, donde se abandona el negocio del día si no produce lo bastante, pocos hombres hay dispuestos á sacrificarse para conservar obreros en un momento de crisis. En general, se cierran los talleres apenas el trabajo deja de ser remunerador y se pone en la calle á todos aquellos á quienes se daba de comer la víspera. Bajo estas condiciones el mercado del trabajo sigue todas las fluctuaciones de la oferta y de la demanda, y cada vez que los amos y los obreros dejan de estar de acuerdo sobre el tipo variable de los jornales, se produce la crisis.

Cierto día oí á uno de los principales molineros de San Luis, hombre de sentimientos generosos, muy caritativo y sumamente apreciado, lamentarse de semejante estado de cosas, y aproveché la oportunidad para pedirle algunos informes sobre la manera de vivir de sus obreros. Me contestó sin rodeos que no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sabía absolutamente nada sobre el particular, que los cuidados de su industria absorbían casi todo su tiempo, y que consagraba sus raras horas de ocio á obras benéficas; pero que jamás se le ocurrió darse cuenta exacta de la situación de sus obreros. Por esto se ve que aun entre aquellos que tendrían escrúpulo en despedir todo su personal de la noche á la mañana, hay algunos que no son, sin embargo, verdaderos patrones.

Esta indiferencia se estimula, no obstante, en toda especie de industria, por la gran facilidad con que los obreros del Oeste pueden cambiar de oficio. Tantas vías diferentes se abren ante ellos, que no se deciden nunca definitivamente en favor de alguna; con mucha más razón no manifiestan simpatía por ningún amo, y éste á su vez no ve en ellos más que auxiliares tan molestos como indispensables. Esto es verdad particularmente en las fábricas donde la máquina-útil, muy perfeccionada, y la división del trabajo, llevada al extremo, dispensan al operario de todo aprendizaje. En la molinería, por el contrario, se emplean bastantes especialistas, que tienen el mayor interés en no abandonar una profesión para la cual poseen aptitud particular. Este hecho debe contarse sin duda entre los elementos que han favorecido la empresa de M. Pillsbury.

III.—San Luis, San Pablo y Minneápolis

Entre las grandes ciudades del Oeste fundadas por el cultivo, San Luis, San Pablo y Minneápolis son seguramente las que mejor pueden dar idea de todas las demás. Ya hemos indicado su carácter é industria principal; réstanos describir en pocas palabras su fisonomía.

San Luis, la que data por mucho de más remota fecha, es casi una ciudad antigua bajo varios aspectos particulares. En este país, donde los recuerdos históricos son raros, admira en-

contrar un edificio que se remonta al siglo último, y por eso los habitantes de San Luis muestran al extranjero la catedral católica y el antiguo mercado francés con el mismo sentimiento de orgullo que nosotros experimentaríamos en presencia de Nuestra Señora de París ó del palacio Cluny. También van los arqueólogos en peregrinación á la casa de Saint Clair, donde estuvo Lafayette hacia 1820; pero los arqueólogos americanos no admiran el pasado como los nuestros, y si evocan los recuerdos históricos, lo hacen sobre todo para señalar la medida de los progresos realizados. «¡Vea usted, le dicen á uno, esa mala casa de Saint Clair, que con sus ventanitas y sus paredes ennegrecidas era lo mejor que teníamos en aquella época, y compare eso con el *Southern Hotel*, reedificado en 1876, después de ser pasto de las llamas, y hoy completamente á prueba de fuego!»



Hotel Saint-Clair, donde se alojó Laffayette, en San Luis

En efecto, la diferencia es notable: el *Southern Hotel* figuraría dignamente junto á los establecimientos semejantes más lujosos de Europa: es inmenso, con su gigantesco patio, cuyas puertas dan á cuatro calles diferentes, sus escaleras de mármol, sus ascensores perfeccionados y sus brillantes adornos. Nuestro gusto, más refinado que el de los americanos, se resiente á ca-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

da momento por mil detalles; pero las dimensiones enormes del conjunto compensan un poco los defectos, y es preciso convenir en que es una asombrosa construcción. Por otra parte, una plancha de mármol colocada bien á la vista, revela que el edificio ha costado mucho, y cuando la importancia de la cifra arranca al visitante una exclamación de asombro, el americano se da por satisfecho, porque ha producido el efecto deseado.

El barrio central, con sus grandes casas de negocios y sus tiendas, no tiene nada de interés pintoresco; el interior de todas esas ciudades del Oeste, en suma, es feo, y se ha de tomar el primer tranvía que pase y recorrer todo su trayecto para llegar al barrio elegante, á las residencias. San Luis las tiene muy hermosas, y todos los días se construyen otras nuevas. En las cercanías de *Forest Park* veo una magnífica y grandiosa instalación que ocupa considerable espacio, y pregunto cómo se llama el propietario. Es un molinero especulador, M. K....., que había comenzado ya sus trabajos de construcción, cuando una súbita baja le hizo perder cerca de tres millones de francos; obligado á suspenderlos momentáneamente, continuó sus operaciones con los trigos, recobró lo que había perdido, y muy pronto pudo terminar la ejecución de su proyecto: en los Estados Unidos no se suelta presa fácilmente.

No lejos de allí encuentro un individuo de barba rojiza, sentado á orillas de un terreno para edificar y vigilando á varios trabajadores que abren zanjas para levantar una casa nueva. Es un alemán, maestro de obras; trabo conversación con él y me da algunos detalles sobre su industria y el precio de los lotes de la ciudad. El terreno que tenemos á la vista mide mil ochocientos noventa metros cuadrados, y por él ha pagado cincuenta mil francos un rico mercader de la ciudad. Se trata de construir una casa con cimientos de piedra y paredes de ladrillo, que costará, poco más ó menos, ciento cincuenta mil francos, ó sea una suma

total de doscientos mil. Semejantes instalaciones no son raras; pero también se encuentran muchas más modestas, cuyo precio varía de cincuenta mil á cien mil francos.

Casi todas tienen un aspecto gracioso, aunque á menudo algo extravagante, y en todas se nota el carácter de la vida familiar más bien que mundana; las diversas habitaciones se hallan dispuestas y distribuídas como para ocupaciones diarias y no para recepción; de modo que no se ven, como en muchas de nuestras casas parisienses, un salón dorado con vistas á una calle elegante, y esas pequeñas jaulas sin luz á las cuales llaman alcobas por un eufemismo engañoso.

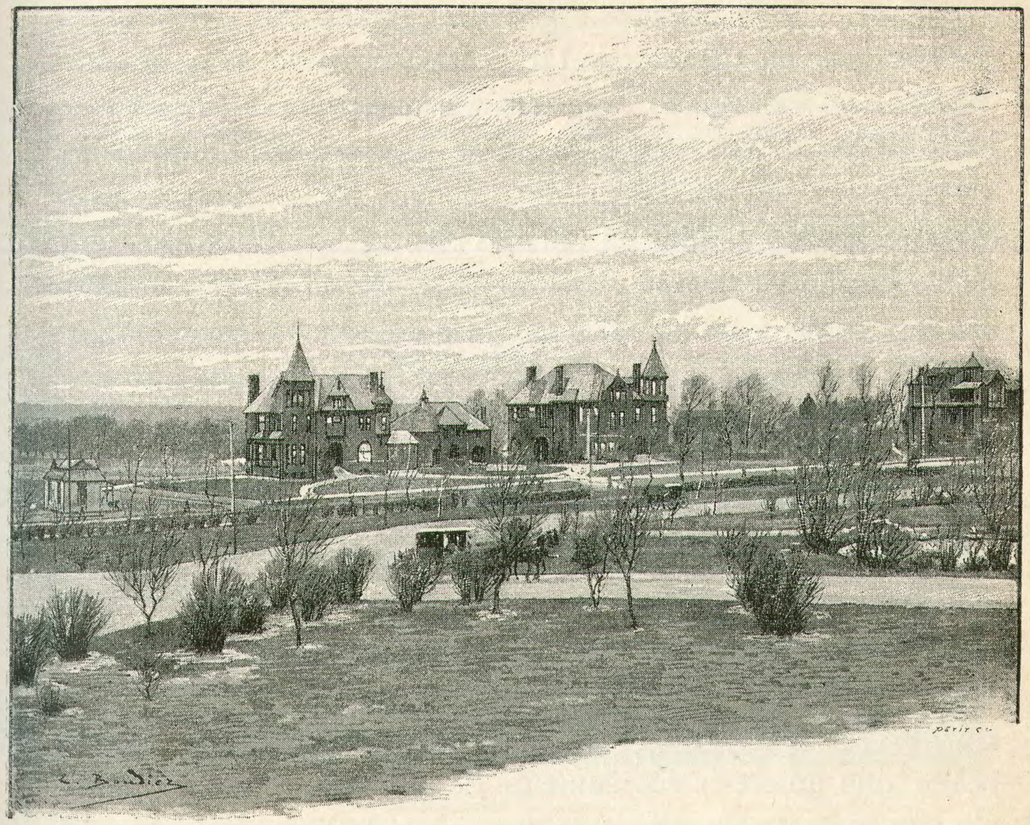


Hall del *Southern-Hotel* en San Luis

Las pequeñas casas separadas de San Luis están, por el contrario, rodeadas de aire y de luz, y se respira bien; pero en cambio tienen vistas, por lo regular, á un extenso cenagal de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

arcilla que sirve de calle. En el centro de la ciudad, por supuesto, hay aceras; mas para ir á los paseos públicos, ó á los parques más nombrados, es preciso, según la estación, chapotear en el barro ó levantar nubes de polvo. Recomiendo sobre todo á los visitantes de San Luis las avenidas que conducen á *Shaw's Park*, y que son verdaderos caminos de travesía. Bajo la fe de una *Guía de bolsillo*, que considera el Shaw's Park como una de las maravillas del globo, se hunde uno resueltamente en la arcilla desleída y llega á un pórtico de mal gusto, que es la entrada del parque, ó si se quiere, del *Missouri botanical Garden* (Jardín botánico de Missuri), como se llama también. Al entrar se ve un feo jardín, mal trazado y peor conservado, en el cual crecen algo desordenadamente arbustos provistos de rótulos; de modo que uno se pregunta si es víctima de alguna pesada broma: en un ángulo hay un modesto invernadero, y más lejos una casita de campo herméticamente cerrada, donde habitaba el difunto M. Shaw. Esta casita es fea, aunque preciosa por el hecho de dar la clave del enigma: M. Shaw era muy aficionado á la jardinería y había mandado plantar en su propiedad algunos arbolillos exóticos, que apreciaba mucho. Al morir legó su fortuna á la ciudad con especial encargo de conservar los arbolillos, y muy agradecida aquélla, bautizó con el nombre de *Jardín Botánico del Missuri* las plantaciones del generoso ciudadano. Sin duda por respeto á su memoria, el *Pocket Cuide* (Guía de bolsillo) de San Luis las compara con el Jardín de Plantas de París, con los jardines de Kew en Londres, y hasta con el Edén. Por ridículas que sean estas comparaciones, revelan dos sentimientos muy americanos: el primero es la costumbre de la exageración, del *boasting;* y el segundo, el deseo de promover las fundaciones de utilidad pública. Cualquiera que sea el objeto que os propongáis, una ciudad americana respetará siempre vuestras intenciones si contribuís á su embellecimiento ó á su fortuna. Dadle vuestro jardín para conservar la colección de plantas que os complacíais en reunir y le cuidará religiosamente sin escatimaros los elogios; fundad un colegio,



Barrio de las residencias en San Luis

una biblioteca, un hospital, y las condiciones que impongáis por esta liberalidad serán observadas con el mayor escrúpulo. Por eso se ven á cada momento en los Estados Unidos establecimientos de ese género creados por particulares. Muchos servicios públicos resultan así inútiles, gracias á la generosidad privada, y es una costumbre demasiado buena para que se tome por blanco de bromas, aunque el agradecimiento ruidoso de una

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ciudad del Oeste os obligue á dar un paseo inútil por sus cenagosas avenidas.

Forest Park compensa esta decepción: es un parque de quinientas cincuenta hectáreas, poco más ó menos, con extensas avenidas, magníficos lagos y grandes árboles, y allí circulan todos los días, á la caída de la tarde, muchas personas en coche, á caballo ó en velocípedo. Respecto á este parque no engañan las indicaciones de la *Guía;* pero no se han de buscar aquí los soberbios carruajes del bosque de Bolonia, ni las elegancias á que estamos acostumbrados en París, si bien se encuentra una risueña extensión de campo, bastante arreglada para que el paseo sea agradable, y no lo suficiente para que pueda echarse á perder. En los sitios pintorescos de Francia hay algunos atravesados por graciosos caminos que se asemejan bastante á *Forest Park*. Nada es tan agradable como ir á tomar un poco el fresco y pasear en medio de aquella verdura después de haber ocupado bien el día. Allí se va poco para lucirse, pero mucho para reponerse físicamente de las emociones sufridas en el *Merchant's Exchange*, ó de las cavilaciones sobre una gran industria. Los coches no están á veces nada bien conservados; pero los caballos van siempre ligeros: es el carruaje de un hombre atareado que quiere ir rápidamente de un punto á otro y aprovecha un instante de ocio para atravesar el parque antes de volver á su casa. Algunos jóvenes y señoritas se pasean á caballo, vistiendo un traje cualquiera; allí no se ven amazonas, y los cuadrúpedos están mal enseñados. En una de nuestras grandes ciudades, jamás el menor retórico ni la más simple pensionista consentirían en salir con semejante atavío; y es que en nuestro país se pasean mucho para lucirse, y tal señorita se regocijará más de llevar una amazona bien hecha que no del ejercicio ecuestre que la sirve de pretexto. Aquí, por el contrario, se ocupan muy poco del público y se vive en medio de la multitud

como si se estuviese solo. Es la facultad de aislarse que ya hemos observado en las soledades de la pradera y que se manifiesta hasta en una ciudad de quinientas mil almas.

Todos los que pueden hacerlo, por otra parte, se arreglan para obtener el aislamiento material, y prueba de ello es la cos-



Panorama de San Pablo

tumbre de edificar las casas separadas. Estas casas tienen con frecuencia hasta un carácter rural muy marcado. Me recibe un molinero rico que tiene su *home* á cuatro millas del centro de la ciudad, situada en una eminencia que domina el valle del Mississipí, desde donde se puede contemplar un magnífico panorama; en uno de los lados de la pendiente están casi ocultas las dependencias, que comprenden la cuadra, la cochera y un establo, donde hay dos vacas lecheras, una becerra y un ternero; detrás de estas dependencias se ha formado un peque-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

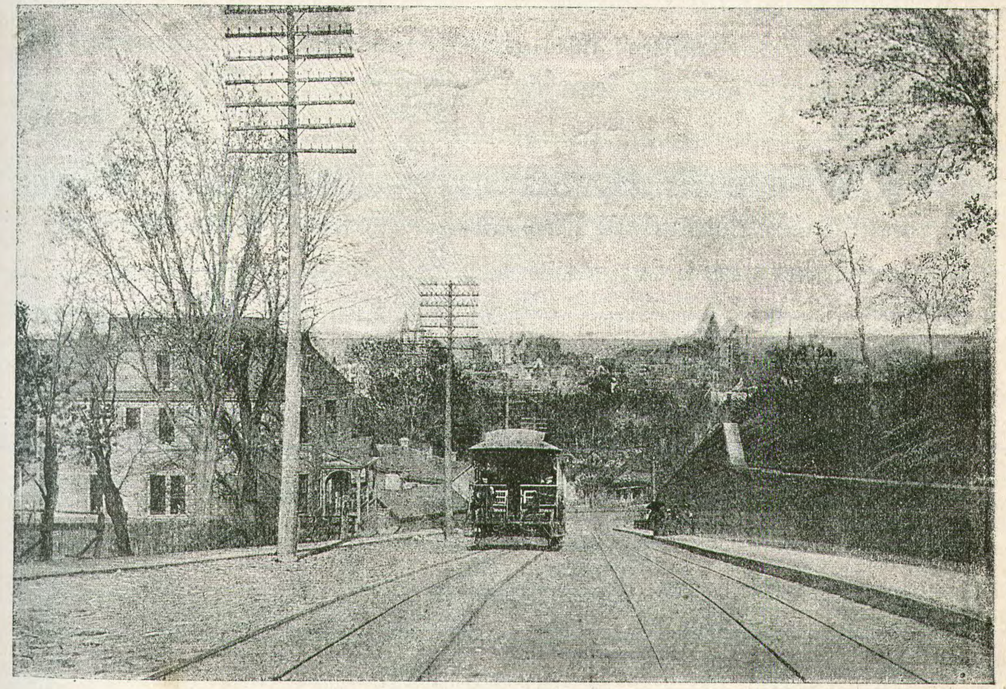
ño corral, y allí se ve una granja en miniatura. Evidentemente, los propietarios de esta instalación se hallarían más en su centro en el campo que no en París.

Los mismos obreros disfrutan de la independencia de un *home* separado. Muchas *Building Societies* (asociaciones para fomentar la construcción de casas obreras) son muy activas aquí, y llenan los barrios menos lujosos de casas cómodas á la vez que poco costosas. Por seis mil ú ocho mil francos se puede tener una casa de un solo piso, y se ofrecen grandes facilidades á los obreros deseosos de instalarse así y que no tienen el capital necesario.

La impresión general que produce una visita á San Luis se resume poco más ó menos así: una gran ciudad llena de contrastes, donde el carácter agrícola y primitivo del Oeste se conserva dominante á pesar de algunas manifestaciones fastuosas de la riqueza, en las que se revelan aún las antiguas simpatías sudistas, si bien dominadas por la satisfacción ante el gran desarrollo que ha seguido á los desastrosos efectos de la guerra de Secesión, y en las que los recuerdos del pasado inspiran siempre el respeto merecido, sin superfluo pesar, infundiendo la más firme esperanza en el porvenir.

El carácter de San Pablo y de Minneápolis es menos complejo. Estas ciudades, muy jóvenes, no saben nada del pasado, ni piensan más que en el porvenir; resumen en sí el espíritu emprendedor del Noroeste y se desarrollan visiblemente, como niños que no han alcanzado aún su talla normal. Desde este punto de vista ofrecen particular interés y especial atractivo; mientras que su aspecto elegante contribuye más aún á conquistar las simpatías del extranjero que las visita. En esta parte de su curso, el Mississipí, flanqueado de altas colinas, presenta límpidas ondas, que forman un río magnífico, mientras que en San Luis es completamente cenagoso. Los habitantes tienen buen cuidado de

explicar que la falta está en el Missuri, y que el Mississipí tendría aguas más claras si aquél no viniese á enturbiar su pureza; pero este razonamiento no hace más agradable la vista de la inmensa extensión de agua amarillenta que se tiene delante. Aquí, por el contrario, el Mississipí no necesita la menor



San Pablo, vista de la cuesta de *Summit Avenue*

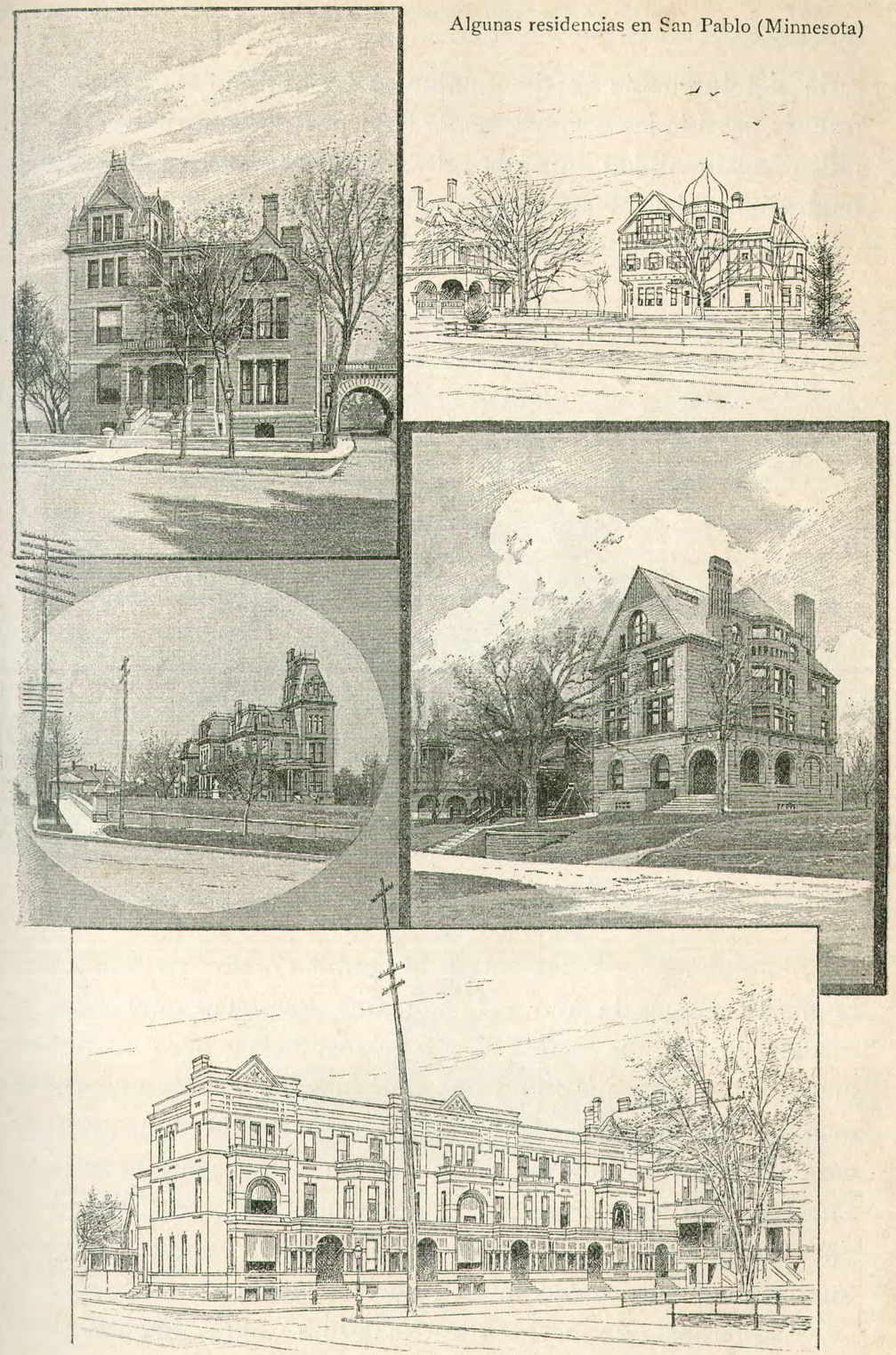
excusa, y las hermosas residencias de *Summit Avenue* ó de *Merriam Hill* adquieren por la inmediación del pintoresco valle una deliciosa perspectiva.

En ninguna ciudad de los Estados Unidos he visto nada comparable, por lo demás, á esa eminencia de *Summit*, flanqueada de lujosas casas, no acumuladas y uniformes, como se ve en los hermosos barrios de nuestras grandes ciudades de Europa, sino realzadas en medio de prados llenos de altos árboles y conservando cada una su originalidad. He tenido la fortuna

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de recorrer varias veces San Pablo con amigos muy obsequiosos, que me referían la historia de todos los millonarios que son dueños de esas suntuosas residencias. Uno de ellos había sido empleado en una casa de comercio con el sueldo de noventa duros al mes; otro había comenzado como contador en casa de un banquero, ganando solamente sesenta, y hoy, es decir, veinte ó treinta años después, cada uno de ellos poseía de ciento á doscientos millones de francos. Muchas de esas grandes fortunas se han adquirido en los caminos de hierro y en los *elevators;* pero el desarrollo del Noroeste ha conducido en San Pablo á la formación de vastos depósitos de todo género, dando igualmente lugar á las más altas posiciones comerciales y financieras. Un lonjista al por mayor, que vivía penosamente, según me asegura, antes de la guerra de Secesión, me hace pasear en coche con un tiro de caballos trotones que han ganado no sé cuántos premios y cuyo valor se aprecia en setenta y cinco mil francos. E gran almacén de novedades de Manheimer Brothers podría rivalizar casi con el *Bon-Marché*, y uno de los asociados ofrecía últimamente al museo de Nueva York un cuadro de Benjamín Constant, adquirido en París á muy alto precio. El gobernador de San Pablo, M. Merriam, ocupa en la colina que lleva su nombre una casa maravillosamente situada, que mandó edificar á grandes expensas en medio de un jardín de más de una hectárea, extensión que representa un verdadero lujo de césped, cuando el terreno vale á más de cien francos el metro cuadrado. Yo comparo la posición de este gobernador, que vive en su casa, en semejante morada, con la de nuestros prefectos, inquilinos pasajeros de nuestras necrópolis administrativas.

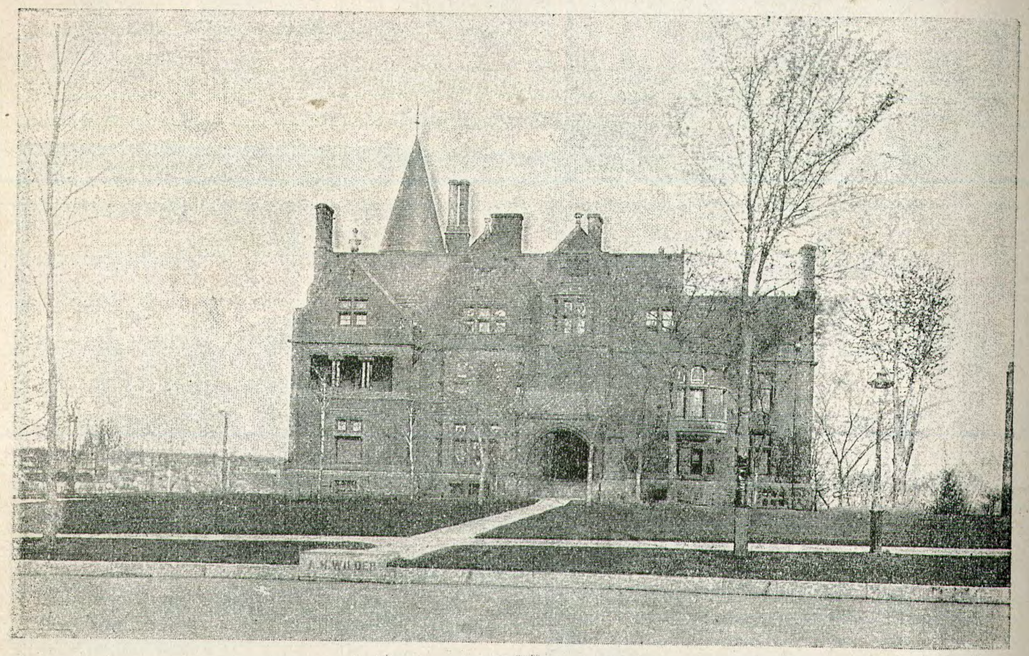
El hotel donde me apeo, en San Pablo, está dirigido por un alsaciano, y me aprovecho de mi calidad de compatriota para obtener de mi patrón algunos detalles sobre la importancia del establecimiento. El alquiler anual que se paga á la sociedad propie-



Algunas residencias en San Pablo (Minnesota)

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

taria del inmueble es de quinientos veinte mil francos; y un francés preside las cocinas, secundado por doce cocineros de la misma nacionalidad, que son otros tantos artistas y á quienes se paga como tales. Semejantes gastos suponen cierto movimiento de viajeros en una ciudad, y este hotel no es el único.



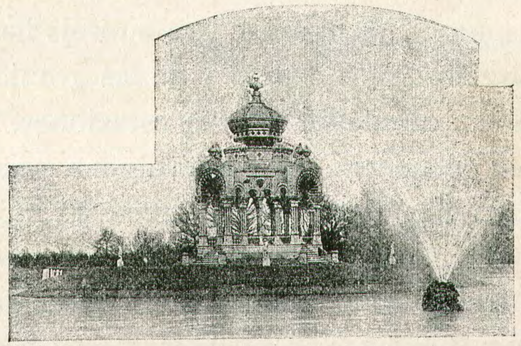
Residencia en San Pablo en los oteros que dominan el Mississipí *(Summit Avenue)*

Sin embargo, encontramos allí también, como en San Luis, la misma mezcla de lujo y de sencillez. Personas muy ricas os reciben en quintas elegantes y bien instaladas; pero no tienen más servidumbre que una ó dos alemanas, las cuales no esperan más que marido para plantar á sus amos: nadie tiene tren de casa. En Nueva York es ya tan raro un lacayo como lo sería en París otro de su especie con peluca empolvada; en Chicago se encuentran cocheros con librea; en San Pablo complace mucho que un jovencito consienta en guiar los caballos.

Esa carencia de servidumbre no permite, naturalmente, aten-

der á una infinidad de minuciosidades, y se opone, en general, á ese refinamiento que consideramos como el acompañamiento obligado de una vida elegante. En cambio, denota la facilidad que se tiene para crearse situaciones independientes, así como también cuán inmensos son los recursos que aún ofrecen esos países nuevos.

Cuando San Pablo y Minneápolis lleguen á ser ciudades antiguas en medio de un país completamente poblado y cultivado, es más que probable que los millonarios de aquel tiempo tendrán un personal numeroso y perfectamente amaestrado para que les sirva; pero entonces San Pablo y Minneápolis verán á los jóvenes americanos deseosos de obtener rápidamente una elevada posición, abandonar las orillas del Mississipí para ir á otras tierras desocupadas, si aún quedan algunas. Se emigrará entonces del Minnesota como se emigra hoy de Inglaterra; los rentistas tendrán mejor vida; pero los contadores de Bancos y los jóvenes molineros no se harán ya millonarios en pocos años.



UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAPÍTULO VIII

LA EXPLOTACIÓN MINERA. — EL ORO DE LAS MONTAÑAS PEDREGOSAS

I. Los principios y la transformación de las ciudades mineras.
II. Una fundición de oro

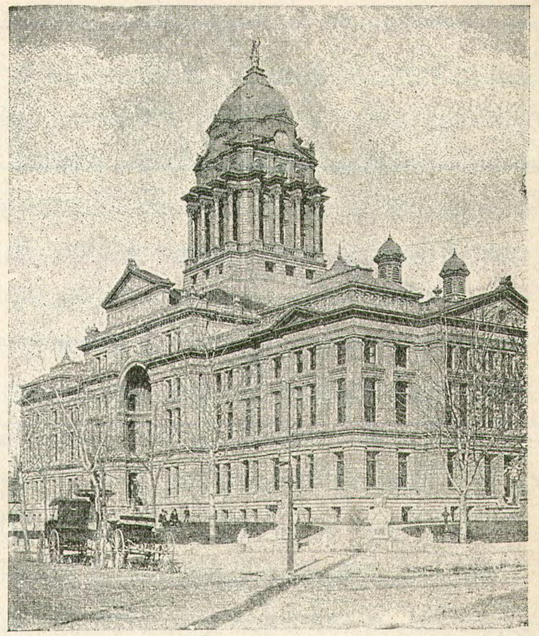
I.—Los principios y la transformación de las ciudades mineras

El ganado y los cereales son los dos primeros elementos de la fortuna del Oeste, pero no los únicos. Si en el valle del Mississipí dominan en absoluto, al pie de las Montañas Pedregosas pasan de la primera á la segunda categoría para ceder el puesto á un poderoso rival, el oro.

Id á Denver, á Leadville, á Pueblo, en el Colorado, á Butte ó á Great Falls, en el Montana, y ya no oiréis hablar más de las cosechas, del precio de los cerdos y de las granjas hipotecadas, ni veréis tampoco, alrededor de las estaciones, largas filas de *elevators*, y si se encuentra acá y allá alguna *packing house*, sus modestas dimensiones os advertirán que esta industria no es la que ha creado la ciudad donde os apeáis.

Hará unos treinta años que los buscadores de oro, cayendo sobre esos países, fundaron los primeros establecimientos europeos; pero desde entonces se ha efectuado una transformación completa. Ya no es tan sólo, como en muchos parajes del Oeste, el pueblecillo naciente que se ha convertido en ciudad rica y populosa, por la progresión normal de la emigración y el desarro-

llo del comercio, sino que hubo algo más. Los que buscaban oro en un principio no pertenecían á la misma clase que aquellos que hoy explotan las minas; los procedimientos son del todo distintos, y podemos decir que todo ha cambiado, no solamente desde el tiempo de los indios, sino desde los primeros años de la colonización.



La «Court House,» en Denver

En un principio se lavaban las arenas auríferas en los pequeños torrentes que descienden por las laderas de las montañas: un hombre provisto de una pala, de un azadón y de un harnero, podía emprender esta industria elemental, y conseguía algunas veces encontrar pepitas en suficiente número para realizar considerables ganancias. Estas últimas se desvanecían casi siempre en las tabernas, ó bien las robaban mineros audaces, á quienes el revólver parecia más fácil de usar y más provechoso que la pala y el azadón.

Esta fué la primera razón para desalentar al obrero laborioso y honrado, y el agotamiento progresivo de los *placeres* la segunda; cuando las arenas, varias veces lavadas y pasadas por el harnero, no presentaron ya á los ojos de los buscadores de oro más que raras probabilidades de hacer fortuna, éstos abandonaron rápidamente aquel trabajo ingrato; y hoy no se encuentra sino como curiosidad, por decirlo así, el minero solitario de otro tiempo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

En cambio existen minas de cuarzo aurífero pertenecientes á ricos capitalistas, que tienen á sus órdenes numerosos obreros. Allí no se limita ya el trabajo á la explotación de yacimientos superficiales, sino que se busca el precioso metal en las profundidades de la tierra, y de consiguiente, la complicación sustituye á la antigua sencillez. En vez de algunas simples herramientas, se emplean costosas máquinas; en vez de socavar la arena de la superficie, lo cual no exige gastos anticipados, es preciso abrir pozos, perforar largas galerías subterráneas, y en fin, exponer desde luego considerables sumas. Por último, no basta ya un emigrante cualquiera para dirigir semejante trabajo, sino que se necesitan ingenieros especiales é ilustrados; y esto es tan verdad, que los lotes de terreno que contenían minas profundas no pudieron adquirir su verdadero valor hasta que las Compañías mineras, organizadas, estuvieron allí para explotarlos. Entonces se efectuó una revolución en el precio de los lotes: entre otros casos, cítase el de la mina de Lexington, en Butte, comprada por A. J. Davis á cambio de un mal caballo de *veinte dollars*, y vendida después á una sociedad francesa por *un millón de dollars*. Esto no es más que un ejemplo, no un hecho excepcional. Los buscadores de oro se hallaban en presencia de su mina de cuarzo en la misma situación que un ignorante frente al más precioso manuscrito, y nada podían hacer.

Entre los *placeres* de otro tiempo y las minas profundas de hoy existe, en suma, la misma diferencia que entre la cantera, donde el primer lugareño puede extraer guijarros para empedrar su camino, y las hulleras de Saint-Etienne ó de Cardiff.

A esta transformación completa en la busca del oro corresponde otra igual en la fisonomía de los países donde aquélla se efectuó.

Hacia 1860, un centenar de barracas del más mísero aspecto ocupaban el terreno donde se eleva ahora la ciudad de Den-

ver: era el cuartel general de los mineros de las Montañas Pedregosas, y una de las más refinadas reuniones de pillos que se pudiera encontrar en la superficie del globo. Todas las noches, la mayoría de la población, completamente ebria, trababa sangrientas reyertas sobre cuestiones de juego, ó simplemente por afición á los tiros de revólver. Se tomaba como broma corriente disparar el arma entre los pies de un bailarín, ó derribar las lámparas pendientes de las vigas del techo de la taberna para hacer gala de habilidad; en este peligroso ejercicio, nada más fácil que herir á un compañero; pero el otro respondía, y esto era suficiente para que se empeñara una lucha general. A la mañana siguiente se recogían los muertos, y la taberna se llenaba de nuevo, sin que su reputación se hubiera comprometido en lo más mínimo por aquellos ligeros percances.

Solamente las personas honradas, que se hallaban perdidas entre aquellos bandidos, reprobaban sus costumbres salvajes, tomando muchas el partido de no salir nunca de noche y hacerse olvidar cuanto fuese posible. Conozco un pacífico tratante en vinos y licores que durante unos veinte años ha viajado, por razones de su comercio, por las Montañas Pedregosas, en la época en que mayor era la turba de los buscadores de oro; la ocasión le parecía buena para vender sus mercancías y no quiso dejarla escapar. «Muy á menudo, me dijo, no llevaba ningún arma, y jamás me inquietó nadie; bien es verdad que, apenas llegada la noche, permanecía en mi cuarto, aunque oyese mucho ruido fuera: hubiera sido gran imprudencia asomar la cabeza por la ventana para saber á quién mataban en la calle.»

Otros, tomando una actitud más heroica, declaraban abiertamente la guerra á los malhechores para purgar de ellos el país. La ley de Lynch se aplicaba con frecuencia entonces: un hombre convicto de asesinato ó de robo podía ser detenido, juzgado, condenado y ahorcado en menos de un cuarto de hora, por po-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

co que se apoderase de él un comité de vigilancia bastante enérgico. Este comité publicaba un diario para denunciar á los culpables, y los tipógrafos no trabajaban sin tener su revólver á mano: en cuanto al director, corría grave peligro de ser asesinado al doblar la esquina de una calle. Sin embargo, siempre se encontraba alguna persona para sustituirle, y otras para vengarle y sostener á su sucesor. El americano honrado tiene la excelente costumbre de no dejarse atropellar bajo el pretexto de que es hombre de bien; el hombre de orden y buen juicio no es forzosamente miedoso, como sucede con demasiada frecuencia entre nosotros, y muy por el contrario, considera que su interés debe anteponerse al de un perseguido por la justicia ó de un jugador. Además posee la energía necesaria para resistir, y el género de vida que observa le hace apto para oponer aquélla eficazmente, ó bien tomar la iniciativa, con la responsabilidad, en cualquiera medida grave, cuando las circunstancias lo exigen así. En efecto, es un hombre que pasa el tiempo en decidirse, y que se decide todos los días, pues no adoptó de una vez para siempre, á la edad de veinte años, una carrera que aún ejercerá á los cuarenta y en la que envejecerá, sin abandonarla nunca como no sea por fuerza. Muy por el contrario, en una empresa comenzó su fortuna, aumentó esta última primero, la perdió después y la rehizo varias veces, quizás en una infinidad de otras, arriesgando las ganancias de la víspera en la operación del día siguiente, y siempre está preparado para todo percance, sin extrañar ningún tropiezo ni atemorizarse ante ningún obstáculo. Semejante hombre, colocado en un país nuevo y lleno de recursos, deseoso de utilizar las riquezas que contiene y conquistar por su trabajo una posición elevada, no vacilará en suprimir, en nombre de los intereses superiores que representa, los bandidos que comprometen el porvenir del país. He aquí por qué se balanceaban tantos cadáveres en Denver, veinticinco años hace,

bajo el pequeño puente de madera que había sobre el *Chevry Creek*, y he aquí también por qué hoy, en vez de ser aún Denver una caverna de bribones, se ha convertido en una ciudad pacífica, donde el extranjero, llegado en *Pullmancar*, puede fumar su cigarro á las diez de la noche en cualquiera calle, con menos probabilidades de un mal encuentro que en ciertos barrios de París.

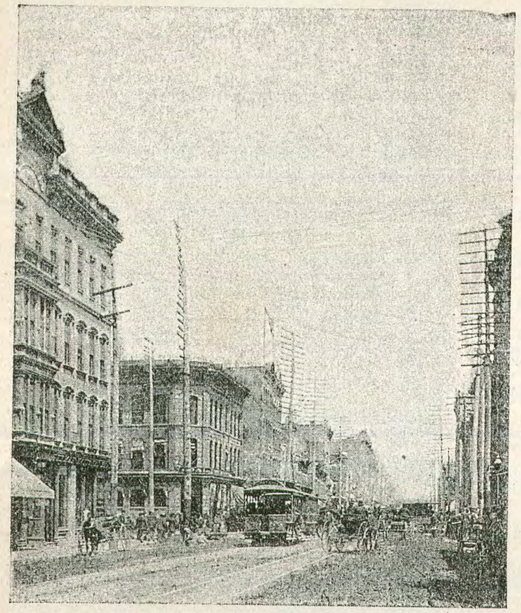


Muestra de una tabaquería en Denver

Hasta hay un contraste entre el hecho de esta tranquilidad actual y la mala reputación que aún conservan hoy en Europa y en los Estados Unidos del Este los centros mineros de las Montañas Pedregosas, contraste que produce á menudo resultados bastante cómicos. Yo llevaba concienzudamente en mi equipaje un revólver perfeccionado y una caja de cartuchos – suficientes para hacer morder el polvo á cincuenta de mis semejantes – con la firme intención de salir armado cuando llegase á esos «peligrosos territorios;» pero las intenciones más resueltas no se ponen por obra siempre, y había olvidado del todo mi pequeño arsenal en el fondo de la maleta donde se hallaba, cuando, habiendo necesitado sacar un traje, encontré cartuchos con bala en los calcetines, en los pañuelos y en todos mis efectos. La caja que los encerraba se había roto, gracias á las formidables sacudidas de que tan pródigos son los empleados de los caminos de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hierro americanos, y su contenido estaba diseminado por todas partes. Nada tan risible como esas señales de una inquietud pasada y de una resolución enérgica que tan poco justificaban las circunstancias. Bien instalado en una habitación cómoda, caldeada al vapor de agua, iluminada con luz eléctrica y provista de un ascensor rápido, comparábame con Tartarín de Tarascón apeándose en el gran hotel del Righi, con sus cuerdas alrededor del cuerpo, sus garfios, sus zapatos ferrados y su *alpenstock*. Por mi prudencia tuve así la ventaja de proporcionarme un momento de dulce alegría, y de reconocer, merced á un ligero detalle material, el gran cambio que Denver ha sufrido en su favor desde el tiempo en que se rompían allí la cabeza con tanta serenidad como buen humor.



Movimiento de una calle en Denver

No solamente ofrece Denver todas las condiciones de seguridad apetecibles, sino que la ciudad ha llegado á ser un verdadero centro de lujo y de elegancia. Cuando uno se pasea, á eso de las cuatro de la tarde, en la décimasexta calle, en día de buen sol, como los hay con frecuencia bajo aquel cielo límpido y puro, se podría casi creer que se está en una de nuestras estaciones de invierno europeas. Las damas circulan, luciendo hermosos trajes, por supuesto de gusto americano, pero los cuales indican un refinamiento que no se espera encontrar á más de tres días de Nueva York, por camino de hierro. Hay muchas tiendas

elegantes; los plateros, los joyeros y los diamantistas se distinguen por su número y la riqueza de sus escaparates; y también se ven muchos de esos mercaderes de curiosidades que abundan en Niza ó en Biarritz; mientras que las piedras, los mármoles raros y las delicadas flores de las Montañas Pedrego-



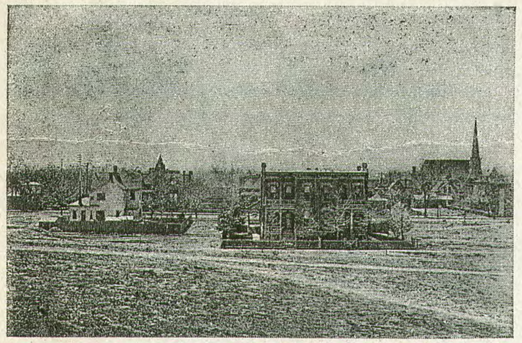
Un tranvía en Denver

sas dan pretexto para la confección de adornos de capricho, de cofrecillos, de preciosos álbums y de una infinidad de objetos elegantes que recuerdan nuestros artículos de París. Todo esto os transporta á cien leguas de la pradera y de las preocupaciones utilitarias que se manifiestan generalmente en las ciudades americanas.

La impresión de lujo aumenta cuando se visitan las graciosas residencias de *East Capitol Hill:* aquí es donde viven los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

plicado, que se basa en ciencias difíciles de adquirir, y los que le conocen se clasifican separadamente de los obreros á quienes dan órdenes. Además su especialidad, lejos de estar á veces ociosa, como sucede con frecuencia en los países que producen demasiados ingenieros, es muy buscada aquí, porque se encuentran pocos jóvenes dispuestos á someterse al largo aprendizaje que exige. De aquí se sigue que su posición está asegurada; obtienen de su saber profesional un sueldo fijo, y participan aquí, hasta cierto punto, del carácter de los funcionarios europeos. Por eso en Denver, Leadville, Butte, etc., existe una clase de individuos que escapan del movimiento de vaivén de la vida americana.

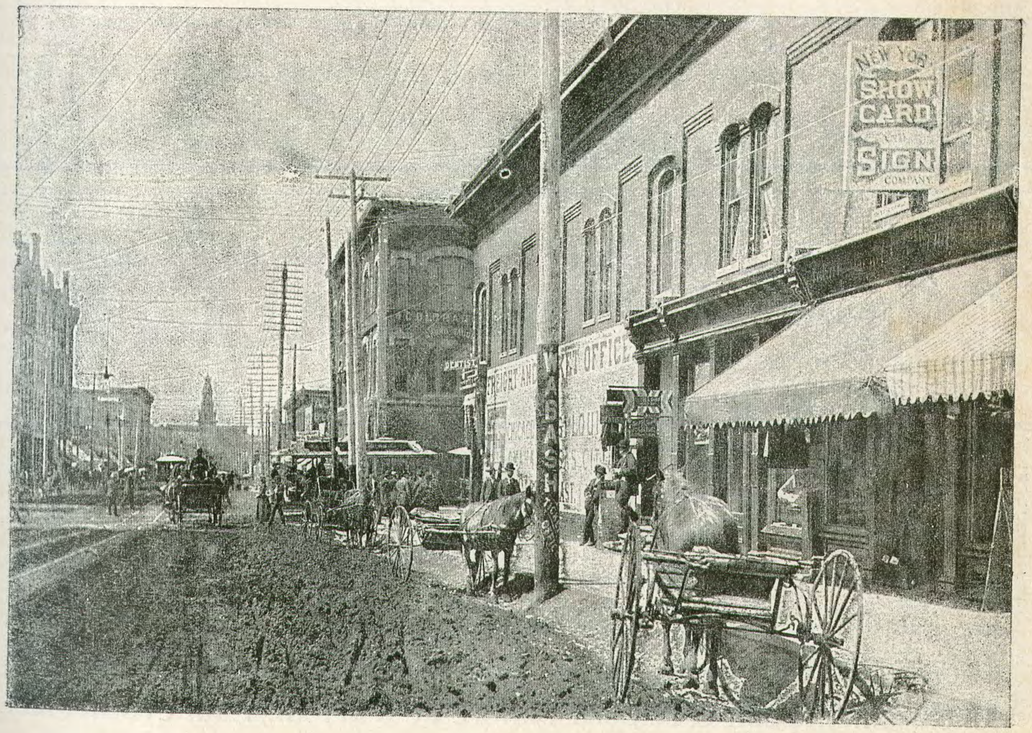


Denver y las Montañas Pedregosas

Esta constituye un elemento separado en la población, y es el que más favorece la idea de la vida fácil, esa idea que nos parece tan natural y que tan rara vez suelen entender los americanos.

Cuando el hombre puede atenerse á una especialidad rara, resguardado de la competencia del vecino y de las fluctuaciones del comercio; cuando la ruina del negocio á que uno se dedica no debe llevar consigo más que el trabajo de buscar en otra parte el empleo bien remunerado de sus aptitudes, natural es la tendencia á disfrutar cuanto sea posible una existencia exenta de cuidados.

Esta tendencia es más fuerte aún cuando la nacionalidad se agrega á la profesión para sustraerle á uno de las influencias americanas, y este es comúnmente el caso. Muchas minas de las Montañas Pedregosas están dirigidas por ingenieros europeos, llegados directamente de su escuela sin haber conocido nunca nada de la educación ni de las costumbres de su país adoptivo: son europeos trasplantados sin que necesitaran aclimatarse, porque encontraron en los Estados Unidos condiciones semejantes á las de Europa en ciertos puntos.



Paradas de coches en las calles de Denver

Todo conspira, por lo demás, para que Denver sea una ciudad elegante, un lugar de placeres: situada á la altura de mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, disfruta de un aire ligero, maravillosamente puro, y de una luz magnífica, que permite admirar la majestuosa y pintoresca sucesión de las montañas, casi siempre cubiertas de nieve, cuya capa blanca destácase marcadamente bajo un cielo azul y límpido. La altitud es una garantía contra el calor del verano; en Denver se siente poco, y esta

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

circunstancia atrae á varios extranjeros durante el estío. No es nada dudoso que, gracias á estas felices condiciones naturales y al género de vida que el personal administrativo de las minas y de las fundiciones tiende á iniciar por su presencia, esa ciudad estará destinada á ser muy pronto un centro á la moda.

Por lo pronto se observan ya ciertos síntomas característicos, y en particular la presencia de bastantes franceses, todos más ó menos émulos de Vatel, que olfatean una buena presa. A veces se oyen palabras de una conversación francesa al pasar por delante de un grupo, y si se presta oído, generalmente se prefiere alejarse al punto más bien que ofrecer la mano á sus compatriotas. Cierto día, al ver tres jóvenes que se paseaban juntos, y habiendo oído algunas de las palabras francesas que se cruzaban, los miré un instante para ver qué clase de personas eran. Poco me costó conocerlo, y la primera frase que llegó á mis oídos fué: «¡Ah, en cuanto á eso, amigo mío, nosotros los cocineros siempre estamos dispuestos cuando se trata de beber!» Volví la espalda y me alejé rápidamente.

La cocina francesa tiene, hasta en Denver, representantes de bastante importancia para que un restaurant muy correcto, establecido en el centro de la ciudad, haya podido ser bautizado oficiosamente con el célebre nombre de Tortoni. Esta evocación del bulevar en las Montañas Pedregosas indica bastante bien, por lo demás, cuál es el género de reputación á que Denver aspira.

Otra cosa se ha de notar, y es el considerable número de chinos que aquí se encuentran. En el Este, y hasta en Nueva York, hay algunos establecidos como lavanderos, pero es el único oficio que desempeñan; aquí, por el contrario, ejercen diversas profesiones: los unos trabajan en las minas, los otros sirven de criados ó tienen alguna tienda, y hasta varios de ellos se presentan como médicos. Cierto día vi en el *Denver Times* el

divertido reclamo de un tal Lee Wing, traficante en medicamentos chinos, que prometía la curación de una infinidad de enfermedades y protestaba contra toda sospecha de charlatanismo, afirmando su calidad de doctor del Celeste Imperio.

«Lee Wing, decía, no es un empírico cualquiera, sino un in-



Chinos y transeuntes en Denver

teligente caballero chino *(an intelligent chinese gentleman)*, obligado á limitarse á la venta de sus medicamentos porque las leyes de los Estados Unidos le prohiben el ejercicio de la medicina, negándose á reconocer su diploma chino.» Este *caballero*, si verdaderamente lo era, constituía en todo caso una rara excepción, pues la emigración de los *celestiales* comprende casi exclusivamente personas de condición inferior, como peones de albañil, criados, lavanderos y traficantes al por menor. He aquí

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

por qué su presencia da por resultado hacer bajar inmediatamente el precio de la mano de obra. Incapaces casi siempre de establecerse por su cuenta y acostumbrados además á una vida muy sobria, aceptan el trabajo bajo cualquiera condición; y de aquí las manifestaciones violentas que se han hecho contra ellos varias veces en California, así como también las matanzas y contrariedades de toda especie de que han sido víctimas. En Denver no se hallan aún en número suficiente para provocar estas crisis; pero tienen una importancia que conviene conocer, y es que contribuyen á consolidar el carácter particular que hemos indicado más arriba: gracias á ellos se puede estar bien servido.

Los chinos que salen de su país como personas humildes no tienen la idea de transformarse en ciudadanos preeminentes cuando lleguen á los Estados Unidos; su objeto es ahorrar la suma necesaria para volver á vivir con comodidad en el lugar de donde salieron temporalmente, sin haber pensado jamás en abandonarle de una manera definitiva. Constituyen una clase subordinada, que no trata de elevarse. Los verdaderos americanos les profesan, por esto mismo, una profunda antipatía, y procuran alejar de su territorio á esa raza rebelde á su deseo de perfeccionamiento. Temen que una inmigración de *celestiales* demasiado considerable comprometa el porvenir de su país, introduciendo un elemento inmóvil en esa sociedad que siempre está en movimiento.

Pero á los americanos menos celosos de la grandeza futura de su patria, menos llevados del afán de progreso y que desean más disfrutar de la vida, les agradará encontrar entre los chinos los servidores que les faltan, ó los obreros cuidadosos y delicados, hábiles para ejecutar el minucioso detalle y susceptibles, por lo tanto, de producir el objeto de lujo, el elegante dije. Esta clase subordinada, que irrita á los verdaderos yankis, prestará servicio á todos aquellos que quieran introducir en su

género de vida el recreo, las costumbres delicadas y el refinamiento. El chino puede ser excelente mayordomo, celoso ayuda de cámara, y hasta se ocupará de mejor gana en cuidar las



El único muchacho á quien se puede confiar un carruaje
(negrito de bronce sirviendo de guardacantón)

uñas de su amo, si encuentra quien reclame este servicio, que no en manejar el azadón en las minas. En la actualidad no se encuentran aún semejantes amos en Denver; pero podrá venir alguno, y en tal caso, todo está dispuesto para recibirle. Allí existen, más que en ninguna otra parte de los Estados Unidos, los elementos de lo que en Francia llamamos la «gran vida,» de esa existencia que algunos de nuestros novelistas se complacen

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tanto en describir, porque constituye el ideal de una infinidad de nuestros compatriotas.

Denver contiene ya no pocos parásitos, personas que no producen nada directamente, comerciantes al por menor y artesanos, mantenidos por la riqueza de los capitalistas atraídos aquí por la presencia de las minas y de las fundiciones. Un americano á quien pregunto de qué vive esa población de doscientas mil almas aglomerada aquí, me contesta que esto es para él un problema insoluble. Como industria permanente, no hay, en efecto, más que cuatro fundiciones importantes y dos ó tres *packing houses* muy pequeñas. Fuera de las familias de los obreros empleados en esos establecimientos, el resto de los habitantes obtiene sus medios de subsistencia de la circulación de metálico que aquí hay, pues los Bancos son numerosos y su razón de ser se reconoce sin dificultad. Voy á presentar una carta de crédito en uno de ellos, y aprovecho la oportunidad para informarme acerca de la fundición que podría visitar; el vicepresidente del Banco posee una precisamente, y muy obsequioso, me invita á ir con él. Casi todos los banqueros se interesan así en el trabajo de las minas y de las fundiciones, y esto es lo que ha creado la ciudad de Denver.

II.—Una fundición de oro

Ya estoy, pues, en los *globe smelting works*, donde lo que más me admira es la complicación de los procedimientos á que se ha de recurrir para separar el oro de su escoria. Evidentemente, se está muy lejos del tiempo en que el minero encerraba cada noche sus pepitas en un saco, sobre el cual apoyaba la cabeza para dormir á fin de que no fuera tan fácil robarle. Hoy el minero derriba pedazos de roca, y estas moles informes de mineral se llevan á las fundiciones para ser tratadas.

Sin embargo, esos minerales se han sometido ya á una primera operación en la misma mina, donde se les purga, por el lavado, de una infinidad de impurezas antes de expedirlos; pero un profano reconoce difícilmente la presencia del oro ó de la plata en aquellas moles de color obscuro, y en la fundición hay mucho que hacer aún con ellas.

En primer lugar, se han de reducir á polvo, y para esto se colocan bajo grandes martinetes movidos por vapor que las quebrantan rápidamente.

Después se purifican los minerales del azufre que contienen, sometiéndolos á la acción de los *roasting furnaces*.

Por último, los altos hornos dan una mezcla de plata, de oro y de plomo, que se recoge en moldes de forma prolongada, y esto es lo que se designa con el nombre de *bullion* ó *pig lead*.

En las fundiciones no se practica más operación, y se envía el *bullion* á las refinerías, donde al fin aparecen solos el oro, la plata y el plomo.

A la complicación del trabajo se agrega además una dificultad particular. Para determinar el valor del mineral y la proporción de oro y de plata que contiene, es preciso ensayar en un laboratorio muestras de *bullion* elegidas en cada variedad. En efecto, se está en presencia de una materia primera de precio muy subido, á la vez que incierto, y el producto que se entrega á la refinería es en sí una mezcla de diversos elementos, de modo que aquí hay una serie de problemas, los cuales se han de resolver científicamente. Todo procedimiento empírico traería consigo demasiadas probabilidades de error.

No tan sólo sería fácil engañarse respecto á la cantidad de metal precioso extraído de la mina, sino también por lo que hace á su calidad. Me enseñan un poco de *fool's gold* (oro de tonto), especie de oro falso que ha ocasionado con frecuencia, según parece, singulares equivocaciones. Cada vez reconozco

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

más y más que la busca del oro no es ya permitida á cualquier advenedizo, como en tiempo de la explotación de los *placeres;* hoy día es una industria sabia, de mucha complicación y muy delicada.

Además, la fundición, lo mismo que la mina, exige considerable movimiento de fondos. En la que yo visito trabajan cerca de cuatrocientos obreros, á quienes se paga de nueve á quince francos diarios; el trabajo no se interrumpe ni de día ni de noche, y se tratan de doscientas setenta y cinco á trescientas toneladas de mineral cada veinticuatro horas, lo cual supone ya una bonita suma para el pago del personal y la compra de materias primeras, debiéndose agregar á esto además el gasto necesario para combustible. Los *globe smelting works* emplean cada semana cuatrocientas toneladas de cok, trescientas de carbón vegetal y treinta de carbón de piedra. Por último, es preciso cuidar las costosas máquinas que mantienen la fuerza motriz, la distribuyen y utilizan; los altos hornos, etc., etc.

Los gastos de primer establecimiento son también muy considerables. En Great Falls (Montana) se acaba de construir una fundición que cuesta un millón de duros.

Estas pocas cifras bastarán para explicar cómo se necesitaron en el Colorado, en Montana, en Utah y en todos los países mineros de las Montañas Pedregosas los auxilios de capitalistas poderosos para sacar partido de sus riquezas naturales. En general, esos capitalistas no son extranjeros en América: Boston, Nueva York, Filadelfia, las grandes ciudades comerciales é industriales del Este, han suministrado á las minas de metales preciosos del Oeste el elemento superior y director que reclamaban. Este es un fenómeno análogo al que se produjo para los ranchos, para las grandes granjas y para los Bancos, fenómeno que hemos descrito ya. Es curioso volver á observarle en este nuevo teatro, porque esto confirma nuestras reflexiones respecto á la aptitud de los americanos para tomar, en todos los puntos de su territorio, la dirección de los nuevos movimientos que se manifiestan.

Las minas de metales preciosos no tienen, como las de hulla ó de minerales de hierro, una considerable clientela. Fuera de los plateros, que emplean el oro y la plata como materia primera de su trabajo, esa clientela se limita al gobierno federal, único propietario del derecho de acuñar moneda; y de aquí una grave dificultad.

El gobierno puede, en efecto, comprar ó no comprar los metales extraídos; toma todo el oro que le entregan, pero no procede lo mismo con la plata, lo cual pone á las compañías mineras en una situación muy apurada. Como las compras de plata habían sido muy reducidas en estos últimos años, de aquí resultó una crisis, y varias minas debieron suspender sus trabajos, mientras que otras se sostuvieron con dificultad. El *Silver bill* (ley de la plata) de 1890, inspirado á las Cámaras por el deseo de dar satisfacción á los electores de las Montañas Pedregosas, dispuso que el Tesoro comprara en lo sucesivo todos los meses cuatro millones y quinientas mil onzas de plata, ó sea, poco más ó menos, lo que producen actualmente las minas en explotación. El *Silver bill* parece, pues, poner término á la crisis, asegurando una salida suficiente; pero en realidad no viene á ser más que un remedio temporal. Las ventajas mismas que proporciona á los mineros conducirán muy pronto á un aumento en el producto de las minas que ahora se explotan, permitiendo trabajar otras que están descuidadas actualmente, y en su consecuencia, dentro de poco tiempo se manifestará el mismo fenómeno de producto excesivo, haciéndose necesario volver á comenzar.

La situación sería mucho más sencilla para los mineros si el Estado autorizase la acuñación libre de la plata, como autoriza la del oro, es decir, si todo poseedor de un lingote de plata pu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

diese hacerle acuñar para que entrase después en circulación; pero esta libertad no ha sido admitida aún. Difícil es prever qué efectos produciría, pues los economistas que más al corriente se hallan sobre las cuestiones monetarias están profundamente divididos en *uni-metalistas* y *bi-metalistas*, sosteniendo los unos que la acuñación única es la salvaguardia de la fortuna pública, mientras que los otros mantienen, por el contrario, que la doble acuñación sería origen de una prosperidad sin precedente.

Estas divergencias de opinión prueban, cuando menos, que la cuestión de dar salida al producto es más compleja aún en las minas y fundiciones de metales preciosos que el asunto de los procedimientos técnicos; y esta es una razón más para justificar la presencia de los banqueros á su cabeza. Los ingenieros no bastarían para dirigir una empresa tan íntimamente relacionada con todas las vicisitudes de la circulación monetaria.

Hallándose así expuesta á mil eventualidades diversas, la explotación minera del oro y de la plata no ofrece las mismas garantías de porvenir que el cultivo; puede contribuir útilmente á la prosperidad material de los Estados Unidos, pero no bastaría para asegurarla. Sabido es, por otra parte, que los países más favorecidos bajo el concepto de yacimientos auríferos y argentíferos son con frecuencia los más pobres: Rusia, Siberia y ciertos Estados de la América del Sur constituyen notables ejemplos de este hecho. Si la riqueza marcha aquí á la par de la explotación de las minas, es porque estamos en un país de infatigables productores. Ya hemos visto cómo obtienen la carne y el trigo: ahora los observaremos en una nueva esfera de actividad: en la industria.

CAPÍTULO IX

EL OESTE Y EL NACIMIENTO DE LA INDUSTRIA

I. El carácter agrícola de las industrias del Oeste. – II. Un establecimiento industrial modelo en el Oeste. – Los talleres y la ciudad de Pullman. – III. Por qué se sigue rara vez en el Oeste el ejemplo de M. Pullman.

I.—Carácter agrícola de las industrias del Oeste.

Desde el principio de esta obra puse en oposición las dos partes de los Estados Unidos que me propongo estudiar, el Oeste agrícola y el Este manufacturero.

Pero la división que entre ellas existe no es tan clara y marcada que se pueda indicar con precisión matemática el punto donde la una concluye y la otra comienza; hay cierta *compenetración* entre ellas, y no una simple yuxtaposición.

Además de esto, el Este y el Oeste siguen desviándose siempre: á medida que una comarca se puebla, á medida que las tierras se esterilizan, que las ciudades se ensanchan y que la industria nace, esta comarca tiende á perder su carácter de país nuevo, á llegar á ser una porción del Este. Ya no se viene á buscar tierras, sino que se abandonan para huir de la aglomeración. En cambio deja de ser tributaria de sus vecinas más antiguas, por lo que hace á las diversas fabricaciones que le son necesarias, y halla en sí misma los elementos de la industria.

Id á Chicago y veréis el punto de concentración, ó por lo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

menos el más importante de todos, del cultivo del Oeste; pero, por otra parte, Chicago es también un centro manufacturero.

Si queréis estudiar la historia de la industria, si queréis saber por qué lado se desarrolla desde luego en los Estados Unidos, no es en las ciudades del Este, en Boston, en Nueva York, en Filadelfia ó en Pittsburgo, donde conviene situarse para comenzar la investigación; debéis ir á Chicago, á San Luis, á Kansas City ó á San Pablo, allí donde la industria nace, por decirlo así.

Precisamente á esto se debe que comencemos hoy por las grandes ciudades del valle del Mississipí el estudio de una nueva forma de la actividad humana, el trabajo industrial.

Hasta aquí no hemos examinado más que el cultivo y las minas, los productos obtenidos directamente del suelo; ahora veremos cómo sobre ese primer trabajo viene á injertarse otro, muy importante, y característico también del genio americano por lo que hace á su organización.

En el Oeste le veremos ya bien marcado, aunque restringido en cuanto á los objetos en que se emplea.

En Chicago ó en San Luis no se encontrarán hilanderías ni fundiciones como en Nueva Inglaterra ó en Pensylvania; hay industrias, pero de un carácter especial, industrias que dependen de la agricultura ó de los transportes.

Chicago, á la cual volvemos siempre, porque resume en sí en alto grado todos los caracteres de una gran ciudad del Oeste, es, como ya sabemos, la capital de los caminos de hierro; allí es donde vienen á reunirse la mayor parte de las grandes líneas, y he aquí por qué Chicago disemina tan vigorosamente los productos agrícolas del país.

Este enorme movimiento de transportes exige un material rodado muy considerable, y da origen, por lo tanto, á una industria en extremo desarrollada, de la que Chicago ha llegado

á ser naturalmente el centro, tanto más cuanto que Illinois, Minnesota, Míchigan, y sobre todo Wisconsin, le suministran con sus bosques la primera materia necesaria, es decir, la madera.

La primera gran industria que se crea, fuera de las que, como las *packing houses*, los molinos harineros y las lecherías, se limitan á elaborar productos agrícolas, es por lo tanto una industria concerniente á los transportes.

Depende también del cultivo, indirecta, pero íntimamente, y debe su origen al hecho de que los animales y los trigos se han de enviar á lejanos mercados para utilizarse allí; pero se instala como una industria independiente, y comunica á las ciudades donde se establece un carácter manufacturero, por el que se asemejan á las ciudades del Este.

Todo el mundo sabe, y lo decimos por no citar más que un ejemplo, que en Chicago ocurren huelgas á menudo, y los diarios de los Estados Unidos y hasta los de Francia anuncian con frecuencia que tal ó cual taller ha suspendido sus trabajos.

Se ha de visitar, pues, algo más que las *packing houses* y los *elevators* si se quiere formar juicio exacto de los órganos esenciales de Chicago. Es preciso ver cómo se fabrica el material de los caminos de hierro, y después de visitar la casa de Armour se ha de ir á la de Pullman.

II.—Un establecimiento industrial modelo en el Oeste: Los talleres y la ciudad de Pullman.

M. Pullman es el constructor célebre que ha dado su nombre á los *pullman cars* ó vagones de lujo americanos; pero no se limita únicamente á la producción de esos palacios que ruedan: también construye el vagón ordinario para viajeros, así como el destinado á mercancías; y hasta diré que los que más hace son de esta última especie, porque el número de los que se ne-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cesitan para la circulación es infinitamente superior al de los *pullman* y aun al de los coches ordinarios de viajeros.

Se tendrá una idea de la importancia de sus talleres en el hecho de que *cada cuarto de hora* se entrega un vagón de mercancías, completamente terminado, durante las diez horas que dura el trabajo; mientras que, por el contrario, en una semana, que comprende sesenta horas de aquél, no se puedan concluir más de tres *sleeping cars*, si bien debe advertirse que éstos cuestan de ochenta mil á cien mil francos cada uno.

La organización material de estos talleres resulta ser muy notable por la buena combinación de los detalles. Sin citar más que uno, baste decir que los edificios donde se fabrican los vagones de mercancías forman una serie de vastas cocheras, cuya anchura corresponde á la longitud de aquéllos. Frente á cada vagón hay una gran puerta que da á una vía férrea, y apenas terminado aquél, se le hace rodar por los rieles para sacarle del taller. Durante su construcción, todas las piezas de madera destinadas á formarle llegan por la misma vía, cortadas á la dimensión apetecida y en disposición de emplearse; se preparan en una dependencia especial del establecimiento y se montan aquí. Algunas pequeñas locomotoras circulan de continuo por las líneas férreas que siguen las calles dejadas entre cada grupo de talleres; las unas remolcan un magnífico *pullman car*, deslumbrante de cobres y dorados; y las otras arrastran camiones donde se transportan las planchas, los maderos, los pernos y demás piezas de hierro que ocuparán su lugar en el vagón que se construye. Todo este movimiento se efectúa con orden y precisión; se ve bien que cada esfuerzo se ha calculado de modo que produzca su efecto máximo, y que no se dará inoportunamente ningún martillazo ni una vuelta de rueda. Se reconoce que una inteligencia superior, ayudada de una profunda experiencia técnica, ha presidido en todo esto.

Además de los talleres de montaje, donde se entrega el vagón concluído, hay otros muchos preparatorios: los más importantes son los destinados á trabajar la madera, por ser ésta el material primero, que constituye la mayor parte en la construcción de los vagones de todo género; luego vienen aquellos en que se trabajan los metales: fábricas de ruedas y de pernos de hierro, fraguas, talleres para aserrar, etc.; y por último, los que sirven más especialmente para los coches de viajeros, tales como una fábrica de crin, etc., etc.

Fácil es darse cuenta de la enorme complicación material de una empresa de este género; comprende una serie de fábricas diversas, cuya marcha es preciso combinar á fin de que sirvan para un objeto común; y desde el punto de vista puramente industrial, es una interesante muestra de las grandes manufacturas americanas.

Pero la *Pullman palace car C.º* no dirige tan sólo una fabricación de material rodado, sino que explota ella misma una parte de éste en toda la superficie de los Estados Unidos.

Efectivamente, todos los coches de lujo que circulan por los caminos de hierro americanos le pertenecen, excepto, no obstante, los que se encuentran en las cinco Compañías que los Vanderbilt poseen ó dominan. En ellas les sustituyen *Wagner palace cars*, que llevan el nombre de su inventor, Wágner, el primero que imaginó el *sleeping car* (coche para dormir). Había establecido sus talleres en Búffalo, é hizo un contrato con Vanderbilt para la circulación de sus vagones; más tarde, Wágner murió; Vanderbilt se hizo dueño de su empresa, y aun hoy día sus herederos son los que poseen de hecho la *Wagner palace car C.º* Naturalmente, le aseguran la clientela de sus líneas; pero mientras que Wágner se dejaba absorber por la poderosa casa de Vanderbilt, Pullman fundaba una empresa de competencia que aventajó rápidamente á su contraria por lo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

perfecto de su fabricación y la organización superior de su personal. He aquí por qué los *pullman* ruedan en más de cien mil kilómetros de vía férrea, sin que ningún monopolio legal les haya asegurado la explotación y tan sólo por el hecho de las ventajas que ofrecen.

Estas ventajas son de más de una especie. En cuanto á lo que concierne á las Compañías, M. Pullman ha llegado á concederles un derecho de circulación elevado, que le ha valido la preferencia; y por lo que hace á los viajeros, la instalación cómoda del material se hace más preciosa aún por la excelente organización del servicio.

En efecto, el *pullman* no es solamente un buen coche, sino también un buen hotel, donde se duerme, se come, se toman baños y, cosa rara en América, se encuentra un criado celoso y cortés que os limpia las botas, cepilla la ropa, lleva la maleta y recibe la gratificación con una sonrisa: en general es un negro ó por lo menos un mulato; pero un negro á quien se ha enseñado á ser limpio, cuidadoso, á respetar su propio exterior y á tener ese conjunto de cualidades que constituyen un buen sirviente. Al europeo le complace realmente hallar allí aquel buen hombre al salir de los hoteles americanos, donde el servicio personal es cosa del todo ignorada, á pesar del lujo que se ostenta y de las máquinas de todo género que allí funcionan. Pero á la vez que el viajero se regocija, también se asombra. ¿Cómo ha podido la Compañía de los *pullman* organizar semejante personal en este país? ¿Cómo consigue mantenerle tan lejos de toda vigilancia directa en esa inmensa red de los caminos de hierro americanos?

Este es un problema, y no se puede resolver, ó por lo menos comprender la solución, si no se visita Pullman City, la ciudad que M. Pullman ha fundado recientemente y construído para establecer sus talleres, alojando parte de sus obreros. Al

ver qué enormes dificultades se han vencido aquí, y qué resultados ha obtenido M. Pullman, se comprende que pudiera amaestrar á sus negros como lo ha hecho: es una demostración *a fortiori*.

M. Pullman se propuso, en efecto, el fin siguiente: organizar, no tan sólo un personal de empleados, sino una población entera, compuesta de sus obreros y de sus familias, haciéndoles adoptar costumbres que elevasen su nivel moral, intelectual y social. Arraigada en él la idea anglo-sajona de que la *respectability* exterior es una ayuda para el verdadero respeto de sí mismo, quiso ensayar esta teoría en sus obreros, y concibió un plan gigantesco, que muchos calificaron de insensato diez años hace, pero cuya realización admira hoy todo el mundo.

No se trataba de nada menos que de edificar completamente una nueva ciudad, según los mejores principios de higiene, levantando construcciones elegantes y cómodas á la vez, para trasladar allí los talleres de la *Pullman car C.º* y alojar una parte de los obreros.

El plan se ejecutó al pie de la letra: el 25 de mayo de 1880 se habían comenzado ya los primeros trabajos en los primeros cuatro mil acres de tierras adquiridos por la Compañía al efecto, á doce millas al Sur de Chicago. Era una especie de pradera situada en la orilla del lago Calumet y á través de la cual cruza el *Illinois central rail-road*.

Por lo pronto, en el terreno de la futura ciudad se estableció un sistema perfecto de cloacas para asegurar la completa salubridad, y después se hizo la distribución del agua y del gas en los diferentes barrios.

Una vez terminados estos primeros trabajos, se dió principio á la construcción de los talleres y de las casas, sin olvidar una fonda, la iglesia, una biblioteca y un teatro, todo ello dispuesto con gusto, evitando la monotonía por la variedad de la arquitec-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tura, y dejando entre cada línea de casas anchos espacios para las calles, los paseos plantados de árboles y las plazas.

Faltaba poblar aquellas lindas moradas de piedra ó de ladrillo, graciosamente construídas y con las comodidades necesarias. La Compañía ofreció alquilarlas á sus obreros, y á pesar del subido precio de los alquileres, Pullman City contó muy pronto ocho mil quinientos habitantes.

En Pullman City, una vivienda de dos aposentos cuesta de veinte á cuarenta y cinco francos mensuales, según sus dimensiones y situación; las más caras son las que hay en casas pequeñas, porque en ellas se asegura mejor la independencia del inquilino, y porque para los americanos es cosa de gran importancia tener un *home* propio. Los obreros que buscan lo barato prefieren alojarse en algunas grandes construcciones que M. Pullman mandó construir para ellos. Las numerosas familias que no tienen suficiente con dos habitaciones encuentran casas con tres, cuatro ó cinco al precio de veintitrés á setenta y cinco francos mensuales. Por último, las casitas aisladas de cinco aposentos cuestan de ochenta á ciento, y el precio de las casas que tienen de seis á nueve varía de ciento quince á quinientos francos; pero ya no son de obreros, sino más bien instalaciones destinadas al personal de la dirección.

He insistido expresamente sobre estos precios, porque revelan dos rasgos característicos de la creación de M. Pullman.

En primer lugar prueban que no es una fundación caritativa, cosa que M. Pullman tiene buen cuidado de advertir, por lo demás, á cuantos le interrogan. «Yo no contribuyo por gran cosa, me dijo, á todo cuanto usted ve aquí; no he tenido intención de dar limosna á mis obreros, y cada alojamiento paga lo que debe pagar normalmente para que la Sociedad obtenga el interés del dinero empleado en la edificación de Pullman City.»

En segundo lugar, se explican fácilmente por las ventajas

de toda especie que el obrero encuentra en esas habitaciones modelos. Las mujeres de su casa, sobre todo, se regocijan de la gran simplificación introducida en sus quehaceres: ya no se necesitan esos cajones para la basura que se han de bajar á la calle, ni tampoco se ha de subir el agua; todos los desperdicios de la cocina, todo cuanto se barre, todas las inmundicias, se arrojan desde cada habitación á los albañales subterráneos, que los conducen á un inmenso depósito, donde una poderosa bomba los envía á cinco kilómetros de distancia, á una granja modelo en la cual M. Pullman tiene una huerta. En cuanto al agua, todos los inquilinos la tienen abundante.

En Chicago, una familia de obreros puede instalarse con un poco más de economía que en Pullman City; pero ha de vivir en un barrio mal ventilado, insalubre y de espantoso aspecto. Solamente los obreros bastante acomodados para adquirir una casa disfrutan de un *home* conveniente. M. Pullman ha querido probar que era posible obtener para todos espaciosos alojamientos provistos de todos los perfeccionamientos materiales apetecibles, sin exigir de ellos alquileres exagerados. La rapidez con que sus casas se alquilaron lo demuestra así.

Pero su obra tiene más alcance aún. M. Pullman no es solamente un empresario de construcciones inteligente y atrevido, sino también un patrón muy avisado, verdaderamente cuidadoso del progreso moral de los obreros que emplea. Desde este punto de vista superior, la fundación de Pullman City ofrece un interés de primer orden. En ninguna parte se podría ver mejor cómo entiende el patronato un americano y qué idea se forma de sus obligaciones respecto al personal de sus talleres.

A fin de evitar toda mala inteligencia, comienzo por decir que, así en América como en Europa, muchos industriales no se preocupan en manera alguna de ese asunto ni les da ningún cuidado. M. Pullman está, pues, muy lejos de representar el

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tipo medio de los patrones americanos; el suyo es, por el contrario, el más eminente. Al indicar los móviles que le han impulsado á crear Pullman City, no trato, pues, de dar al lector una muestra de la organización ordinaria del patronato en los Estados Unidos, sino de ver con él cómo un gran patrón americano entiende sus deberes, cuando los entiende.

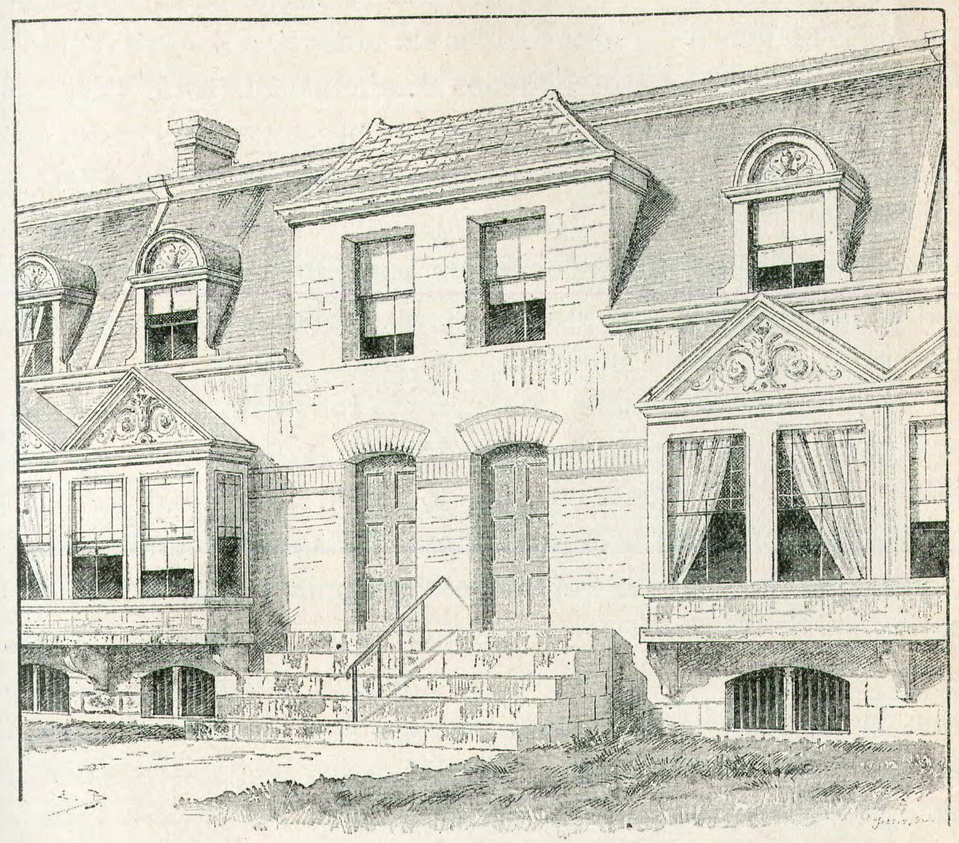
Si queréis establecer un paralelo entre Pullman y un industrial europeo, tomad por punto de comparación uno que haya sido célebre por las instituciones que estableció en favor de sus obreros, y no cualquiera de los grandes fabricantes, pues solamente con esta condición se podrá obtener del paralelo una enseñanza provechosa.

Bien sentado esto, veamos cómo M. Pullman procedió para conseguir su objeto.

He dicho antes que se proponía elevar el nivel moral, intelectual y social del obrero, colocándole en las condiciones materiales de *respectability;* esto viene á ser, en efecto, como su base de operaciones; pero se ha valido además de algunos medios accesorios.

Uno de los primeros ha sido la prohibición absoluta de todo *saloon*, es decir, de toda taberna. Como las casas le pertenecen, sin excepción, consigue su objeto negándose á alquilar ninguna á los *saloon-keepers* (taberneros), y si sospecha que algún inquilino vende licores, se le ruega pura y simplemente que busque alojamiento en otra parte.

Podría decirse que esta es la única medida coercitiva que M. Pullman adoptó. Así como muchos de sus compatriotas, había podido reconocer los estragos que el abuso del alcohol produce en todas las clases de la sociedad americana, especialmente en los centros obreros; quiso evitar los perniciosos efectos que el *wiskey* produciría en su personal, y obtuvo por este simple hecho gente escogida y provechosa. En efecto, los borrachos, los disolutos, ó los simples perezosos, acostumbrados á pasar el tiempo ante una botella, han huído de común acuerdo de esa ciudad de templanza, y no han quedado sino aquellos



Tipo de casas obreras en Pullman

que de antemano estaban dispuestos á la sobriedad. Añadamos además que ninguno está obligado á vivir en Pullman City, ni aun entre los empleados de la *Palace car C.º;* de modo que no hay coacción propiamente dicha. Jamás se consideró como tirano al propietario de fincas que se niega á alquilar cualquiera de sus casas á un posadero.

Además de esta útil medida contra la invasión de los elementos de desorden, M. Pullman no descuidó nada para poner al al-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cance de sus obreros cuantos medios pudieran conducir á su desarrollo intelectual y su moralización: fundó una biblioteca pública, escuelas y una iglesia. Atendida la diferencia de religiones que los habitantes de Pullman City profesan, esta única iglesia no podía responder á las necesidades de todos, y por eso favoreció la construcción de otros edificios destinados al culto. También se encuentra igualmente en Pullman City un teatro, así como grandes espacios libres para el juego nacional del *base ball*, y una infinidad de otras distracciones del mismo género. No se ha querido dar á esta población un carácter de austeridad exagerado, y muy por el contrario, se ha hecho lo posible para reunir todos los medios honestos de recreo.

Repito que M. Pullman no ha dado todo esto á sus obreros, sino que se lo ofrece mediante pago, si les conviene; excepto la biblioteca pública, que es resultado de su liberalidad personal, todas las demás instituciones enumeradas antes se fundan sobre el principio de que cada cual debe contribuir á su sostenimiento en la medida en que se aprovecha de ellas. Lo más notable es, precisamente, que los obreros aceptan de buena voluntad las condiciones que les proponen. Pagan por el alquiler de su casa más que en Chicago, porque aprecian sus ventajas; sostienen las iglesias porque las consideran útiles y el teatro ó el *base ball* porque les divierte, sin que nadie haya de dar un céntimo por ninguna de esas cosas si prefiere vivir como escéptico ó divertirse en su casa.

M. Pullman ha comprendido, pues, muy bien las aspiraciones de los obreros de sus fábricas; no ha soñado para ellos un bienestar material imposible, ó un progreso moral á que se mostraban rebeldes; pero ha realizado el máximum práctico de bienestar material á que pueden aspirar los de su clase. Ha puesto á su alcance todos los medios de elevación moral é intelectual, sustrayéndolos al peligro de las grandes ciudades, á las



Vista de la ciudad de Pullman

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

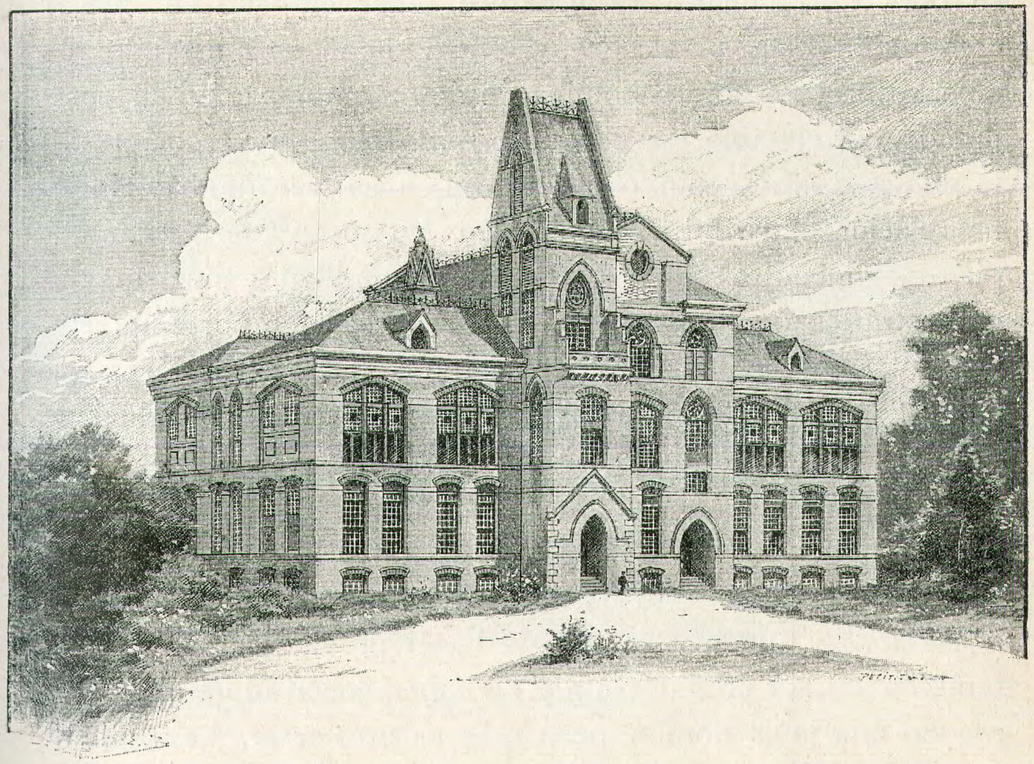
tabernas; y hallando eco en sus talleres, ha ofrecido á hombres deseosos de elevarse la escala que mejor les convenía.

He aquí el rasgo esencial del patronato ejercido por M. Pullman, patronato que se adapta á los que de él deben aprovecharse. Para obreros franceses habría demasiado lujo en la instalación de los alojamientos; sus jornales no les permitirían pagar los alquileres, y contraerían costumbres poco en relación con sus medios. No existe el mismo inconveniente para los obreros americanos, porque éstos ganan salarios mucho más crecidos y viven cómodamente, sin contar que tienen bastantes probabilidades de elevarse á una situación superior; de modo que no es una imprudencia prepararles para ella.

Otro carácter notable es el hecho de no haber imposición. Ya he dicho antes que ningún obrero debe residir en Pullman City forzosamente, porque no es un *falansterio* obligatorio; y hasta para los que viven allí no hay ningún reglamento particular, excepto el que se refiere á los *saloons*. Sin embargo, cuando se visita la ciudad, llama la atención su fisonomía particular: no es tan sólo elegante por sus construcciones, sino que sus habitantes tienen también un aspecto de pulcritud y aseo que está en relación con el cuadro en que se les ve. Paso allí un sábado: desde el mediodía, los trabajos, casi completamente suspendidos, dejan á todo el personal la tarde libre, y encuentro en las calles *gentlemen* (caballeros) que, según me dicen, son obreros, los cuales se pasean con sus mujeres ó sus novias. No se ve ni un solo hombre en mangas de camisa, como se observa tan á menudo en las ciudades americanas; de modo que en esta población se ha llegado á introducir costumbres de conveniencia y dignidad exterior, sin recurrir á ninguna prescripción especial. Se han contentado con admitir, en una ciudad edificada expresamente para complacerles, á los obreros deseosos de tener una instalación decente; así se formó una

agrupación escogida que dió el ejemplo, y los demás le han seguido.

De igual manera, cuando se hace antesala en casa del señor Pullman, en sus oficinas de Chicago, es costumbre descubrirse: esto parecerá cosa corriente á un lector francés; pero el



Una escuela en Pullman

americano, poco acostumbrado á los usos de la casa, se queda estupefacto al ver todas aquellas cabezas descubiertas. En casa del presidente Harrison he visto, en efecto, muchas personas que se tomaban más libertad, y me acuerdo de un individuo que hablaba, con el sombrero puesto, al gobernador de Minnesota en su gabinete, sin que aquel funcionario pensara en advertirle la inconveniencia de su falta de educación. En su consecuencia, es un buen resultado para el activo M. Pullman

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

haber introducido en su casa el código de la cortesía pueril y honrada.

Al penetrar en su gabinete de recepción, me hallo frente á un hombre muy correcto, sumamente pulcro y de expresión serena; de buen grado me da detalles y explicaciones acerca de su obra de Pullman City, y parece tener empeño en que se comprenda bien su alcance. «Se han engañado á menudo, me dice, respecto á la idea dominante de mi empresa; la han comparado, por ejemplo, con el famoso *familisterio* que el compatriota de usted, M. Godin, construyó en Guisa; pero no hay ninguna relación entre mi plan y el suyo. Yo no he querido confundir todos mis obreros en una vasta comunidad, y sí solamente demostrarles que la decencia, el aseo y el buen porte no son para ellos un lujo inaccesible, y que no es necesario ir despechugado ó mal vestido para trabajar bien, para ahorrar y elevarse después en la jerarquía social. Se me ha comprendido, como usted habrá visto ya, y ahora se forma, gracias á las favorables condiciones que Pullman City ofrece, un núcleo de familias muy convencidas de esta idea y muy afectas á las costumbres de *respectability* que he tratado de hacer prevalecer. Me acusan también de ser un autócrata y de haber encerrado á mis obreros en una jaula dorada; pero este es otro error, y cualquiera de ellos podrá decir á usted que jamás influí en modo alguno en sus determinaciones. Por lo demás, no hubiera alcanzado mis fines si hubiese ejercido presión para conducirlos á ellos, pues deseo que lo hagan todo por convicción, y no obligarles simplemente á tal ó cual práctica particular. — Pero, repuse yo, ¿no tiene usted intención de renunciar un día ú otro á la propiedad de esas casas? ¿No sería una inconveniencia grave condenar para siempre á esos obreros á la condición de inquilinos en este país, donde tantos otros llegan á poseer su *home* independiente? — Tal es mi propósito, me contestó; pienso crear cerca

de la ciudad actual otra donde cada cual edificará á su antojo el *cottage* (la casita) que responda á sus conveniencias personales, y de la cual será dueño; hasta he comprado, en previsión de esto, una considerable extensión de terreno actualmente desocupada; mas no he creído llegado aún el momento de realizar



Una calle en Pullman

mi plan. Si hubiese cedido terrenos á mis operarios al comenzar mi empresa, habría corrido el riesgo de que se establecieran allí familias insuficientemente dispuestas á someterse á las costumbres que yo quería que adoptaran los habitantes de Pullman City, y todo el resultado de mi ensayo se hubiera comprometido á causa de esa vecindad. Hoy, por el contrario, al cabo de diez años de aprendizaje, varias de esas familias se han confirmado en dichas costumbres, reconocen sus ventajas, y las harán predominar por su influencia allí donde se establezcan. Esas familias forman un grupo escogido, y á éste me propongo vender

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

próximamente, aunque poco á poco, los terrenos por edificar próximos á mis talleres.»

Tal es el concepto patronal de M. Pullman: elevar al obrero á un nivel superior cuando manifiesta el deseo de ascender; ayudarle cuanto sea posible, pero de la manera que él reclame, es decir, apoyando su buena voluntad; fortalecer sus resoluciones, completar su capacidad imperfecta; y después, cuando alcance este grado de elevación que le permita marchar solo, dejarle desarrollarse libremente y por sí mismo, cortando los andadores que aseguraron sus primeros pasos, pero que entorpecerían hoy su carrera. Esta concepción, elevada y justa, ha tomado aquí una forma particular, que no se puede imitar en cualquiera parte con todos sus detalles; pero teniendo en cuenta circunstancias especiales que acompañan á la creación de Pullman City, podemos decir que es uno de los más hermosos ejemplos de patronato que puedan verse en la gran industria.

Me hallaba en Chicago en 1890, en ocasión de las huelgas, que suspendieron el trabajo en muchos talleres; pero en Pullman City, por el contrario, la fabricación era activa. Sin embargo, en 1885 se produjo una muy importante, según me dice el mismo M. Pullman; durante diez días, los obreros no fueron á las fábricas; mas al cabo de este tiempo, cansados de aquella actitud y viendo que la Compañía no les hacía ofrecimientos ni amenazas, volvieron al trabajo por su propia voluntad.

Esta manera de proceder, muda y negativa, entra perfectamente, por otra parte, en el sistema de M. Pullman, que alterna muy poco con sus obreros y no se ocupa jamás de sus asuntos privados. La dirección que le incumbe no le deja apenas tiempo para entrar en estos detalles, y el amor á la independencia, que se antepone en los americanos á todo otro sentimiento, dispondría mal á los obreros para tolerar una protección de este género. Cuando hay mala inteligencia entre ellos y él, espera sim-



Vista de las oficinas de Pullman en la «Michigan avenue» de Chicago

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

plemente á que se desvanezca; pero la evita en cuanto es posible, modificando los jornales según las fluctuaciones del precio de la mano de obra. La perfecta instalación material de las fábricas le ha permitido también pagar muy liberalmente la mano de obra, y los estadísticos reconocen que los precios son un poco más elevados en casa de M. Pullman que en los talleres análogos (1).

Los jornales se pagan á destajo, y varían mucho según la habilidad de los obreros. En efecto, en Pullman hay verdaderos artesanos, conocedores de su oficio y los cuales difieren bastante de los simples obreros que tan á menudo se encuentran en las fábricas. Por eso se calcula que ninguno de ellos gana menos de unos diez y ocho francos diarios, y esto explica cómo pueden pagar los alquileres indicados antes.

Muchos de estos obreros de profesión llegan del extranjero; solamente la mitad de la población de Pullman nació en América; Suecia y Noruega representan más de una séptima parte, Alemania una octava, y después vienen, por orden de importancia, Irlanda, el Canadá, Inglaterra, Holanda, Escocia, Dinamarca, Suiza, Francia é Italia.

Réstame añadir dos palabras respecto al sistema de dirección de este gran negocio. En el fondo, M. Pullman es el verdadero y único dueño, aunque no le pertenezca todo el capital empleado. La Compañía ha emitido acciones de cien *dollars*, que se negocian hoy á doscientos y que han entrado ya en la circulación de los valores financieros; pero el conjunto de estas acciones representa una escasa parte del capital social; la más importante está en manos de Pullman, por lo pronto, y luego en las de dos ó tres ricachos de Chicago, tales como Armour y Marshall, el gran carnicero y el gran comerciante en novedades.

(1) *Report of commissioners of the state Bureaus of Labor Statistics on the Industrial, social and economic conditions of Pullman,* pág. 10.

A pesar de las apariencias, la *Pullman car C.º* corresponde, pues, al género de las sociedades que ya hemos dado á conocer en las páginas anteriores al hablar de los caminos de hierro, de los grandes ranchos, de las *packing houses*, de los molinos harineros y de los *elevators:* es la *Pullman car C.º* una empresa particular, no una máquina administrativa como nuestras sociedades de accionistas.

En resumen, un hombre solo dirige la fabricación y la explotación, y él es quien creó el negocio, como ha creado Pullman City.

M. Pullman, sin embargo, según me han dicho, comenzó su vida muy modestamente: su primera industria se redujo, según parece, á encargarse del transporte de las casas; cuando un ciudadano de Chicago quería, treinta años hace, trasladar su morada de un barrio á otro, Pullman le proporcionaba los medios; pero muy pronto concibió la idea de construir vagones, y en 1867 fundaba la *Pullman palace car C.º* para la construcción de los *sleeping cars*, imitación de los que Wágner había inventado en Búffalo.

La sociedad se constituyó primeramente con el capital de un millón de dollars, y hoy ha llegado á diez y seis millones, ó sean ochenta y tres millones de francos.

Ya se comprenderá que un hombre que ha hecho semejante carrera, que ha sabido elevarse por sí mismo de una manera tan notable, debe ser también apto para ayudar á mejorar á los obreros que hoy emplea. Su propia experiencia le ha enseñado, mejor que todas las teorías filantrópicas, cómo debía conducirse para ejercer á su alrededor ese patronato eficaz que acostumbra progresivamente al obrero á prescindir de él para ascender realmente en la jerarquía social.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

III.—Por qué se sigue rara vez en el Oeste el ejemplo de M. Pullman

La industria creada por M. Pullman es verdaderamente característica del Oeste: recorriendo las grandes ciudades del valle del Mississipí encontraremos varias del mismo género, talleres de construcción de vagones, de carros y de coches para los tranvías; pero rara vez se sigue en ninguna el ejemplo de alto patronato que M. Pullman ha dado.

Bien sé que no todos son de suficiente talla para realizar una empresa como la que él llevó á cabo, edificando una ciudad para sus obreros; mas lo que quiero decir es que los patronos industriales del Oeste se cuidan en general muy poco de sus operarios, y que al parecer no les importa mucho su progreso material y moral.

En San Luis visito una fábrica de coches de tranvía, donde trabajan unos cien obreros; los más son alemanes, de oficio carpinteros, que abandonaron su país para buscar trabajo en los Estados Unidos; algunos irlandeses, un reducido número de franceses y algunos americanos, constituyen el resto del personal. El director, que me enseña su establecimiento, es un americano de origen inglés, hombre excelente y muy benéfico; pero no observo en él ninguna inclinación eficaz á elevar á sus obreros á un nivel superior; sin duda deplora la imprevisión y poca paciencia de los irlandeses, y elogia, por el contrario, el carácter juicioso de los alemanes; pero todo esto en términos vagos, como podría hacerlo el primer periodista que llegase. No es la experiencia personal que de sus obreros tiene la que le hace hablarme así; se contenta con expresar una opinión general sobre un asunto que no le concierne particularmente; y este es el término medio de los jefes de industria en el Oeste.



Entrada de las oficinas de Pullman en «Adams street» en Chicago

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

En efecto, de ordinario se consagran por completo á la parte puramente industrial de su negocio y dejan á sus obreros arreglarse como puedan. Cuando los pedidos afluyen, dan jornales muy elevados para aumentar su personal, y le despiden después sin escrúpulo apenas temen el exceso de producción; de vez en cuando ocurre una huelga; después, por un arreglo cualquiera, el trabajo prosigue hasta que ocurra otra, y así sucesivamente. En resumen, es un régimen de gran instabilidad, bajo el cual los patrones americanos adoptan fácilmente su partido á causa de las vicisitudes de toda especie á que ya están acostumbrados, y que los obreros sobrellevan mejor que en Europa porque tienen aquí elementos más numerosos para emplear su actividad, y porque es, en suma, más fácil encontrar trabajo en el Oeste de los Estados Unidos que en nuestros países manufactureros.

Si queréis poner en un apuro á uno de esos patrones, preguntadle si podría poneros en relación con uno de los hombres que emplea: nada sería para él más desagradable, porque no está en disposición de hacerlo, puesto que no los conoce. Os dirá que en Chicago las nueve décimas partes de los obreros habitan en sus propias casas, y os dará cifras publicadas por las *building societies;* pero no sabe nada absolutamente respecto á la instalación de sus propios obreros.

¿En qué consisten esta ignorancia é indiferencia?

Por lo pronto, en que las industrias del Oeste se hallan siempre en las grandes ciudades, donde el personal de una fábrica desaparece en medio de una población numerosa. ¿Cómo se ha de esperar, por ejemplo, que el dueño de la fábrica de coches de tranvía á quien visito encuentre á sus cien obreros en los arrabales de San Luis, donde están diseminados?

Esa ignorancia é indiferencia se han de atribuir también á la instabilidad de la clientela.

No todos llegan á crearse, como M. Pullman, una posición excepcional que desafía la competencia. Ya hemos visto que en Pullman City no se construye solamente el vagón de lujo, sino también el ordinario para viajeros ó mercancías; y hasta se hacen coches de tranvía cuando no hay otra cosa en que ocuparse; pero con una numerosa clientela y la ventaja de una reputación bien establecida se obtienen casi siempre pedidos, sin contar que la explotación asegurada de los *palace cars* en más de cien mil kilómetros proporciona una salida segura á su fabricación. Esta es una especialidad para la cual se ha preparado Pullman, perfeccionándose en ella cada día, y ahora constituye para él como una especie de monopolio.

Pero el industrial que produce tranvías semejantes á los de una multitud de constructores que le hacen la competencia, no está seguro de poder darles salida; algunas veces ha de fabricar para ciudades lejanas, porque le es forzoso correr en pos de la clientela, arrancándola, por decirlo así, de manos de sus rivales; y así es que los tranvías que veo construir en San Luis están destinados, según me dice el dueño de la fábrica, los unos á Chicago y los otros á Kansas City. Los carros y los útiles agrícolas, que San Luis produce en gran número, van á Nueva Méjico, al Arizona, al Colorado y hasta al mismo Minnesota; y no hay clientela fija, ni siquiera zona de salida determinada. Las tarifas de ferrocarriles, poco subidas en general, á causa de la competencia, favorecen tal estado de cosas, y las constantes modificaciones que el conjunto del país sufre contribuyen también á que se acentúe. Tan pronto es una ciudad que se desarrolla de pronto, ofreciendo una salida inesperada á las industrias más diversas, y después, cuando éstas se han acostumbrado á suministrarle sus productos, los crea ella misma, cerrando bruscamente el mercado que había abierto; ó bien es una nueva línea férrea que permite llegar á un país hasta entonces inacce-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

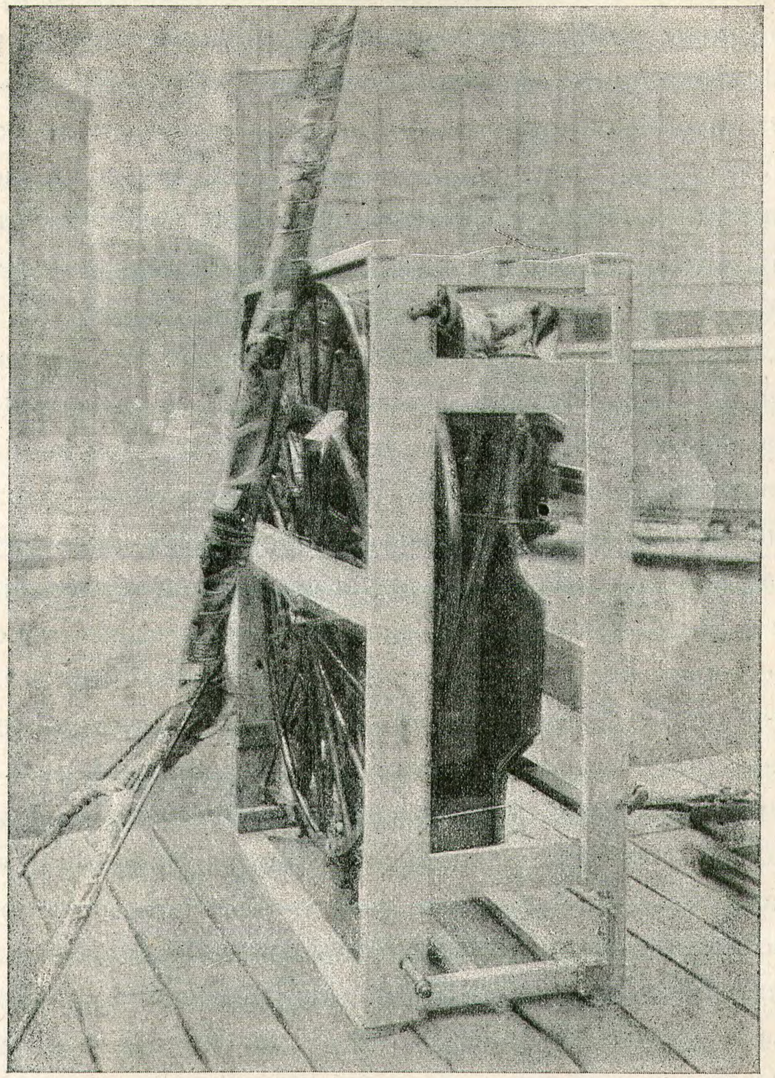
sible, como sucedió, por ejemplo, veinte años hace, cuando los caminos de hierro cruzaron las Montañas Pedregosas, poniendo en comunicación California con los Estados del Este; ó ya un simple cambio de tarifas, una lucha á muerte entre dos compañías en competencia, que vienen á perturbar profundamente las antiguas condiciones de expedición.

La naturaleza de los productos fabricados por la industria dominante en el Oeste hace que sea particularmente sensible á estas cuestiones de tarifas. Un coche de tranvía ó un carro son objetos embarazosos, sobre todo con respecto á su valor; los gastos de transporte entran, pues, por mucho en el precio que la clientela debe satisfacer, y de consiguiente son un factor importante.

El conjunto de estas circunstancias produce una instabilidad muy marcada en la clientela y ocasiona á menudo crisis por exceso de producción, las cuales se traducen por la despedida de obreros, y con frecuencia también por la ruina de los amos. Los industriales del Oeste atribuyen generalmente estas crisis al desarrollo exagerado de las ciudades; yo he tenido varias veces ocasión de oir sus quejas sobre este punto, pero no las creo justificadas. En primer lugar, las razones que acabo de exponer bastan para explicar el exceso de producción; y en segundo, es imposible establecer el equilibrio entre las ciudades y las campiñas del Oeste, de las que ninguna ha llegado aún á su desarrollo normal: este equilibrio se producirá de por sí más tarde; las oscilaciones actuales no hacen más que prepararlo.

También se podría refutar esta opinión y sostener que las ciudades del Oeste tienen, por el contrario, un porvenir industrial, cuyos primeros síntomas comienzan á manifestarse ya.

En efecto, no cabe duda de que el Oeste no será eternamente tributario de las fábricas del Este, y ya comienzan á verse en San Luis, en Chicago, en Millwankee, etc., fábricas destinadas normalmente al abastecimiento del valle del Mississipí. Por lo pronto están diseminadas y en su período de nacimiento aún, porque los industriales que las dirigen luchan contra las



Carruaje de cuatro ruedas embalado (Kansas City)

primeras dificultades de establecimiento y no podrían consagrar muchas horas á los deberes del patronato, siendo esta una nueva razón sobre las que ya he indicado.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

En San Luis visito una fábrica de calzado, en la cual se ocupan cuatrocientos obreros, y si alcanza buen éxito, tendrá dos ó tres veces más dentro de algunos años. Para esto se necesita por lo pronto ponerla en buenas condiciones de producir á bajo precio, y organizarla, de consiguiente, con gran perfección desde el punto de vista mecánico. Todo cuanto se puede ahorrar en punto á mano de obra se ahorra por medio de ingeniosas máquinas que fijan el tacón de una botina con un solo movimiento, perforan y ribetean cuatro mil ojales en un mismo día, cortan las suelas, cosen, pican, pulimentan y recortan los pedazos de cuero, sin que el obrero que dirige estas operaciones tenga el menor conocimiento del oficio de zapatero: así se llega á entregar calzado asaz elegante á precios muy arreglados, que se aproximan á los de Europa. Se paga la mano de obra más cara que en nuestro país, pues las jóvenes ganan por término medio de cinco á seis francos diarios; pero el uso de las máquinas restablece el equilibrio. Así, con un término medio de salarios de unos doce francos para los hombres y de cinco á seis para las mujeres, se venden á quince francos botinas para señoras, y de diez y ocho á veinticinco para hombres. Por supuesto que el cuero se ha curtido por procedimientos que le queman, y el calzado que produce buen efecto en el escaparate se deforma cuando se lleva, recoge el agua apenas llueve y se abre la piel si el tiempo es muy seco; pero el americano busca poco lo duradero, y esa fabricación le conviene. Preciso es decir también que un verdadero zapatero hace pagar sesenta francos por un par de botinas ordinarias. Cuando se quiere trabajo de encargo cuesta muy caro, y esto aleja la clientela.

San Luis y Millwankee son célebres por sus cervecerías; en San Luis es donde se fabrica la cerveza de *Anheuser Bush*, una de las primeras marcas de los Estados Unidos, y Millwankee entrega al comercio cervezas de mesa muy renombradas.

Es porque aquí hay una industria que está íntimamente relacionada con el cultivo á causa de las considerables cantidades de cebada que utiliza; pero el Oeste se halla todavía muy lejos de tener el monopolio de esta fabricación: en Boston, por ejemplo, se encuentran más cervecerías que en San Luis, y si se habla menos de ellas es sobre todo porque están perdidas en medio del poderoso movimiento industrial que en Nueva Inglaterra anima las ciudades y la campiña.

Un hecho indica bien el estado de infancia en que se hallan las manufacturas del Oeste, y es la falta de industrias del hierro. En Chicago, el centro más considerable de vías férreas que probablemente existe en el mundo, no había en 1890 una sola fábrica de locomotoras y en aquella época se me anunció como una gran noticia, como señal de un progreso considerable, la próxima creación del primer establecimiento de este género.

Y es porque hasta aquí los yacimientos de hulla y de minerales se han explotado muy poco en el valle del Mississipí; mientras que, por el contrario, los flancos de los Alleghanys han producido desde hace treinta años prodigiosas cantidades de carbón y de hierro para la fabricación; en sus cercanías es donde se ha desarrollado con admirable rapidez la industria que creó Pittsburgo, y á la que Filadelfia y Nueva Inglaterra deben su importancia. Allí, pues, se ha de ir para estudiar ese lado tan interesante de la vida americana.

Esta vez nos despedimos del Oeste definitivamente; aunque todavía tomemos de él algunos rasgos de costumbres características del genio nacional, ya no hemos de examinar su importancia en la actividad productora de los Estados Unidos, pues lo habíamos dicho todo respecto á la gran fuente de su prosperidad, que es el cultivo; la vida industrial, por activa que sea, allí donde nace, no aparece más que como un accesorio, y no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

como un elemento esencial. Podemos decir con cierta verdad que el Oeste ha desempeñado hasta aquí respecto al Este el papel de ciertas colonias para su metrópoli; ha sido el mercado siempre creciente donde el Este vendió sus productos fabricados, como la India es para Mánchester la gran salida de sus cotonadas. Entiéndase bien que no doy á esta comparación un valor absoluto; es manca, como debe serlo toda comparación; pero arroja una luz bastante clara sobre la situación respectiva de esas dos partes de los Estados Unidos, á la vez tan diferentes y tan semejantes, que presentan en sus condiciones económicas contrastes tan notables, aunque animados del mismo espíritu emprendedor y llamados á parecerse cada vez más, á medida que los progresos de la colonización disminuyan el número de las nuevas tierras del Far-West. Cuando llegue ese día, la unidad americana se manifestará con una evidencia sorprendente.

Desde ahora se observa un hecho que lo revela, y es el predominio de los americanos del Este en las empresas que tienen por teatro el Oeste. Al pasar de esta última región á la primera no cambiamos, pues, muy sensiblemente de medio social; vamos á ver de nuevo en el proceder de las grandes industrias de Massachussets ó de Pensilvania la misma audacia y energía que hemos observado en la conducta de los cultivos de Kansas ó de Dacotah. Los Estados del Este difieren por sí de los del Oeste; pero son los mismos americanos los que aseguran su prosperidad.

CAPITULO X

LAS MANUFACTURAS DEL ESTE

I. Su predominio. – II. La unidad del tipo. – III. La abundancia de la hulla y el gas natural. – IV. Algunos ejemplos de grandes manufacturas.

I. - Su predominio

Cuando se recorre la Pensilvania ó Nueva Inglaterra, sobre todo esta última, llama la atención el marcado contraste que presentan sus diferentes partes. Algunas veces se circula en medio de campos casi abandonados; cultivos que revelan el descuido alternan con extensas tierras, mitad bosque, mitad pastos; y algunas casas de granjas, varias de ellas ruinosas, atestiguan á la vez la antigua prosperidad agrícola del país y su decadencia actual; pero de pronto, al dar la vuelta á una colina poblada de bosque, se ve un valle activo, cuyos lados ocupan preciosas quintas; mientras que en el fondo se elevan grandes edificios cuya monótona arquitectura y altas chimeneas anuncian las fábricas. En torno de ellas se ha creado una pequeña ciudad que atrae en provecho suyo la población de los campos de los alrededores. El régimen industrial ha sustituído á la vida en el dominio familiar, y el aspecto general del país revela esta transformación.

En efecto, esos Estados del Este han sufrido un cambio profundo desde hace treinta años. A consecuencia de las diver-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sas circunstancias que han acompañado á la guerra de Secesión, las fábricas surgieron como por encanto en su territorio, y la venta y explotación de los desiertos del Oeste imposibilitó en el Este el cultivo. Esto se comprende fácilmente: en Europa hemos sufrido la competencia del Dacotah y del Minnesota por la producción de cereales; y con mayor razón, esa competencia debía sentirse en un país más próximo, al que la Constitución americana, que prohibe las aduanas interiores, no permitía defenderse por medio de tarifas protectoras. Además, el trigo de Massachussets, sembrado por obreros agrícolas á quienes se pagaba cien francos al mes, hallábase respecto al del Oeste en una situación mucho más desfavorable que el trigo francés, cultivado con una mano de obra cuatro ó cinco veces menos dispendiosa. En otros términos, las tierras nuevas del Oeste luchaban con las tierras agotadas del Este sin compensar esta desventaja. Es lo que los americanos explican con una breve frase que tiene todo el alcance de una sentencia de muerte: «El cultivo no compensa los gastos en el Este» *(Farming does not pay in the East)*.

Como el *farming* no era reproductivo, los yankis no tardaron en abandonar la región; los que deseaban seguir trabajando la tierra, fueron á buscarla allí donde prometía ser más ventajosa, los otros se encaminaron hacia las fábricas, y los dominios patrimoniales de Nueva Inglaterra han desaparecido. Separados por largas distancias, aún se podrían encontrar algunos representantes de las antiguas familias de *peregrinos*, encariñados por tradición con la casa y el género de vida de sus padres; pero éstas son muy raras excepciones.

Las estadísticas, por otra parte, revelan tal estado de cosas, demostrando que el cultivo del trigo ha disminuído sensiblemente en el Este. Los Estados que más progresan en el movimiento industrial, como por ejemplo Massachussets, no producen ya un grano.

Los únicos establecimientos agrícolas que subsisten son los que se necesitan para el abastecimiento diario de las ciudades vecinas; es decir, aquellos que están consagrados á la horticultura ó á la industria lechera. Así, pues, en el Este, no solamente no es ya el cultivo el que da nacimiento á las ciudades, como lo



Paseo por los caminos arcillosos de Pensilvania

hemos visto en el Oeste, sino que éstas son las que sostienen lo poco que aún queda del cultivo. Bien vemos que la revolución es completa y que verdaderamente se puede oponer el Este manufacturero al Oeste agrícola.

Pero no se ha de perder de vista que casi siempre son vástagos de familias de Nueva Inglaterra y de los demás Estados del Este los que dirigen la colonización del Oeste; de modo que se incurriría en un grave error si se juzgara á los habitantes de Massachussets ó de Nueva York incapaces de interesarse en la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

agricultura. Las causas que la hacen imposible en esta parte de los Estados Unidos dependen de hechos económicos y no sociales; es posible que desaparezcan un día ú otro, y hasta veremos que se pueden anticipar desde ahora ciertos hechos favorables á esa nueva transformación.

Por lo pronto se observan en las costumbres generales muchos rasgos que demuestran la posibilidad de ello: con frecuencia encontré en Nueva York, en Boston ó Filadelfia, personas que ejercían profesiones, poseyendo á cierta distancia pequeñas granjas para distraerse. Así, por ejemplo, un médico hace experimentos en una reducida finca rústica, la que cultiva científicamente por medio de abonos muy enérgicos. «Esto me cuesta más de lo que obtengo de mi renta, me confesó; pero es un lujo que me permito, porque tengo mucha inclinación natural á las faenas agrícolas.» Un abogado y un agente de negocios me hacen confidencias análogas. Estos hombres se consagrarían de buen grado al cultivo *si les pagase*.

Pero la situación actual no está menos completamente en favor de las manufacturas. Para seguir explotando las tierras del Este sería necesario preservarse de los efectos de la competencia, vivir muy económicamente con los productos de la finca propia, comiendo lo que uno mismo cultiva y dándose por contento si se llega al fin del año sin carecer de lo preciso; pero el yanki no está dispuesto á semejante cosa. Esto es bueno para los franco canadenses de la provincia de Quebec, á quienes el precio de los artículos de consumo importa poco y que se contentan con una independencia segura, aunque modesta. El americano quiere que su trabajo *pague*, y abandona la vía que sigue apenas ve otra más ventajosa. Esta disposición tiene por efecto hacer mucho más intensas las fluctuaciones económicas; y en el caso que nos ocupa explica la victoria completa del taller industrial sobre el taller rural, de la fábrica sobre la granja.

El terreno queda así perfectamente despejado, y vemos, en resumen, que la vida americana no tiene más que una fuente de prosperidad en el Este: la industria. Todo lo demás es accesorio, pues el comerciante, el banquero, el médico, el abogado, el periodista, etc., no son más que parásitos. No producen nada directamente, sino que viven de los servicios prestados á los que producen; en el Oeste su fortuna se basa en el desarrollo del cultivo; en el Este tiene por razón de ser el desarrollo de la fabricación.

II.—La unidad del tipo

No solamente la fabricación es el trabajo dominante en el Este, sino que apenas afecta más que una forma: el gran taller.

Sin hacer ninguna investigación, sin estudiar particularmente el régimen industrial, podemos darnos cuenta de ello. Entrad en el primer almacén que encontréis, en los Estados Unidos, para comprar un objeto cualquiera: si deseáis una cosa esmerada, que exija de parte del obrero una verdadera habilidad profesional, os costará trabajo encontrarla; y si lo conseguís, el precio que os pedirán bastará para indicaros su carácter excepcional. Hasta se verá que generalmente procede del extranjero, pues rara vez es artesano el yanki, y mucho menos artista; no es más que un obrero de fábrica, que construye los objetos por docenas ó por gruesas.

Muchos oficios que entre nosotros ejercen individuos establecidos por su cuenta después de un largo aprendizaje, apenas se conocen en los Estados Unidos. Los procedimientos que necesitan, y en los cuales el trabajo á mano tiene una parte preponderante, se hacen sumamente costosos aquí á causa del precio de la mano de obra, y no podrían aplicarse, por lo tanto, sino á productos de gran lujo, que es muy sencillo importar de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Europa. Ya indiqué antes, refiriéndome al Oeste, cómo la fábrica de calzado tiende á suprimir el zapatero: lo mismo sucede para el sillero, el guarnicionero, el maestro de coches, el sastre, el carpintero, el herrero, el plomero, y hasta para el relojero, el platero y el joyero, que al parecer debían escapar más fácilmente de esta absorción. Hay fábricas de arneses, de coches, de ropas hechas, donde las máquinas de coser funcionan por vapor; de puertas, de ventanas, de instrumentos aratorios, de relojes, de vajilla, etc., etc.

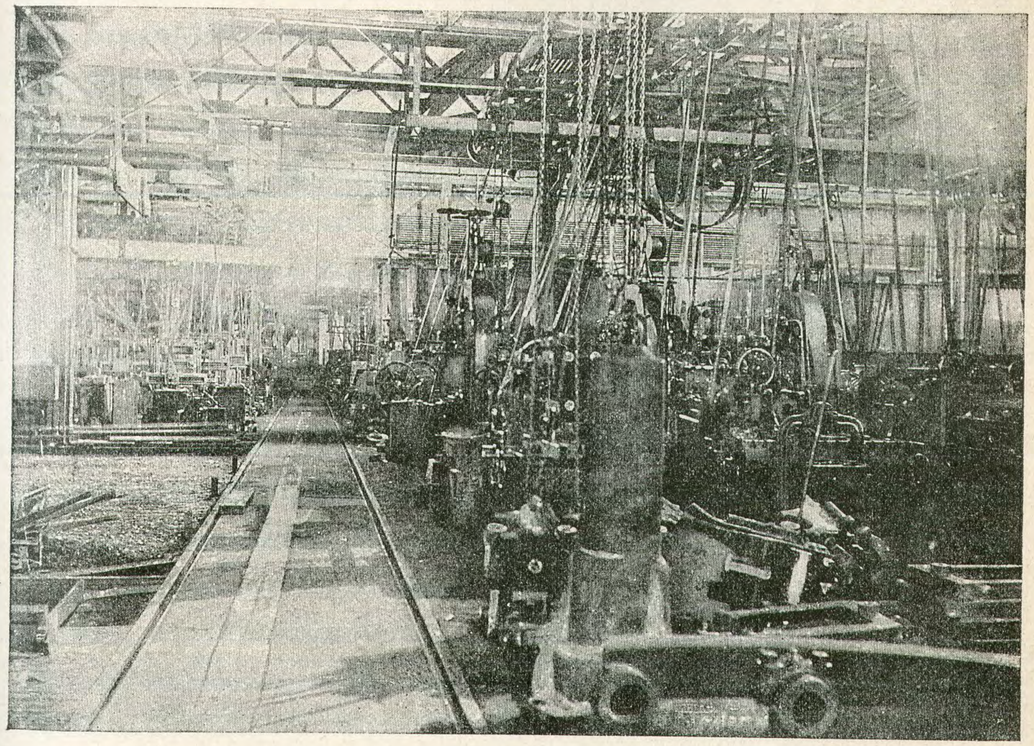
La fabricación no toma, pues, en los Estados Unidos, así como el cultivo, una serie de formas diversas; y no se desarrolla sino en grandes establecimientos, exigiendo considerables capitales y ocupando muchos obreros.

Este hecho es muy importante, pues domina todo el régimen industrial de los Estados Unidos, dependiendo de varias causas, de las cuales he aquí las más salientes.

En primer lugar, lo caro de la mano de obra, cuyo efecto acabo de indicar. Nada podría imprimir tan poderoso impulso al progreso de las máquinas como la necesidad que hay de inventarlas para fabricar á bajo precio; y como esta condición se aúna con el genio inquieto é investigador de la nación americana, debía conducir fatalmente al maquinismo y, por lo tanto, al gran taller.

Por otra parte, los obreros americanos son en su mayor parte europeos que cruzaron el Atlántico en busca de fortuna, sin saber por qué camino tratarían de alcanzarla y sin tener especialidad profesional. Lo que esos hombres necesitan es encargarse de dirigir una máquina, ó de algún detalle fácil de vigilar; pero no de la ejecución de un conjunto. El gran taller, servido por máquinas sabiamente combinadas, que permiten una extremada división del trabajo y reducen el aprendizaje á su más simple expresión, les conviene admirablemente.

En cuanto á los obreros nacidos en América, se acomodan igualmente muy bien con una organización industrial que les permite cambiar de oficio tan á menudo como quieran, sin que esta continua mudanza les moleste mucho. Esto entra en su concepción de la vida; les causa horror una carrera cuyo fin se



Talleres de máquinas de William Sellers, en Filadelfia

ve al entrar, y quieren modificar el empleo de su actividad según las circunstancias.

Queda la clientela, que podría exigir una fabricación más cuidadosa y menos uniforme que la de las manufacturas; pero no piensa en ello, porque no es una clientela de personas delicadas; su buen gusto no está desarrollado; ama el lujo brillante y ostentoso, la comodidad que se luce, y no el refinamiento discreto ó el gusto elegante: las máquinas pueden satisfacer se-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mejantes aficiones, y de consiguiente tendrán un nuevo aliado en la clientela.

Por último, esta clientela tiene otro carácter igualmente favorable al régimen manufacturero, y que consiste en ser muy extensa. He visto fabricar, á pocas millas de Boston, botas á dos dollars para los negros del Sur y los colonos del Oeste; el hombre bastante hábil para fabricar esas mismas botas medio dollar más baratas estaría casi seguro de dar salida á todos sus productos, porque un solo establecimiento no podría calzar á todos los negros del Sur y todos los colonos del Oeste.

III.—Abundancia de la hulla y del gas natural

Otra condición más ha venido á favorecer el desarrollo de la gran industria en los Estados Unidos, y es la riqueza de los yacimientos de hulla que contienen.

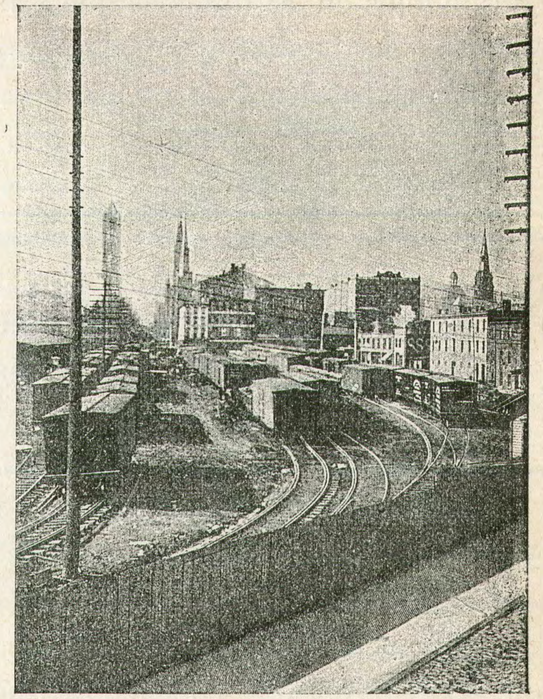
La cuenca de los Apalaches, que costea el pie occidental de la cordillera, extendiéndose á través de Pensilvania, Virginia, el Tennessee y Alabama, presenta inmensos recursos mineros, en parte sin explotar aún. Hasta aquí Pensilvania es casi el único Estado que entrega sus tesoros; Virginia, el Tennessee y Alabama, aún resentidos del quebranto que les ocasionó la guerra de Secesión y ocupados además por una raza menos activa y emprendedora, no se han cuidado de abrir minas. Será necesario, y probablemente no tardará esto mucho, que los capitales de Nueva Inglaterra vengan á fecundar sus riquezas naturales para hacerlas utilizables.

Actualmente, en Pensilvania es donde conviene situarse para darse cuenta de los efectos de la abundancia de la hulla en el desarrollo de las fábricas.

Los distritos mineros son numerosos y alimentan las grandes industrias de Filadelfia, de Nueva York y de una infinidad

de otros puntos más ó menos lejanos. El principal de todos por lo notable, aquel donde los trabajos de las minas y los de las manufacturas se han desarrollado á la par con la más sorprendente rapidez, se halla en los alrededores de Pittsburgo.

«El célebre yacimiento de hulla de Pittsburgo, dice M. de Lapparent en su *Tratado de Geología* (página 776), se extiende con una regularidad notable y un espesor siempre comprendido entre uno y tres metros, en un territorio que no mide menos de trescientos sesenta y cinco kilómetros de longitud por ciento sesenta de anchura. La superficie de la capa sigue durante largo tiempo el curso del río Monongahela, de lo cual resultan para la explotación facilidades particulares.»



Vagones en medio de una plaza, en Pittsburgo

Esto explica cómo ese país se ha transformado desde hace cuarenta años. No solamente Pisttburgo ha llegado en poco tiempo á la cifra de doscientos mil habitantes, sino que alrededor de ella han surgido otras ciudades, enteramente consagradas á la fabricación, que se agrupan en torno de una manufactura y que no viven de otra cosa.

Tales son las jóvenes ciudades de Allegheny, verdadero arrabal de Pittsburgo, de Mansfield, Monongahela City, Braddock Edgar, etc.

Llegué á Pittsburgo una noche, procedente del Este, por la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

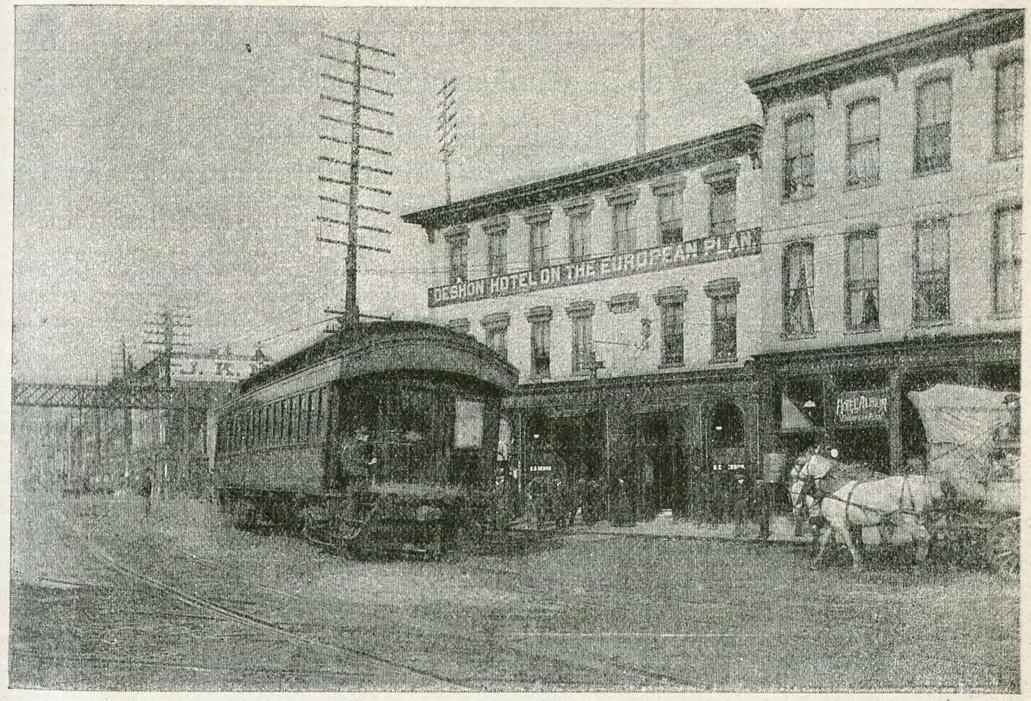
Baltimore and Ohio railroad (línea férrea de Baltimore y Ohio), y no olvidaré jamás la impresión extraordinaria que aquel viaje me produjo. A partir de Connellsville, sobre todo, el horizonte se iluminaba á cada instante por el resplandor de largas líneas de hornos de cok *(coke oveus)*, cuya viva claridad se divisaba desde lejos en las tinieblas que les rodeaban; y en otro lado, inmensos surtidores de chispas, surgiendo sobre una fundición, producían el efecto de un poderoso incendio. Costeábamos la orilla del río Youghiogheny, uno de los afluentes superiores del Ohio, y todos aquellos fuegos se reflejaban en sus aguas, aumentando más aún la extrañeza del espectáculo. En cada estación, grandes hacheros, con una larga llama amarillenta, iluminaban la pequeña ciudad donde nos deteníamos, comunicando reflejos fantásticos á las personas y á los objetos más próximos: era la primera manifestación del *gas natural (natural gas)*, cuyo reciente descubrimiento ha venido á impulsar más la prosperidad de Pittsburgo.

Este gas natural es una especie de petróleo en estado gaseoso. «Creemos, me dice un ingeniero de la *Philadelphia gas Company*, que el gas natural es una exhalación del petróleo, ó si se prefiere, que el petróleo es una condensación del gas natural.»

Se encuentra generalmente á la profundidad de cuatrocientos cincuenta á mil metros de la superficie del suelo; pero los pozos por medio de los cuales se llega á él son muy estrechos. Se abren con una especie de taladro movido por una máquina de vapor, y cada vez que hay que reemplazar el instrumento, los obreros inspeccionan cuidadosamente la naturaleza de la arena que ha quedado adherida á él: en la práctica, este es el indicio que guía más seguramente para saber si está cerca de llegar á la capa de gas. Una vez puesto éste en comunicación con el aire exterior, sube á la superficie por su mayor ligereza específica,

y ya no falta más que establecer una canalización para conducirle donde se quiera. El pozo es una fábrica de gas producido por la naturaleza.

M. Jorge Westinghouse, el inventor universalmente conocido del freno de aire comprimido, usado en los caminos de



Vagón en el recodo de una calle en Pittsburgo

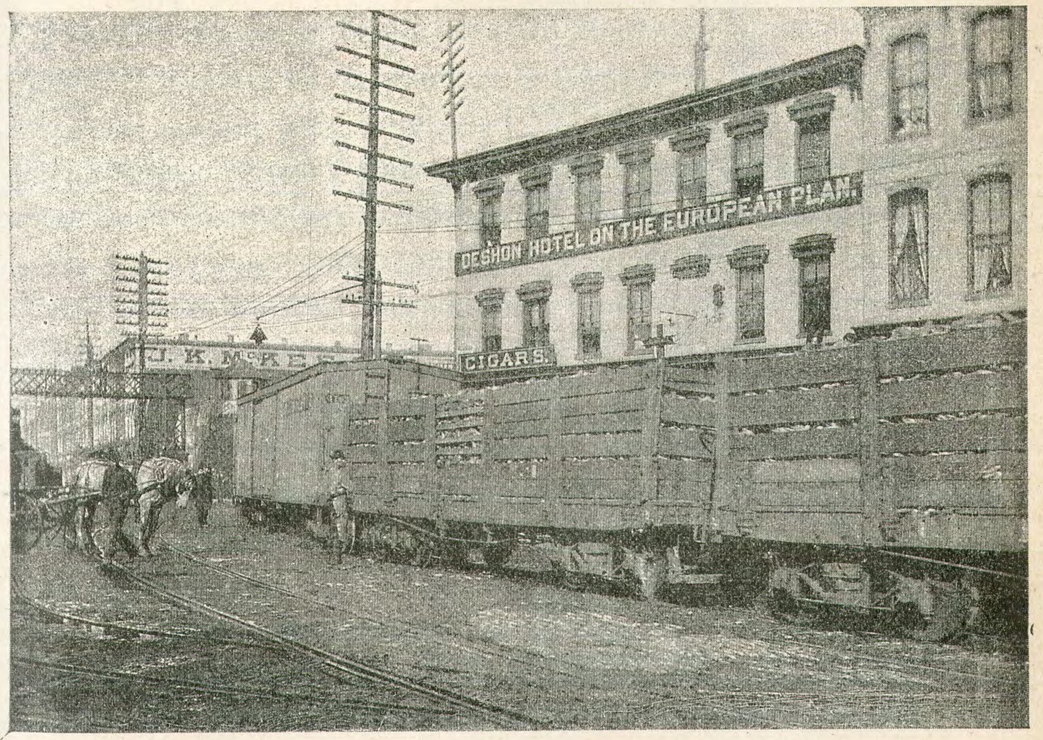
hierro, fué el primero en utilizar el gas natural en el distrito de Pittsburgo; y en la actualidad, la *Philadelphia Company*, que él preside, distribuye más de cuatrocientos millones de pies cúbicos diariamente. Esto es decir que su idea se ha considerado buena.

En efecto, ofrece grandes ventajas, y el gas natural es el que produce ahora toda la fuerza motriz necesaria para las industrias de Pittsburgo. En primer lugar, la ciudad tiene así un aspecto menos sombrío; ya no es la *smoky town* (ciudad ahuma-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

da) que tan bien merecía su nombre en el tiempo en que espesas nubes negras la rodeaban constantemente á causa de las numerosas chimeneas de las fábricas. La combustión del gas natural desprende un humo incomparablemente menos denso que el del carbón de piedra y proporciona así á los habitantes de Pittsburgo un precioso elemento de higiene y de limpieza. En segundo lugar, los industriales obtienen gran economía en la mano de obra: en vez de emplear una docena de individuos, desnudos hasta la cintura, en arrojar sin descanso bajo las calderas paletadas de carbón, les basta un hombre para vigilar algunas de las primeras. Este hombre se sienta junto á ellas y lee tranquilamente su diario, molestándose tan sólo á intervalos para regular el contador del gas y obtener la debida calefacción. Con un poco de cuidado se llega á una perfección mucho mayor por esta parte, y es una nueva ventaja agregada á las demás. En efecto, se puede aumentar ó disminuir á voluntad, por medio de una simple llave, la cantidad de gas y el calor que resulta. El carbón, por el contrario, no permite más que la segunda de estas operaciones; se puede poner, pero no quitar, y así resulta inútil el pañol del carbón, que ocupa un espacio considerable. Añádase á esto que el uso del gas natural no exige ninguna transformación importante en la construcción de las calderas, y se comprenderá cómo ha podido sustituir al carbón dondequiera que se halle próximo.

El gas que se consume en las fábricas de Pittsburgo llega generalmente desde un punto distante unos treinta kilómetros, por tubos de palastro que suelen estar á flor de tierra: á los americanos no les agrada complicar inútilmente las operaciones, y piensan que más vale correr el riesgo de algunos accidentes que entorpecer el libre ejercicio de una industria provechosa. Esta es la razón que me daba el propietario de un pozo de gas, á quien manifestaba mi asombro al ver que su cañería atravesaba así un campo de trébol inmediato. Cuando se ha de franquear un valle estrecho se coloca algunas veces la cañería sobre una ligera armazón de madera; pero esto no es resultado de una prudencia particular, es porque así no se necesita un sifón y se puede hacer una economía notable en la longitud de los tubos.



Una vía férrea en la calle, en Pittsburgo

Gracias á estos medios sencillos y poco costosos, Westinghouse puede entregar el gas natural á los habitantes de Pittsburgo al precio de cinco céntimos los cien pies cúbicos (unos siete céntimos el metro cúbico). Se calcula que mil pies cúbicos de gas dan un calor equivalente al que pueden producir ochenta y dos libras de carbón de Pittsburgo. En estas condiciones, el gas tiene también la ventaja de la baratura.

En resumen, la aplicación del gas natural ha comunicado á

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

las fábricas de Pittsburgo una actividad mayor de la que ya tenían, aunque era mucha. La cuestión se reduce á saber si esa maravillosa riqueza natural no se agotará en un plazo bastante breve, pues algunos pozos, muy productivos cinco ó seis años hace, están ya casi exhaustos; mientras que varios han disminuído mucho á causa de haberse abierto otros contiguos que se alimentaban en la misma fuente. Imposible es, por lo tanto, prever el porvenir reservado al gas natural en el desarrollo de las industrias americanas. Por lo pronto, proporciona buenos beneficios á las sociedades que le explotan, y los grandes industriales de Pittsburgo, como M. Andrew Carneggie, se han asegurado la propiedad de cierto número de terrenos en los *gas fields* (campos de gas) á fin de suministrar por sí mismos el gas á sus calderas. Suponiendo que lo agoten pronto, aún les quedará el gran recurso de la hulla.

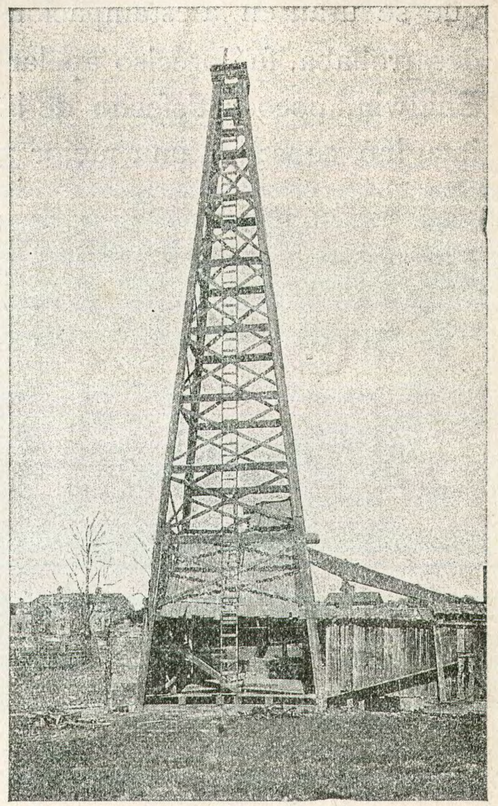
IV.—Algunos ejemplos de grandes manufacturas.

En ese territorio privilegiado, las fábricas han surgido como por encanto, y el desarrollo de la mecánica ha tomado tal incremento, que encontramos en Pittsburgo inventores conocidos del mundo entero. Ya he citado á M. Westinghouse; también Edison tiene allí uno de sus principales establecimientos de electricidad; pero el rey entre todos es aún M. Andrew Carneggie, el fundador archimillonario, que llegó á los Estados Unidos, unos veinte años hace, con veinticinco duros, según dicen. Solamente uno de sus establecimientos, situado en la inmediación de Pittsburgo, emplea cuatro mil obreros y produce mil cuatrocientas toneladas de rieles de acero diariamente.

Ya se comprenderá que magnífica clientela aseguran á esas industrias las numerosas líneas férreas que ocupan el suelo de la Unión, y su importancia explica la existencia de las grandes

fábricas que vemos aquí, como explica la de Pullman en Chicago. De igual modo la rapidez con que se han construído corresponde á la rapidez con que Pittsburgo se ha desarrollado: son fenómenos conexos.

En Filadelfia visito la gran fábrica de locomotoras de Baldwin *(Baldwin locomotive works)*, situada en la ciudad misma. Ocupa seis enormes cuadros de terreno *(blocks)*, y puede producir cinco locomotoras completas cada día; se ocupan allí tres mil obreros, que cobran por término medio más de dos duros diarios; pero entre ellos hay muchos muy hábiles que han aprendido su profesión en la casa misma.



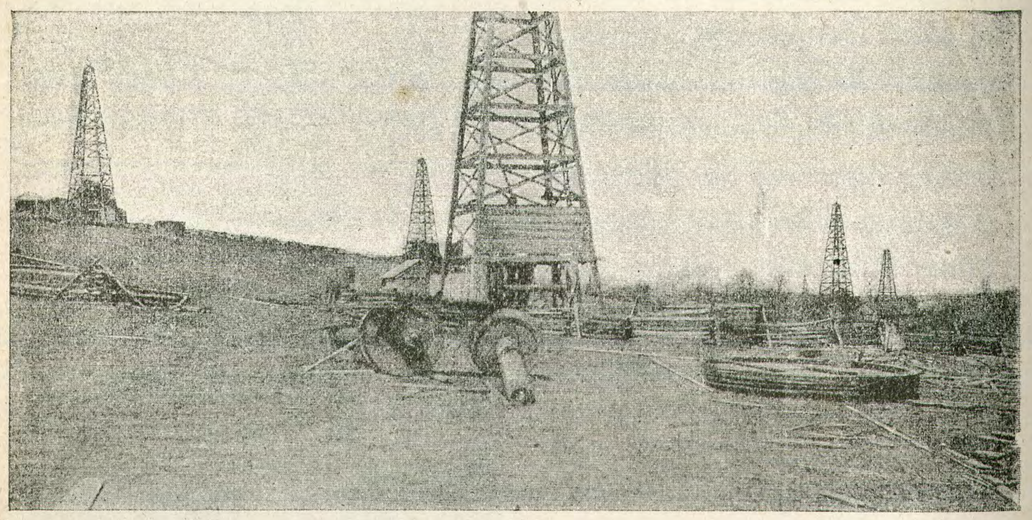
Pozo de gas natural en Cannonsburg, cerca de Pittsburgo

Al recorrer aquellos talleres veo jóvenes que parecen tener unos quince años cuando más; éstos llegarán á ganar más tarde considerables jornales, gracias al aprendizaje que en este momento hacen; por lo pronto, ya cobran, y van comprendidos en el término medio de dos duros trece céntimos diarios que me han indicado (unos once francos). La naturaleza del trabajo permite pagar la mayor parte de la mano de obra por piezas, y algunos obreros pueden ganar hasta veinte francos diarios.

La historia de la casa Baldwin, hoy dirigida por tres asociados, MM. Burnham, Parry y Williams, es muy curiosa. M. Ma-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

thias W. Baldwin, su fundador, un americano de Nueva Jersey, era joyero y platero en su juventud, lo cual no le impidió asociarse con un tal David Mason para fabricar cilindros de los que se usan en la estampación del percal. Como la empresa se desarrollaba, fué preciso apelar al vapor como fuerza motriz, y Baldwin, poco satisfecho de la máquina que había comprado, imaginó construir una mejor adaptada á las necesidades de su

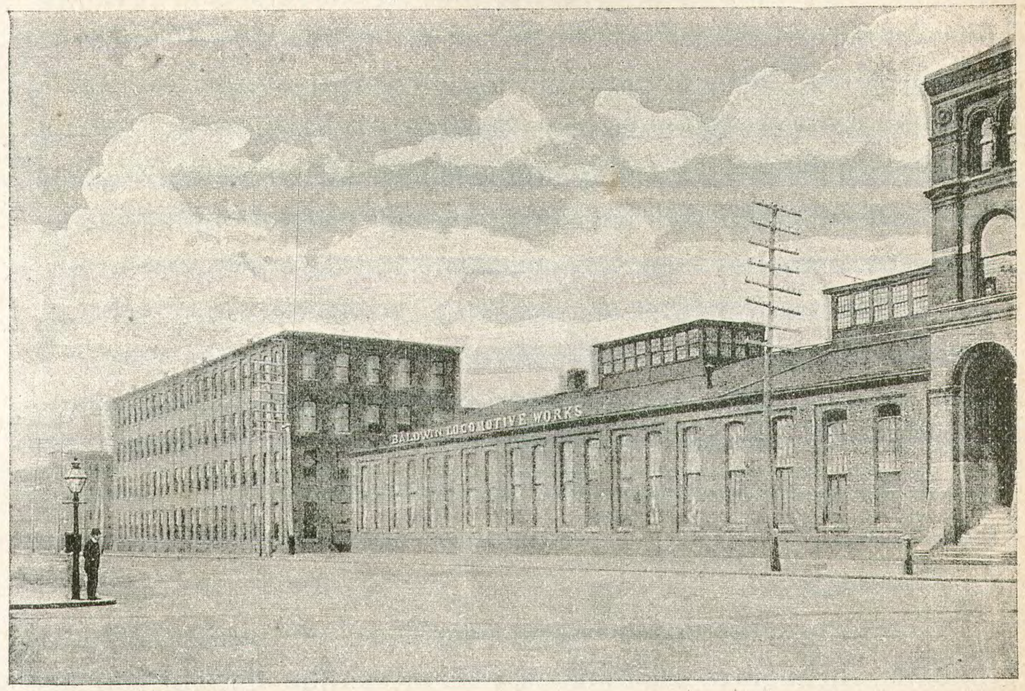


Vista general de los pozos de gas natural, en Cannonsburg

fabricación. En aquel ensayo obtuvo el mejor éxito, y así ocurriósele aplicar á las locomotoras las aptitudes especiales que acababa de reconocer en sí para la fabricación de las máquinas de vapor.

Este es un ejemplo, entre una infinidad de otros, de la manera de establecerse los más célebres industriales en América. – Yo creo que en este punto Europa se asemeja á ese país. – No son ingenieros, apoyados por quince años de estudios especiales, los que crean los grandes establecimientos que visito. Ni Baldwing, ni Carneggie ni Westinghouse estaban destinados por sus familias á ser sabios; no pasaron su juventud profundizando todos los

problemas científicos, sino que, colocados á la edad de quince ó diez y seis años ante todos los problemas prácticos que los negocios suscitan, inventaron procedimientos más sencillos para alcanzar un objeto determinado, é hiciéronse dueños del saber necesario á medida que lo necesitaron.



Fábrica de locomotoras de Baldwin, en Filadelfia

Lo más notable en estos industriales es, por una parte la facultad de inventar, y por otra, la de dirigir. M. Westinghouse, por ejemplo, pidió sucesivamente *setenta* privilegios para la construcción de su freno de aire comprimido; y por lo tanto, setenta veces introdujo un perfeccionamiento bastante notable para constituir un descubrimiento útil; pero no es un inventor de laboratorio, sino un jefe de industria, que dirige sus talleres de Pittsburgo y halla tiempo también para explotar el gas natural, debiendo además hacer frente á todas las dificulta-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

des económicas y sociales que presentan las empresas tan grandes como las suyas.

Visito los talleres de M. Carneggie en compañía de un joven de diez y seis años, que interviene ya en los importantes asuntos de la casa y hace su aprendizaje del oficio industrial; era todavía un niño por el rostro, mas su conversación revelaba una madurez precoz. Al dirigirnos á la fábrica hablamos de una infinidad de asuntos, y me dirige preguntas de muy buen sentido y de mucho alcance respecto á las costumbres de los jóvenes en Francia, á sus gustos y aspiraciones. Mi patriotismo me dificultaba contestarle algunas veces; y cuando hube satisfecho más ó menos bien su curiosidad, me dijo: «Ya veo lo que es; los jóvenes franceses se parecen á los que encontré en Wáshington; les agrada la vida fácil *(a sort of easy going people).*» Pero él no buscaba este género de existencia: deseábala activa, y su juvenil y sincero entusiasmo enardecíase de la manera más cándida y franca cuando le hablaba de la maravillosa carrera de su maestro Carneggie ó de cualquier otro fabricante conocido en Pittsburgo.

En efecto, esos hombres son magníficas muestras de la raza humana, luchadores obstinados y audaces que ennoblecen sus grandes ganancias por el uso que de ellas hacen, que no se creen jamás con derecho á entregarse al reposo y disfrutar de su trabajo, sino que siguen siempre adelante hasta el día de su muerte, como si una vocación inconsciente les hubiera señalado un objeto que siempre huye y no pueden alcanzar.

No solamente no acumulan para disfrutar, sino que se muestran generosos y llenos de solicitud para aquellos que ocupan una posición inferior. M. Carneggie ha fundado recientemente en Pittsburgo una biblioteca pública, á la cual ha hecho un magnífico donativo de un millón ochocientos mil francos, asegurándola además una renta anual y perpetua de dos-

cientos cincuenta mil. En efecto, desea que sus obreros y todos los de las diferentes fábricas de la ciudad encuentren allí medios de perfeccionarse intelectualmente; sin duda que este patronato es muy indirecto, pero tiene mucho de americano; no se ejerce presión sobre nadie, y tan sólo se pone al alcance de los que quieren ilustrarse un elemento que pueda ayudarles.

En *Baldwin locomotive works* me enseñan una especie de restaurant barato, establecido en los mismos edificios de la fábrica por la solicitud de una asociación titulada *The Neighbourhood guild association.* Se ha permitido á los obreros que lo desean tomar su comida de mediodía sin verse obligados á volver á sus casas, lo cual les ocasiona en ciertos casos una considerable pérdida de tiempo ó les obliga á ir á los figones vecinos. He visto la lista del día en que llegué, y la reproduzco aquí como mero informe, debiendo añadir que hay el mayor aseo, cosa que no se observa de ordinario en los restaurants alemanes, susceptibles de servir por setenta y cinco céntimos de franco la comida siguiente:

Vaca ó cordero asados.
Legumbres y sopa.
Café, te ó leche.
Pan y manteca.

Los que no se contentan con lo que precede, pueden pedir los *extras* siguientes:

Sopa.	15	céntimos
Pastas.	25	»
Budin de arroz.	25	»
Café, te ó leche.	15	»
Café, pan y manteca. . .	25	»

Los dueños de fábrica americanos no tratan de asegurar ellos mismos por instituciones de este género el bienestar material ó moral de sus obreros; estos últimos son lo bastante celo-

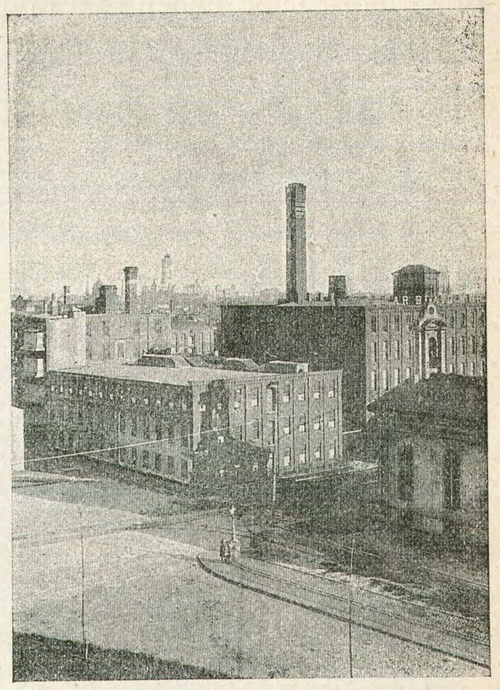
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sos de su independencia para no reclamar un patronato tan directo; y los industriales tienen demasiado en qué pensar para descender á estos detalles; pero no son pocos los que favorecen cuanto es posible los esfuerzos intentados en este sentido. Ejemplo de ello son los *Baldwin works*. En su inmediación se eleva el establecimiento de *William Sellers and C.o*, que tan sólo ocupa de quinientos á setecientos obreros; pero ejecuta los más delicados trabajos en hierro y acero; casi todas las nuevas máquinas se construyen en esos talleres, así como muchos instrumentos de precisión; las herramientas, sumamente complicadas, permiten una maravillosa sencillez en cuanto concierne al trabajo del obrero, y sin embargo, no se emplean aquí más que hombres prácticos. El director me explica que no se admite en la fábrica sino en clase de aprendiz al que no haya cumplido veintiún años. Evidentemente, ésta es una industria muy excepcional en los Estados Unidos; no se trata ya de una ocupación que se pueda tomar ó dejar á voluntad, sino que es un verdadero oficio. El director me dice también que varios obreros no han trabajado jamás fuera de la casa, y que son fijos en ella por su especialidad.

Junto á las industrias del hierro, que ocupan en Filadelfia el primer lugar, sin absorberlo todo, como en Pittsburgo, se hallan las industrias textiles, las fábricas de ropas, de alfombras y de calzado; las refinerías de azúcar y cervecerías, donde vemos reaparecer el carácter de instabilidad tan marcado en el personal de las industrias americanas, según lo reconocen los mismos hijos del país. «La particularidad más notable que caracteriza al obrero de fábrica de Filadelfia, dice M. Lorin Blodget, el eminente estadístico, residente en este punto, es la facilidad con que pasa de una ocupación á otra (1).» El considerable número de fábricas establecidas en Filadelfia contribuye por otra parte más aún á exagerar esta tendencia; sin cambiar de domicilio se puede recorrer toda una serie de industrias diversas, al capricho del visitante.

(1) *The Industries of Philadelphia,* pág. 31.

Una de las fábricas de tejidos de más importancia en Filadelfia es la de M. Dobson, situada cerca de Shuilkhill Falls, en el lindero de Fairmount Park. En ella se ocupan cinco mil obreros, entre los cuales cerca de la mitad son mujeres ó niños; se ganan jornales muy elevados; por término medio, según me dicen, los niños reciben un duro diario, y los menos hábiles cuatro por semana, ó sea unos 3'50 francos diarios. En cuanto á las mujeres, pueden ganar hasta diez francos al día, poco más ó menos el salario de las jóvenes que veo trabajar en el *Pattern room*, taller donde se regularizan el dibujo y el tinte para la fabricación de las alfombras. Cada joven cuenta los hilos y se asegura de que su número es igual al de los del modelo que tiene á la vista. Al cabo de poco tiempo saben de memoria los diferentes modelos y ejecutan su tarea con gran rapidez. Bien vemos que los jornales elevados no suponen siempre, ni aun entre las mujeres, aptitudes particulares. Los hombres ganan de tres á cuatro duros diarios; generalmente no trabajan en talleres particulares, y se les encuentra casi en todas partes mezclados con las mujeres y los niños, pero sin que esto ocasione al



Barrio de las fábricas en Filadelfia

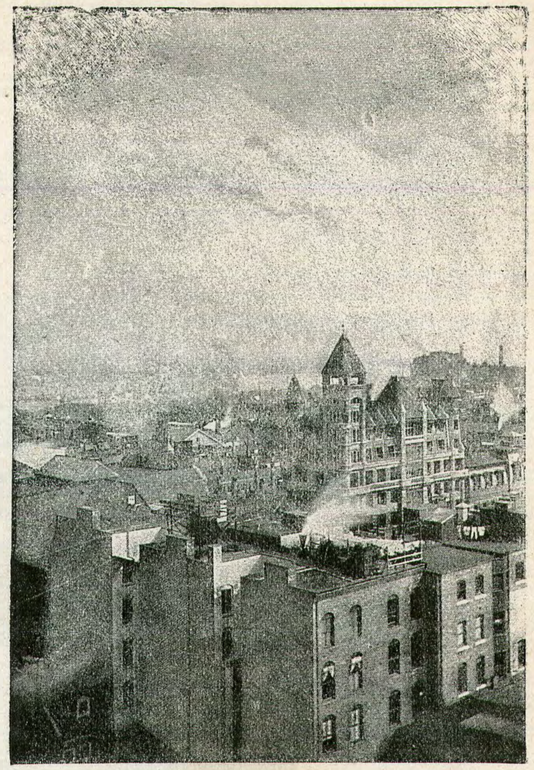
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

parecer graves inconvenientes desde el punto de vista moral. El americano, acostumbrado á frecuentar escuelas mixtas y á respetar á la mujer desde su infancia como un ser digno de todas las consideraciones, puede vivir sin peligro con las jóvenes en el contacto perpetuo del taller. Por otra parte, las exigencias de la fabricación hacen casi inevitable esta mezcla de los sexos. En Francia, donde se producen con frecuencia enojosas consecuencias, no se consigue evitarla del todo sino en ciertas industrias especiales.

No continuaré inútilmente la enumeración de las manufacturas que he tenido ocasión de visitar, pues no entra en mi plan ni en mis medios hacer una descripción técnica: solamente he querido indicar al lector la considerable importancia que alcanzan en general. A pesar de esto, las más pertenecen á unos cuantos asociados. He visto una fundición que distribuía mensualmente un millón de francos de jornales, lo cual supone una cantidad correspondiente en los gastos generales, compra de materia primera, etc. Esta fundición se hallaba en manos de siete asociados, así como las minas, los pozos de gas natural y otros accesorios dependientes.

Esto no es decir que no se formen nunca sociedades de accionistas para dirigir las empresas industriales; con frecuencia están bajo la inspección *(control)* de un accionista principal, prácticamente dueño del negocio; pero el hecho es que existen. La oficina de las estadísticas del trabajo, de Massachussets, ha publicado sobre este asunto interesantes documentos, según los cuales, de mil trescientos sesenta y cuatro establecimientos conocidos en ese Estado, novecientos veinticuatro se hallaban bajo el régimen de las sociedades privadas *(private firms)* y cuatrocientos cuarenta bajo el de las sociedades de accionistas *(corporations)*. Dichas cifras, tomadas en 1889, presentan un ligero aumento en el número de las segundas.

El nacimiento y el desarrollo de las grandes manufacturas han creado en el Este un estado de cosas del todo nuevo desde el punto de vista de la posición social de la mayoría de los ciudadanos. En otro tiempo, tan sólo hará unos cincuenta años, la nación, casi enteramente agrícola, apenas contaba más que propietarios libres, poco terratenientes, pocas grandes fortunas y muchos *farmers* (labradores): tal era entonces Nueva Inglaterra—ya hemos visto en ciertos Estados del Oeste regiones casi análogas:—la independencia era el carácter general.



Vista panorámica parcial de Filadelfia

Con el predominio del gran taller de la industria, esa independencia ha disminuído hasta el punto de no ser ya patrimonio más que de unos pocos; un solo individuo puede dirigir varios centenares de obreros, y con frecuencia miles; de modo que son otras tantas vidas que van á depender de él. Para que todos los hombres se hallen seguros de su jornal, como lo estaban en otro tiempo del producto de sus tierras, se necesita el concurso de muchas condiciones: la primera de todas es que haya entre ellos y sus patrones un mercado de trabajo; es preciso que el tipo de los jornales sea aceptado de una parte y otra, sin lo cual ni siquiera el taller se constituye; y es indispensable, además, que este acuerdo no se altere, pues de lo contrario so-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

breviene una interrupción en el trabajo, y de consiguiente una crisis más ó menos importante, pero inevitable.

Es la *cuestión obrera*, que nace aquí con sus amenazadores problemas.

Veamos cómo se ha resuelto en los Estados Unidos.



CAPITULO XI

LA CUESTIÓN OBRERA

I. Las señales de malestar. – II. Las señales de bienestar.
III. ¿De qué proviene el contraste?

Como la mayor parte de las cosas humanas, y como todas las cosas complicadas, la cuestión obrera presenta diferentes aspectos, según las industrias que se estudian y los obreros que se observan.

Claro es, por ejemplo, que al volver de Pullman City se siente una impresión favorable, y que al visitar ciertos barrios de Nueva York, por el lado de la segunda avenida, se experimenta, por el contrario, una verdadera angustia; es preciso dejar que el tiempo calme esta emoción si se quiere juzgar cuerdamente, y aun así se ha de estar en guardia contra toda opinión absoluta.

Para que haya un poco de orden y de claridad en las observaciones recogidas, las agrupo bajo dos títulos, que resumen su carácter opuesto: las unas, en efecto, revelan un malestar profundo en la clase obrera, y las otras indican un bienestar evidente.

Procuraré después explicar cómo estos dos elementos contrarios parecen distribuirse, y cuál es su importancia respectiva; pero adviértase que éstas no son más que indicaciones para el lector.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

I.—Las señales de malestar

Hay una que nadie ignora y es la más grave de todas: me refiero á las huelgas.

El mercado de trabajo, necesario para que el taller funcione, es asunto de frecuentes debates entre los patrones y los obreros americanos. Una estadística publicada en Wáshington en 1887 por M. Carroll D. Wright, comisario del trabajo, indica para un período de seis años, desde 1881 á 1886, la enorme cifra de veintidós mil trescientas cuatro huelgas; de modo que otras tantas veces se han entendido los obreros para detener la marcha de un taller, mientras que los patrones apelaron dos mil doscientas catorce veces á despedir todo su personal; de modo que, adicionando las interrupciones ocasionadas por los obreros á las que provenían de los patrones, resultaban cerca de veinticinco mil crisis que cortaron bruscamente los medios de existencia de la clase obrera.

Esto equivale á decir que la huelga es en América un hecho diario; hasta ha alcanzado un grado de rara perfección y se complica algunas veces con el *boycotting*, es decir, con poner al patrón en cuarentena. No solamente se rehusa tener con él comunicación alguna hasta que haya cedido á tal ó cual deseo indicado, sino que no se compra nada á los comerciantes que venden sus productos, ni tampoco á sus abastecedores; en una palabra, se le condena al más feroz ostracismo. El diario *New York Tribune* tuvo, años hace, una cuestión con sus tipógrafos, y éstos pusieron en movimiento á la *Unión obrera*, á la cual pertenecían, para *boycotter* al diario, es decir, para vedar la compra del mismo á todos los partidarios de la *Unión*. Esta última aplicó además á la vez igual procedimiento á varias de las casas de comercio que se valían de la publicidad de la *New York*

Tribune para insertar sus anuncios, y la acción ejercida fué bastante poderosa para que un gran almacén de confección, designado como primera víctima, se viera en la precisión de someterse. De igual modo, la compañía del *Royal Baking Powder* y otros varios establecimientos conocidos debieron retirar sus anuncios de la *New York Tribune*. Cito estos hechos para dar una idea del grado de persecución á que puede llegar un *boycotting* bien dirigido.

Desde hace algunos años, no obstante, obsérvase en las huelgas una diminución bastante marcada, y numerosos casos de arbitraje vienen á poner término á las dificultades que se suscitan entre patrones y trabajadores. La mayor parte de las asociaciones obreras actúan en este sentido, particularmente los *Caballeros del Trabajo*, cuya poderosa organización cuenta más de cien mil adherentes. Se citan casos en los cuales el Consejo ejecutivo de esta sociedad fué aceptado como árbitro por los patrones (1). Cierto que la clase obrera americana es generalmente más ilustrada que la europea; ha comprendido bastante pronto hasta qué punto los procedimientos de la huelga y del *boycotting* perjudicaban á sus propios intereses; y revela un deseo muy sincero de asegurar la manifestación de sus quejas de un modo á la vez más tranquilo y más eficaz. Las innumerables asociaciones que forma bajo diferentes títulos no son más que la expresión de este deseo. Sin duda que varias de ellas han tomado un carácter socialista y revolucionario que extravía con frecuencia la opinión pública; pero esto es una excepción, y ya tiende á desaparecer. Cuando los *Caballeros del Trabajo* se constituyeron en Filadelfia bajo la forma de sociedad secreta, su naciente poderío despertó muy pronto gran alarma en el conjunto de la población; y las cinco estrellas que servían en-

(1) Véase *The Labor Movement in América*, por Richard Ely, New-York, pág. 85, y también el artículo 22 de los Estatutos de los *Caballeros del Trabajo*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tonces para designarlos eran objeto de una especie de terror para muchas personas. El clero católico unía sus esfuerzos á los del clero protestante para combatir aquel enemigo misterioso, cuando un hombre de muy buen criterio, M. Powderly, que había conseguido hacerse elegir gran maestre de la asociación, desvaneció las inquietudes, dando á conocer públicamente su objeto y sus estatutos. Hoy día, la autoridad eclesiástica católica se niega á lanzar contra esta sociedad ninguna de las condenas de que son objeto las de carácter masónico.

Como quiera que sea, el hecho solo de la organización que han debido darse los obreros para preservarse de la inseguridad de su situación denota hasta qué punto llegaba aquélla. No era necesario asociarse para «asegurar una repartición más justa y equitativa de los productos del trabajo,» cuando en los Estados del Este, casi exclusivamente agrícolas, no había apenas más que propietarios independientes. Si las pasiones demagógicas son más raras aquí que en Europa, así en las huelgas como bajo otras formas de escisión entre los patrones y los trabajadores, es precisamente porque la mala inteligencia está por encima de la cuestión obrera y del contrato que une á los unos con los otros, no sobre una cuestión extraña explotada por algunos agitadores. Me hallaba en Chicago en 1890, en ocasión de haberse declarado una huelga de cincuenta mil obreros á la vez; y no hay duda que un forastero no lo habría sospechado á no leer los diarios. Nada de trastorno en la calle, ninguna barricada, ni banderas al aire, ni tampoco fuerza armada en pie; los huelguistas celebraban *meetings* para entenderse respecto á la actitud que era conveniente observar, ó las resoluciones que debían adoptarse, con tanta gravedad como *clergymen* (sacerdotes) exponiendo á sus fieles los intereses de su congregación. Evidentemente, aquellos hombres no se habían declarado en huelga por capricho, por mal humor ó para hacer la oposición

al gobierno; tenían motivos para obrar así, y no habían llegado á tal extremo sino á consecuencia de un grave disentimiento.

La cuestión pendiente entonces era la de las *ocho horas de trabajo*. No es necesario exponerla en sus detalles; me bastará decir que en muchas industrias las horas diarias de trabajo son diez todavía, y por lo tanto, lo que se pedía era una reducción de dos.

La reducción en el tiempo de trabajo ó el aumento de jornales constituyen generalmente el tema de todas las reclamaciones que dan lugar á las huelgas. Otras veces los industriales son los que las provocan, por haber despedido injustamente á un obrero, individuo de alguna sociedad poderosa, ó por la precisión en que se hallan de reducir su fabricación en las épocas de crisis de la industria, harto frecuentes, como lo prueban las estadísticas, y que nadie puede impedir.

Suponiendo, por lo tanto, que las asociaciones obreras y el buen sentido de aquellos que las dirigen conduzcan á una mejora siempre creciente en las relaciones del capital con el trabajo, no será por eso menos cierto que aún surgirán innumerables dificultades, por la fuerza de las cosas, contra su acción común. Se debe procurar que se atenúen; pero sería pueril negarlas.

Ahora bien: estas dificultades se traducen por padecimientos; la beneficencia pública debe encargarse, en las grandes ciudades del Este, de un considerable número de indigentes; y en Boston, y sobre todo en Nueva York, la miseria es comparable con la de Londres y de París. En Filadelfia, seguramente la más próspera de las ciudades industriales de América, el número de pobres y de criminales solamente alcanza la proporción de medio por ciento de la población total; mientras que en Massachussets, durante el desastroso invierno de 1876 á 1877, se contaba una persona socorrida por cada diez y nueve habitantes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Dos causas principales aumentan el malestar en la clase obrera, la costumbre de gastar mucho y la *over education*, es decir, la ambición ó el deseo de salirse cada cual de su esfera.

El americano no es económico; vive en grande y considera como mezquina *(mean)* toda costumbre de sencillez. «Al cabo de una ó dos generaciones, cuando más, me decía M. Lorin Blodget, las buenas costumbres de economía que muchos de nuestros obreros traen de Europa desaparecen completamente; y no son susceptibles de enriquecerse porque no saben ya ahorrar.» Un mayordomo de la fábrica de Dobson, joven inglés recientemente llegado de Norfolk, me hacía una observación análoga: «Los yankis son derrochadores, dijo *(they waste money)*. – Sin duda les agradan demasiado sus comodidades, repuse. – No es precisamente eso; sino que allí donde yo gastaría dos ó tres shillings, ellos gastan un duro.» Por lo demás, dondequiera que interrogo á los industriales me confirman estas opiniones.

No solamente no sabe el yanki ahorrar, sino que se aleja cada vez más de los oficios manuales para buscar la posición, á sus ojos más elevada, de empleado de oficina, de *clerk*, para la cual le prepara naturalmente la instrucción gratuita que recibe en las escuelas públicas. Esto se observa sobre todo en Nueva York. «Cuando necesito un *clerk*, me decía un agente de cambio de esta ciudad, siempre estoy seguro de encontrar veinte á elegir, y por eso doy muy escasos sueldos. Mientras que un buen artesano, carpintero, albañil, etc., gana veinte francos diarios, nosotros damos mil al año á un meritorio, y dos mil quinientos á un empleado ordinario; un excelente contador no gana más de siete mil á ocho mil anuales, sea cual fuere su experiencia; si alguna vez su jefe le eleva á una posición más ventajosa, es á causa de las grandes responsabilidades que le deja y para preservarle de las tentaciones demasiado violentas;

pero entonces se le paga como á hombre de confianza y no como á simple tenedor de libros.»

Aquí hay una especie de fenómeno de ambición que no se espera encontrar en América cuando se ha vivido algún tiempo en el Oeste; pero la verdad es que existe, y muchas personas me lo han indicado en las grandes ciudades del Este. Una dama de Filadelfia, presidenta de una asociación para favorecer la cría del gusano de seda, me refería en estos términos las dificultades con que tropezaba en su patriótica empresa. «Los americanos son á la vez demasiado instruídos y no lo bastante, por lo menos aquellos que no consiguen elevarse sobre la clase obrera: son demasiado instruídos para los oficios que podrían ejercer y los desprecian; no saben nada de una infinidad de cosas que les sería útil conocer, y se muestran rebeldes al aprendizaje de las industrias que exigen algún cuidado. Por eso no encontramos sino muy rara vez personas dispuestas á secundar nuestros esfuerzos para la propagación del gusano de seda. Se necesitan minuciosas precauciones para obtener buen resultado en la cría, y á pesar de los apreciables beneficios que pueden realizarse, no conducen á la fortuna: estas dos condiciones son dos obstáculos casi insuperables para nuestra población, á la vez descuidada en los detalles y ambiciosa.»

En otros términos, el americano no ha nacido para vivir en la estrechez, que es forzosamente patrimonio de la clase obrera; si no llega á la cima de la escala, jamás se resuelve bien á quedarse abajo, ni se aviene con una vida modesta, como el francés, el alemán ó el italiano. Esto es un peligro social y lo que hace tan duras para los Estados Unidos las épocas de crisis industriales. Cuando las familias acostumbradas á gastar mucho se ven de pronto privadas de sus jornales, el padecimiento es más vivo en ellas que en el obrero económico y modesto de ciertos países de Europa.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

A pesar de sus muchas aspiraciones, el obrero de ciertas grandes ciudades del Este se halla con frecuencia tan mal establecido como el de Londres ó el de París. Nueva York y Boston son probablemente, entre las ciudades industriales de América, aquellas donde los alojamientos de obreros presentan el más triste espectáculo. En Nueva York, la enorme aglomeración que se desborda sobre Brooklin y Nueva Jersey combínase con lo reducido de la ciudad en el estrecho espacio de la isla de Manhattan para elevar á un precio exorbitante los terrenos é impedir al obrero la posesión de su *home*. De aquí los grandes *falansterios*, bastante análogos á nuestros cuarteles parisienses, donde las familias están amontonadas en reducidas habitaciones, siempre privadas de aire y con frecuencia de luz. Estas *tenement houses*, como las llaman, repugnan mucho al americano, apasionado por su independencia y la libertad de sus movimientos; pero se imponen aquí á causa de las circunstancias que acabo de indicar. Se sufre, pero se tolera.

Esas *tenement houses* contienen algunas veces, no tan sólo alojamientos obreros, sino también talleres de costura, ó de fabricación de cigarros, etc., en los cuales hay desgraciados seres – generalmente mujeres – que trabajan á destajo para los comerciantes de la ciudad. En una habitación que tiene diez metros cuadrados de superficie, apenas ventilada y con mala luz, se pueden ver seis mujeres que confeccionan elegantes abrigos, afanándose para prolongar su día de trabajo hasta quince ó diez y seis horas, á fin de ganar apenas tres francos por día; y adviértase que tres francos en Nueva York equivalen á treinta sueldos en París. El jornal, por lo tanto, es mínimo, y las condiciones higiénicas deplorables. Las grandes manufacturas, incluso aquellas reputadas como malsanas, no alcanzan nunca el grado de insalubridad que hay en los míseros talleres de las *tenement houses*.

En Boston, el mal no es tan grande, porque el régimen industrial tiene mucha menos extensión que en Nueva York; mas el obrero está igualmente condenado á la *tenement house*. Todo es caro en Boston, así los terrenos por edificar como lo demás; de modo que es imposible escapar de la aglomeración malsana cuando no se pueden pagar subidos alquileres; hasta en arrabales bastante lejanos del centro, junto á encantadoras residencias rodeadas de pequeños parques y como perdidas en la verdura, se encuentra la gran casa de seis pisos, donde las familias obreras se aglomeran. Y es que, aun á tres ó cuatro millas de Boston, la compra de cualquier terreno supone un gasto enorme; cierto que no faltan grandes capitalistas para formar un parque á fuerza de dinero; pero hasta los metros cuadrados que se dejan para el césped y los árboles tienen también un precio demasiado subido para que el obrero pueda comprar terreno donde construir una modesta casita.

Lo más sorprendente es que el mismo fenómeno de aglomeración se produce á veces en ciudades de mucho menores dimensiones. En Fall-River, por ejemplo, en el Massachussets, hay pocos obreros propietarios de sus casas, y los alojamientos presentan el mismo aspecto que en ciertas partes de Boston ó de Nueva York.

Se ha de agregar á los inconvenientes materiales y morales de toda especie que de esta situación resultan, el carácter particularmente penoso que el clima americano comunica. El verano es intolerable en Nueva York; las personas ricas lo saben bien, y siempre que pueden se van á las montañas vecinas de los *Adirondacks*, ó bien se embarcan en un transatlántico para disfrutar algunas semanas del clima templado de la Europa occidental. Desde el mes de junio se siente á veces un calor húmedo que sofoca, mucho peor que el de los días más calurosos de agosto en París. He sentido yo mismo la impresión que produ

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ce, hallándome en una habitación bastante espaciosa, y ya se comprenderá lo que puede ser en los reducidos alojamientos que los obreros ocupan.

Los pocos hechos que acabo de exponer no tienen el alcance de una investigación; mas espero que bastarán para poner al lector en guardia contra ciertas apreciaciones demasiado optimistas respecto á la situación de los obreros americanos. Se engaña evidentemente al público cuando se afirma que *todos* viven con comodidad; pero más se le engaña aún cuando se le deja creer que América no ofrece más facilidades que Europa á los que son capaces de elevarse. Para convencerse de ello basta visitar ciertas grandes ciudades manufactureras, entre las cuales Filadelfia ocupa el primer lugar.

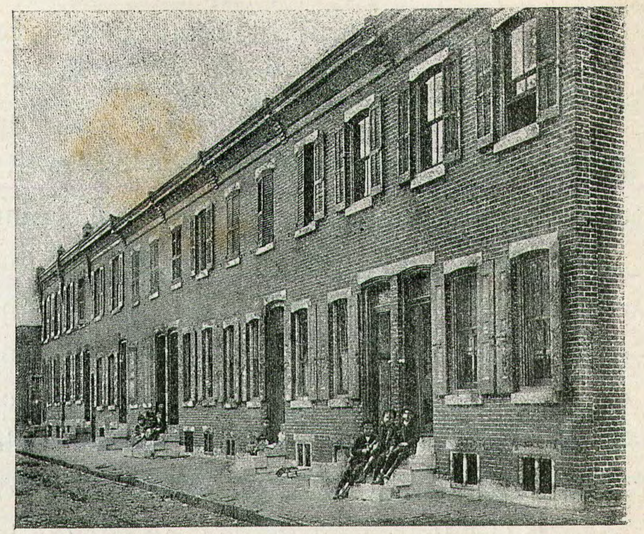
II.—Las señales de bienestar

Filadelfia, cuya población cuenta más de un millón de habitantes, ha merecido el sobrenombre característico de *City of homes,* la ciudad de las instalaciones de familia, la ciudad donde cada cual tiene su casa. También la llaman el paraíso de los obreros; pero la exageración americana es tal, que estos calificativos lisonjeros no se pueden aceptar sin examen. Es preciso ver en qué hechos se basan.

Un simple paseo por la ciudad basta para despertar la atención del extranjero sobre el extraordinario número de casitas de ladrillo que ve. Estas construcciones, generalmente bajas, parecen exagerar más aún la anchura de las calles; y el aspecto es muy diferente del de las antiguas ciudades de Europa, con sus estrechas callejuelas y sus altas casas. Cuando se interroga á los habitantes de Filadelfia sobre el destino de aquellas innumerables viviendas, os contestan con una sonrisa de orgullo: «Son los alojamientos de nuestros obreros;» y con frecuencia

también no resisten al placer de añadir: «Supongo que no habrá usted visto nada semejante ni en París ni en Londres.»

Preciso es confesar que no se ve nada semejante en ninguna gran ciudad de Europa. Unas tres cuartas partes de los obreros de Filadelfia habitan en casas propias, y casi todos en domicilio separado; los que no la tienen, alquilan una; y por lo tanto podemos decir que el deplorable régimen de las *tenement houses* se desconoce completamente aquí.



Casas de obreros en Filadelfia

Es muy probable que esto consista en el hecho de que Filadelfia fué la primera gran ciudad de los Estados Unidos donde la industria se desarrolló. Desde 1849 se planteaba ya la cuestión de los alojamientos de obreros. En 1865, las sociedades para favorecer su construcción trabajaban ya activamente, y además Filadelfia, mucho menos cosmopolita que Nueva York, sobre todo en aquella época, estaba profundamente imbuída en las antiguas costumbres de independencia de la familia, propias de la colonia de William Penn. Al convertirse en urbanas y manufactureras, las familias de Pensilvania conservaban alguna cosa de su carácter rural y agrícola; érales preciso sacrificar la independencia de su taller al someterse al dominio de un patrón, pero querían conservar por lo menos la libertad de su hogar. Tal es, evidentemente, la primera causa. Agréguese á esto la posición de Filadelfia, que favorecía el desarrollo casi indefi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

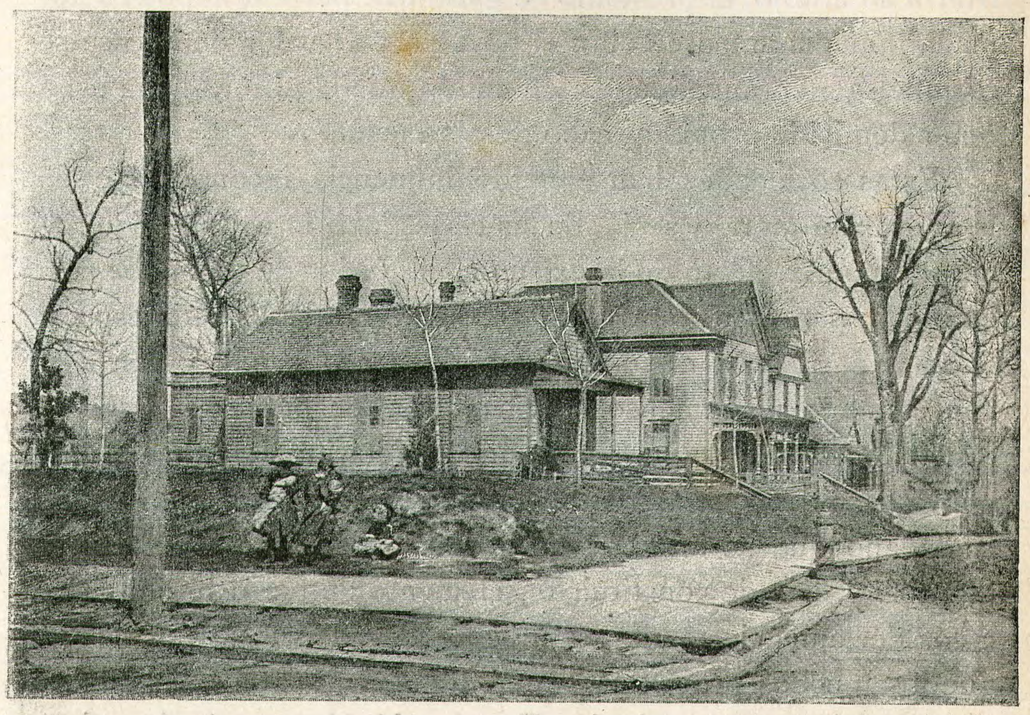
nido de la ciudad en superficie, y así se tendrá la llave del enigma.

La explican con frecuencia diciendo que las *building associations* nacieron en Filadelfia mucho antes que en ninguna otra parte; mas el verdadero enigma está precisamente en su nacimiento y sus rápidos progresos. Basta indicar su mecanismo para reconocer que una ciudad cualquiera no habría sido capaz de fundarlas.

Por lo pronto, separemos una mala inteligencia posible: desde hace algunos años se han organizado en Francia, en varios centros industriales, sociedades que tenían por objeto la mejora de los alojamientos obreros; y bajo nombres diversos y con ciertas diferencias en el detalle, todas tienen un carácter común, que es la beneficencia. Son obras de bien público, comúnmente dirigidas, bien por grandes industriales, celosos de los intereses de su personal, ó bien por individualidades que fijaron su atención en este gran problema. En los Estados Unidos en general, y en Filadelfia en particular, no sucede lo mismo. Las *building societies* son *negocios* y no *obras;* es preciso que *paguen*, como la construcción de una vía férrea ó la creación de una granja, sin lo cual se abandonarían: su existencia solamente responde de su éxito.

Examinemos, pues, el asunto tal como se presenta comúnmente. Se pueden distinguir dos variedades principales: en la primera, el asunto se trata entre tres ó cuatro personas, como, por ejemplo, un propietario de terrenos, un empresario y un capitalista, los cuales se asocian para edificar una docena de casas de obreros; después, una vez terminado el trabajo, cada cual cobra su parte, tomando cierto número de aquéllas, proporcionado al valor de lo que aportó á la sociedad, y las vende ó las alquila por su cuenta y riesgo. Este es el tipo menos interesante, pero ha tenido mucha importancia en la historia de las casas

obreras de Filadelfia, permitiendo á los contratistas en pequeño hacer progresar la industria de la construcción en días de falta de trabajo, mientras que la facilidad de una repartición definitiva entre los asociados estimuló á los propietarios y capitalistas á aceptar esta combinación. La segunda variedad, más extendida



Casas de madera y aceras de tablones en Kansas City

por mucho, es la que más facilita el acceso de la propiedad á la clase obrera. He aquí en qué consiste.

Es una vasta empresa que tiene por objeto utilizar el ahorro del trabajador para la construcción de casas de obreros. La sociedad constituída al efecto toma generalmente el nombre de *Loan and building association* (Asociación de crédito y de construcciones), y es un Banco que emplea sus fondos en un objeto especial; pero un Banco mutuo, fundado por las mismas personas que desean valerse de él. El dinero proviene de las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

economías que los obreros llevan allí, como las llevarían á una caja de ahorros. Cuando el depósito alcanza cierta cifra, que varía según las sociedades, aunque siempre es poco alta, el titular puede pedir á la sociedad, á título de préstamo, la suma necesaria para adquirir un terreno y una casa, ó hacerla construir á su antojo; el préstamo se garantiza por una hipoteca tomada inmediatamente sobre el terreno, y el valor de la casa se reembolsa por anualidades; de modo que el obrero llega así á tener domicilio propio al cabo de algunos años.

Estas sociedades han ejercido influencia incontestable en la educación moral y social de las clases laboriosas; no pudieron nacer sino por efecto de la existencia anterior de una población escogida; pero han desarrollado en emigrantes de toda especie el amor á su casa, el sentimiento de la propiedad, y con esto han prestado un inmenso servicio al orden público. El obrero instalado en su casa no es ya un proletario; siente en sí una nueva dignidad que le realza á sus propios ojos; llega á ser un ciudadano que se interesa en la buena marcha general de los asuntos, y deja de constituir un elemento de perturbación. «Yo creo, decíame cierto día un agente de negocios de Chicago, que los muchos propietarios que tenemos, así en las ciudades como en los campos de los Estados Unidos, serán la salvaguardia de nuestra república.» Esta opinión es exacta.

Más han hecho aún las *building associations;* no se han limitado á convertir el obrero en propietario, sino que le han dado la educación de este último. «Son, decía M. Robert T. Payne en un congreso de la Asociación americana de ciencia social, la mejor escuela de adultos para amaestrar en los negocios á hombres y mujeres; son escuelas donde se aprende á vivir *(schools for life).* Allí se enseña á economizar, á colocar el ahorro de una manera segura; se le ve acumularse, se le vigila, se discute sobre su empleo, se consulta, se comparan las casas y se estudia

su extensión, su forma, su precio, sus comodidades y su higiene. Apenas el obrero ha depositado algunas economías en la maravillosa caja de ahorros, puede ponerse al corriente de la marcha de los negocios, y así lo hace.

Esta es una de las inmensas ventajas que las *building associations* ofrecen con relación á las Cajas de ahorros constituídas en varias ciudades de los Estados para favorecer las economías del obrero. En los Bancos, el interesado puede aprovecharse de las acertadas combinaciones financieras efectuadas por los directores; pero no tiene parte alguna en la gestión de su dinero, y no aprende nada. Ahora bien: el objeto no es enriquecer al obrero, sino hacerle capaz de enriquecerse enseñándole el arte de ser propietario. Mucho más útil es conocer este maravilloso arte que ganar el lote de cien mil francos, sobre todo en Amé-



Casas de obreros en San Luis

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rica, donde tantas ocasiones se encuentran de hacer fortuna.

Otra ventaja de las *building associations* es dar á la previsión del obrero un objeto preciso, bastante fácil de alcanzar en suma, y siempre muy codiciado. El hombre no viene al mundo con el enérgico deseo de poseer una libreta de la caja de ahorros ó acciones de caminos de hierro; es un gusto que nace y se desarrolla con la educación; pero no es innato. – Véase, además, cómo á los padres previsores les cuesta á menudo trabajo mantenerle en sus hijos. – Por el contrario, en los Estados Unidos, más que en otra parte, todo el mundo desea estar en su casa á causa de las costumbres de independencia que ya he indicado; de modo que es mucho más fácil arraigar la previsión en ese deseo del *home*, sentido por todos, que no en la fascinación de una cartera de ministro, á la cual sólo aspiran unos pocos. Éstos, por otra parte, no necesitan estímulo, porque ahorrarán sin que se les incite á ello; la masa de trabajadores es lo que se debe tener á la vista, y esto se consigue por las *building associations*. Para probarlo, ahí están los resultados que han producido: han inspirado la idea de llegar á ser dueños de sus casas á una infinidad de personas que jamás lo hubieran sido sin la ayuda de esas sociedades.

Filadelfia no es la única ciudad donde se encuentran tales asociaciones; las hay también muy florecientes en Chicago, que pretende ocupar el segundo lugar entre las ciudades industriales por la buena organización de sus casas obreras; en Pittsburgo, en San Pablo, etc. Una estadística de Nueva Jersey, que ahora examino, indica ciento veinte *building associations*, que funcionaban en ese Estado en 1884. Son numerosas, además, en toda Nueva Inglaterra, cuyas manufacturas se hallan situadas de ordinario en la campiña ó en pequeñas ciudades que crearon. Donde se han extendido menos es en las ciudades más próximas al Oeste y al Sur, donde el régimen industrial se ha

establecido desde hace poco, como por ejemplo en San Luis y Cincinnati.

Las casas obreras de Filadelfia se pueden representar por tres tipos, en cuanto se refiere á sus dimensiones: el primero es el de dos pisos y cuatro habitaciones; el segundo, de dos con



Tipos de casas de obreros en Cincinnati

seis, y el tercero, de tres con ocho respectivamente. Todas estas construcciones son de ladrillo, con cimientos de piedra y sótano. Su precio varía de seis mil á veinte mil francos; las más modestas se alquilan desde treinta á cuarenta mensualmente á las familias que no son propietarias.

Para explicarse bien la manera de alojarse los obreros de Filadelfia no basta conocer estos datos generales; se ha de penetrar en su interior, *hablar con ellos en sus casas*, donde al mismo tiempo se sorprenden muchos detalles que no figuran en las

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

estadísticas y que señalan la fisonomía de la clase obrera con precisión. Por eso pediré permiso al lector para presentarle á mi amigo Miguel S....., un alsaciano que está en América desde la guerra de 1870. Le había encontrado primeramente en los talleres de Baldwin, y me le indicaron como uno de los pocos franceses de la fábrica. En calidad de compatriotas trabamos conocimiento muy pronto, y aquella misma noche me invitó á ir á su casa. Después de comer, tomé el *car* indicado para llegar á su barrio, y al cabo de una carrera bastante larga me encontré ante un pequeño pórtico con tres escalones, que daba entrada á la casa de mi alsaciano.

Por lo pronto, la comodidad y el bienestar se revelan por una serie de ligeros detalles; el pequeño vestíbulo por donde se entra está separado del exterior por una doble puerta; una alfombra cubre completamente el suelo de cada habitación; y la casa está caldeada por una buena estufa y abundantemente provista de mecheros de gas. En la sala, los muebles recuerdan lo que se vería en Francia en casa de un humilde funcionario: un canapé, seis sillas, un sillón, una mesa con piedra mármol y dos balancines, que dan el color local; en la meseta de la chimenea se ve un reloj de mármol; en las paredes dos espejos, fotografías de parientes y amigos en sus marcos, y en una palabra, el decorado de una casita de menestral, con algunos detalles más rebuscados. Así, por ejemplo, los postigos interiores de las ventanas están formados por persianas articuladas de pinabete barnizado, de un aspecto elegante.

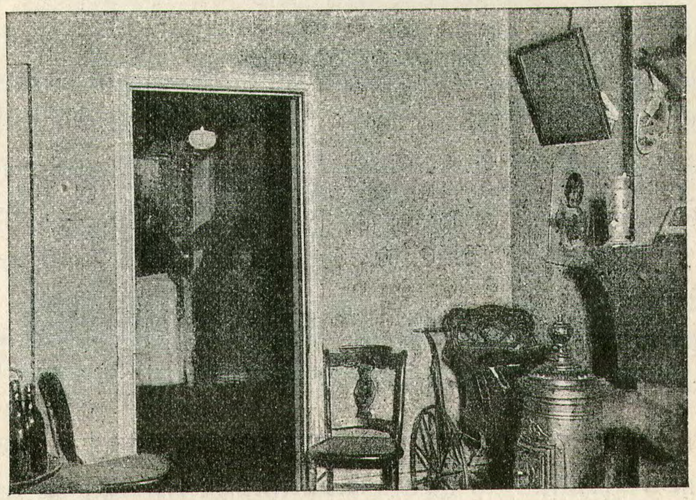
Recíbeme en aquella sala la esposa de mi amigo, alsaciana también, fresca y un poco mofletuda, á quien intimida ligeramente mi visita. Su delantal blanco anuncia que no es americana de nacimiento; ha conservado alguna cosa de las costumbres europeas en la sencillez de su traje y en la modestia de sus modales; pero me ofrece francamente la mano y se traba la conversación. Como buenos alsacianos, mis nuevos conocidos piensan que no podemos pasar la velada juntos sin beber cerveza, y por lo tanto vaciamos, sin dejar de hablar, un respetable número de botellas de *Milwankee beer*. La prueba no tiene nada de penosa, porque esa cerveza es muy buena y proporciona además una gran ventaja en el caso presente, la de que Miguel S..... y su esposa me traten con cierta confianza; es como un recuerdo de la cervecería del *viejo país*, que provoca las comparaciones entre América y Francia, despertando esa secreta simpatía que los franceses sienten unos por otros cuando se encuentran en tierra extranjera. Nada tan curioso por otra parte, dicho sea de paso, como la influencia de la bebida común en las relaciones sociales. No lo sé más que de oídas, pero sé con seguridad que los borrachos se relacionan con notable prontitud; además, mi experiencia personal me ha demostrado con frecuencia que uno se granjea marcadamente el aprecio de un francés cuando sabe beber vino, el de un inglés saboreando el te, y el de un yanki bebiendo agua helada. Sin duda por el efecto de esta ley inevitable, la cerveza de Milwankee me valió tan agradable conversación en un arrabal de Filadelfia.

Una graciosa niña de nueve años vino también á tomar su pequeña parte en aquel inocente refresco; es la primogénita de la familia; sus hermanos y hermanas, en número de cinco, están en cama, como conviene á niños bien educados; en cuanto á ella, ha obtenido permiso para acostarse un poco más tarde que de costumbre en honor mío, y me dice que va á la escuela con las pequeñas americanas. Apenas habla francés; pero en cambio se explica muy corrientemente en ese idioma especial de América, que es una especie de *patuá* inglés. La escuela donde pasa sus días es pública, una escuela *unsectarian*, donde, por lo tanto, no se enseña ninguna religión. Su padre me dice que la pondrá el año próximo en una escuela religiosa para que se la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

instruya en sus deberes de conciencia. Por de pronto se la envía al primer piso á reunirse con los otros niños, que ya duermen. «Veo, dije á M. S....., que tiene usted un buen principio de familia. – ¡Caballero, me contestó, esto no es nada! ¡Pregunte usted á mi esposa, que fué la duodécima criatura que su madre dió á luz, y que tuvo después otras seis! ¡Y mi cuñado, que también vive en Filadelfia, tiene once hijos! – ¿Y se crían fácilmente todos esos niños? – ¡Oh!, caballero, no debo quejarme; este es muy buen país para el obrero; á mi llegada pasé algunos meses bastante penosos, porque no sabía una palabra de inglés; pero ahora puedo hacerme comprender bien, y trabajo en casa de un buen patrón. Seguramente no querría volver á Europa. Hace ya algunos años que estoy en las *Baldwin locomotive works*; trabajo á destajo, y gano unos diez y seis ó diez y ocho francos diarios; esto me ha permitido ahorrar una bonita suma, y estoy á punto de comprar una casa de diez mil francos, que pagaré al contado. – ¿No es de usted la que ocupa ahora? – No; pago setenta y cinco francos mensuales de alquiler, y no me la cederían por menos de quince mil, á causa de su posición; alejándome un poco más de mi taller, tendría, con un ahorro de la tercera parte, una instalación tan buena como ésta: dos habitaciones en el piso bajo, dos en el primero, cocina, sala de baños y agua y gas á mi alcance. Como mi mujer no está obligada á trabajar, gracias á mi buen jornal, tiene todo el tiempo necesario para cuidar la casa, y la vida material no es cara aquí. La carne cuesta de diez á doce sueldos la libra, y solamente las ropas son algo caras. Muchos trabajadores solteros se alojan en casas particulares por diez y ocho ó veinte francos semanales, y pueden hacer así economías que les ayudan á establecerse después, como á mí me sucedió en otro tiempo.»

Me extrañó bastante que no figurara en la historia de Miguel S..... la acción saludable de las *building societies*, y le manifesté mi sorpresa. «¿Cómo no ha pensado usted, le pregunté, en aprovecharse de las facilidades que le ofrecían esas asociaciones para instalarse inmediatamente en su casa al casarse, y pagar después la deuda por anualidades? – ¡Ah!, caballero, me contestó, esta manera de proceder no me convenía de ningún modo; á mí no me agrada contraer deudas así, y esto no entra en las costumbres de nosotros los franceses. Si yo hubiese



Interior de la casa de un obrero en Filadelfia

muerto, ¿cómo se hubiera arreglado mi mujer para seguir pagando la anualidad? En vez de esto, voy á comprar ahora una casa que será bien mía, que pagaré al contado y que dejaré á mi familia si desaparezco. Además, añadió, el tipo de interés exigido por esas asociaciones me parece demasiado subido, y desde el punto de vista pecuniario me es ventajoso obrar como lo hago.»

En efecto, es verdad que para los obreros acostumbrados desde hace largo tiempo á la economía, como Miguel S....., esas sociedades son poco útiles, y de consiguiente no se han creado ni para ellos ni por ellos. Tales obreros no necesitan estímulo

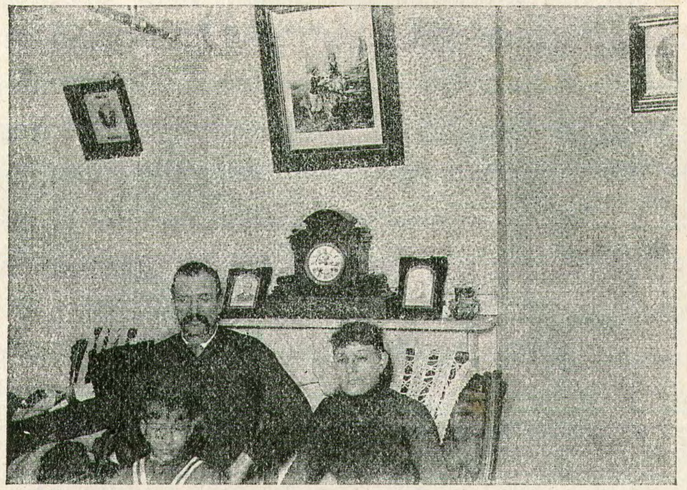
UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

para economizar una parte de sus jornales, y además, la misma condición que les ha inculcado el amor al ahorro les representó como un peligro toda empresa financiera: prefieren arreglar sus asuntos por sí solos. He observado varias veces en obreros del mismo tipo análoga desconfianza respecto á las *building associations*, y debo añadir que ninguno de ellos era americano de nacimiento.

Al volver á mi alojamiento pensé que para encontrar en Francia una familia de simples obreros que hubiese llegado en algunos años á semejante grado de comodidad se necesitaría visitar muchas ciudades manufactureras. Sin duda había dado con un ejemplo particularmente admirable; pero la casa que Miguel S..... habita está rodeada de miles de otras, instaladas todas de una manera análoga y sostenidas casi siempre por el único trabajo del padre de familia.

En efecto, es uno de los rasgos característicos de la población obrera americana el hecho de que la mujer casada no pone casi nunca los pies en el taller. Una joven, aunque sea instruída, no cree rebajarse en lo más mínimo si trabaja en una hilandería, en una fábrica de calzado ó de tejidos; pero una vez madre de familia, entiende que su esposo atenderá por sí solo á las necesidades de todos hasta que los hijos sean capaces á su vez de ganarse la vida. Al recorrer las salas donde trabajaban las mujeres, en casa de M. Dobson, observé que las más parecían muy jóvenes, y según me dijo mi acompañante, casi ninguna era casada; en otra fábrica, donde se contaban unas doscientas cincuenta mujeres, el director, muy al corriente de su personal, me aseguró que no había en su casa, por lo menos que él supiese, más que una sola casada, y aun ésta sin hijos. Por lo demás, las estadísticas están de acuerdo con estas observaciones personales. M. D. Carroll Wright publicó en 1888 un informe muy interesante respecto al trabajo de las mujeres en las

manufacturas: de quince mil trescientas ochenta y siete á quienes se interrogó, tan sólo setecientas cuarenta y cinco eran casadas, y mil treinta y ocho viudas (1). Estas cifras no necesitan comentarios y prueban de una manera irrefutable que los obreros que se casan ganan generalmente salarios bastante



Otra vista interior de la casa de un obrero en Filadelfia

subidos para subvenir por sí solos á las obligaciones de la casa que fundan. Esta es una importante señal de prosperidad sobre la cual llamo la atención del lector. M. Jules Simón no hubiera escrito *La Obrera* en los Estados Unidos.

III.–¿De qué proviene el contraste?

Hétenos, pues, en presencia de dos grupos de hechos opuestos: por un lado el pauperismo y su triste cortejo de padecimientos, las *tenement houses* pestilentes, donde seres desgraciados se encorvan sobre el trabajo á la vez penoso y poco lucrativo, y la asistencia pública acudiendo en socorro de nume-

(1) *Fourth annual report of the commissioner of labor, Working women in large cities*, pág. 64.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rosos indigentes; y por otro la prosperidad de una población bien alojada, bien pagada, que se eleva con rapidez á una posición independiente. ¿De qué proviene este contraste?

Como en todas partes, tiene su origen principal en las aptitudes muy desiguales de los hombres: efectivamente, en todo centro obrero hay hombres que saben salir del paso, y otros que no consiguen atar cabos; pero aquí la cuestión se complica con un nuevo factor. La clase obrera no es homogénea en América, pues se compone de individuos procedentes de todas las partes del mundo; cada uno de ellos llega con sus costumbres, á las cuales no renuncia inmediatamente al poner el pie en los Estados Unidos; y en cuanto á los que vienen con proyectos determinados, presentan en la concepción y ejecución de los mismos tantas desemejanzas como hay entre sus países de origen.

En una palabra, no todos llegan á América con la misma educación ni con igual objeto, y el país no puede influir en todo el mundo de la misma manera.

Muchas veces, al interrogar sobre su personal á los industriales del Este, cuyas fábricas visitaba, he obtenido datos que prueban muy claramente que esas diferencias no pasaban inadvertidas para ellos. En general, simpatizaban mucho con la emigración alemana, que les proporcionaba obreros bastante hábiles, de orden, laboriosos y tranquilos: los alemanes son probablemente los que se mantienen más tiempo fieles al mismo patrón. Los irlandeses, casi tan numerosos como aquéllos, son inteligentes; pero suscitan de continuo dificultades por su carácter inquieto; se tiene buen cuidado de no reunirlos en el mismo taller, porque sería muy difícil conservar el orden; en las épocas de agitación política, sobre todo, muéstranse muy efervescentes, y además no tienen la menor idea del valor del dinero, distinguiéndose por su imprevisión. Los escandinavos,

á quienes hemos hallado tan numerosos y prósperos en el Far West, no permanecen de ordinario en las manufacturas del Este sino para ganar el dinero del viaje, ó cuando más para hacer algunos ahorros y marchar cuanto antes hacia las tierras desocupadas, en las cuales desean instalarse: el Este no es para ellos más que una especie de etapa. En cuanto al americano, si comienza su vida como obrero de fábrica, siempre es con la idea de elevarse más, y probará cien oficios distintos más bien que sujetarse tranquilamente á un trabajo sin gran porvenir.

Esta breve reseña nos presenta ya dos variedades bien distintas entre los obreros americanos: la una constituye el personal que se fija en cierto modo definitivamente en una profesión y en un taller; la otra es el personal temporero, continuamente renovado, que cambia cada día de amo y de oficio.

Pero existen otras variedades, y particularmente la que los americanos llaman *foreing laborers* (trabajadores extranjeros), expresión que debe definirse, porque no es gramaticalmente exacta. El trabajador extranjero puede ser lo mismo, en el sentido estricto de las palabras, alemán ó italiano, irlandés ó chino, escandinavo ó húngaro; pero cuando un yanki habla de *foreing laborers*, se refiere á los obreros que llegan á los Estados Unidos sin la menor intención de ser algún día ciudadanos americanos. Ahora bien: resulta precisamente que los chinos, los italianos y los húngaros corresponden á esta categoría; salen por partidas de su país de origen, con frecuencia formando brigadas á las órdenes de los agentes de emigración, que los contratan por un tiempo determinado mediante un jornal convenido; y más tarde, después de haber reunido un pequeño capital, vuelven á sus casas para vivir allí de su renta. En el informe de la oficina de estadística del trabajo, en el Estado de Nueva York, correspondiente á 1885, encuentro el relato muy curioso de una conversación con un húngaro que regresaba á su país

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

después de cuatro años de permanencia en los Estados Unidos, llevándose los seiscientos duros con que se proponía ser acomodado capitalista en su patria. «Los colocaré al diez y seis por ciento sobre primera hipoteca, decía á su interlocutor, y con esto tendré una renta de noventa y seis duros, tres veces más de lo que me costará vivir allá abajo (1).» Por esto se ve el plan de estos emigrantes: ir á un país donde la mano de obra es cara; buscar trabajo, aceptando precios menos subidos que los corrientes; vivir como un perro para ahorrar lo más posible en poco tiempo, y después regresar al país para casarse y vivir. América es para ellos un trampolín, no una patria, y constituyen la variedad *no asimilable.*

Sin llevar más lejos este examen de las diversas especies de elementos que la emigración suministra á los talleres, podemos darnos cuenta de los contrastes muy notables que deben ofrecer sus géneros de vida: el escandinavo que marcha hacia el Oeste no va seguramente á llevar sus ahorros á las *building associations;* el italiano ó el húngaro no piensan ni siquiera en alojarse decentemente, y se aglomeran, por el contrario, con sus compañeros en los más míseros tugurios. En general se les ve agruparse por partidas de veinte á treinta; uno de ellos se encarga de la cocina y recibe de los demás el equivalente de su jornal para cocer las patatas; la misma vivienda les sirve á la vez de cocina, de comedor ó de dormitorio, y tan sólo el aspecto de aquellas inmundas salas subleva el corazón. Sin embargo, son numerosas en las regiones mineras, particularmente cerca de los hornos de cok, cuya línea luminosa atraviesa las tinieblas de la noche en los alrededores de Pittsburgo, y dondequiera que haya una vía férrea en construcción es igualmente seguro encontrar los *foreing laborers;* pero las grandes ciudades del Este contienen también considerable número. Los italianos, sobre todo, son los que en los talleres de construcción desempeñan las funciones de albañiles ó de mozos; se les ocupa igualmente en la fabricación del ladrillo, cuyo uso se ha propagado tanto en los Estados Unidos, particularmente en Pensilvania, y ejecutan, en fin, los penosos trabajos que exigen pocos conocimientos profesionales, pero muchos esfuerzos físicos.

(1) *Bureau of statistics of labor. State of New-York,* 1885, pág. 510.

La presencia de tales elementos en medio de la población obrera verdaderamente americana falsearía todo estudio sobre la verdadera situación de ésta si no se prescindiera de aquéllos cuidadosamente. En Filadelfia, por ejemplo, se encuentran bastante cerca de Walnut Street, en pleno centro de la ciudad, hediondos *lodgings* (alojamientos) cuyas sórdidas muestras atraen al obrero sin hogar, y las calles están flanqueadas de malas casuchas y obstruídas por restos de toda especie: es el barrio negro. Evidentemente, esto no prueba nada contra la *City of Homes,* sino simplemente que los negros son muy rebeldes á todo ejemplo de limpieza y de *respectability,* pues también ellos podrían tener graciosas casitas de ladrillo; pero aún no se ha despertado en ellos tal inclinación. Ni siquiera se puede dar por razón su miseria, puesto que veo algunos pasearse el domingo con magníficos guantes de color gris perla que cuestan por lo menos de diez á doce francos el par en América; mientras que su levita negra contrasta con un chaleco de blancura deslumbradora, y sus gruesos labios oprimen un cigarro enorme. A dos pasos del *lodging* de que acabo de hablar ha muerto un negro, y sus amigos acompañan el ataúd, ostentando todos insignias brillantes, grandes fajas con fleco de oro, condecoraciones en el ojal, etc.; casi todos llevan sombrero de seda y guantes, y su cortejo tendría casi un aire imponente si las cabezas no infundieran un poco deseos de reir, aun en aquel fúnebre acto. Ese alarde exterior los complace mucho más que la independencia de un alojamiento. Son gente aficionada á lucir.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Excepción hecha de los negros, Filadelfia presenta menos que ninguna otra ciudad los contrastes que he señalado; y creo que se puede dar la razón siguiente: Filadelfia es, al Este de los Estados Unidos, el mayor centro industrial donde los obreros de diversos oficios se pueden establecer bien; mientras que Nueva York, donde toda Europa desembarca, no se halla, como antes expliqué, en las mismas condiciones materiales; su industria tiene mucho menos desarrollo, y su posición geográfica se opone á la construcción de alojamientos baratos.

En cuanto á las ciudades manufactureras de Nueva Inglaterra, ninguna de ellas tiene la importancia de Filadelfia; más adelante veremos que una poderosa corriente de emigración canadense se dirige hacia este punto, lo cual es un motivo para que la europea se retraiga un poco; y de este conjunto de hechos resulta que Filadelfia atrae á sí una considerable multitud de emigrantes. Con el número y la variedad de sus manufacturas puede ocupar á muchos, y se agrega la mayor parte de aquellos que son capaces de fijarse, de los que constituyen la porción más estable, y de consiguiente, lo más escogido de la clase obrera. Influye sobre la emigración europea como una especie de *escogedor mecánico* que separa el grano bueno de las simientes perniciosas ó inútiles que contiene; y así es como nuevos elementos elegidos se agregan al núcleo selecto de población que conserva de los compañeros de William Penn.

Cierto que encierra asimismo una proporción de obreros temporeros, contratados transitoriamente en una manufactura; pero éstos desempeñan también un papel útil desde el punto de vista de su prosperidad industrial. Constituyen el aumento necesario en los días de gran actividad, y se les despide sin escrúpulos cuando el trabajo escasea. Sobre ellos recae principalmente el efecto de las vicisitudes económicas, sin que por ello padezcan mucho, puesto que la instabilidad es como su estado

natural. Las estadísticas demuestran, en efecto, que las crisis depresoras son mucho más fatales para los obreros hábiles *(skilled laborers)* que para los trabajadores ordinarios *(unskilled laborers);* mas por fortuna pesan sobre un número más reducido de los primeros. En Filadelfia, sobre todo, el continuo con-



Negros asistiendo á un entierro en traje de ceremonia, en Filadelfia

tingente de la emigración asegura el juego económico de la industria de una manera automática, por decirlo así. En las *Baldwin locomotive works*, en casa de *William Sellers y C.ª*, en la de *Dobson*, etc., los directores reconocen unánimemente que siempre encuentran cuantos obreros quieren en los momentos de urgencia, y que si después quieren despachar algunos, lo consiguen sin dificultad, porque siempre hay entre ellos algunos que están dispuestos á marcharse.

Por poco que uno se aleje de Filadelfia, encuentra la región

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

minera, donde los *foreing laborers* son numerosos; allí los míseros *shanties* (malos cobertizos de tablas), donde cuadrillas de mineros viven juntos en la más repugnante suciedad, sustituyen al gracioso *home* que hemos admirado antes.

En Pittsburgo se encontrará á la vez una cosa y otra, por efecto del doble personal que se emplea; por un lado, el obrero de las fundiciones, bastante parecido al de Filadelfia, y por otro el minero ó el vigilante de los hornos de cok, húngaro ó italiano. En Cincinnati, los ciento cincuenta mil alemanes, que constituyen la mitad de la población, han conservado mucho más sus costumbres europeas; no les ha dominado tanto la acción del medio ambiente, y se ven hileras de feas casuchas malsanas y descuidadas á pesar del aire y del espacio, que no faltan.

Al visitar las pequeñas ciudades industriales de Nueva Inglaterra, se extraña á menudo observar en los alojamientos de obreros una aglomeración de gente poco justificada por lo extensa, hecho que ya he señalado para Fall-River. Esto se debe al predominio del personal temporero, resultado de la emigración canadense. Cuarenta años hace, eran americanos los que llenaban los talleres de Lawrence ó de Lowell; hoy son en gran parte emigrantes de Europa, y sobre todo del Canadá, que no vienen casi nunca á instalarse definitivamente. El canadense abandona su país á fin de ganar en una fábrica ó en una mina la suma necesaria para la adquisición de una finca; cuando ha recogido lo que le hace falta para llegar á ser *habitante*, vuelve á tomar el camino del Canadá, y allí se establece. Así es como la raza franco-canadense invade poco á poco la provincia de Quebec; mientras que los propietarios ingleses, enojados por este pacífico desquite, abandónanla cada vez más. Claro es que semejantes obreros no procuran tener, en Massachussets ó en Connecticut, un interior conveniente; viven como pueden, casi siempre mal y sin comodidad, á fin de regresar antes á su país, y así

para ellos como para los italianos y los húngaros, es un tiempo enojoso el que han de pasar. «*I lived four years like a pig* (He vivido cuatro años como un cerdo),» confesaba al inspector del trabajo el húngaro de quien he hablado antes. Los canadenses no descienden al mismo grado de abyección material; están acostumbrados á vivir bien en su país y no sabrían contentarse con unas míseras patatas, con el pan negro y el mal ron que los estómagos húngaros absorben; pero tampoco se proponen crearse un *home*.

Esta rápida ojeada sobre los diversos elementos de la clase de los asalariados permitirá al lector comprender las diferencias de apreciaciones, muy sensibles, que autores dignos de fe publican sobre el asunto de la situación obrera en los Estados Unidos. Limitando la observación á las *building societies* y á los *shanties* de los mineros, se pueden deducir conclusiones muy absolutas y dar consejos á sus compatriotas en favor ó en contra de la emigración á los Estados Unidos; pero estas conclusiones son falsas y los consejos peligrosos. Antes de enviar un obrero á los Estados Unidos, así como antes de inducirle á no ir, es preciso conocerle, saber quién es y lo que puede hacer, y sin esto se aventura mucho. Un hombre emprendedor y activo, con bastante inteligencia para elevarse sobre la condición puramente obrera y de suficiente práctica en los oficios usuales para ganarse la vida en un taller ó una manufactura, tiene muchas probabilidades de alcanzar buen resultado en América si va solo, sin familia que sostener. El hombre timorato y poco enérgico, el obrero incapaz de comprender nada más allá de su tarea diaria, el hombre de negocios que no está acostumbrado al trabajo manual, ó el padre de familia que desembarca con su mujer y sus hijos, se exponen mucho á un descalabro, y mejor será que se queden en su casa. No hablo de los perezosos: éstos naufragan en todos los continentes de igual manera.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La cuestión del *foreing labor* ha impresionado vivamente desde hace algunos años al público americano. Los obreros aborrecen á esos trabajadores poco exigentes que hacen bajar el precio de la mano de obra, y los hombres de Estado se preocupan al ver introducirse así en la población un elemento que no es asimilable. Consideran su presencia como un peligro para las instituciones americanas, y ya se han hecho leyes para prohibir la importación de individuos ajustados por contrato para trabajar durante cierto tiempo con sueldo fijo de antemano *(importation of foreing labor under contract)*. Ultimamente se ha propuesto también desembarcar á todos los emigrantes en la isleta de la bahía de Nueva York, donde se eleva la estatua de la *Libertad*, de Bartholdi, para someter á una especie de examen sus capacidades y sus medios de existencia, y los que no sean reconocidos como aptos para hacer camino, deben regresar á su patria. Este proyecto, poco generoso, proporcionó asunto á los diarios satíricos: el uno representaba á la *Libertad* furiosa por la injuria que se le hacía, y amenazando á los americanos con abandonarles para volver ella también á Europa; y el otro proponía transformar la estatua de Bartholdi en hotel para uso de los emigrantes. Estas bromas tienen su razón de ser, y los americanos de hoy harían mal en cerrar la puerta por donde les han llegado muchos de sus mejores ciudadanos. Además, la aplicación práctica de estos reglamentos tropieza con demasiadas dificultades para que se pongan en ejecución seriamente. América no sería ya América desde el día en que cesase la emigración europea á este país. No creo que sea necesario demostrarlo al fin de un capítulo sobre la cuestión obrera.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN ESTE TOMO

Páginas

CAPÍTULO PRELIMINAR. – I. La América de otro tiempo y la de hoy. – II. El verdadero centro de la vida americana. – III. Su carácter saliente. – IV. El Este y Oeste. 5

– I. – *Cómo se abre un territorio.* – I. Diversidad de los tipos. – II. Los colonos que colonizan. – III. El derecho del primer ocupante. – IV. La misión de los caminos de hierro. 14

– II. – *La explotación por el ganado. – Los ranchos.* – I. Un gran rancho de cebo. – Diversos tipos de ranchos. 45

– III. – *Los mercados del ganado. – Las grandes «ciudades de la carne.»* – I. Por qué y cómo se han creado las «ciudades de la carne.» – II. Lo que sucede en las «packing houses» (casas de embalaje). – III. El *boom* de una ciudad de la carne 76

– IV. – *La explotación en gran cultivo. – Las grandes granjas.* – I. La granja reclamo. – II. El gran cultivo normal. 117

– V. – *La explotación en cultivo reducido. – El homestead.* – I. Las facilidades aparentes de instalación. – II. Las condiciones previas de éxito. – III. Los riesgos de la empresa 149

– VI. – *Los auxiliares del cultivo.—Las pequeñas ciudades del Oeste* – I. Lo que las pequeñas ciudades suministran á los campos de los alrededores. – II. Lo que los campos del Oeste proporcionan á las pequeñas ciudades. – III. Las vicisitudes de una pequeña ciudad del Oeste. 172

– VII. – *Las salidas del cultivo. – Las grandes ciudades del Oeste.* – I. Su carácter agrícola. – II. El comercio del trigo y la molinería. – III. San Luis, San Pablo y Minneápolis. 213

– VIII. – *La explotación minera. – El oro de las Montañas Pedregosas.* – I. Los principios y la transformación de las ciudades mineras. – II. Una fundición de oro. 248

– IX. – *El Oeste y el nacimiento de la industria.* – I. El carácter agrícola de las industrias del Oeste. – II. Un establecimiento industrial

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Páginas

modelo en el Oeste. – Los talleres y la ciudad de Pullman. – III. Por qué se sigue rara vez en el Oeste el ejemplo de M. Pullman. . . . 269

– X. – *Las manufacturas del Este.* – I. Su predominio. – II. La unidad del tipo. – III. La abundancia de la hulla y el gas natural. – IV. Algunos ejemplos de grandes manufacturas. 299

– XI. – *La cuestión obrera.* – I. Las señales de malestar. – II. Las señales de bienestar. – III. ¿De qué proviene el contraste?. 323

ÍNDICE

DE LOS GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

Páginas

Una ciudad en la Pradera.-Extremo de una calle en Guthrie *(Oklahoma Territory.)* 15
A la puerta de una tienda en Guthrie *(Oklahoma Territory)*. 17
La mejor fonda en Guthrie *(Oklahoma Territory)* 19
Campamento de emigrantes en Guthrie *(Oklahoma Territory)*.. 21
Casa menonita cerca de Hillsboro *(Kansas)*.. 25
Almacén de aperos agrícolas en Guthrie *(Oklahoma Territory)*. 27
Tipos americanos de Guthrie *(Oklahoma Territory)*.. 31
La gran arteria de Guthrie *(Oklahoma Territory)*.. 33
Una de las tres casas de piedra de Guthrie en 1890, *La Commercial Bank*.. . . 35
Tiendas en Guthrie *(Oklahoma Territory)*. 37
Una pequeña estación del Far West. 39
Vagones destinados al transporte de ganado.. 43
Pradera de pasto del ganado joven.. 47
Hay-lifter, máquina para hacer almiares.. 49
Casa y dependencias de un rancho del Nebraska. 53
«Good Luck,» toro *hereford*. 57
Tipo de *ranchman* en Flor de Lis. 59
«Valiente,» caballo padre percherón de la *Percheron and Arabian Importing Horse C°* (Nebraska).. 61
Picadero de caballos padres percherones en Fremont.. 63
«Isaac,» caballo anglonormando de la *Percheron and Arabian Importing Horse C°* (Nebraska). 65
Casa vivienda en un pequeño rancho de Kansas. 67
Cobertizo para ganado (rancho de M. C...).. 69
Depósito de maíz para el cebo *(self feeder)*.. 71
Embarque de bueyes en una estación pequeña. 71
«Vincent,» toro *hereford.* (Rancho de los hermanos M... en Kansas). 72
Casas de un rancho de carneros en Kansas. 73
Rancho de carneros.. 74
Puente giratorio en la *Chicago River*. 81
Túnel de tranvía debajo del río en Chicago.. 83
Un *stock yard* en Chicago.. 85
Entrada de la *paching house* en casa de Armour. 89
En la *paching house* en casa de Armour. 91
El departamento de los cerdos en casa de Armour.. 93

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

	Páginas
Descuartizamiento con la sierra circular en casa de Armour..	95
El mercado de Kansas City.	97
Barrio de las residencias: *Troost avenue*, en Kansas City.	99
Wabash street en Chicago.	101
Chicago en 1833.	103
Vista de State street en Chicago.	105
Una vista del parque de Lincoln en Chicago.	107
Puestos de venta en una calle de Chicago..	109
Línea aérea de tranvías en Kansas City.	111
Fachada de un Banco en Chicago.	112
El gusto americano: Reverbero artístico en la esquina del *Auditorium Hotel* en Chicago.	113
El *Auditorium Hotel* en Chicago.	114
El *Auditorium Hotel.* Detalle de la planta baja..	115
Un edificio de la granja modelo de Minnesota.	121
En los llanos del Dacotah..	123
Labranza con la *gang plough* (arado de dos rejas) en una gran granja del Dacotah.	127
Sembradora de trigo en el llano de Aberdeen (Dacotah del Sur).	129
Instalación de los trabajadores en verano en una granja del Dacotah..	131
Corral de una gran granja cerca de Moorhead. (Granja de M. T...)..	135
Caballerizas de la granja de M. T... (Dacotah)..	139
Regreso del campo..	141
Carruaje para el transporte de heno en Florencia.	145
Casa de un hortelano francés en sus comienzos, cerca de Kansas City..	151
Sembradora de maíz en la granja de M. D... en Kansas..	155
Una huerta en Kansas (granja de M. D.)..	157
Vivienda en la granja de M. D... (Kansas).	159
Casa de un cultivador francés después de diez años de trabajo.	161
Instalación sencilla de un americano.	163
En busca de una finca	169
Una casa ambulante en Grand-Forks (Dacotah).	173
Cruzamiento de calle y vía férrea en Florencia (Kansas)..	175
Casita de madera en Florencia (Kansas).	177
Calle de Florencia. – Empedrado de baldosas y casas de madera.	179
Una calle en Moorhead.	181
Mercado de caballos en el Oeste..	185
Hall de fonda en Moorhead..	187
Restaurant de población pequeña (Florencia, Kansas).	189
Un *elevator*.	193
Aspecto de una estación de ferrocarril en una pequeña población del Oeste..	195
Molino de viento en Hillsboro (Kansas).	197
Molino hidráulico en el «Cottonwood River,» cerca de Florencia (Kansas)..	199
El primer lujo de una ciudad del Oeste: la luz eléctrica en Guthrie.	203
Puente y rompehielos en el río Colorado, en Grand Forks.	207
Una residencia en Fremont.	209
Los grandes *elevators* en el río de Chicago.	215
Casita de una familia negra..	219
Puente sobre el Mississipí en San Pablo.	221

	Páginas
Gran cascada del Mississipí en Minneápolis.	223
Uno de los molinos de Pillsbury en Minneápolis.	225
Vista de Minneápolis.	229
Hotel Saint-Clair, donde se alojó Laffayette, en San Luis.	235
Hall del *Southern-Hotel* en San Luis.	237
Barrio de las residencias en San Luis.	239
Panorama de San Pablo.	241
San Pablo, vista de la cuesta de *Summit Avenue*.	243
Algunas residencias en San Pablo (Minnesota).	245
Residencia en San Pablo en los oteros que dominan el Mississipí *(Summit Avenue)*	246
La «Court House,» en Denver.	249
Muestra de una tabaquería en Denver..	253
Movimiento de una calle en Denver.	254
Un tranvía en Denver..	255
Pequeñas residencias en Denver: *Capitol Hill.*	256
Denver: paso empedrado para evitar el barro de una calle *(Larimer street).*	257
Denver y las Montañas Pedregosas..	258
Paradas de coches en las calles de Denver.	259
Chinos y transeuntes en Denver.	261
El único muchacho á quien se puede confiar un carruaje (negrito de bronce sirviendo de guardacantón).	263
Tipo de casas obreras en Pullman.	279
Vista de la ciudad de Pullman.	281
Una escuela en Pullman.	283
Una calle en Pullman.	285
Vista de las oficinas de Pullman en la «Michigan avenue» de Chicago.	287
Entrada de las oficinas de Pullman en «Adams street» en Chicago	291
Paseo por los caminos arcillosos de Pensilvania..	301
Talleres de máquinas de William Sellers en Filadelfia.	305
Vagones en medio de una plaza en Pittsburgo.	307
Vagón en el recodo de una calle en Pittsburgo.	309
Una vía férrea en la calle, en Pittsburgo..	311
Pozo de gas natural en Cannonsburg, cerca de Pittsburgo.	313
Vista general de los pozos de gas natural, en Cannonsburg.	314
Fábrica de locomotoras de Baldwin, en Filadelfia..	315
Barrio de las fábricas en Filadelfia	319
Vista panorámica parcial de Filadelfia.	321
Casas de obreros en Filadelfia.	333
Casas de madera y aceras de tablones en Kansas City.	335
Casas de obreros en San Luis.	337
Tipos de casas de obreros en Cincinnati.	339
Interior de la casa de un obrero en Filadelfia.	343
Ótra vista interior de la casa de un obrero en Filadelfia.	345
Negros asistiendo á un entierro en traje de ceremonia, en Filadelfia.	351

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

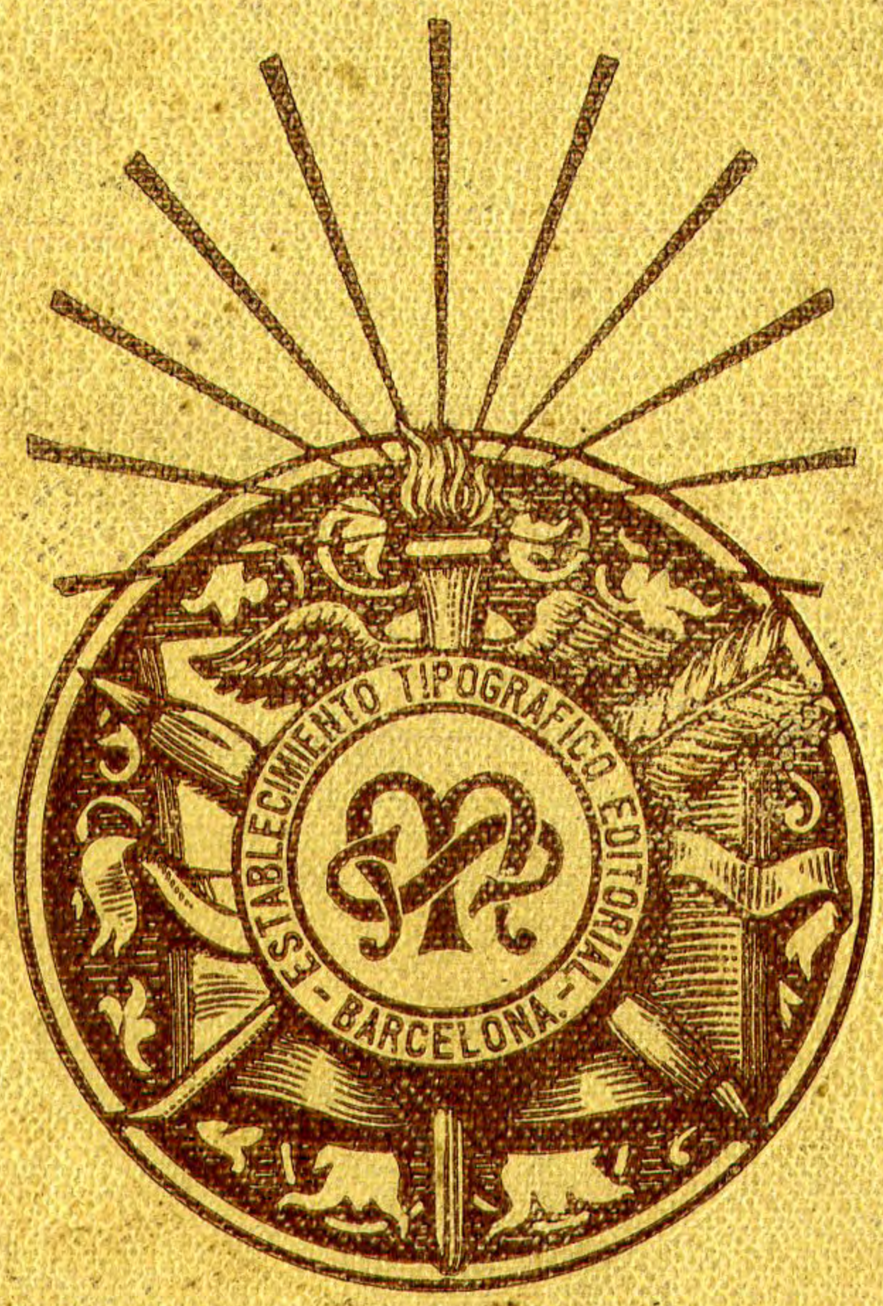
UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

L
973.2
R863
1899
V.1

BIBLIOTECA
Universidad Eafit
62000001523959

UNIVERSIDAD EAFIT | Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

0485720200004857


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL
BARCELONA